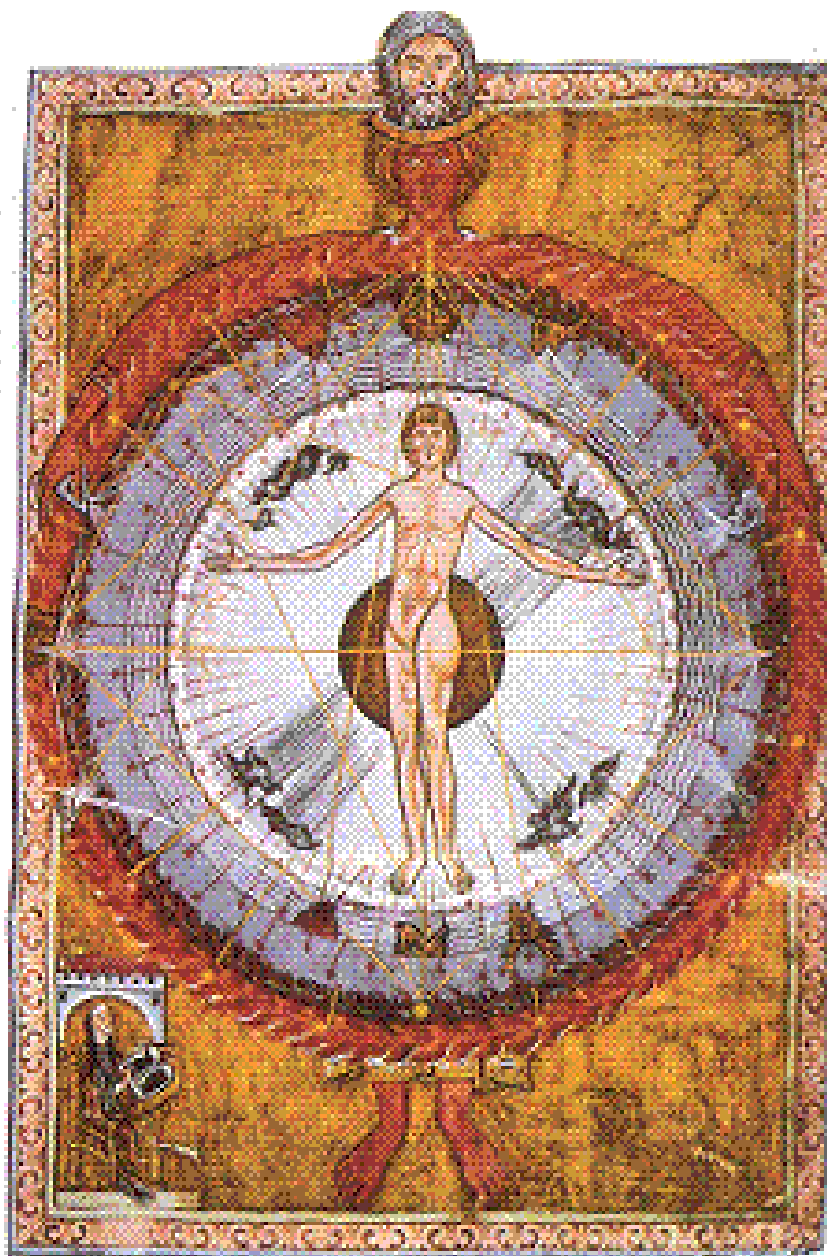


Natalia Ter-Grigorian de Demianiuk

El misterio de la Santísima Trinidad

(Colección de obras)



Buenos Aires 2012

Ter-Grigorian de Demianiuk, Natalia

El misterio de la Santísima Trinidad. - 1a ed. - Capital Federal : Credo, 2012.
Recurso Electrónico.

ISBN 978-987-27819-0-3

1. Santísima Trinidad. I. Título
CDD 231.044

Fecha de catalogación: 31/01/2012

Dedico a mi amado marido
Vitaliy Demianiuk

Índice

Prólogo de autora	5
1. Reflexiones sobre la Mujer en la Santísima Trinidad según «Mulieris dignitatem» de Juan Pablo II	6
2. Reflexiones acerca de la Santísima Trinidad en Hildegarda de Bingen.....	10
3. ¿Pudo acaso Cristo casarse y tener descendencia? (Contestando al “Código da Vinci”)	20
4. El misterio de la Santísima Trinidad o ¿cuál es la razón de la moral cristiana?.....	27
5. Sobre el arquetipo Divino de la masculinidad y de la feminidad o el lugar del varón y de la mujer en la Santísima Trinidad	47
6. El significado sacramental de la monogamia o por que la Iglesia insiste en la monogamia	50
7. La voz de la razón y los instintos carnales. El deber humano y “los derechos humanos”	52
8. Tragedia del mundo cristiano	56
9. La triplicidad del hombre. Tríptico	66
Prólogo	67
I. Quiénes son los Hijos de Dios o qué se entiende bajo la palabra Israel	68
II. Enigma de los hijos de Noe o quienes son los semitas, camitas y jafetanos.....	80
III. Las tres genealogías del hombre.....	104
10. Las raíces bíblicas del vegetarianismo.....	122
11. Una vez más sobre el origen de las palabras “aristocracia” y “democracia”	149

*En nombre del Padre, del Hijo
y del Espíritu Santo. Amen.*

Prólogo de autora

El libro “El misterio de la Santísima Trinidad” representa la **versión corregida** de los artículos teológicos escritos por mí en varias ocasiones a partir del 2005 y publicados en mi página web personal: www.criteriocristiano.com.ar

Todos ellos se refieren a la Santísima Trinidad, cuyo misterio es el misterio principal de la fe cristiana.

Se cree que entenderla es imposible. Sin embargo no es exactamente así. Dios a travez de las Sagradas Escrituras nos ha dado muchos indicios que la revelan en la medida necesaria y posible para el ser humano. Probablemente, lo ha hecho porque su concepción es primordial, para entender de la Palabra de Dios; porque en la Santísima Trinidad están todas las respuestas de las cuestiones difíciles de la fe; porque sin tener clara noción de ella la teología erra a ciegas y muchas preguntas se quedan colgadas en el aire.

El libro es predestinado a todas las personas a quienes interesa el tema de la Santísima Trinidad. Estilo utilizado al escribir es textológico, ya que todos los artículos están basados en las observaciones bíblicas.

Reflexiones sobre la Mujer en la Santísima Trinidad según «Mulieris dignitatem» de Juan Pablo II

Considerando la identidad de la mujer, Juan Pablo II en su “Mulieris Dignitatem” conceptúa “la contraposición recíproca entre el hombre y la mujer” “como herencia del pecado” (p.48), que provocó “la ruptura de la unidad originaria, de la que gozaba el hombre en el estado de justicia original” (p. 37). Es decir, inicialmente la mujer y el hombre formaban una unidad y así fue hasta que el pecado destruyó su integridad. Pero ¿Qué es el pecado? y ¿qué significa la unidad de los dos que él destruyó?

Como si contestase a esa pregunta Juan Pablo II admite: “no es posible entender el “misterio del pecado” sin hacer referencia a toda la verdad acerca de la “imagen y semejanza” (del hombre) con Dios, que es la base de la antropología bíblica” (36) o, en otras palabras, sin meditar sobre las tres personas de la Santísima Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo que forman la “unidad viviente”. Por esa razón veremos cómo la explica Juan Pablo II.

Antes de todo él afirma que “Dios es espíritu” (Jn 4, 24) y no posee ninguna propiedad típica del cuerpo, ni “femenina” ni “masculina”, pero dice continuando: “si bien no se pueden (en Las Escrituras) atribuir cualidades humanas a la generación eterna del Verbo de Dios, ni la paternidad divina tiene elementos “masculinos” en sentido físico, sin embargo se debe buscar en Dios el modelo absoluto de toda “generación” en el mundo de los seres humanos” (p.33). Un modelo absoluto según el cual fue creado el hombre. Como dicen Las Escrituras, Dios creó al hombre a imagen y semejanza Suya y lo creó como macho y hembra (Gen 1, 27). De ahí concluye que: “consiguientemente, **también** Dios es, en cierta medida, “semejante” al hombre” (p.30), es decir, tiene la imagen tanto del varón como de la mujer. Continuando, Juan Pablo II admite que definitivamente el Creador se reveló ante la humanidad, manifestándose en el Hijo, nacido de una Virgen mediante el Espíritu Santo. Este acontecimiento muestra la existencia de tres realidades: del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Ya sabemos que bajo el Hijo en general se entiende también la Hija o la Esposa, tanto más que, como dice Juan Pablo II “*tu Esposo es tu hacedor, Yahveh. Sebaot es su nombre*” (Is 54, 5). De ahí podemos concluir que según Juan Pablo II la creatura está relacionada con el Creador al mismo tiempo como Hijo, como Esposa y como su cuerpo místico. Igual que la Iglesia que es al mismo tiempo la creatura de Cristo, Su Esposa y su cuerpo místico o, como dice Juan Pablo II, “el cuerpo” al que “Cristo está unido... como el esposo a la esposa.”

Entonces, está claro que el misterio de la Santísima Trinidad consiste en la unión de dos personas que en su diversidad forman un solo cuerpo místico con una cabeza (que corresponde a Dios como Padre y como Esposo) y con un cuerpo (que corresponde al Verbo Divino como Hijo y como Esposa)

Desarrollando su idea, Juan Pablo II escribe: “Se trata de un signo indicativo de que “en Jesucristo” “no hay ni hombre ni mujer” (Gál 3,28)”, sino “aquella perfectísima comunión de Personas que es Dios mismo” según cuyo modelo fue creado el hombre como varón y mujer (pág.48)

Pero ¿cómo podemos entender esa unidad del varón y de la mujer? Para nosotros es muy difícil imaginar la integridad del hombre original ya que lo vemos sólo en la forma dividida donde el varón y la mujer se contraponen, lo que, como dice Juan Pablo II, rompe la semejanza con Dios y la causa de esto es el pecado original. (p.37), que a su vez se manifestó en “la alteración de.... (la) originaria relación entre el hombre y la mujer, que corresponde a la dignidad personal de cada uno de ellos”. (p.40).

Entonces podemos entender que la *“no-semejanza”* que consiste en el pecado, se esconde en *“la relación entre el hombre y la mujer”*, que sufrió una *alteración*.

Pero ¿qué tipo de alteración es esta? Basándose en las palabras de Juan Pablo II se puede suponer que esta “alteración” se relaciona con el engendrar. *“Lo que en el engendrar humano, - escribe él, - es propio del hombre o de la mujer – esto es, la “paternidad” y la “maternidad” humanas – lleva consigo la semejanza, o sea, la analogía con el “engendrar” divino y con aquella “paternidad” que en Dios es “totalmente diversa”: completamente espiritual y divina por esencia”* (p.34). Es decir, la paternidad y la maternidad humana es sólo una analogía de la paternidad divina, la que se manifestó, - como marca Juan Pablo II, - en el nacimiento de Cristo. Y Cristo nació de una Virgen, o, - como precisa Juan Pablo II, - de *“la “mujer” como fue querida en la creación y, consiguientemente, en el eterno designio de Dios, en el seno de la Santísima Trinidad”* (p.50). De ahí podemos concluir que la mujer en el eterno designio de Dios fue querida como *virgen*, y podemos decir, igual que el hombre, ya que, según Juan Pablo II, los dos constituyen a la *Esposa de Dios*, como también todos nosotros, porque, como él dice, *“todos los seres humanos – hombres y mujeres – están llamados a ser la “Esposa” de Cristo, redentor del mundo. De este modo “ser esposa” y, por consiguiente, lo “femenino”, se convierte en símbolo de todo lo “humano”, según las palabras del Apóstol Pablo: “Ya no hay hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gál 3,28)”* (p.101).

Entonces si el varón y la mujer juntos forman el cuerpo místico de Dios o a su eterna Esposa, eso significa que Dios quiere la virginidad de ambos, porque los quiere para sí mismo como Su única Esposa **para Su propia actuación**.

Desde este punto de vista se ve que “la Esposa” se dividió en sí misma para realizar la creación sin la participación de Dios. De resultas una parte del “cuerpo” místico se contrapuso a la otra, rompiendo su integridad. Así el hombre comenzó a “dominar” a la mujer. Y *“este “dominio”, - según Juan Pablo II, - indica la alteración y la pérdida de la estabilidad de aquella igualdad fundamental, que en la “unidad de los dos” poseen el hombre y la mujer”* (p.41), es decir, cuando ambos son igualmente objetos de la actuación Divina.

Esa división de la criatura de Dios, su cabeza, se percibe en el plano físico como una analogía de la mutilación que provoca la muerte. Esa fue la razón de las palabras de Cristo: *“Lo que Dios unió, no lo separe el hombre”* (Mt 19, 6). Exactamente en esta separación consiste el pecado original o, como dice Juan Pablo II, el *“aguijón del pecado” que es “la tendencia a quebrantar aquel orden moral que corresponde a la misma naturaleza racional y a la dignidad del hombre como persona. Esta tendencia se expresa en la triple concupiscencia que el texto apostólico precisa como concupiscencia de los ojos, concupiscencia de la carne y soberbia de la vida”* (I Jn 2, 16). Ese *“orden moral que corresponde a la misma naturaleza racional”* del hombre, mencionado por Juan Pablo II, es la imagen de la Santísima Trinidad y “la triple concupiscencia” representa la causa que llevó a Eva a apartarse de Dios: Eva, seducida por la serpiente, al ver que el fruto prohibido era *“apetecible a la vista”* y excelente para *“ser como dioses”* (p.42), lo comió y lo dio a comer a Adán. Así fue destruida la unidad con Dios que es la razón de la vida y con ésta la unidad primordial del cuerpo humano, ya que se desataron los ciegos instintos corporales. De esta manera fue destruida la semejanza con Dios y el hombre dejó de ser Su imagen. De eso se trata cuando Juan Pablo II habla sobre la *“no-semejanza” con Dios en la cual consiste el pecado*” (p.38).

Para restaurar la imagen de la Vida y rescatar al hombre perdido, Dios manda al mundo a su Hijo, nacido de una Virgen, hecho que ya por sí mismo, - según Juan Pablo II, - como *“el ideal evangélico de la virginidad... constituye una clara “novedad” en relación con la tradición del Antiguo Testamento.”* (p.83). Y esa “novedad” se refiere a la maternidad de la Virgen. Como admite Juan Pablo II, *“Jesús confirma el sentido de la maternidad referida al cuerpo; pero al mismo tiempo indica un sentido aún más profundo, que se relaciona con el plano del espíritu: la maternidad es signo de la Alianza con Dios, que “es espíritu”* (p.79). Eso quiere decir, que la

maternidad tiene dos sentidos: uno pertenece al plano terrenal y el otro, original, al plano espiritual, siendo de notar que a este último, como al *celibato* en general, Juan Pablo II lo considera como “*un signo especial del Reino de Dios que ha de venir*” (p.82).

Hay que creer que el Reino venidero será la restauración del Reino perdido por causa del pecado original. De ahí podemos concluir que el celibato o la virginidad era el “*signo especial*” también del Reino perdido en el cual la virginidad y la maternidad se entrelazaban de algún modo desconocido para nosotros y misterioso. Como dice Juan Pablo II, “*en las enseñanzas de Cristo la maternidad está unida a la virginidad, aunque son cosas distintas*” (p.81). Dios muestra eso en el ejemplo de María.

Si Eva engañada se convirtió en la causa de la ruptura de la unidad vital del hombre y Dios, María, según Juan Pablo II, volvió “*a recorrer el camino hacia aquel “principio”*” (p.50).

La mujer fue hecha para ser madre de los Hijos de Dios. Pero una vez rota la Alianza con Él, el hombre, nacido de la mujer, se convierte en mortal. La eternidad requiere que todas las obras y actividades humanas estén dirigidas por la razón Divina lo que no permite que los instintos y deseos corporales se apoderen de los hombres, porque él se distingue de los animales justo cuando permite que la luz de la razón Divina le eleve sobre sus instintos, quemando y aniquilando su desorden. Así María dijo “sí” a la razón de Dios y dio a luz a Su Hijo que no había nacido del deseo del hombre, sino por la fuerza del Espíritu Santo. “*En la vida íntima de Dios, - como dice Juan Pablo II; - el Espíritu Santo es la hipóstasis personal del amor*” y “*el orden del amor pertenece a la vida íntima de Dios mismo, a la vida trinitaria*” (p. 112-113). Entonces, podemos concluir: hijos de Eva caída, nacidos del deseo de varón se convirtieron en mortales, mientras que el Hijo de la Virgen María, nacido tras *cubrirla* el Espíritu Santo, resultó inmortal Hijo de Dios. Eso nos lleva a preguntarnos: ¿Quiénes son en realidad los llamados hijos de Dios en la Biblia? Ahí surge el misterio de la virginidad o castidad, que, como ya he dicho, según Juan Pablo II, es “*un signo especial del Reino de Dios que ha de venir*” (p.82). En un diálogo evangélico, que cita Juan Pablo II, Jesús revela esto muy claramente. Cuando una mujer le grita: “*Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te criaron*”, Él le respondió: “*Dichosos más bien los que oyen la Palabra de Dios y la guardan*” (Lc 11, 27-28).

Eso quiere decir que la maternidad terrenal es un símbolo de completamente otro tipo de maternidad que es la maternidad celestial relacionada con la vida eterna, donde, como dice Cristo, no hay ni hombre, ni mujer como tales, sino el hombre y la mujer forman una persona, igual que el Hijo dentro de la Trinidad, el Hijo que es tanto Hijo como Hija. Y como la tierra para el sol, el hombre (tanto el varón como la mujer) representa el lugar para la actuación Divina. En esta participación en la vida Divina está la única condición de la vida eterna para el hombre.

Sin embargo eso no confunde los papeles del varón y de la mujer, que se definen por la distinta esencia de ambos. Como ya he dicho, el hombre que es el sembrador en el plano físico, en el plano espiritual corresponde al Creador, al Padre, al Esposo, a la cabeza; y la mujer que en el plano físico es el receptáculo, en el plano espiritual corresponde al Hijo, a la tierra, a la Esposa, al cuerpo. Desde ahí se dividen sus papeles. Con eso está relacionado también el problema del sacerdocio de las mujeres. Sacerdote es aquel quien realiza el misterio de la Eucaristía. Y “*en la Eucaristía*”, como dice Juan Pablo II, - “*ante todo... se expresa de modo sacramental el acto redentor de Cristo Esposo en relación con la Iglesia Esposa*” (p. 105). Entonces no puede ser al revés: no puede el Esposo, que se distingue por su naturaleza de la mujer, cumplir la tarea de la Esposa y la Esposa la del Esposo, como no puede la criatura sustituir al Creador. La confusión de los papeles masculinos y femeninos trae la destrucción de la imagen de Dios que es la imagen trinitaria. Ya que el mundo físico está construido sobre esta imagen primordial con la que está vinculado con los lazos misteriosos, cualquier “*no-semejanza*” con esta imagen es una pretensión potencial de destruir la vida. Nadie puede actuar fuera del papel que otorgó Dios a sus criaturas y permanecer en la eternidad que se termina con los límites de la Santísima Trinidad. Por esa razón Juan Pablo II afirma que “*la dignidad de cada hombre y su vocación*

correspondiente encuentran su realización definitiva en la unión con Dios” y “cada hombre – varón o mujer – creado a imagen y semejanza de Dios, no puede llegar a realizarse fuera de la dimensión de esta imagen y semejanza” (p. 19), en otras palabras, fuera aquellos límites morales y físicos que habían constituidos por Dios.

Buenos Aires 2005

Reflexiones acerca de la Santísima Trinidad en Hildegarda de Bingen

1. La Santísima Trinidad
2. La concepción celestial
3. La caída
4. La salvación

1. La Santísima Trinidad

Entre todas las obras de santa Hildegarda de Bingen, que abarcan distintas materias, quizás las más fascinantes son las que representan sus visiones cosmogónicas. Esta extraordinaria mujer las ha comunicado en muchas formas: en forma de descripción en prosa (*Scivias*, *Liber vite meritorum*, *Liber divinorum operum* o *De operatione Dei*), de alabanza poética (*Sinfonía de la armonía de las revelaciones celestiales*), en forma dramática y musical (*Ordo virtutum*, salmos), como dibujos, etc. Todas esas formas se complementan, originando en conjunto una verdadera sinfonía de la Creación, la que en sus obras suena, irisa y resplandece por su misterio y sabiduría. Considerando sus obras a la luz de los Evangelios creo que es una auténtica profetisa que ha recibido el don del Espíritu Santo.

Pero de todo el calidoscopio de temas que abarcan sus obras y sobre los cuales podríamos reflexionar, hoy nos detendremos para considerar el misterio de Dios uno y trino tal como se manifiesta en las visiones de Hildegarda de Bingen.

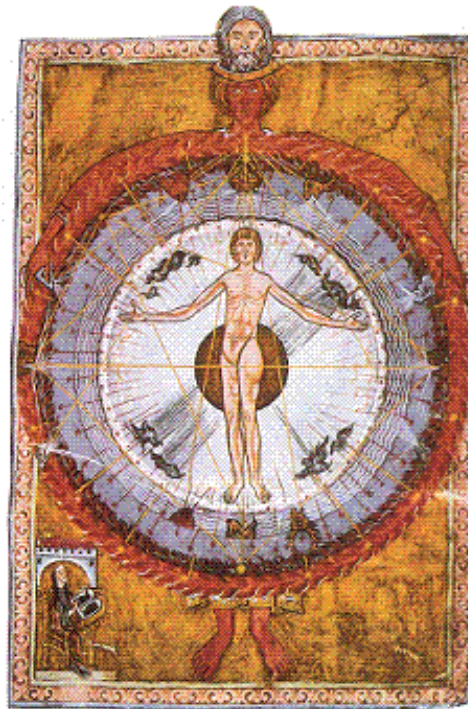
En uno de los poemas - “*¡Cuán admirable!*” (*O quam mirabilis*),- dedicados a la Trinidad, que forman parte de su “*Sinfonía de la armonía de las revelaciones celestiales*”, la santa en unas breves palabras perfila el misterio más grande de la vida, la imagen de Dios uno y trino y la Creación. Aquí está el poema:

*¡Cuán admirable es la sabiduría
del corazón divino
que ha conocido anticipadamente a cada criatura!
Pues cuando Dios fijó la mirada
en el rostro del hombre, al que modeló,
reconoció toda su obra
en esta intacta forma de hombre.
¡Cuán admirable es el soplo
que al hombre así despertó!*

De ahí podemos concluir que, según Hildegarda, Dios antes de la Creación había formado en su corazón, o en su mente, una idea, un modelo o una forma. Y esa idea o modelo tenía forma de hombre. Después creando el mundo Dios encarnó esa forma y despertó a la criatura con su soplo, revelando así la fuente de la vida que es el Espíritu Santo. Y ese soplo, como atestigua Hildegarda, fue la Palabra: “*Cuando Dios dijo: Hágase, al punto se revistieron de una figura que la presciencia divina contemplaba como incorpórea antes del tiempo.*” (LDO, I.I.VI (VII) Esa figura incorpórea es la figura del Hijo engendrado antes del tiempo.

La cuestión es ¿qué significa esa forma humana en la que Dios, como dice el poema, “*reconoció toda su obra*”?

A consideración de esto examinemos el dibujo de Hildegarda de Bingen “*El macrocosmos y el microcosmos*”.



Mirando de arriba abajo, lo primero que vemos en él es una cabeza sin el cuerpo yaciendo sobre la otra cabeza que pertenece a una imagen humana. No es difícil adivinar que la cabeza suprema se refiere al Padre que, siendo puro “razonamiento”, no tiene su propio cuerpo y por eso es inmóvil, pero en el dibujo se presenta usando el cuerpo místico del Hijo como suyo. el cuerpo que (dice Hildegarda, parece, repitiendo a Platón,) modeló en su mente. Así el Hijo al mismo tiempo representa tanto la imagen del Padre como su cuerpo místico. Usando la expresión de Hildegarda en otra ocasión (Scivias II,II, p.112), diremos “*El Padre se manifiesta a través del Hijo*”.

A su vez dentro del Hijo engendrado vemos al hombre creado a imagen y semejanza del Padre, que en el dibujo representa igualmente el cuerpo del Hijo y el mundo creado. Por eso Hildegarda dice que el Hijo a su vez se manifiesta “*por el nacimiento de las criaturas*” (Ibíd.) o sea por la creación del mundo. Sin mencionar por ahora el mecanismo o el medio de la Creación (que es el Espíritu Santo), podemos concluir que la idea de la creación pertenece al Padre y su realización al Hijo. La imagen, sobre la cual yace la cabeza del Padre es “*el Hijo, engendrado por el Padre antes de los siglos, según su divinidad*”(Sc.II.II., p.111-112) y la que está dentro del Hijo engendrado es Él mismo, pero ya encarnado en el tiempo. Como dice Hildegarda, “*el Hijo encarnado en el mundo, en el tiempo, según Su humanidad*”(Ibíd), es decir, Cristo que irrumpe en la historia, que representa el cuerpo místico del Padre. A esa última idea, expresada en el dibujo, Hildegarda la repite en otra de sus visiones, diciendo: “*Cabeza de todo...hecho miembro de Cristo*” (Sc. II, III, p.122).

Como ya he notado, los pensamientos de Hildegarda tienen mucha concordancia con los de Platón. Desde el punto de vista de Platón (Timeo) se podría explicar todo lo dicho de la manera siguiente: el mundo visible (o corporal) está dentro del mundo invisible (o incorporeal); eso quiere decir que existen dos realidades: una invisible, incorpórea, inmutable, eterna y la otra, aunque semejante a la primera y del mismo nombre, creada, corporal, sensible, ahora (es decir, después de la caída) mortal o temporal, aunque fue creada para la eternidad. Una es el macrocosmos de Hildegarda y la otra es el microcosmos. Así el microcosmos está dentro del macrocosmos y lo repite en distintas dimensiones, formando siempre en su funcionamiento la imagen humana bajo

la cual Hildegarda entiende tanto la imagen varonil como la femenina. Ese último se manifiesta también en el dibujo, donde vemos que “el vientre” del Hijo tiene forma de una rueda y contiene en sí todo el mundo, como vientre de una mujer embarazada que abarca en sí una nueva vida.¹ A su vez eso significa que también bajo el nombre del Hijo, además del Hijo, se esconde asimismo la Hija o la Esposa. Entonces, la Esposa está dentro del Hijo engendrado antes de los tiempos o, en otras palabras, dentro del cuerpo místico del Padre, como estuvo Eva dentro de Adán antes de su formación de la costilla de éste. Por eso se dice en Génesis (1, 27): “*Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó*”. Y por la misma razón Adán, al ver en la mujer a la “*madre de todos los vivientes*”(Gen 3, 20), la llamó Eva, que significa precisamente eso.

Ahora lo que pone en marcha a esta rueda de la vida, es el soplo o el Espíritu Santo. Hildegarda de Bingen lo llama “*¡Aliento de santidad!*” (Sinfonía..., el poema “*¡Fuego del espíritu, el consolador!*”, p.271), indicando así que el soplo sale de la boca del Padre como “*Espíritu ígneo*” (Sinfonía, poema del mismo nombre, p.279) que “*ardía en amor*” (Sinfonía..., el poema “Dios eterno”, p. 48). Lo que atestigua que el Espíritu es el Amor. En muchas otras ocasiones Hildegarda lo llama al Espíritu Santo “*vida que da vida, que todo lo anima, raíz de toda creatura*” (Sinfonía... “Espíritu Santo”, p.64) o “*vida de la vida de cada creatura, santo eres dando vida a las formas*” (Sinfonía... p. 272), a las formas que crea Dios Hijo. Esa expresión de Hildegarda se apoya en sus visiones, donde Dios mismo explica el papel del Espíritu Santo que se presenta también como la caridad de Dios viviente:

“Yo soy la caridad del Dios viviente, y la sabiduría junto a mí ha realizado sus obras; y la humildad, que echa sus raíces en la fuente viva, ha sido mi ayudante.... Pues yo he escrito al hombre, el que en mí echó sus raíces como una sombra, como también la sombra de cada cosa es vista en el agua. Y por ello soy una fuente viva, pues todo lo que ha sido como una sombra fue en mí y según la sombra este hombre fue hecho con fuego y agua, como también yo soy fuego y agua viva...”. (LDO III.3.2. - Sinfonía..., p.68, notas).

Efectivamente aquí se dice que el modelo que formó el Hijo (la sabiduría, en el fragmento) se quedó como sombra en el Espíritu Santo quien la avivó *con fuego y agua* o consigo mismo, ya que, como dice: *yo soy fuego y agua viva*. Y así fue creado todo, no sólo el hombre, sino todo según “la sombra” o imagen. Es decir, todo lo creado a través del Espíritu Santo fue creado por Amor, porque el Amor es el Espíritu del consentimiento del Hijo con el Padre. En el poema “*Amor Divino (Karitas) o la Caridad*”, Hildegarda indica ese consentimiento con las siguientes palabras: “*porque le dio el beso de la paz al sumo Rey*” (Sinfonía..., “La Caridad abunda”, p. 67). Ese “*beso de la paz*” es el espíritu del acuerdo con Dios Padre, la aceptación de Su razón, el “sí” a todos Sus proyectos. Por la misma razón en su poema ya mencionado “*Espíritu ígneo*”, Hildegarda lo designa también como “*la voluntad*” que “*da sabor al alma y su luz es deseo*”, es decir, el deseo o voluntad de servir. Entonces es la voluntad o el consentimiento el que actúa.

Eso quiere decir que en la base de la Santísima Trinidad, según cuya imagen fue formado todo el mundo, se encuentran tres fuerzas: la razón, como cabeza suprema, el cuerpo místico como instrumento ejecutivo y la voluntad que los une. Así esas tres fuerzas forman una unidad indisoluble: “*Soy un solo Dios indivisible*, - se revela el Creador a Hildegarda, - *así como en un mismo hombre se hallan el pensamiento, la voluntad y la obra, y sin ellos no sería*” (Sc. II, VI, p. 220). Y porque la obra de Dios es tanto Hijo como la Hija, ésta corresponde a la Esposa de Dios Padre, igual que la Iglesia es al mismo tiempo el cuerpo de Cristo y su Esposa, “unidos” para la vida, “*como el cuerpo y el alma*” (Sc.II, V, p. 187, VI, p. 223), “*porque el cuerpo y el alma obrarán unidos entre sí en mutuo amor por la unción del Espíritu Santo*” (Sc.III, VIII, p. 398).

1 Esa imagen me hace recordar el IV libro de Esdras, donde Dios siempre compara el mundo con una mujer embarazada: “Ve y pregunta a la que está encinta...” (4, 40) o “Pregunta al seno de la mujer...”, “Pregunta a la que pare...” (5; 46, 51) o “Así como aproximándose la hora del parto...” (16, 39), etc.

Y en esta imagen, como dice el poema citado, Dios “*reconoció toda su obra*”.

En “*Scivias*” (II, I, p. 103) Hildegarda aclara ese asunto: “...*el hombre alberga dentro de sí la semejanza con el cielo y la tierra. ¿Cómo? Tiene un círculo en el que aparecen la perspicacia, el aliento y el raciocinio, como en el cielo las luminarias, el aire y los pájaros; y un receptáculo en el que se manifiestan la humedad, la germinación y el nacimiento, igual que en la tierra la lozanía, el fruto y los animales. ¿Qué quiere decir esto? Oh hombre, estás plenamente en todas las criaturas...*”. La conclusión es que el mundo tiene la imagen del hombre y fue hecho según las correspondencias, donde siempre están en plena concordancia tres fuerzas, a saber: la razón, la fuerza ejecutiva y la obra. O usando las expresiones de Hildegarda en ese fragmento, la imagen del hombre consta **del círculo que es la cabeza**, donde están los ojos (*perspicacia*), la nariz (*el aliento*) y la razón (*raciocinio*) y **del receptáculo, es decir, del cuerpo** que es un ambiente apropiado, donde se hace todo el trabajo.

Esta imagen humana también se proyecta en el sol que designa al Padre, en sus rayos que son como el Espíritu Santo, el que “*con un soplo de aire*” penetra a la tierra (al Hijo), aviva las aguas, igual que la sangre humana, creando diversas formas de vida. “*Así Dios se expresó en el hombre* (tanto en el varón como en la mujer)... *hecho a imagen y semejanza suya*”, - continúa Hildegarda y añade todavía, - *y en éstos... a toda la criatura*” (LDO I.I.III) Ésa es la Imagen trinitaria de Dios que Él mismo explicó a Hildegarda de manera siguiente: “*Yo soy la vida. También soy la racionalidad, que tiene en sí el aliento de la Palabra que resuena, por la que toda criatura fue hecha.Pero también soy un servidor, porque todo lo que tiene vida arde por Mí*”. (LDO .I. I.). Es decir, Dios es la vida (o Espíritu Santo), la racionalidad (o el Padre) y el servidor (o el Hijo).

La imagen trinitaria está presente tanto en la Iglesia como en la familia humana, donde el hombre como sembrador simbólicamente corresponde a la cabeza, y la mujer como receptáculo al cuerpo. La vida nace de su mutuo amor, sin el cual no existe. Así el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo que los une, constituyen un solo ser también en la trayectoria de la familia: con una cabeza (que simboliza al hombre sembrador) y un cuerpo (que simboliza a la mujer como la tierra), unidos para la vida eterna, que no contiene la muerte. Y esa unión vital nunca debe ser destruida, porque la destrucción provoca la muerte. “*Tanto el uno como la otra no pueden vivir separados*”, - añade Hildegarda, indicando su unidad esencial. Exactamente eso significan las palabras de Cristo: “*y los dos se harán una sola carne. De manera que ya no son dos, sino una sola carne. Pues bien, lo que Dios unió no lo separe el hombre*” (Mt 19, 5-6). Lo mismo dice el apóstol: “*ni la mujer sin el varón, ni el varón sin la mujer, en el Señor*” (I Cor 11, 11).

La conclusión que se impone es que cuando un hombre y una mujer contraen matrimonio, en el mundo invisible se forma una imagen trinitaria para la vida eterna, que tiene como cabeza al padre y como el cuerpo a la madre y cuya correspondencia terrenal sería el bebé que nace de su mutuo amor. Trascendentalmente el divorcio es equivalente al homicidio que en la tierra se manifiesta por la mortalidad del hombre/

2. La concepción celestial

Así la familia humana como la unión vital del hombre y de la mujer (igual que la unión de la cabeza y del cuerpo) es una de las correspondencias de la Santísima Trinidad. Ahora veremos, cómo en el estado de la inocencia celestial del hombre fue previsto, según Hildegarda, el funcionamiento de esta unión matrimonial, que se manifiesta en la concepción.

En Juan (3, 5) Cristo dice: “*El que no renazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el reino de Dios*”. Hildegarda a ese nacimiento lo llama “*el sacramento de la Trinidad verdadera*” (Sc. II, III, p. 121) y aclara: “*La Esposa de Mi Hijo... siempre alumbra a sus hijos en la renovación del Espíritu y del agua*” (Sc. II, III, p.118). Pero ¿cómo podemos entender ese

misterio? He ahí cómo Hildegarda explica el asunto: *“La mujer fue creada por razón del hombre, y el hombre por razón de la mujer. Pues igual que ella procede del hombre, el hombre procede de ella, en armoniosa correspondencia, no se disuelva la alianza de la procreación. Porque han de trabajar unidos en una misma obra, como el aire y el viento entrelazados. ¿Cómo? El viento mueve el aire, y el aire abraza al viento, y en su ámbito subyugan cuanto es verdor y espesura”* (Sc. I, II, p.31).

Aquí el aire, que contiene humedad, indica a la mujer como el *“lugar sagrado”*² (Sc.I, II, p.37) o *“espejo del Señor”*, como lo llama Hildegarda en otra ocasión (Sc.I, II, p.38), a través del cual el Padre multiplica su imagen; lugar que *“arde de amor”*, ya que es *“el corazón del Padre”* (Sc. III, IV, p. 316), donde Él engendra a Sus Hijos. En cuanto al viento, es el *“aliento místico”* que engendra. *“Oh vástago virginal, escribe Hildegarda en (Sc.II, VI, p.207), - que despuntas, creces, te*

expandes y haces brotar una inmensa rama llena de retoños, por la que será levantada la Jerusalén Celestial, unido (ungido-?), no de semilla de varón, sino del aliento místico”. A ese *“aliento místico”*, o semilla celestial, Hildegarda lo llama también *“el secreto del Padre de todos”* (Sc. II, III, p. 131), que en la concepción celestial mantiene el *“lugar sagrado”* *“íntegro, exento de todo agravio de lesión o herida”* (Sc. I, II, p. 37) y no arrumba lo llamado *“el espejo del Señor”*. Exactamente así fue concebido Cristo, *“nacido de Virgen, milagrosamente, sin siembra de varón”* y, como Hildegarda admite en su poema *“¡Tu iluminada!”*, ***“contra las leyes de la carne que Eva erigió”***. *“Mas saliste de Mí, - continúa Hildegarda en otro lugar, repitiendo las revelaciones de Dios, - por el ardiente fuego, venido a la tierra como Hombre verdadero, cerrado de sello de la Virgen inmaculada y purísima”* (Sc. III, VI, p. 355). De las citas se ve que las leyes de la carne Hildegarda directamente las vincula con el pecado, mientras que bajo la inmaculada concepción de María sobrentiende el amor celestial, lo que hasta cierto punto nos aproxima a la noción analógica sobre el mecanismo de la concepción celestial. *“El Espíritu Santo, - escribe ella (Sc.III, VIII, p.402)- suena con armonía en el tabernáculo de la virginidad porque ésta siempre canta la Palabra del Señor para poder abrazar a Cristo con toda la devoción, ardiendo en Su amor, y enterrar en el olvido las apetencias carnales que, en furioso incendio, enervan al hombre, unida al único Esposo, al que nunca tocó el pecado, unida sin deseo de la carne, siempre floreciendo en Él, en gozo de las nupcias reales”*. Es decir, para gozar las nupcias reales es preciso *“enterrar en el olvido las apetencias carnales”* que provocaron la caída, y, como ella misma dice, *“honrar a Dios con el recto suspiro de su corazón”*. *“De este modo, - escribe continuando, - será multiplicada y brillará la simiente de tu corazón, que sembraste en la tierra regada con la gracia del Espíritu Santo”* (LDO I.I. VIII (IX).

Los fragmentos presentados testifican que hablando de la concepción y el parto celestial Hildegarda se refiere a una concepción y un parto primordial que debían mantener a la mujer intacta junto a su esposo, como *“el cuerpo y el alma”* que obran *“unidos entre sí en mutuo amor por la unción del Espíritu Santo”* (Sc. III, VIII, p. 398), sin lesión, herida, ni dolor. De ese tipo de concepción, según ella, nace el hombre, que ella llama *“verdadero”*.³

Ese hombre verdadero es aquel que lleva en sí la imagen trinitaria de Dios, que presta su voluntad y su oreja a la razón suprema del Padre y se convierte en Su servidor lo que equivale a ser servidor de la Vida. En ese *hombre verdadero* reconocemos a Cristo.

2 *“...vosotros, - dice Hildegarda en Sc. I, II, p.43), - oh hombres, abrumados bajo el grave peso del cuerpo, no veis esa inmensa gloria preparada para vosotros...”*

3 Así, reflexionando sobre la concepción celestial según Hildegarda de Bingen, me pregunto ¿podría compararla con la de las plantas terrenales, cuya fecundación se realiza por la tercera fuerza, es decir ora por el viento, ora por las abejas?

3. La caída

Ya que todo vive mientras forma parte de la santísima Trinidad, está claro que la separación de sus partes corresponde al homicidio, igual que la separación de la cabeza respecto del cuerpo. Precisamente por eso Dios dice a Hildegarda, *“no debe haber cabeza sin vientre y sin los demás miembros”* (Sc.III, XI, p. 466). **Porque la vida está en el Padre, Él es la verdadera cabeza de todo ser viviente que debe prestarle su “cuerpo” para poder vivir.** Igual que la Iglesia que es cuerpo místico del Hijo. Como dice Hildegarda en pos de los Evangelios, *“el Hijo de Dios es la Cabeza de la Iglesia; el vientre y los demás miembros que siguen son la Iglesia y sus hijos”* (Ibíd.). Lo mismo se puede decir sobre la familia, que como cualquier unión viviente, tiene imagen humana formada de la unión de la cabeza que es el hombre, y del cuerpo que es la mujer, mientras que los dos juntos representan el cuerpo místico de Dios. Por eso fue prescrito por Dios: *“que no separaran en el hombre lo que, por designio divino, estaba unido en él”*, ya que eso significaría matar, cuando fue dicho: *“No matarás”* (Ex 20, 13), *“ni desgarrarás, pues, - repite Hildegarda, - lo que ha sido hecho a imagen de Dios”* (Sc.II,V, p. 186-187).

Sin embargo fue precisamente eso que quiso hacer Lucifer, que era la estrella más brillante del círculo décimo, más cercano a Dios, del orden angelical. Siendo criatura, no era otra cosa que la parte del cuerpo místico del Padre; pero por su soberbia quiso *“dividir la integridad de lo divino”*. (Sc.I,I, p.26), manifestando así la insumisión a la suprema razón. Es decir, quiso ser otra cabeza y crear su propio mundo. Pero como dice Dios: *“¿Acaso conviene que en un mismo pecho haya dos corazones? Tampoco en el cielo debe haber dos dioses”* (Sc.I.III. p.28). En su arrogancia Lucifer, como un homicida, atentó contra la vida y por eso fue arrojado del cielo a las tinieblas. Así, según Hildegarda, al quedarse vacío el círculo décimo de los coros angelicales donde él habitaba antes, Dios decidió sustituirlo por otra criatura, esta vez de carne, para que no se repitiese lo que hizo Lucifer, y sacando de éste toda la gloria, la guardó para el hombre, predestinándolo al círculo décimo. Pero las aspiraciones del demonio no desaparecieron. Hildegarda testifica que al advertir que *“Eva...albergaba en sus entrañas la entera muchedumbre del género humano”* (Sc.I, II, p. 29-30), Lucifer, en las tinieblas a donde fue arrojado por Dios, se dijo a sí mismo: *“He aquí mi fuerza: la procreación de los hombres; por tanto el hombre es mío”* (Ibíd., p. 34), y desde ahí le inculcó a la serpiente, que más le correspondía por su aspecto, seducir a Eva. *“Como el ladrón, - escribe Hildegarda, - que entra furtivamente para robar la joya más noble y preciosa del rey, así se deslizó con engaños la serpiente añagaza desde la voraz entraña del Demonio y arrebató pérfidamente la amada gema de la santa inocencia y la castidad en la que el Espíritu Santo habitaba”* (Sc.II, III, p. 130). Es decir, quiso él mismo ocupar el lugar del Padre, sustituyendo Espíritu Santo por su espíritu impuro, y logró hacerlo cuando Eva, instigada por él, degustó la manzana del árbol prohibido y la dio a comer también a Adán. El significado de la manzana prohibida que llevó a Adán y Eva a la caída, Dios lo explica a través de Hildegarda, diciendo: *“después de que Adán y Eva fueron expulsados del jardín de las delicias, conocieron la obra de concebir y parir hijos. Pero como al caer en la muerte por su desobediencia percibieron la dulzura del pecado - cuando supieron que podían pecar -, transformaron la justicia de esta obra procreadora que Yo instituí en placer ignominioso...”* (Sc. I, II, p. 34). En este pasaje se aclaran dos cosas: la primera es que a la forma actual de la concepción y parto el hombre, según Hildegarda, la conoció después de su caída, es decir, fuera del paraíso; la segunda es que esa forma se contrapone a la otra, instituida por Dios que fue transformada, en expresión de Hildegarda, en placer ignominioso. En «Scivias» Hildegarda reiteradamente indica que el placer corporal es ignominioso, porque apetece la carne y, ya que la carne es sólo polvo cuando no reconoce a Dios, apetecer la carne es lo mismo que apetecer la muerte. Es por eso que dice Dios: *“la unión de la mujer al hombre... no se realizará en el olvido de Dios”* (Sc. I, II, p. 30), porque consumido en el placer carnal, carece del Espíritu Santo que, según el Apóstol, siempre lucha contra la carne (Gal 5, 17), y su fruto no es de vida, sino *“de*

muerte” (Rom 7, 5). Por esa misma razón a esa obra Hildegarda la llama “*homicida*”, porque despreciando la razón suprema y su sabiduría, se concentra en el cuerpo. Así el Espíritu Santo se queda apartado de la procreación y la imagen trinitaria se resulta como si dividida o decapitada. Mientras tanto es justamente el Espíritu Santo el que mantiene cualquier imagen viviente, uniendo sus partes, es decir la cabeza mística con el cuerpo místico. Es como si fuera el eje de la Trinidad. Por eso dice Cristo: *“Todo pecado y blasfemia se perdonará a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu Santo no será perdonada. Y al que diga una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero al que la diga contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el otro.”* (Mt 12; 31-32). También Hildegarda señala como pecado el menosprecio del Espíritu Santo en la concepción, lo que a su vez nos hace recordar las palabras de Yahvé decepcionado en Génesis (6, 3): *“No permanecerá para siempre mi espíritu en el hombre, porque no es más que carne; que sus días sean ciento veinte años”*. A los engendrados sin participación del Espíritu Santo Hildegarda los llama “*engendrados en la miseria humana*” (Sc.II, VII, p. 263), “*concebidos en el pecado*”, “*nacidos en la culpa*”, (Sc.III, X, p.441), etc. Con ese tipo de concepción Hildegarda vincula también la aparición de todo tipo de dolor que rompe la armonía de la construcción celestial. Dios dice, según ella: *“... (Que)se abstenga de entrar en Mi templo la mujer, que corrompe su integridad virginal con varón hasta que sane la llaga de su corrupción”* (Sc. I, II, p. 38). Eso una vez más quiere decir que la concepción primordialmente ideada no debía interrumpir la integridad virginal de la mujer que, según fue revelado a Hildegarda, *al principio gozaba de la inocencia y doncellez de sus esponsales, estando junto a su esposo aún intacta*” (Sc.II, VI, p. 233). En muchas ocasiones Hildegarda muestra que la carne concebida de la simiente del varón, es pesada² y difiere de la carne celestial, porque *“con el sabor de la manzana que Adán probó en desobediencia, penetró en su carne y en su sangre una perniciosa dulzura y así surgió la ponzoña de los vicios”* (Sc.I, IV, p. 68), que desde aquel tiempo permanece en la simiente del varón. Así igual que el hombre, sometido a Dios, se opuso a Él cuando quebró su precepto, también la creación, sometida al hombre para servirle, se opuso al hombre.

4. La Salvación

Pero si la mujer o el “cuerpo” fue la causa de esta tragedia, la salvación también surge del mismo causante, es decir de la mujer o del “cuerpo”, que vuelve a la unión vital con Dios, su cabeza. Esa mujer es Santa María, o nueva Eva, que *“a Su hijo recibió, no de carne de varón empapado por el deseo, sino del secreto del Padre de todos”*. A esa carne Hildegarda la llama “*carne verdadera*” y al Hijo “*el Hombre verdadero*”. Quienes “*imitan a Mi Hijo en la castidad*”, - dice Dios en Hildegarda, - *con ellos se puebla la Jerusalén Celestial*” porque abandonaron los vicios y amaron las virtudes. (Sc.I, III, p. 33). Al deseo carnal Hildegarda contrapone los goces celestiales. He ahí cómo lo hace en un pasaje con un gran valor poético: *“Me despojaré de las pasiones carnales para unirme al Amado, a la sombra de Su amor me sentaré, a la sombra largamente apetejada, colmada de Su ardor me cobijará del infesto fuego”*. ¿Cómo? *Embriagada de pasión por Su amor, someteré el fuego del amor carnal, al que apagaré con la voluntad de mi alma. Por eso su dulce fruto, que saboreó mi alma al suspirar por el Señor, es más dulce a mi paladar que toda la dulzura sentida de la carne, otrora apetejada*”, porque es “*el bálsamo de la resurrección a la vida, por la que los muertos se han levantado, el bálsamo celestial que cura las heridas de los pecados...*” Eso es el amor celestial donde la virginidad se une al único Esposo, al que nunca tocó el pecado”, se une “*sin deseo de la carne, siempre floreciendo con Él, en el gozo de las nupcias reales*” (Sc.III, VIII, p. 401-402). En su poema “*Ave, María. De Santa María*” Hildegarda escribe:

*¡Ave, María, creadora de vida!
Al reconstruir la salvación,*

*perturbaste a la muerte
y aniquilaste a la serpiente.
Hacia ésta Eva se elevó
con su cuello erguido,
henchida de soberbia.
A aquélla aplastaste
cuando engendraste
al Hijo de Dios desde el cielo.*

Así María restauró la unión conyugal con Dios, la que fue destruida por Eva, y el fruto de esta restauración es Cristo concebido sin la semilla, sembrada en el hombre por el demonio. De este modo la antigua serpiente fue aplastada y la humanidad encontró el camino de la liberación. De eso se trata también el dibujo de Hildegarda que figura bajo el nombre del «*Amor de Dios*».



Aquí nuevamente vemos la imagen trinitaria de Dios: la misma cabeza del Padre, usando como cuerpo el de su Hijo, que simboliza simultáneamente tanto al Hijo como a la Hija en la representación de María como la Esposa con el manso cordero en el área del corazón. La mansedumbre de María, permitiendo que actúe el Espíritu Santo del Amor de Dios, con el nacimiento del Hijo Divino ha derrotado a la serpiente, a la que pisa con sus pies. El monstruo aplastado junto con la serpiente, que muerde la oreja derecha del monstruo, simboliza al hombre caído, vicioso, que presta su oído a la serpiente en lugar de escuchar a Dios. De esta manera la cabeza de la serpiente ocupa el lugar de Dios y también de la cabeza del monstruo que junto con su cuerpo constituye la imagen espiritual de la serpiente, como una inversión blasfema e infernal de la Trinidad Divina. El monstruo es negro y horroroso y manifiesta tanto la imagen de la humanidad caída como la del llamado Hijo de la Perdicción a quien el Demonio, imitando a Dios, hará nacer de su semilla criminal a través de una madre depravada como “*la cabeza de la iniquidad*”, quien en un reflejo infernal de Cristo vendrá para defender y restaurar la trinidad falsa, formada por su padre Lucifer, que por “*la carne envenenada*” se había apoderado de la humanidad. Por eso Cristo, que es el único camino de la salvación, nacido sin la participación de éste, nos enseña a rezar al *Padre que está en los cielos*, para no confundirlo con aquel que usurpó la paternidad de los hombres, intentando formar una trinidad falsa. Por eso a la Santa Trinidad

Hildegarda la llama “la Trinidad verdadera”, la que lleva en sí la vida, mientras que lo creado por el Demonio lleva en sí la muerte.

Para esa Santísima Trinidad verdadera Hildegarda de Bingen tiene también un dibujo especial que abarca todo lo dicho.

Pero para entenderlo mejor recordemos las palabras de Cristo: “Pues en la resurrección, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, sino que serán como ángeles en el cielo” (Mt 22, 30) o las palabras del Apóstol, que reflejan el estado espiritual o celestial del hombre: “ya no hay...ni hombre, ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús” (Gal 3, 28). La forma angelical que vemos dentro del círculo, es Cristo, es decir,



el hombre verdadero hecho de aquella, en expresión de Hildegarda, “luminosa materia”⁴ o carne, en la cual el hombre y la mujer forman una unidad indivisible, una unidad que vive eternamente. Lo último lo indica el círculo fogoso, en el cual se encuentra esa figura, y que representa al Espíritu Santo, ya que “por Él fue concebido según la carne, el Hijo único de Dios, nacido de una Virgen en el tiempo, que irradió en el mundo la luz de la claridad verdadera”.

4 Sobre esa luminosa materia Hildegarda escribe en su espléndida sinfonía dentro de los poemas, dedicados a María, Madre de Dios, bajo el nombre “¡Magnífica gema!”. En la traducción presentada en el libro “Scivias” en la p. 487, suena así:

Oh gema esplendorosa, sereno despuntar del Sol
Que ha colmado tu regazo cual manantial
Del corazón del Padre dimanado:
Su Palabra Única
Por ella creó la materia primera de este mundo
Que Eva llenó de sombras.
El Padre hizo esta Palabra hombre en tu seno
Así que tú eres la luminosa materia
Por la que exhaló la Palabra todas las virtudes
Como de la primera materia forjó
La creación toda.....

En el libro “Sinfonía de la armonía de las revelaciones celestiales” se presenta otra versión de la traducción de este poema (p. 73)

También vemos que todo lo abarca otro círculo de la luz esplendorosa blanca que, como explica Hildegarda, es el Padre. Ese dibujo una vez más muestra que, según Hildegarda, la simiente celestial está en el corazón Divino, es decir, en el Espíritu Santo que arde siempre en amor como aquella zarza bíblica que ardía, pero no se consumía nunca. (Ex 3, 2) Y sólo esta simiente espiritual es responsable por la vida humana, por el crecimiento de un pueblo espiritual tal como Dios había prometido a Abraham (LDO I.I. VIII (IX)).

Bibliografía

- * Hildegard de Bingen. Sinfonía de la armonía de las revelaciones celestiales. Traducción de María Isabel Flisfisch. Introducción y comentarios de María Isabel Flisfisch, María Eugenia Góngora, Italo Fuentes, Beatriz Meli y María José Ortúzar. Editorial Trotta, S.A., 2003.
- * Hildegarda de Bingen. Scivias. Conoce los caminos. Traducción de Antonio Castro Zafra y Mónica Castro. Editorial Trotta, S.A. 1999.
- * Hildegarda de Bingen Liber Divinorum Operum (sólo la traducción de una visión, hecha por prof. Azucena Fraboschi).
- * Biblia de Jerusalén. Nueva edición revisada y aumentada. Editorial Desclée De Brouwer, S.A., 1998.

2005

¿Pudo acaso Cristo casarse y
tener descendencia?
(Contestando al “Código da Vinci”)

Ya no es ninguna novedad que el objetivo principal del libro “El código da Vinci” de Dan Brown y de la película filmada sobre el mismo por Ron Howard, es plantar una duda acerca de Jesús. Esta, a primera vista inofensiva, en realidad pretende, desendiosándolo a Cristo, dar un golpe mortal a la fe cristiana. La duda se provoca por el falso “postulado”:

“Cristo se caso con María Magdalena (o la tuvo como la pareja sexual) y tiene descendencia”.

“¿Y por que no?”- puede preguntar uno. Realmente, el “postulado” parece inofensivo, ya que se basa en la humanidad de Cristo: si fue un hombre, debería tener todas las singularidades de este. Es un punto de vista bien mundano. Hasta se encuentran algunos religiosos pertenecientes a distintas confesiones cristianas que no dudan en decir: “y si fuera así, igual no cambiaría nada, ya que no es eso lo que importa en Cristo”. Pero sí, cambiaría mucho, porque desvaloraría tanto la palabra misma de Cristo como el sacramento de su nacimiento. Basta sólo revisar el texto de los Evangelios canónicos para ver la falsedad de tales suposiciones. Sólo el pensar que Cristo pudo tener descendencia carnal de María Magdalena significaría no entender de nada el sentido de sus siguientes palabras:

«Estáis en un error, por no entender las Escrituras ni el poder de Dios. Pues en la resurrección, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, sino que serán como ángeles en el cielo. Y en cuanto a la resurrección de los muertos, ¿no habéis leído aquellas palabras de Dios cuando os dice: Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob? No es un Dios de muertos, sino de vivos.» (Mt 22, 29-32)

Lo mismo leemos en el Evangelio de Lucas:

«Los hijos de este mundo toman mujer o marido; pero los que alcancen a ser dignos de tener parte en aquel mundo y en la resurrección de entre los muertos, ni ellos tomarán mujer ni ellas marido, ni pueden ya morir, porque son como ángeles, y son hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección. Y que los muertos resucitan lo ha indicado también Moisés en lo de la zarza, cuando llama al Señor el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. No es un Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos viven.» (Lc 20, 34-38)

De eso se trata también su siguiente conversación con los discípulos acerca del matrimonio, que manifiesta claramente la incompatibilidad de los instintos carnales con los cielos:

*“Dícenle sus discípulos: “Si tal es la condición del hombre respecto de su mujer, no trae cuenta casarse”. Pero él les dijo: “No todos entienden este lenguaje, sino aquellos a quienes se les ha concedido. Porque hay eunucos que nacieron así del seno materno, y hay eunucos que fueron hechos tales por los hombres, y **hay eunucos que se hicieron tales a sí mismos por el Reino de los Cielos.** Quien pueda entender, que entienda”* (Mateo 19, 10-12).

Dios que se encarnó en Jesucristo también habló de eso en el Antiguo Testamento:

“No diga el eunuco: «Soy un árbol seco.» Pues así dice Yahveh: Respecto a los eunucos que guardan mis sábados y eligen aquello que me agrada y se mantienen firmes en mi alianza, yo he de darles en mi Casa y en mis muros monumento y nombre mejor que hijos e hijas; nombre eterno les daré que no será borrado.” (Is 56, 3-5)

Los dos fragmentos claramente indican que - aunque es difícil entender – los que desisten de los deseos carnales son más gloriosos en los cielos. Es decir, si bien Cristo no niega el matrimonio terrenal, pero da a saber que el celibato es mucho más preferible, - la idea que después repite el Apóstol Pablo: “ bien le está al hombre abstenerse de mujer. No obstante, por razón de la incontinenia, tenga cada hombre su mujer, y cada mujer su marido...” (I Cor 7, 1-2 y todo el capítulo).

Entonces, el abstenerse de los deseos carnales, incluso de la mujer, se presenta como el camino ideal (aunque no indispensable en el estado actual del hombre) para alcanzar el Reino de los Cielos, donde viven los santos.

Un testimonio sobre la santidad de los habitantes celestiales da también el siguiente texto del Apocalipsis (14, 1-5), donde se dice:

*“...Seguí mirando, y había un Cordero, que estaba en pie sobre el monte Sión, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que llevaban escrito en la frente el nombre del Cordero y el nombre de su Padre... **Estos son los que no se mancharon con mujeres, pues son vírgenes.** Estos siguen al Cordero a dondequiera que vaya, y han sido rescatados entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero, y en su boca no se encontró mentira: no tienen tacha.”*

Como evidencia el fragmento, aquí se habla de los que siguieron a Cristo habiéndose renunciado a sus deseos carnales, ya que eran *vírgenes*, es decir, nunca tocaron a una mujer y no saben mentir.

Pero ¿quién es más santo que el mismo Cristo? ¿Podría Él admitir la preferencia del celibato sólo para Sus discípulos sin darles Su propio ejemplo y obrando como un pecador común y corriente que cae en la tentación de la carne? Es evidente que insistir en eso no es otra cosa que acusar a Cristo de mentiroso, hipócrita y farsante.

¿Acaso puede un hombre o una mujer abandonarse al celibato, como lo hicieron y hacen miles o millones de cristianos – monjes y monjas –, sin tener delante suyo un ejemplo tan convincente que los impulse hacer lo que desde el punto de vista del hombre mundano no se justifica de ninguna manera? Está claro que no. Y ese ejemplo es de Jesús Cristo, el Cordero de Dios, que vino al mundo por la misma razón, es decir, **para liberar a las personas de la esclavitud de sus propios deseos carnales y revelar la nobleza y la belleza de la imagen humana primordial - la imagen que, según los fragmentos presentados, se relaciona evidentemente con el misterio de la virginidad.** “Quien *pueda entender, que entienda*”, - dice Jesús, revelando así que el asunto es muy difícil de entender para la mentalidad humana, pero no imposible.

Del mismo misterio de la virginidad se habla también en los muchos lugares del Antiguo Testamento que se revelan a la luz del Nuevo Testamento. Por ejemplo, predicando el triunfo de sus hijos sobre el diablo (bajo cuya influencia actúan los reyes terrenales), Dios dice por la boca del profeta:

“Ella te desprecia, ella te hace burla, la virgen hija de Sión. Mueve la cabeza a tus espaldas la hija de Jerusalén.” (Is 37, 22).

Con el mismo misterio está relacionado también el misterio del nacimiento de Cristo que fue engendrado no del deseo del hombre, sino del Espíritu Santo a través de la Virgen María. (Mt 1, 18-25 y Lc 1, 27-35). Es un lenguaje Divino que nos vuelve nuevamente al sentido misterioso de la virginidad que es, como observó Juan Pablo II en su «*Mulieris dignitatem*», el signo del Reino Celestial y venidero.

Pero ¿cómo entender todo esto? ¿En qué entonces consiste el misterio del matrimonio? y ¿de donde surgió el falso rumor sobre la relación carnal entre Jesucristo y María Magdalena y su “descendencia” carnal?

Comencemos por la última pregunta. El surgimiento de ese rumor tuvo su pretexto en las siguientes líneas del Evangelio apócrifo según Felipe, 55:

“... la compañera [de Cristo es maría] Magdalena. [El Señor amaba a María] más que a [todos] los discípulos (y) la besó en la [boca repetidas] veces. Los demás [...] le dijeron: «¿Por qué [la quieres] más que a todos nosotros?» El Salvador respondió y les dijo: «¿A qué se debe el que no os quiera a vosotros tanto como a ella?»».

De haber destacado sólo este fragmento de todo el contenido del Evangelio *quienes no pueden entender* hicieron sus “importantes” conclusiones que completamente contradicen tanto a las palabras de Jesucristo y a la enseñanza de la Iglesia como al mismo Evangelio apócrifo según Felipe. Para persuadirse en esto y contestar, en la medida de lo posible, a las otras dos preguntas,

obsevemos todos los lugares correspondientes de este Evangelio. Y quizás a primera vista ellos nos parezcan absurdos, pero en realidad guardan en si las verdades profundas relacionadas con la esencia del immaculado matrimonio como la base de la Vida eterna.¹

Primero hay que admitir que el fragmento en cuestión no es completo, ya que en la misma subsección antes de las palabras presentadas se dice lo siguiente:

“La Sofía —a quien llaman «la estéril»— es la madre de los ángeles; la compañera [de Cristo es María] Magdalena...” etc. (Ev. seg. Felipe, 55)

Aquí tenemos una comparación entre Sofía, la madre de los ángeles y la compañera de Cristo María Magdalena. Se sabe que Sofía es una palabra (un nombre) griega que significa Sabiduría². En el Antiguo Testamento hay libros dedicados a la Sabiduría que allí se presenta como una personificación de la compañera Divina que participa en todas sus creaciones. He ahí como ella misma se revela: *cuando arriba condensó las nubes, cuando afianzó las fuentes del abismo, cuando al mar dio su precepto - y las aguas no rebasarán su orilla - cuando asentó los cimientos de la tierra, yo estaba allí, como arquitecto, y era yo todos los días su delicia, jugando en su presencia en todo tiempo, jugando por el orbe de su tierra; y mis delicias están con los hijos de los hombres.»* (Parab 8, 27-31)

Como vemos, Sofía, es decir, la Sabiduría es “arquitecto” del Señor, es decir, la que “realiza” y justamente con ella se compara María Magdalena, la compañera de Cristo. Sabiendo que “Dios no ama sino a quien vive con la Sabiduría.” (Sabid 7, 28), podemos hacer una conclusión razonable que María fue elegida por Jesús a causa de su extraordinaria capacidad de la absorción de la palabra del Señor. Eso atestigua, por ejemplo, el hecho que “mientras Marta, (su hermana) estaba atareada en muchos quehaceres” María, “sentada a los pies del Señor, escuchaba su Palabra” (Lc 10, 38-42)

Por eso cuando Marta, su hermana, acercándose dijo a Jesús: «Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola en el trabajo? Dile, pues, que me ayude.», El le respondió: “«Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola. María ha elegido la parte buena, que no le será quitada. » (Lc 10, 41-42)

Hasta que punto María tomaba a pechos la palabra del Señor se ve de la siguiente replica del Mismo:

« ¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies. Ella, en cambio, ha mojado mis pies con lágrimas, y los ha secado con sus cabellos. No me diste el beso. Ella, desde que entró, no ha dejado de besarme los pies. No ungiste mi cabeza con aceite. Ella ha ungido mis pies con perfume” (Lc 7, 44-46). (Lo que “esta mujer” fue María, hermana de Marta y Lazaro, se testimonia en Jn 11, 2)

Así en la conducta de Maria percibimos una perspicacia sabia. Y si Jesús fue la encarnación de Dios, ella se portaba como la Sofía. Seguramente eso debía ser el motivo de la presencia de tal comparación en el fragmento del Evangelio apócrifo que consideramos.

Pero prestemos atención también al hecho que aunque las “delicias” de Sofía- Sabiduría “están con los hijos de los hombres” y que, según el Evangelio apócrifo, es “la madre de los ángeles”, este mismo dice que la llaman “estéril”.

1. Entre los evangelios apócrifos hay falsos y verdaderos. Son falsos, cuando su contenido contradice a las Sagradas Escrituras canónicas del Antiguo y Nuevo Testamentos (tal es, por ejemplo, el Evangelio según San Juan que no sólo por los pensamientos sino hasta por el estilo se difiere de las conocidas escrituras que le atribuyen). Y son verdaderos cuando amplían nuestro conocimiento ya formado por los libros canónicos sin contradecirlos. A estas últimas pertenece, por ejemplo, el Evangelio según Felipe; también en cierto modo el Evangelio según Tomas y otros.

Considerándolos bajo la luz del Antiguo y Nuevo Testamentos de la Biblia se puede definir claramente, cuales de estas escrituras apócrifas (o de sus fragmentos) coinciden con la verdad constructiva y cuales no coinciden.

2. De la Sabiduría más detalladamente hablaré en el libro “Creación del mundo” que estoy preparando.

En relación a esto recordamos las palabras del profeta Isaías que repitió el apóstol Pablo:

“Pues dice la Escritura: Regocíjate estéril, la que no das hijos; rompe en gritos de júbilo, la que no conoces los dolores de parto, que más son los hijos de la abandonada que los de la casada” (Gal 4, 27; Isaías 54, 1)

De ahí surge sólo una conclusión: la esterilidad en la tierra de algún modo se relaciona con la fertilidad en el cielo. Sobre los nacimientos en la tierra y en el cielo el mismo Evangelio según Felipe cuenta:

“Más numerosos son los hijos del hombre celestial que los del hombre terrenal. Si los hijos de Adán son numerosos —a pesar de ser mortales—, ¡cuánto más los hijos del hombre perfecto, que no mueren, sino que son engendrados ininterrumpidamente!” (28)

Entonces la referencia a María Magdalena en este contexto nos hace pensar que ella se convirtió en la madre de los ángeles que viven eternamente, pero no tuvo ninguna descendencia terrenal, porque su matrimonio no fue como los matrimonios de la tierra que genera a los mortales, y como se ve del fragmento del mismo evangelio, presentado abajo, representaba *“una unión sin mancha”*:

“El misterio del matrimonio [es] grande, pues [sin él] el mundo no existiría. La consistencia [del mundo depende del hombre], la consistencia [del hombre depende del] matrimonio. Reparad en la unión [sin mancha], pues tiene [un gran] poder. Su imagen radica en la polución [corporal]. (60)

Eso significa que la imagen de la unión matrimonial conocida está manchada. Pero ¿que es entonces *la unión sin mancha*?

En el mismo Evangelio se dice que *“el matrimonio impoluto es un verdadero misterio”*, que *“no es carnal, sino puro; no pertenece a la pasión, sino a la voluntad; no pertenece a las tinieblas o a la noche, sino al día y a la luz.”* (122) y también que

“La cámara nupcial no está hecha para las bestias, ni para los esclavos, ni para las mujeres mancilladas, sino para los hombres libres (seguramente, de la pasión) *y para las vírgenes”* (73). Las últimas palabras subrayan una vez más la diferencia entre el matrimonio terrenal y el celestial, ya que en la tierra una virgen al casarse pierde su virginidad, mientras que en el cielo la conserva intacto. Es un misterio.

“Manifiestos están los misterios de la verdad a manera de modelos e imágenes,- continua el Evangelio, - mientras que la cámara nupcial —que es el Santo dentro del Santo— permanece oculta.” (124)

A la luz de lo dicho el beso del Señor adquiere un sentido especial. Es un testimonio de *“la unión sin mancha”*. La esencia de ésta fue, en forma abreviada, expresada por el profeta Ezequiel:

“Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcaís según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas.” (Ezeq 36, 27). Ese espíritu se infunde por la palabra de la boca. Es por eso que dijo Jesús:

“Quien bebe de mi boca, se hará semejante a mí. Yo mismo me convertiré en él, y los secretos se le revelarán.” (Evang.ap. según Tomas, 108), es decir; se llenara del Espíritu Santo. O en otras palabras, adquirirá la sabiduría. Y esa palabra es como el beso del amor:

“[el que ...] por la boca; [si] el Logos hubiera salido de allí, se alimentaría por la boca y sería perfecto. Los perfectos son fecundados por un beso y engendran. – se dice en el mismo Evangelio. - Por eso nos besamos nosotros también unos a otros (y) recibimos la fecundación por la gracia que nos es común.” (31)

Todos sabemos que en la tierra nadie nace del beso. Por eso es evidente que aquí no se habla del nacimiento carnal, sino del espiritual que se funda sobre la unión perfecta de los dos en una imagen. Así como dice el profeta David:

“Mas yo, en la justicia, contemplaré tu rostro, al despertar me hartaré de tu imagen.” (Salmos 17, 15)

Esa saciedad es la concepción, ya que da comienzo al reflejo de la esencia del amado con la palabra y el hecho, creando innumerables imágenes que son los hijos verdaderos del hombre. Precisamente de esto habla el siguiente fragmento del Evangelio que consideramos:

“Las obras del hombre provienen de su potencia; por eso se las llama las «Potencias». Obras tuyas son asimismo sus hijos, provenientes de un reposo. Por eso radica su potencia en sus obras, mientras que el reposo se manifiesta en los hijos. Y estarás de acuerdo en que esto atañe hasta la (misma) imagen. Así, pues, aquél es un hombre modelo, que realiza sus obras por su fuerza, pero engendra sus hijos en el reposo.” (Evang. Seg. ú. n Felipe, 86)

Pero ¿cuáles la causa de la “polución corporal” que mancha la unión perfecta y priva al hombre de la eternidad? El mismo Evangelio así contesta a esta pregunta:

“Mientras Eva estaba [dentro de Adán] no existía la muerte, mas cuando se separó [de él] sobrevino la muerte. Cuando ésta retorne y él la acepte, dejará de existir la muerte.” (71)

Y después en las subsecciones 78-79: *“Si la mujer no se hubiera separado del hombre, no habría muerto con él. Su separación vino a ser el comienzo de la muerte. Por eso vino Cristo, para anular la separación que existía desde el principio, para unir a ambos y para dar la vida a aquellos que habían muerto en la separación y unirlos de nuevo. Pues bien, la mujer se une con su marido en la cámara nupcial y todos aquellos que se han unido en dicha cámara no volverán a separarse. Por eso se separó Eva de Adán, porque no se había unido con él en la cámara nupcial.”*

Se trata aquí de aquella unión perdida entre el hombre y la mujer que les debía proporcionar la inmortalidad y la que ahora es muy difícil de entender. Al separarse Adán y Eva ya no podían contener el Espíritu Santo en sí, y se convirtieron en los portadores de los espíritus impuros de los cuales dice el mismo Evangelio:

“Entre los espíritus impuros los hay machos y hembras. Los machos son aquellos que copulan con las almas que están alojadas en una figura femenina. Las hembras, al contrario, son aquellas que se encuentran unidas con los que están alojados en una figura masculina por culpa de un desobediente. Y nadie podrá huir de estos (espíritus) si se apoderan de uno, de no ser que se esté dotado simultáneamente de una fuerza masculina y de otra femenina —esto es, esposo y esposa— provenientes de la cámara nupcial en imagen.” (61)

Sin embargo aquí mismo Cristo promete que **“Los separados serán unidos [y] colmados. Todos los que [entren] en la cámara nupcial irradiarán [luz], pues ellos [no] engendran como los matrimonios que [...] actúan en la noche. El fuego [brilla] en la noche (y) se apaga, pero los misterios de esta bodas se desarrollan de día y (a plena) luz. Este día y su fulgor no tienen ocaso. Si uno se hace hijo de la cámara nupcial, recibirá la luz. Si uno no la recibe mientras se encuentra en estos parajes, tampoco la recibirá en el otro lugar. Si uno recibe dicha luz, no podrá ser visto ni detenido, y nadie podrá molestar a uno de esta índole mientras vive en este mundo, e incluso, cuando haya salido de él, (pues) ya ha recibido la verdad en imágenes.”** (126-127)

Esa buena nueva sobre la restauración de la verdadera humanidad se vincula aquí con la luz, es decir, con el conocimiento de la verdad y – lo que es notable – con el conocimiento de “la verdad en imágenes”. El siguiente fragmento aclara el asunto:

*“... si **la imagen y el ángel están unidos entre sí: tampoco se atreverá nadie a acercarse al hombre o a la mujer. Aquel que sale del mundo no puede caer preso por la sencilla razón de que (ya) estuvo en el mundo. Está claro que éste es superior a la concupiscencia [...] y al] miedo; es señor de sus [...]**”,* evidentemente, instintos. (61)

Entonces, la unión del hombre con la mujer aquí se presenta como la del ángel con la imagen. Es aquella unión que libera al hombre de todo miedo y pasión y lo convierte en el señor de la naturaleza. La unión se realiza, cuando la imagen tan perfectamente refleja al Ángel, que ambos se convierten en uno. En esta unión todo se queda en la superficie, claramente visible, sin ningún

engaño, porque la hermosa forma coincide con el contenido y no hay ni necesidad, ni posibilidad de ocultarlo.

Pero ¿qué espíritu habitaba el cuerpo de Jesucristo, sino el Espíritu Santo? Sospechar que Cristo pudo unirse con una mujer de modo terrenal, significaría privarlo de su divinidad y pureza. En este caso también se perdería el sentido de su nacimiento de una Virgen que fue predicho aun en los tiempos del Antiguo Testamento: “Pues bien, el Señor mismo va a daros una señal, escribía el profeta Isaías: *He aquí que una doncella está encinta y va a dar a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel.*” (Is 7, 14)

El nacimiento de la Virgen tiene gran significado, ya que la carne de aquel que no es nacido del semen del hombre es absolutamente otra. Eso atestigua el mismo Evangelio según Felipe que dice del cuerpo de Cristo: “[su cuerpo] era perfecto: [tenía sí] una carne, pero ésta [era una carne] de verdad. [Nuestra carne al contrario] no es auténtica, [sino] una imagen de la verdadera”. (Ev. Seg. Felipe, 72).

Todos nosotros fuimos creados como “envases” o “tiendas” para la propia estación de Dios, pero al violar una vez las reglas, nos convertimos en la morada de los espíritus impuros. Y toda la lucha de Dios reflejada en las Sagradas Escrituras se trata de la restauración del hombre creado por El para Sí mismo, es decir, para que habite en él el Espíritu Santo del Creador.

Y esa restauración en muchas cosas depende también de nosotros mismos, de nuestra voluntad libre de la pasión y semejante a la que demostró María, la madre de Dios, cuando aceptó albergar en sí el espíritu de Dios.

He ahí como el Evangelio según Felipe nos presenta ese misterio:

“Digamos —si es permitido— un secreto: el Padre del Todo se unió con la virgen que había descendido y un fuego le iluminó aquel día. Él dio a conocer la gran cámara nupcial, y por eso su cuerpo —que tuvo origen aquel día— salió de la cámara nupcial como uno que ha sido engendrado por el esposo y la esposa. Y asimismo gracias a éstos enderezó Jesús el Todo en ella, siendo preciso que todos y cada uno de sus discípulos entren en su lugar de reposo.” (82)

Así, contra aquellos que *no pueden entender* la palabra de Dios e intentan a argumentar su convicción absurda sobre la unión carnal de Cristo con María Magdalena, atestigua hasta el mismo Evangelio al que apelan poniendo en manifiesto su mentira, su desconocimiento y su incompreensión. La descendencia de Cristo es inmensamente mayor que ellos creen. Somos todos nosotros, los cristianos que amamos su palabra e intentamos vivir según ella; son nuestras almas transformadas, que tienen sed de la justicia, de la verdad y de la bondad; asimismo es el enorme número de los ángeles celestiales que no conocemos.

Así que está claro que tras la afirmación sobre la cual Dan Brown construye su libro y Ron Howard, su película, se oculta la lucha de la carne mortal habitada por el espíritu impuro contra Aquel que da vida y quien es el primer hombre verdadero, según lo dicho:

“Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente; el último Adán, espíritu que da vida.” (1 Cor 15, 45)-

No es fácil ser un cristiano verdadero. El Cristianismo autentico llama al hombre a la perfección espiritual. “...*Sed perfectos como es perfecto vuestro Padre celestial*”- dice Cristo en Mt 5, 48, repitiendo lo que Él Mismo había dicho en el Antiguo Testamento:

“Porque yo soy Jehová vuestro Dios; vosotros por tanto os santificaréis, y seréis santos, porque yo soy santo” (Levítico, 11, 44).

Y esa perfección es antes de todo la perfección moral. “*Quien pueda entender, que entienda*”, - dice el Señor, porque no todos entienden, sino sólo aquellos en cuyos corazones Dios grabó sus leyes, aquellos, cuyo único deseo es subir, elevarse más y más hacia las alturas de la verdadera vida, reestableciendo más y más la imagen Divina en ellos mismos, la imagen que habían perdido al sentirse hijos de la carne. Ese deseo es la presencia Divina en el hombre que lo aviva y fortalece como el sol aviva y fortalece a un retoño hasta que sea un árbol fuerte y hermoso, un árbol de la vida. Y lo hace hundiéndolo en el resplandor suave de su amor que nunca se extingue.

Conformemente existe en el mundo una realidad: las personas se dividen en dos categorías: en los hijos de la carne y en los hijos del Espíritu, transformados y renacidos a través de la palabra de Jesucristo. Una mente carnal, que considera sus deseos como la cosa más importante de su vida y que de nada está acostumbrada a privarse, no puede imaginar que, de verdad, existen hombres con el espíritu tan elevado que son dispuestos al auto sacrificio para el bien del prójimo, hombres que ven más allá de la vida terrenal, más allá de la muerte...

Los que insisten en la afirmación gratuita del casamiento de Cristo o los que no niegan esta posibilidad son los hombres de la mentalidad carnal y todavía están muy lejos de entender la fe cristiana y su llamado, desprecian el camino de la transformación que, a pesar de todo, no está cerrado para nadie. Tales hombres apelan a las personas con poca fe, aprovechando su mal conocimiento de los Evangelios y de la Palabra de Dios. Además, la convicción en que Cristo podría tener descendencia, sería un buen terreno para la aceptación de su adversario (prometido por la Sagrada Escritura) en calidad de Su descendente. A eso ya a su manera se dedica la “Nueva Cronología de la Historia Universal” que se desarrolla en la Universidad Estatal de Moscú por los doctores de distintas ciencias bajo la dirección de A.T. Fomenko.

El engaño se funda en el sustituir la verdadera descendencia Espiritual de Cristo por una falsa descendencia carnal.

Pero un cristiano verdadero jamás dará importancia a las blasfemias que siempre volaron y siguen volando en el aire, porque en él habla y actúa nadie más que el mismo Jesucristo.

Bs.As.2006-2009,

El misterio de la Santísima Trinidad o ¿cuál es la razón de la moral cristiana?



Índice

El orden Divino
Dios y el hombre
Dios y la familia
Dios y la nación
Dios y la humanidad
Dios y la naturaleza
Dios y el universo
La caída o el mundo al revés
El amor y la envidia
La soberbia y la humildad
La fe y el ateísmo
El significado del matrimonio y del adulterio en su relación a la Santísima Trinidad

El orden Divino

Dios, Creador de la Vida, se presenta como la Santa Trinidad o la unión indisoluble del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Se manifestó como tal después de la creación del hombre *a imagen y semejanza* Suya lo que nos hace suponer que la imagen de Dios es la misma que la del hombre. Como Creador Dios es el Padre y también la Cabeza del hombre, ya que, como dice Evangelio, *la cabeza de todo hombre es Cristo; ...y la cabeza de Cristo es Dios* (I Cor 11, 3)

Consecuentemente todos los hombres forman el Cuerpo místico de Cristo, mientras que Cristo forma el cuerpo místico del Padre. Es decir, el cuerpo se forma según la cabeza o por la cabeza.

- Y ¿Cómo se hace eso?
- A través del Espíritu Santo.
- ¿Qué es, entonces, el Espíritu Santo?
- Es el soplo Divino que aviva a la Criatura.
- Es el amor Divino hacia Su Criatura, es el cemento que mantiene unidos al Padre y al Hijo, formando de estos dos una unidad indisoluble, semejante a la unidad de la cabeza y del cuerpo que se manifiesta como la Vida, ya que ésta es el contenido y la razón de la Creación.

Así para entender la imagen Divina es menester considerar la imagen humana.

I. Pues, ¿cuál es la imagen humana?

- La integridad de la imagen humana consta de la cabeza y del cuerpo.

- ¿Cuál es la función de la cabeza?
 - El razonamiento.
 - ¿Cuál es la función del cuerpo?
 - Ser instrumento para la obra de la cabeza.
 - ¿Puede vivir el hombre sin la cabeza?
 - No.
 - ¿Puede vivir el hombre sin el cuerpo?
 - No.
 - ¿Se puede confundir la cabeza con el cuerpo?
 - No.
 - ¿Por qué?
 - Porque son cosas distintas y tienen distintas funciones.
 - ¿Qué es necesario para que el hombre viva?
 - La unión armoniosa del cuerpo con la cabeza. Es decir cuando el cuerpo, dotado de sentidos, capta a través de ellos el mandato de la cabeza y los cumple amorosamente.
 - ¿Cómo es tal cuerpo?
 - Tal cuerpo es virtuoso, ya que genera la vida.
 - ¿Cómo la genera?
 - Por formar un conjunto vital con la cabeza.
 - Y ¿cómo se distingue la imagen humana con la del animal que también tiene la cabeza y el cuerpo?
 - Por la presencia del Espíritu Santo y el reconocimiento del Padre Celestial
- II. Así es también la imagen de la Santísima Trinidad. Para entenderla mejor, figurémos a un auriga, dirigiendo un carruaje con unos cuantos caballos de tiro. Con cada uno de ellos el auriga se une a través de las riendas que tiene en sus manos. El carruaje avanza gracias a la sumisión de los caballos al mando del auriga que los concentra en una dirección. El avance es fácil y alegre, porque las fuerzas de los caballos se distribuyen equitativamente: ninguno de ellos siente la carga, sino corre en armonía, tanto con el auriga como el uno con el otro. Y ya que no hay esfuerzo, tampoco hay enfermedad: los caballos son sanos y corren, formando la unidad de confianza con el auriga y disfrutando el apoyo del compañero.
- Ahora bien ¿qué pasaría con el carro si relegáramos al auriga?
 - Cada uno de los caballos correría a un lado distinto según su antojo.
 - ¿Por qué?
 - Porque habrán de perder la unión. Como dice la Santa Escritura: *Heriré al pastor y se dispersarán las ovejas...* (Mc 14 , 27) .
 - ¿Qué pasaría, entonces, con el carruaje?
 - Se rompería.
 - Entonces para que el carruaje sea intacto, es necesaria la unión del auriga con el carruaje con los caballos. Y ¿cómo se realiza esa unión?
 - A través de las riendas.. Esas riendas equivalen a los lazos del amor Divino que mantiene toda la Creación en la vida.
- Así es también el hombre: su cabeza es equivalente al auriga, mientras que su cuerpo, dotado de instintos, al carruaje con los caballos. Si la razón del hombre domina sobre sus instintos, el hombre vive. Pero si, al contrario, los instintos dominan a la razón, el hombre se convierte en un ser mortal.
- Pero ¿Cómo eso pasa?
- III. Ya que Dios es la Suprema Razón y la Vida, Su presencia en toda la criatura tiene una importancia vital, es decir, su presencia es semejante a la del auriga, mientras que el carruaje con los caballos es equivalente consecuentemente al hombre (al varón y a la mujer) con sus instintos;

a la familia con sus hijos; a la nación con sus integrantes; a la humanidad con sus naciones; a la naturaleza con todas las creaturas.

Consideremos sucesivamente estas imágenes vitales.

Dios y el hombre

El hombre vive eternamente cuando forma con Dios un ser glorioso, en el cual Dios es la cabeza y el hombre es su cuerpo místico. Esta unión es semejante a la del auriga con el carruaje, donde el auriga es Dios y el carruaje con los caballos es el hombre, mientras que las riendas, que mantienen unidas todas las partes del cuerpo, avivándolo ininterrumpidamente, representan al Espíritu Santo. Aquí la vida se simboliza por el avance del carruaje. El hombre es sano, cuando todos sus instintos y sentidos, como caballos, están sometidos a la razón suprema de Dios (auriga) que los dirige a través del Espíritu Santo (riendas). Todo en su organismo funciona según su potencia natural, sin abusos ni exageraciones, como un reloj eterno, creando la vida, glorificándola y disfrutando de ella. Así el hombre, sometiéndose a Dios, colabora con Él en la creación eterna de la vida, como los caballos colaboran con el auriga en el avance del carruaje. Y de este punto de vista el hombre, como la criatura, es un instrumento en las manos de Dios, igual que los caballos para el auriga en su tarea de hacer avanzar el carruaje; igual que el cuerpo para la cabeza es un instrumento.¹

- ¿Pero ¿Qué es, entonces, la razón humana o la cabeza del hombre?

- En realidad la cabeza del hombre fue creada como un receptor inmediato de los mandatos Divinos para transmitirlos al cuerpo y así asegurar su funcionamiento armonioso, responsable por la eternidad de la vida. Y por eso la cabeza del hombre simboliza a Dios, y cuando se desconecta de Él, el hombre queda, realmente, decapitado y pronto muere.

- ¿Cómo entender eso?

- Aunque su cabeza se conserve aparentemente, él que manda ya es su cuerpo, porque ahora la cabeza se dedica a abrir los caminos para satisfacer los deseos del cuerpo. Pasa exactamente lo mismo que con el carruaje con los caballos desconectado del auriga.

El hombre ya no escucha las razones de Dios y sigue a los instintos y pasiones de su cuerpo que se portan como los caballos sueltos. Es decir, el hombre pierde la integridad de su ser y como si se divide en sí, exagerando el funcionamiento de todos sus órganos y provocando así sus rápidos agotamientos. Por ejemplo: - come mucho y engorda lo que impide el buen funcionamiento de su organismo y al fin y al cabo lo lleva hacia la muerte; o presta toda su atención al sexo, complaciendo siempre al cuerpo e ignorando la voz de la conciencia, y así, además de provocar su propia muerte, causa la degeneración en su descendencia. Eso pasa, porque, aficionado a los placeres, exagera y abusa el funcionamiento de cada uno de sus órganos vitales y los pronto gasta. Y los mismos que antes funcionaban en armonía formando una unidad vital, ahora se enferman uno tras el otro y el hombre los trata separadamente: el estómago, los pulmones, el corazón, etcétera. Y aunque a veces comprende, que todo el cuerpo tiene que ser tratado por entero, en realidad, siendo desconectado de Dios, no puede hacerlo plenamente. Ahí están las razones físicas de las reglas morales.

Pero los daños, causados por esa desconexión, no son sólo físicos, sino también espirituales. El hombre en este estado se convierte en una máquina de autocomplacencia y aspira a destruir todo lo que le impide conseguir lo deseable y miente, mata, traiciona buscando justificar sus vicios a

1. En relación a esto viene a la memoria lo escrito por el santo Josemaría Escrivá en su libro "Camino": *eres lo que el pincel en manos del artista. -Y nada más. - Dime para qué sirve un pincel, si no deja hacer al pintor.* (n. 612); *Tu deber es ser instrumento.* (n. 484); *Obedeced, como en manos del artista obedece un instrumento -que no se para a considerar por qué hace esto o lo otro-, seguros de que nunca se os mandará cosa que no sea buena y para toda la gloria de Dios.* (n. 617); *a última hora, tú eres el instrumento.* (n. 723)

través de una ciencia falsa. No quiere trabajar. Sólo quiere disfrutar la ociosidad. Se enamora inmensamente de su propio cuerpo, desarrollando en sí el así llamado narcisismo, como aquella creatura que fue dotada de la máxima gloria, pero mal aprovechando de la misma, resultó ser arrojada a las tinieblas, aquella de quien dijo Ezequiel:

*Tu corazón se ha pagado de tu belleza,
has corrompido tu sabiduría por causa
de tu esplendor (28 , 17).*

Tal hombre desprecia a todo el mundo y ama sólo a sí mismo. Pero su amor propio más bien parece al odio, ya que no solamente destruye todo alrededor, sino también a él mismo. Su cabeza ya no cumple su función y aunque mantenga la forma, sede sus facultades al cuerpo que se transforma en un autócrata total. Sin embargo el hombre no puede vivir así mucho tiempo, ya que la vida sugiere el acuerdo armonioso y vital entre su cabeza y el cuerpo, lo que es posible sólo cuando él encomienda la dirección de su vida a Dios-auriga. A esta dirección se puede compararla con la influencia del sol, penetrando por la tierra con sus rayos, avivándola y dándola fecundidad. Como no podría vivir la tierra sin el sol mucho tiempo, así no puede vivir el hombre mucho tiempo sin Dios. Entonces la vida eterna del hombre está determinada por la conexión con Dios a través del Espíritu Santo, a saber, cuando la imagen del hombre es completa. Así es la imagen de la Santísima Trinidad y la destrucción de esta imagen en el hombre provoca su muerte. A eso se refiere San Escrivá de Balaguer, cuando dice: *no olvides que la unidad es síntoma de vida: desunirse es putrefacción, señal cierta de ser un cadáver* (Camino 940) Esa es la razón espiritual de las reglas morales.

Dios y la familia.

La misma imagen está según el designio Divino en la base de la familia humana, donde el padre es el auriga, la esposa y los hijos son el carro con los caballos y las riendas son el amor que les une a todos.

Si el padre es receptáculo Divino, entonces mantiene su familia unida, formando así una unidad fuerte y vital a imagen y semejanza del hombre (creado a imagen y semejanza de Dios), en la cual el padre es la cabeza y la mujer es tanto el cuerpo como la esposa y la madre. Según lo atestigua el Apóstol: *la cabeza de la mujer es el hombre* (I Cor 11, 3). Por eso dice la Santa Escritura: *los dos se harán una sola carne* (Gen 2 , 24; Mt 19 , 5 y otr.). Por la misma razón se revela en Génesis (1 , 27) : *Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, A imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó*. Es decir, la mujer completa al hombre y ni uno, ni la otra pueden existir separadamente, igual que la cabeza y el cuerpo, sin caer en la muerte. Como afirma el Apóstol: *ni la mujer sin el varón, ni el varón sin la mujer, en el Señor* (I Cor 11, 11). A causa de esto Cristo advierte: *Lo que Dios unió, no lo separe el hombre* (Mt 19 , 6). Es decir, no separe la cabeza del cuerpo (que son como el varón y la hembra), porque esa separación lleva hacia la muerte. La causa de eso está en el hecho de que cualquier familia o cualquier unión se forman por Dios. Y con Dios ya constituyen un ser vivo e invisible. La separación destruye esa base y con ella al ser vivo y ofende a Dios que es la cabeza de todo tipo de unión amorosa. **En otras palabras, todo lo creado se basa en la imagen trinitaria que es el eje de la vida.** Entonces, podemos decir: **no separe a Dios de Su criatura o no destruya la imagen de la Santísima Trinidad**, porque aquí está la causa de la muerte.

Cuando la imagen de la Santísima Trinidad está intacta en la unidad de la familia, los lazos del Amor Divino se proyectan a través de la mujer en el amor familiar que asegura tanto el bienestar matrimonial como el de los hijos, que, en este caso, crecen como aquellos caballos del tiro en un ambiente del amor, de la sinceridad y de la justicia, aplicando todo esto después en sus propias familias.

Al contrario, cuando el padre se desconecta de Dios, el carruaje de la familia como si se queda sin auriga y la imagen familiar resulta dividida: en este caso, aunque parezca que los integrantes de la familia se aman mutuamente, en realidad, todos aman más a sí mismos, y si aman también a sus parientes, es sólo porque son los suyos. Así domina el amor propio, escondido bajo el amor a lo suyo. Y los amores propios, a causa de los distintos criterios que cada uno tiene, siempre se contraponen. Como consecuencia, todos los integrantes de la familia comienzan a vivir su propia vida, desconectada de la vida del otro y sin mucha consideración mutua. Oscurece la percepción de la unidad familiar, se achica el amor y con esto, la sinceridad y la justicia. Cada uno de los miembros de la “familia” vive en una soledad de alma y hasta puede convertirse en un enemigo potencial del otro que, como le parece - y es así de verdad - no lo entiende. Entonces manda el desorden que es el desamor hacia el prójimo. En consecuencia, se puede decir que aunque la familia esté presente formalmente, en realidad ya no existe. Sus integrantes, como los caballos sueltos tienen que ellos mismos ocuparse de su sobrevivir a todo costo. Ya son divididos, solos, vulnerables y tienen ilusión que para superar todo esto, deben conseguir el poder sobre el otro. Aparece el sentimiento de envidia hacia el prójimo, el deseo de su humillación y sumisión. Con tal fin comienzan a mentir, destruir y a veces hasta matar. Lo mismo pasa, cuando desesperan conseguir lo que desean: se convierten en los ladrones, homicidas y suicidas.

Como vemos, la causa de toda esa desgracia está en la desconexión de Dios- auriga que, uniendo todas las partes del cuerpo, las convierte en una unidad del bienestar y de la vida, porque a todas las coloca en un lugar propio para cada una de ellas dentro de la imagen trinitaria, formando así un ser viviente con una sola cabeza y un solo cuerpo. La división siempre se debe a la rebeldía del cuerpo que no percibe a la cabeza suprema o, afectado por la soberbia, no quiere aceptar su importancia vital. Por lo contrario, a la cabeza el cuerpo contrapone la soberbia de su autosuficiencia corporal. Por eso la soberbia, igual que todo el mal, se considera en la Santa Escritura como una locura.

Las consecuencias de la rebeldía del cuerpo originan también un tipo de manifestaciones contra la cabeza suprema que se conoce como homosexualismo o lesbianismo, en los cuales la confusión de los papeles del cuerpo y de la cabeza llega hacia su cumbre, ya que la Santísima Trinidad que es tanto la vida como la condición de la vida, se forma de la unidad de dos integrantes distintos y no iguales; es decir, del macho y de la hembra con sus funciones propias. ¿Qué pasaría con la tierra si en lugar del sol que la fecunda, tuviera a su frente a alguna otra tierra? Como el sol para la tierra, así es el hombre para la mujer y como la tierra para el sol, así es la mujer para el hombre. La vida se origina sólo a través de su amorosa unidad. Lo demás origina la destrucción y muerte.

El que ama a Dios se encuentra en disposición de estar conectado con Él. Amar a Dios es reconocer la importancia de ser dirigidos por Él, la importancia del auriga para el carruaje con los caballos. Por eso dice Cristo en Mateo, **22** , 37-40:

“Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu mente. Este es el mayor y primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos está cifrada toda la ley y los profetas”.

Pero también advierte que no puede ser al revés. No se puede amar más al prójimo que a Dios, porque en este caso, al poner a Dios en segundo plano, el lugar que le pertenece como al Creador, ocupa la criatura, lo que también rompe la imagen trinitaria. Es por eso que dice Cristo:

“y enemigos de cada cual son los de su casa. El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí” (Mt 10 , 36-37)

El mismo sentido tiene el pasaje siguiente que exige la entrega total al Señor:

“Si alguno viene junto a mí y no odia a su padre, a su madre, a su mujer, a sus hijos, a sus hermanos, a sus hermanas y hasta su propia vida, no puede ser discípulo mío” (Lc 14 , 26)

No es que hay que odiar a sus parientes, sino extirpar del corazón, como algo hostil al hombre, cualquier amor que pretenda prevalecer sobre el amor a Dios, porque todos somos como aquellos caballos que necesitan a Dios-auriga para poder llevar el carruaje de la vida. Con otras palabras aquí se habla de la moral suprema incondicional que es superior a todo afecto terrenal y todos los lazos corporales. A su vez, amando a Dios, el hombre no puede no amar a su prójimo, porque ese amor surge naturalmente del amor a Dios. Así es el orden del Amor.

Dios y la nación

La nación es igual que una familia grande. La imagen del auriga con el carruaje y los caballos de tiro es válido también para cualquier nación. El auriga es la cabeza del cuerpo nacional mientras que el carruaje equivale a la integridad de toda la nación, y los caballos, a cada uno de sus representantes. Como el hombre tiene una cabeza, en el Cielo hay un solo Dios. Como la familia viviente tiene un solo padre, el pueblo viviente debe tener un solo gobernador. Así es la imagen trinitaria Divina, la única forma que puede vivir: una cabeza, unida por el amor a un cuerpo; un auriga dirigiendo un carro con los caballos a través de las riendas que equivalen a los lazos del amor Divina, lazos que mantienen toda la Creación, igual que el amor familiar mantiene unida toda la familia y el amor nacional, a toda la nación. Pero es así sólo cuando el amor supremo del gobernante es el amor hacia Dios. Cuando el gobernante ama a Dios más que todo, más que al prójimo y más que a sí mismo, es decir, cuando pone la justicia Divina encima de todos los apegos humanos, entonces es un receptáculo Divino, lo imita en los sentimientos y en la forma de gobernar, es decir, ama su pueblo y mantiene a la gente en las condiciones favorables para sus vidas, igual que el hombre que ama su cuerpo y lo cuida. La nación no puede avanzar sin el gobernante, como el carruaje sin el auriga. Tampoco puede avanzar sin que cada uno de sus integrantes ame a Dios antes de todo, ya que sólo este sentimiento los impulsa a someterse al gobernante que, igual que el hombre en la tierra, igual que el padre en la familia, es al mismo tiempo el representante de Dios y Su imagen. Amando a Dios, amará a todos sus compatriotas con un amor abnegado, porque, siendo en el atelaje, cada uno reconoce el valor del otro y lo cuida hasta antes de sí mismo. Así debe ser, porque así es la imagen trinitaria que está en la base de la vida.

Pero, lamentablemente, a causa de la alteración de esta imagen trinitaria, vivimos del modo contrario. La ausencia del auriga, como ya hemos observado, lleva el carruaje a la perdición: los caballos, rompiendo su unidad, toman distintas direcciones.

Lo mismo pasa cuando en lugar de un auriga el carruaje dirigen dos o más aurigas. Siendo personas distintas, los aurigas no pueden coincidir en todo y su desacuerdo tarde o temprano rompe el carruaje, porque, al dividir la "cabeza" - signo seguro de la desconexión de Dios - , intentan llevar el mismo carruaje hacia direcciones distintas. Especialmente se afecta en tales casos la moral pública que, perdiendo su dirección, pierde también su claridad. Igual que los caballos sueltos, cada uno de los integrantes de la nación sigue a su antojo. Las personas en tales países son muy solitarias aunque y porque buscan resolver sus problemas por sí mismas o la una en la otra y no logran. Creen que aman a su pueblo, pero, en efecto, lo destruyen, porque pueden prosperar sólo formando con Dios una persona, es decir, siendo dentro de la imagen de la Santísima Trinidad, que requiere un rey para una nación, unidos ambos por el amor mutuo, como la cabeza y el cuerpo.

Dios y la humanidad

Dios y la humanidad también deben formar una imagen humana, en la cual Dios es la cabeza y la humanidad es el cuerpo, igual que Cristo y la Iglesia. Esa imagen equivale a la del auriga y del carruaje con los caballos, donde Dios es el auriga, el carruaje es el cuerpo integral de la

humanidad y los caballos son cada una de las naciones que la representan, unidas por el Amor Divino que como el sol las alumbró a todas. Aunque las naciones se distinguen por sus particularidades, por sus culturas, etc., según el designio Divino, no debían ser divididas entre sí y no debían contraponerse, sino, siendo conciente de aquel ser único que forman, tendrían que estar unidas una con la otra por un amor muy profundo que las impulsara a cuidarse mutuamente, así, como el hombre cuida todas las partes de su cuerpo, considerándolas igualmente valiosas para la plenitud de su vida. Esa es la esencia del cristianismo y su imagen, no como está ahora, sino como está llamada a ser y debe ser en la eternidad. Dentro de la conciencia cristiana ya no existen distintas naciones, sino el cuerpo de Cristo. Como dice el Apóstol: *“os habéis revestido del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador, donde no hay griego y judío; circuncisión e incircuncisión; bárbaro, escita, esclavo, libre, sino que Cristo es todo y en todos”* (Col 3, 9-11).

Este hombre nuevo es aquel que, como ya he dicho, ve la integridad del cuerpo que forma la humanidad con Dios, por eso no difiere los pueblos y las naciones en el suyo y en los ajenos, sino se siente familiar y parte de todos.² Entonces el verdadero patriotismo tiene que ver con esa imagen íntegra y, reflejando el mandamiento de Cristo, se manifiesta primero en el amor a Dios antes de todo y después en el amor al prójimo que en esta vez se presenta como una nación ajena.

El que ama a Dios, ama a las familias y naciones ajenas como a su familia y a su nación, estando siempre de guardia del bienestar de todas, sin otras prioridades excepto la justicia que es el testimonio de la prioridad del amor hacia Dios .

Eso es el significado del patriotismo verdadero:

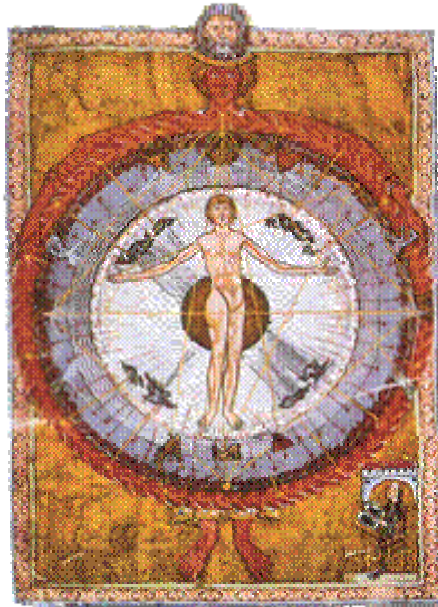
sentirse hijos de Dios en primer lugar y después hijos de la nación y de la familia, lo que en el mundo cristiano llevaría a la resolución de los conflictos internacionales no según el ego nacional, sino según la suprema justicia. En el caso contrario, cuando la humanidad se encuentra desconectada de Dios, se resulta dividida en las naciones, que, como ya mencionados caballos sueltos se quedan sin defensa y vulnerables una ante la otra, porque al perder la unión, dejan de ver la integridad del cuerpo que forman y sólo observan sus diferencias. Así comienza el cruce de las ambiciones, del odio, de la envidia, las guerras. Cada una quiere dominar al resto a toda costa tanto política como espiritualmente, igual que los seres humanos, cuando están inconscientes del lugar y papel Divino en sus vidas. *Tu propia voluntad, tu propio juicio: eso es lo que te inquieta*, - advierte Josemaría Escrivá (Camino n.777), es decir, las inquietudes aparecen, cuando en nuestra ciega soberbia no permitimos que actúe Dios.

Y ahí podemos concluir que el símbolo de Dios y de la vida es la unidad de toda la criatura y el símbolo del mundo y de la muerte es la división. La unidad es posible sólo bajo el mando del único criterio, mientras que la división se caracteriza por la ausencia del criterio único lo que lleva al choque de los múltiples criterios, a la lucha eterna, al caos y al fin a la ausencia de la vida. Pero el criterio único que requiere la vida, debe ser Divino y no humano para que no origine un *despotismo*. Ese único criterio es el Amor Divino hacia toda su Obra que fue construida sobre las leyes morales o las leyes de la vida, que es lo mismo. Esas leyes son válidas para todas las dimensiones de la vida que asemejan a un juguete ruso, llamado matrioshka. Es una muñeca de madera que contiene en sí otras tantas iguales, pero cada vez de menor tamaño. Así es también la

2. Por la misma razón el Papa actual Benedicto XVI afirma: *“... quien quiera que se encuentre lejos de su país sienta la Iglesia como una patria en la que nadie es extranjero”* (Ciudad del Vaticano, domingo 19 de junio de 2005. - ZENIT- diario “Cristo hoy”, 23 al 29 de junio de 2005). La misma idea está expresada por el santo Josemaría Escrivá de Balaguer que dice: *“Ser “católico” es amar a la Patria, sin ceder a nadie mejora en ese amor. Y, a la vez, tener por míos los afanes nobles de todos los países. Cuántas glorias de Francia son glorias mías! Y, lo mismo, muchos motivos de orgullo de alemanes, de italianos, de ingleses..., de americanos y asiáticos y africanos son también mi orgullo.*

- *Católico!/: corazón grande, espíritu abierto”* (Camino, n.525)

Creación. A la muñeca más grande podemos compararla con Dios y el resto correspondería al universo creado, a la tierra, a la humanidad, a la nación, a la familia, al hombre, etcétera. A diferencia del juguete, las “muñecas” reales no tienen fin, ya que todo lo que existe y vive forma una “muñeca” con Dios. Así todos estamos en Él y nuestra vida o muerte depende del nivel de nuestra conexión con Dios. La conocida santa alemana del siglo XII Hildegard de Bingen tiene un dibujo que ilustra una de sus visiones. El dibujo se llama “El macrocosmos y el microcosmos” y representa la figura trinitaria de Dios.



En este dibujo vemos la imagen de un hombre que sobre su cabeza lleva una otra cabeza y en su vientre abarca la totalidad de la Creación. Las dos cabezas, una sobre la otra, simbolizan la ley de la vida, según la cual tanto el hombre como todo lo creado tiene vida, cuando encima de su cabeza lleva la de Dios, es decir, cuando se dirige por la razón Suprema o Divina y no por la suya, porque Dios es el Único quien sabe toda la integridad de Su Obra y tiene en sus manos las riendas de la vida. Ese es el significado de la palabra *teóforo*. Los hombres, las familias, las naciones, la humanidad entera - todos somos llamados a ser teóforos, porque en eso está la raíz de la vida.

Dios y la naturaleza

La relación entre Dios y la naturaleza es igual que la relación entre Dios y el hombre, la familia, la nación y la humanidad. La imagen trinitaria incluye a Dios como la cabeza y la tierra como el cuerpo.

Cuando la tierra reconoce a Dios, se convierte en un paraíso. Sus órganos y sustancias vitales que son el sol, los montes, las llanuras, todas las particularidades del paisaje terrenal, las plantas, los vientos, las aguas que corren doquier formando su “sistema sanguíneo”, están llamados a funcionar en la plena armonía. Según la Santa Escritura, tal tierra no traga, ni mata a sus criaturas, no sabe cataclismos devastadores, sino todo en ella constituye la vida y la favorece, porque está sometida a Dios-auriga que dirige el carruaje de la vida terrenal. En el sentido físico el sol, por su función, corresponde a la cabeza de la tierra y por eso simboliza a Dios. En el salmo n.19 el rey David el sol compara con el esposo, diciendo: “Él, *como esposo que sale de su alcoba, se recrea, como atleta, corriendo su carrera.*” Todo lo que hay en la tierra conoce la importancia de cada uno y, conociéndola, se llena del amor. Entonces todas las cosas confiesan, repletos de

goce, como su única función la alabanza al Creador y a su obra. *“Los cielos cuentan la gloria de Dios, el firmamento anuncia la obra de sus manos”*, dice el mismo salmo. En tal tierra todos viven en la paz y en el amor mutuo, tanto los hombres como los animales y las plantas y nadie hace daño alguno a nadie. A los reflejos de la dicha tierra los vemos en muchos fragmentos del Antiguo y Nuevo Testamentos. Aquí está uno de ellos como promesa del regreso a la vida, a la plena armonía, para los cuales fuimos creados:

*“ Serán vecinos el lobo y el cordero,
y el leopardo se echará con el cabrito,
el novillo y el cachorro pacerán juntos,
y un niño pequeño los conducirá.
La vaca y la osa pacerán,
juntas acostarán sus crías,
el león, como los bueyes, comerá paja.
Hurgará el niño de pecho en el agujero del áspid,
y en la hura de la víbora
el recién destetado meterá la mano.
Nadie hará daño, nadie hará mal
en todo mi santo Monte,
porque la tierra estará llena de
conocimiento de Yahvé,
como cubren las aguas el mar”.* (Is 11 , 6-9)

Viviendo así en la paz y armonía, se olvidarán las enfermedades:

“Y no dirá ningún habitante: “Estoy enfermo”” (Is 33, 24)

Todas las desgracias de la tierra comenzaron cuando el hombre se rebeló contra el mandamiento de Dios y comió el fruto prohibido. Ese hecho no sólo causó la maldición del hombre, sino también la de la tierra que pisaba: *“maldito sea el suelo por tu causa”* (Gen 3 , 17), dijo Yahvé al hombre, *“ el suelo de donde había sido tomado”* (Gen 3 , 23). Es decir, el *suelo* del que fue formada su carne. Porque, como atestigua la parábola de la cizaña (Mt 13 , 24-30), en su carne (y consecuentemente a través de esta en todo el suelo) junto con el trigo Divino fue sembrada la cizaña del enemigo. Y ahora, privado del Espíritu Divino, el hombre debía hacerse cenizas, es decir, transformarse nuevamente en polvo - en lo que era en realidad. Su soberbia lo hizo a desconfiar al Creador, pero creer a una criatura que lo engañó. Ya que desde aquel tiempo los pensamientos del hombre no se alejan mucho de él mismo, para creer en algo él siempre necesita un testimonio del semejante suyo. Por eso Dios, ardiendo del deseo de rescatar al hombre de la desgracia en la cual éste había caído, debía hacerse hombre, nacer de la inmaculada virgen María mediante el Espíritu Santo y contraponerse así a aquella otra criatura que había causado la desgracia de toda la tierra. Porque a la vez con el hombre todas las criaturas se rebelaron una contra la otra, como aquellos caballos que al perder a su auriga, se vieron de repente en la confusión y angustia, solas y abandonadas a su suerte en un mundo, lleno de peligros que venían no sólo de las personas o animales, sino de la misma tierra que, igual que ellos, se rebeló contra todos sus habitantes. Desconectada de Dios, perdió el equilibrio de la vida y padeció a numerosos cataclismos - tales como tsunamis, terremotos, diluvios, etcétera, - que de vez en cuando afectan a todo el ser vivo y son, en el último término, las consecuencias de la actitud humana. Por eso en la Biblia estos se explican como la ira de Dios, pero también como la consecuencia de las enfermedades de la tierra, causadas por el hombre: *“ Pues se levantará nación contra nación y reino contra reino, y habrá en diversos lugares hambre y terremotos. Todo esto será el comienzo de los dolores de alumbramiento”*. (Mt 24 , 7-8)

De todo lo dicho podemos concluir que una vez rota la imagen Divina en el hombre, se rompe todo. Y para que la tierra vuelva a ser el hogar paradisíaco para el hombre, es imprescindible que el hombre reestablezca su vínculo con Dios, es decir, permita que Dios tome en sus manos las

riendas de su vida. Entonces también la tierra se unirá con el Creador y vivirá alegremente bajo su dirección. El Espíritu Divino la penetrará como la penetran los rayos del sol, aunque en aquella tierra ya no habrá sol, porque su sol será Dios.

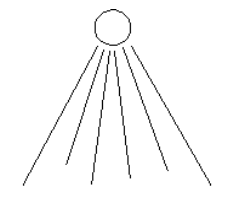
Como dice el profeta: *“no será para ti ya nunca más el sol luz del día, ni el resplandor de la luna te alumbrará de noche, sino que tendrás a Yahvé por luz eterna, y a tu Dios por tu hermosura”* (Is 60 , 19) o como lo atestigua el Apocalipsis (22, 5): *“Noche ya no habrá; no tienen necesidad de luz de lámpara ni de luz del sol, porque el Señor Dios los alumbrará y reinarán por los siglos de los siglos”*.

Dios y el universo

No hace falta repetir que la misma imagen del auriga y del carruaje con los caballos corresponde al vínculo *Dios y el universo*. Los caballos que llevan el carruaje del universo son planetas y galaxias que funcionan como un inmenso reloj en un orden maravilloso que Einstein calificó como *un milagro*. Dios a través del Espíritu Santo las mantiene unidas en este orden, igual que el auriga mantiene unidos a los caballos que llevan el carruaje. Qué pasaría si el hombre, que ve cada una planeta y cada una galaxia separadamente y no alcanza ver toda la imagen trinitaria que ellas forman con Dios, hubiera capaz de realizar su intención de meterse en el orden del universo, ni siquiera podemos imaginar. Es la torre de Babilón bíblica que nunca ni se puede, ni debe, ni habrá de ser construido por el hombre en su estado de caída. Mientras que aquel hombre nuevo y venidero que habrá de nacer del Espíritu Santo no tendrá necesidad construirla, ya que alcanzará el cielo como hijo legítimo de Dios y vivirá allí para siempre en la casa de su Padre.

La caída o el mundo al revés

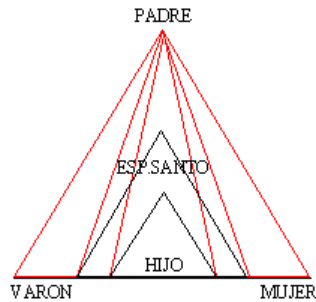
Ya hemos comparado a Dios trinitario con la imagen del sol penetrando por sus rayos a la tierra.



Para intentar a entender mejor el significado vital de la Santísima Trinidad, tracemos los contornos de esta imagen, formando un triángulo isósceles, donde el vértice superior correspondería al Padre, la base al hijo en su representación del varón y de la mujer, y los rayos que unen al Padre con el Hijo, al Espíritu Santo.

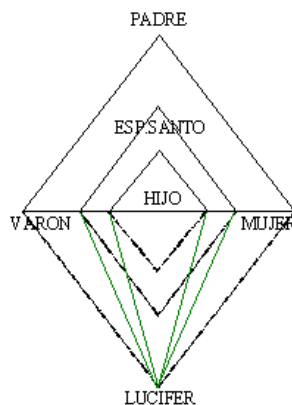


Como he dicho, según esta imagen fue creado todo. Esquemáticamente el modo de la creación podemos expresar con los otros semejantes triángulos dentro del Triángulo grande o Divino, que, además de su imagen triangular autónoma, forman también un triángulo con Dios.



Cualquier de esos triángulos (hombres, familias, naciones, etc.) tiene vida, si se conecta con la razón suprema a través del Espíritu Santo. En el dibujo esa conexión de la creatura con Dios está presentada por los rayitos rojos.

Ahora lo que quiso hacer Lucifer, es crear su propio mundo, imitando al Padre. Pero porque fue sólo una criatura y todo el esplendor suyo tenía prestado del Padre, no pudo hacer nada más que aprovecharse de lo creado por el mismo Padre para transformarlo. Por eso su atención se concentró en el hombre que era una criatura ingenua. Expresando esquemáticamente, construyó su triángulo en la misma base del triángulo Divino, proyectándolo al revés e imitándolo como una sombra. De este modo contra el mundo estable de



Dios apareció un mundo inestable, falso, inseguro, expuesto a los cambios, igual que la imagen, reflejada en el agua, que se mueve, tergiversa y se rompe bajo el menor viento. Así es el mundo pasajero y temporal. En este mundo falso toda la Obra del Padre recibió su sombra volcada y corriente. Sus sostenes son contrarios a los del mundo Divino. Son contruidos en la mentira, porque Lucifer, engañando al hombre, logró raptarlo de Dios, es decir, desconectarlo del Padre - su cabeza y vida - y conectarlo consigo mismo que es, siendo una criatura o el "cuerpo" que rechazó a Dios - su cabeza -, personifica los instintos del cuerpo. De modo que si Dios influye al hombre el Espíritu altruista de la vida y del amor supremo, Lucifer, uniéndose, o conectándose, con el hombre le influye el amor propio o egoísta, cuya ceguera, al fin y al cabo, lleva al hombre a la muerte.

Así frente a los sostenes del mundo Divino, o los sostenes de la vida, los que se llaman *virtudes*, subieron los sostenes del mundo de Lucifer, o los sostenes de la muerte, los que se llaman *vicios*.

De lo considerado se ve que toda la acción humana que favorece a la formación de la imagen de Dios, o de la Santísima Trinidad, es *virtuosa*, porque contribuye a la Vida. Y al contrario, la que destruye la imagen de Dios, o de la Santísima Trinidad, es *viciosa*, porque contribuye a la muerte.

El amor y la envidia

“Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Éste es el mayor y primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos está cifrada toda la ley y los profetas”. (Mateo, **22**, 37-40),

Todas las virtudes nacen del Amor, igual que todos los vicios se originan en la envidia y soberbia.

“Dios es Amor”, dice San Juan en su primera epístola (4, 16). Y ya que, según él, *Dios* también *es espíritu* (Jn 4, 24), el amor asimismo es espiritual y no se puede explicarse químicamente.

- Pero ¿cómo podemos entenderlo?

- El amor es la unión de dos personas que las convierte en una: con un corazón, un alma y una mente o, como dice el Apóstol: en un solo cuerpo y un solo Espíritu (Ef 4, 4), es decir, en la misma Santísima Trinidad, cuya parte hemos llamados a formar desde los tiempos del comienzo de la Creación. Es de ella a la que se tratan los dos mandamientos de Cristo. Entenderlos mejor nos ayudará la misma imagen del auriga y del carruaje con los caballos.

El significado del primer y del mayor mandamiento - *“Amarás al Señor Dios tuyo con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu mente”* (Mt 22, 37), que repite lo dicho también en el Antiguo Testamento: *“Escucha, Israel: Yahvé nuestro Dios es el único Yahvé. Amarás a Yahvé tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas”* (Dt 6, 4-5), - es comparable con la demanda de la sumisión amorosa e incondicional de cada caballo al auriga que se manifiesta como la condición del avance del carruaje (que aquí personifica a la vida).

El segundo mandamiento - *“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”*, que suma los otros antiguos mandamientos, - refleja la necesidad del amor y del cuidado recíproco entre los caballos de tiro con el mismo fin del avance del carruaje, porque el avance depende de la salud y de la fuerza de cada uno de ellos y de su unanimidad.

De otras palabras, los mandamientos requieren que tanto cada uno como todos juntos formen una persona con Dios, o sean partes de Su cuerpo místico. Y esto es posible cuando uno ama más a Dios que a sí mismo, y al prójimo, como a su propia alma, o dicho de otra manera, cuando el sentido de la justicia prevalece sobre cualquier otro sentimiento. Tal amor es siempre abnegado, dispuesto al auto sacrificio. Así fue el amor de Abraham, dispuesto a sacrificar hasta a su propio hijo por el amor de Dios, que de este modo anticipó el otro sacrificio, el gran sacrificio venidero que debía hacer Dios mismo, sacrificando a Su único Hijo homogéneo Jesucristo para nuestra salvación. Así fue el amor de Jonatán, el hijo de Saúl, que habiendo preferido a sus sentimientos filiales la justicia - es decir a Dios -, salvó a David, su prójimo, a quien *“amó como a sí mismo”* (I S 18, 1), de la maldad de su padre (I S 20.). Así es también cualquier amor sacrificial, si es movido por la suprema justicia.

Pero el segundo mandamiento nunca debe ocupar el lugar principal, porque cuando eso pasa, la egolatría divide el mundo según el concepto “yo y el otro”, “lo mío y lo de ajeno”. Y eso es lo que vemos alrededor nuestro. La gente común a menudo cree, que sacrificando la justicia para el bien de sus propios hijos, su propia familia, su propia patria, no comete ningún crimen, porque lo hace por amor al prójimo. Pensando así la gente no se da cuenta, que bajo este “amor al prójimo” se esconde el amor a sí mismo o la egolatría, y todo lo que hace, en fin de cuentas, hace para sí mismo, sin pensar mucho en el resto del mundo o, peor todavía, considerándolo como un enemigo. Es un amor idólatra. Por este tipo de amor, que no reconoce el lugar verdadero de Dios en la vida de cada uno, están afectados, por ejemplo, todos los terroristas-suicidas, todas las personas violentas en general y hasta los pueblos enteros. Viviendo el narcisismo, estos creen que

son los más santos, los más poderosos, los más hermosos, los más queridos por Dios y únicos elegidos para gobernar. Todas las potencias del mundo antiguo y contemporáneo estaban y están convencidas en su exclusividad: tanto no cristianas como cristianas. Y es así, porque los primeros no aceptan y los segundos olvidan que Cristo, el Dios todopoderoso, prefirió nacer y vivir en la humildad y no necesitaba ni tierras, ni poderes terrenales, para vencer el mal y gobernar, porque Su poder se radica en el Espíritu, la única cosa que no se corrompe.

Eso quiere decir, que el verdadero amor humano es aquel que comienza del amor hacia Dios y después, como consecuencia de este, se proyecta en el amor hacia el prójimo. De este amor elevado nace la *sabiduría* que se manifiesta a través de tales virtudes, como: fe, verdad, humildad, caridad, largueza, castidad, perdón, altruismo, sinceridad, serenidad, esperanza, paciencia, templanza, diligencia, alegría, etc. Así es el amor de los Hijos de Dios.

Mientras tanto la egolatría se origina en la *locura* de la **envidia** destructiva que se manifiesta a través de los vicios. Estos se presentan como deformaciones de las virtudes, es decir, en ellos la fe se convierte en el ateísmo; la verdad, en la mentira; la humildad, en la soberbia; la caridad, en la maldad; la largueza, en la avaricia; la castidad, en la lujuria y el libertinaje; el perdón, en la venganza; el altruismo, en el egoísmo; la sinceridad, en la astucia; la serenidad, en la angustia; esperanza, en la desesperación; paciencia, en la ira; templanza, en la gula; diligencia, en la pereza; alegría, en la tristeza; etc. La envidia y la soberbia de Lucifer lo empujaron a rebelar contra Dios, originando la muerte y el infierno. “*La envidia corroe los huesos*”, dicen los Proverbios, mientras que el “*corazón apacible es salud para el cuerpo*” (14, 30). Fue la envidia que empujó a Caín a matar a su hermano Abel. Como admite Santiago, “*donde hay envidia y ambición, allí hay desconcierto y toda clase de maldad*” (3, 16).

A pesar de esto la gente a menudo intenta ennoblecer la envidia, difiriéndola en la sana y la mala o, para evitar el choque que produce esta palabra, cambiándola por la de ambición. Pero tanto una como la otra se basan en un deseo oculto que podríamos sumar de siguiente modo: “*cuesta lo que cuesta, quiero estar en tu lugar*”. La única ambición que se podría considerarse noble, es la “ambición” de recuperar su imagen humana a través de la conexión con Dios, es decir, llegar a ser santo. Pero, en realidad, el deseo de la santidad no se define por la palabra ambición que es la hermana de la envidia. Lo que se logra por la ambición, se logra por el amor propio que ni ve y ni quiere ver nada más allá de sí mismo. Pero es justa la pregunta evangélica: “*¿de qué le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su vida?*” (Mt 16, 26) La envidia es un sentimiento comparable con el caballo suelto, a quien ya no le interesa el destino del carruaje, y que, abandonándose a su propia suerte, lucha para sobrevivir, muriendo al fin y al cabo del cansancio y de las heridas. En otras palabras, es un sentimiento del hombre caído o carnal, desconectado de Dios. “*Todavía sois carnales*”, dice el Apóstol, “*porque, mientras haya entre vosotros envidia y discordia, ¿no es verdad que sois carnales y vivís a lo humano?*” (I Cor 3, 3). “*¿Envidiáis y no podéis conseguir? Combatís y hacéis la guerra*” (St 4, 1-2).

El que pretende convertirse en el Hijo de Dios, o en los que se llaman vivientes, tiene que ahogar en sí la menor chispa de este sentimiento apenas aparezca, pisándolo despiadadamente como si fuera la cabeza de la serpiente.

La soberbia y la humildad

La soberbia (junto con la envidia) es el pecado principal que intervino en el orden Divino y hizo un daño tan grande que sólo Dios sabe sus dimensiones. En la Biblia la soberbia se personifica por el ángel caído, Lucifer. He ahí como le habla Dios por boca del profeta Isaías:

“Ha sido precipitada al Seol tu arrogancia al son de tus cítaras. Tienes bajo ti una cama de gusanos, tus mantas son gusanera. ¡Cómo has caído de los cielos, Lucero, hijo de la Aurora! ¡Has sido abatido a tierra, dominador de naciones! Tú que habías dicho en tu corazón: “Al cielo voy a subir, por encima de las estrellas de Dios alzaré mi trono, y me sentaré en el Monte de la

Reunión, en el extremo norte. Subiré a las alturas del nublado, me asemejaré al Altísimo. ¡Ya!: al Seol has sido precipitado, a lo más hondo del pozo.” (14, 11-15)

Lucifer, siendo la luz que creó el Padre, en su arrogancia, cegado de su propio esplendor, se atribuyó a sí mismo toda la gloria recibida de Dios y, destruyendo el orden de la vida, cimentó el infierno. Y para que esa desgracia no se repita con el hombre, Dios lo vistió en la “carne” o, como dice el apóstol, “*en los recipientes de barro*”. Así son las palabras del apóstol: “*el mismo Dios que dijo: “Del seno de las tinieblas brille la luz”, la ha hecho brillar en nuestros corazones, para iluminarnos con el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo. Pero llevamos este tesoro en recipientes de barro para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros*” (2 Cor 4, 6-7). O diciendo de otra manera, para que el hombre no se atribuya lo que había recibido y no desprecie el resto de la Creación. A eso lo ayuda “*el recipiente de barro*” en el que Dios colocó al hombre y el que le permite, conociendo la muerte, tener la posibilidad de elegir entre la misma y la vida.

“*Ante los hombres está la vida y la muerte*”, dice el Siraj, “*A cada uno se lo dará lo que prefiera*”. (Si 15, 17)

¿Cómo es?, nos ayudará a entender la misma imagen del auriga y el carruaje con los caballos de tiro.

Para poder llevar adelante el carruaje, los caballos de tiro deben ver y aceptar la superioridad del auriga y con plena confianza someterse a su mando. Además deben, cuidar a sus compañeros de tiro, ya que su salud favorece al ajuste de sus pasos, tan importante para el avance del carruaje. De ahí se ve que cuando uno de los caballos comienza a morder a su compañero, dificultando así la marcha, en efecto, desobedece al auriga. Lo que pasa entonces, ya sabemos: el carruaje se rompe.

Igual el hombre. Apenas se cree mejor que su prójimo, está a pocos pasos de creerse Dios y, como consecuencia de esto, se autodestruye, violando el orden de la Santísima Trinidad. Entonces a la soberbia podemos compararla con la locura, mientras que la humildad es la sabiduría, porque es la hermana del amor y nace del conocimiento de la grandeza de Dios.

Como dice San Agustín, Dios nos ha creado para sí mismo. Y es lo mismo que para la vida, pues es Él quien emana la vida. Entonces todo lo que tiene la vida depende de Dios y no puede contraponerse a Él sin cortar el “cordón umbilical” que lo une con Dios y le da vida. Es decir, para tomar parte de la vida, hay que aceptar el papel imprescindible y superior de Dios en nuestra propia vida y servirle, sirviendo, en realidad, a la vida. Y este servicio no es un servicio del esclavo, sino de un ser verdaderamente libre, del Hijo, del colaborador.³

Mientras que cualquier altivez, en fin de cuentas, atenta contra la integridad de la Santísima Trinidad. Por esa razón tanto la soberbia como el orgullo son los vicios más detestables para Dios e, igual que la envidia, constituyen la raíz del todo mal. Fue el orgullo, la soberbia, el deseo de ser como Dios que hicieron a caer a Lucifer y también al hombre. Y para reparar el daño que el hombre hizo a sí mismo, Dios destacó el tiempo histórico del hombre que le ayudaría libremente reconocer el poder de Dios y al final volver a Él, como vuelve el hijo pródigo a su padre. Ese tiempo histórico es el camino del hombre por la tierra que Dios explica así:

“*Acuérdate de todo el camino que Yahve tu Dios te ha hecho recorrer durante estos cuarenta años en el desierto para humillarte, para probarte y para conocer lo que había en tu corazón: si ibas a guardar sus mandamientos o no. Te humilló y te hizo pasar hambre, y después te alimentó con el maná que ni tú conocías ni habían conocido tus padres, para hacerte saber que no sólo de pan vive el hombre, sino que el hombre vive de todo lo que sale de la boca de Yahvé*”. (Dt 8 , 2-3)

3. Como dice J. de Balaguer en los “Amigos de Dios”, “...de todos modos hemos de servir, pues, admitiéndolo o no, ésta es la condición humana -, nada hay mejor que saberse, por Amor, esclavos de Dios. Porque en ese momento perdemos la situación de esclavos, para convertirse en amigos, en hijos”.

[...] *“para al final hacerte feliz”*. (Dt 8, 16)

Aunque suela atribuir este fragmento únicamente a la historia del pueblo israelí, en realidad se trata del camino de todo hombre sobre la tierra, porque en el *“maná”* que simboliza la palabra Divina, saliendo de la boca de Dios y contraponiéndose al pan terrenal (*“para hacerte saber que no sólo de pan vive el hombre”*), podemos reconocer a Cristo que dijo: *“No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”* (Mt 4, 4) y que nació en la tierra lejos de los tiempos de Moisés. Eso hace suponer que la comunicación del fragmento es más bien simbólica y se refiere a todo el camino de los hijos pródigos de Dios en la tierra que todavía no ha terminado, porque nadie, en efecto, ha alcanzado la *“tierra prometida”* que es el Edén recuperado, donde no hay ni enfermedades, ni muerte, mas todo favorece a la vida y todo es la vida. Entonces la definición *“el pueblo de Dios”* no se determina por la carne, sino por el espíritu, es decir, el *“israelita”* verdadero es aquel, quien cree en un solo Dios y reconoce Su orden Divino, fundado en las reglas morales, sea quien sea y de qué pueblo sea. La humillación que sufre el hombre – el hijo pródigo – durante su viaje por el desierto es la parte de la prueba que Dios le definió para combatir su soberbia que causó su caída. Por eso dice el profeta: *“Yahvé Sebaot [...] ha planeado profanar el orgullo de toda su magnificencia y envilecer a todos los nobles de la tierra”* (Is 23, 9).

Y lo hace continuamente. ¿Dónde están los imperios potentes que la humanidad había conocido en todas las épocas? Desaparecieron uno tras otro, disminuyéndose hasta los límites de un solo pueblo o perdiéndose por completo, porque el destino de todo lo que se eleva a sí mismo es la caída en la fosa del infierno. He ahí como lo dice el profeta Ezequiel: *“para que ningún árbol plantado junto a las aguas se engríe de su talla, ni levante su copa por entre las nubes, y para que ningún árbol bien regado se estire hacia ellas con su altura. ¡Porque todos ellos están destinados a la muerte, a los infiernos, como el común de los hombres, como los que bajan a la fosa!”* (Ez 31, 14) Ningún imperio ha sobrevivido en el pasado, ni sobrevivirán los que vendrán consecutivamente en el futuro. Así será hasta el último día de los tiempos cuando Dios definitivamente arrollará cualquier altivez que se contraponga a la Santísima Trinidad. De este día nos cuenta el profeta Isías:

“...será aquel día de Yahvé Sebaot para toda depresión, que será enaltecida, y para todo lo levantado, que será rebajado; contra todos los cedros del Libano altos y elevados, contra todas las encinas de Basan, contra todos los montes altos, contra todos los cerros elevados, contra toda torre prominente, contra todo muro inaccesible, contra todas las naves de Tarsis, contra todos los barcos cargados de tesoros. Se humillará la altivez del hombre, y se abajará la altanería humana...” (Is 2, 12-17).

Y eso no será una venganza, aunque alegóricamente se llame así, sino la manifestación definitiva de las consecuencias de la soberbia del espíritu humano que lo lleva a la autodestrucción. *“¡Ay, los sabios a sus propios ojos, y para sí mismos discretos!”* (Is 5, 21), dice Dios por la boca del profeta. Efectivamente, porque al soberbio se puede compararlo con aquel caballo de tiro que, despreciando al auriga y a sus compañeros de tiro, pretende él mismo dirigir el carro, es decir, tomar las riendas en sus manos. En otras palabras quiere competir con el mismo Espíritu Santo que es la raíz de la vida. Pretender a competir con Él significaría pretender a cortar la raíz de la vida. Por eso la soberbia es el sinónimo y la causa de la muerte. Consecuentemente es el pecado más detestable entre otros, el que nunca se perdonará, como la vida no puede perdonar la muerte, porque la muerte significa la ausencia de la vida. *“Todo pecado y blasfemia”*, dice Cristo, *“se perdonará a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada. Y al que diga una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero al que la diga contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el otro”*. (Mt 12, 31-32)

Como uno amando a Dios naturalmente ama también al prójimo, así despreciando a Dios desprecia naturalmente también al prójimo, asemejándose al dicho caballo que muerde y patea a sus compañeros de tiro, causando el derrumbamiento del carruaje, cuya reparación requiere ora el

arrepentimiento del caballo rebelde y su sumisión al auriga, ora su exclusión de tiro que significaría su exclusión de la vida. Por eso dice el proverbio:

“la arrogancia acarrea deshonra; la sabiduría está con los humildes” (Pr 11, 2)

Lo mismo repiten los apóstoles:

“Quien dice que está en la luz y aborrece a su hermano, está aun en las tinieblas”. (I Jn 2, 9). Por eso *“...No os estiméis en más de lo que conviene; tened más bien una sobria estima según la medida de la fe que otorgó Dios a cada cual”*. (Rom 12, 3), *“Porque si alguno se imagina ser algo, no siendo nada, se engaña a sí mismo”* (Ga 6, 3).

Entonces la sabiduría está en *“la humildad (que) precede a la fama”*. (Pr 15, 33), es decir a la gloria, porque sólo a los humildes Dios *“conduce rectamente y enseña su sendero”* (Sal 25, 9).

La humildad es la conciencia de la grandeza de Dios, de lo que la vida del hombre se relaciona con Dios, se da por Dios y no existe fuera de Él. Como dice el apóstol, *“¿qué tienes que no lo hayas recibido?”* (I Cor 4, 7). Por eso Dios *“salva a la gente humilde y abata los ojos altaneros”*. (2 S 22, 28). Y lo hace con el único fin a salvar a todos, hasta se humilla a Sí mismo mostrando así que la verdadera grandeza nada tiene que ver con la que imagina el hombre:

*“¡Exulta sin freno, Sión,
grita de alegría, Jerusalén!
Que viene a ti tu rey:
Justo y victorioso,
Humilde y montado en su asno,
En una cría de asna”*. (Za 9, 9)

El ejemplo del Señor muestra que *“el que se humille, será ensalzado”*, mientras que *“el que se ensalce, será humillado”* (Mt 23, 12).

Así es la ley de la vida: si uno quiere tener la vida, que deje que la tengan también los otros. Para eso el hombre tiene que sentirse niño ante de la vida, es decir, ante Dios. Y para sentirse niño, debe ser humilde. *“Quien se humille”*, dice Cristo, *“como este niño, ése es mayor en el Reino de los Cielos”* (Mt 18, 4).

Efectivamente, ¿qué es la soberbia? La esencia de la soberbia es el desamor o la ausencia del amor, porque si el amor es paciente, la soberbia es impaciente; si el amor es amable, la soberbia es malevolente; si el amor no es envidiosa, la soberbia se alimenta por la envidia; si el amor es humilde, la soberbia es jactanciosa; si el amor es desinteresado, la soberbia, al contrario sólo busca su interés. Y si la soberbia no relaciona la vida con el amor, entonces uno de sus señales es la ceguera y el otro es el intelecto mediocre que se concentra sólo en sí mismo y fuera de sí no se ve, prácticamente, nada. Las personas soberbias, como admite el Apóstol, *“se recomiendan a sí mismos. Midiéndose a sí mismos según su opinión y comparándose consigo mismos, obran sin sentido”* (II Cor 10, 12).

Mientras que el sentido, como sabemos, está en el ver la unidad de toda la Creación de Dios, en el sentirse integrantes del cuerpo místico Divino en calidad de los Hijos, ocupando cada uno su lugar único (donde él es insustituible) y cumpliendo su deber de la Esposa mística del Señor. A eso nos invoca el Apóstol: *“... con la sinceridad en el amor, crezcamos en todo hasta aquel que es la cabeza, Cristo, de quien todo el cuerpo recibe trabazón y cohesión por la colaboración de los ligamentos, según la actividad propia de cada miembro, para el crecimiento y edificación en el amor”*. (Ef 4, 14-16). El ejemplo de este amor que es sinónimo de la humildad, nos dio Cristo mismo, *“El cual, siendo de condición divina, No codició el ser igual a Dios Sino que se despojó de sí mismo tomando condición de esclavo. Asumiendo semejanza humana y apareciendo en su porte como hombre, se rebajó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó y le otorgó el Nombre, que está sobre todo nombre. Para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en los cielos, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es el SEÑOR para gloria de Dios Padre”*. (Flp 2, 6-11)

Así que, como nos previene el apóstol: “*Nada hagáis por ambición, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando a los demás como superiores a uno mismo, sin buscar el propio interés sino el de los demás*”. (Flp 2, 3), porque: “...el que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo de la misma manera que el Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida como rescate por muchos” (Mt 20 , 26-27)

La fe y el ateísmo

En la Biblia la fe se presenta como la visión de lo invisible, y en primer lugar de Dios invisible. “Moisés”, dice el Apóstol Pablo en su carta a los hebreos, “por la Fe, salió de Egipto sin temer la ira del rey, se mantuvo firme **como si viera al invisible**.” Hb 11, 27) A lo largo del mismo capítulo de la misma carta hay muchos otros semejantes testimonios. La fe pertenece al espíritu y no se vincula con la carne que limita la visión humana. En realidad, la fe es un conocimiento, pero adquirido no por la razón humana, sino por las vías sobrenaturales. Parece a la intuición, pero es mucho más clara y potente. Si, hablando metafóricamente, comparemos la fe con una roca en la orilla del mar, la intuición parecería a las olas rompiéndose sobre sus pendientes, abrazándolas por un instante, pero después deslizándose de ellas y volviéndose nuevamente al mar. El que tiene fe, sabe con certeza. Como dice el Apóstol: “La Fe es garantía de lo que se espera; la prueba de lo que no se ve”. (Hb 11, 1) El conocimiento que proporciona la fe verdadera, es mucho más consciente que parece, y se llama *sabiduría*, porque se refiere al mundo invisible para el ser humano, al mundo espiritual que es el sostén del mundo visible y la única realidad inmutable y eterna, o, diciendo de otra manera, a los cimientos de la vida, que representan la ley Divina. Desde ahí comienza. Según Sb 8 , 4, 8, la sabiduría “*está iniciada en el conocimiento de Dios [...] ella conoce el pasado y adivina el futuro, comprende dichos agudos y resuelve enigmas, conoce de antemano signos y prodigios y la oportunidad de momentos y tiempos*”. Se otorga a los que se abandonan por la búsqueda de Dios. “Pues abandonaste la ley tuya”, dice Dios a Esdras, “y buscaste y te dedicaste a la ley mía. Y dispusiste sabiamente tu vida y llamaste madre a tu sentido. Y por esto te mostré premio junto al Altísimo [...] otras cosas te diré y te mostraré cosas graves y maravillosas” (IV Esd 13, 54-56). Es decir, se la da al hombre, cuando, abandonando sus intereses personales para buscar a Dios y la verdad, él quita de sí toda la impureza humana y se convierte en casto, pues tal es la condición imprescindible para poder recibir la sabiduría Divina que todo atraviesa y penetra exclusivamente “*en virtud de su pureza*”. Como admiten los Proverbios, “*la sabiduría es más móvil que cualquier movimiento y, en virtud de su pureza, atraviesa y penetra todo. Es un soplo del poder de Dios, una emanación pura de la gloria del Omnipotente*” (Sb 7, 24-25). Aplicando lo dicho a nuestra imagen de la Santísima Trinidad, podemos decir que los fieles son aquellos que perciben la realidad del auriga y reconocen su maravilloso e imprescindible papel en la vida del hombre y del universo.

Pero la fe hay que distinguirla de la superstición que busca justamente los intereses personales. Así fue el paganismo, o idolatría, que a no poder proporcionar un criterio único, un fundamento firme para la orientación del hombre, lo deja en la oscuridad total del mando de los instintos: de la “*fornicación, impureza, pasiones, malos deseos y la codicia que es una idolatría*” (Col 3, 5). Esos, preñados de destrucción, traen consigo el temor al prójimo y a todos los elementos del mundo. De esta superstición que no sabe la fe verdadera y luminosa, nacen también la rebeldía contra la naturaleza que se presenta hostil y el deseo de cambiarla y someterla para apagar la angustia interna que atormenta al hombre supersticioso. A partir de este momento la superstición se convierte en una forma del paganismo que se conoce como **ateísmo**. Este podríamos cualificar como la fe al revés, porque el ateo también cree, pero no en Dios, a quien niega, sino a sí mismo, a su capacidad de desafiar la naturaleza, vencerla, convirtiéndose el mismo en dios omnipotente.

Desde el punto de vista de la dicha imagen trinitaria, el ateo se nos presenta como uno de los caballos de tiro que pretende ocupar el lugar del auriga y crea lograrlo, sometiendo despóticamente a sus compañeros del tiro. Pero ¿cómo lo hace el ateo? Al principio esclaviza a la gente, asustándola con la proyección de los peligros que la acechan en el mundo, eliminando al mismo tiempo a aquellos a quienes no logra vencer, después prometiendo la liberación y salvación a través de la ciencia humana.

Sin embargo las criaturas no emanan el espíritu de la vida. Se puede robar su pequeña chispa por un tiempo muy corto, como lo hacen, por ejemplo, los que se dedican al desarrollo de la genética, de la clonación, de los trasplantes de los órganos sin abarcar la integridad inmensa de la Creación, que sólo la fe es capaz de hacer, y sin tener muy clara la interdependencia de todos los elementos. Porque esta chispa robada pronto desvanece, como el agua del mar en las palmas de las manos. Nadie puede lograr a devolver la eternidad al hombre sin el Espíritu Santo. Por eso todos los caminos de la ciencia atea llevan hacia la vanidad, es decir, no van más allá del cadáver. Revisando y seleccionando los desechos que son, por la expresión del Apóstol, *“elementos sin fuerza y valor”*, elevan inmensos castillos de arena que se rompen más fácilmente que se construyen. Es contra las semejantes tentaciones que dice el Apóstol Pablo:

“...nosotros, mientras éramos menores de edad, éramos esclavos de los elementos del mundo... Mas ahora que habéis conocido a Dios... ¿cómo retornáis a esos elementos sin fuerza ni valor, a los cuales queréis servir de nuevo? Observáis los días, los meses, las estaciones, los años. Me hacéis temer haya sido en vano todo mi afán por vosotros.” (Gal 4, 3-5, 9-11).

A tales personas que no ven a Dios-auriga y creen llegar al conocimiento de los cimientos del mundo, del hombre y de su historia por su propia cuenta, la Santa Escritura las llama *“hijos de Agar, que buscan el saber en la tierra,”* es decir, hijos de la esclava, y se refiere a *“los mercaderes de Madián, los narradores de historias y los buscadores del saber,”* que *“no conocieron el camino de la sabiduría ni recordaron sus senderos”* (Ba 3, 23). A esta *“sabiduría”* de los esclavos el Apóstol Pablo la llama *locura*, diciendo: *“La sabiduría de este mundo es locura a los ojos de Dios. En efecto, dice la Escritura: El que enreda a los sabios en su propia astucia”* (I Cor 3, 19).

Pero un cristiano verdadero ya es liberado de esta esclavitud y debe cuidarse para no caer de nuevo en las garras del avasallador: *“Mirad”,* dice el Apóstol, *“que nadie os esclavice mediante la vana falacia de una filosofía, fundada en tradiciones humanas, según los elementos del mundo y no según Cristo. Porque en Él reside toda la plenitud de la divinidad corporalmente, y vosotros alcanzáis la plenitud en Él, que es la cabeza de todo principado y de toda la potestad”*. (Col 2, 8-10). En el caso contrario, cuando el hombre desprecia la sabiduría Divina, es desdichado y trabaja en vano: *“Desdichado el que desprecia la sabiduría y la educación; vana es su esperanza, baldíos sus esfuerzos, e inútiles sus obras. Sus mujeres son necias, sus hijos son perversos, y su posteridad maldita”* (Sb 3, 11-12). Por eso dicen los Proverbios:

*“Mejor es adquirir sabiduría que oro,
Más vale inteligencia que plata”*. (Pr 16, 16)

El hombre, haga lo que haga, sólo entonces adquiere el conocimiento constructivo y verdadero, cuando realiza sus obras en la conciencia de Dios, dirigiéndose sobre todo por la ley moral Divina que siempre construye sin destruir jamás.

El significado del matrimonio y del adulterio en su relación a la Santísima Trinidad

De las cartas del Apóstol Pablo se puede concluir que en el mundo visible los seres vivos son *“improntas”* de las imágenes del mundo invisible, igual que Cristo es la *“impronta”* de la sustancia Divina (Hebr 1, 2-3). Como dice el apóstol, *“si hay un cuerpo animal, hay también un*

cuerpo espiritual” (I Co 15, 44) y el cuerpo animal es la imagen del cuerpo espiritual del que depende la vida y la muerte del hombre.

Como el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Dios, es decir, según el Orden Divino o, dicho de otra manera, según la imagen de la Santísima Trinidad, es evidente que para vivir, debe corresponder a ésta imagen. Por eso los hombres son vivos, cuando sus acciones no destruyen las imágenes primordiales, dadas por Dios a cada uno de ellos con una gracia especial, porque, como dice el apóstol, *“cada cual tiene de Dios su gracia particular: unos de una manera, otros de otra”* (I Co 7, 7). Tales hombres son castos y santos, precisamente como los quiere ver Dios. Son aquellos que están predestinados a vivir por los siglos de los siglos sin fin, porque sus imágenes corresponden a la imagen de la Santísima Trinidad y la reflejan.

Pero la imagen del hombre caído no corresponde a su imagen inicial y representa una alteración de la misma, porque, se puede decir que en él el rábano es cogido por las hojas. Y ya que la imagen del hombre caído es contraria a su imagen primordial, la dicha alteración respectivamente provoca la transformación de las virtudes en los vicios. Y desde ahí las dos imágenes – la primordial y la conseguida por la causa de la caída – entran en la lucha: la primera representando al hombre interior, creado por la razón Divina, y la segunda, al hombre exterior, que se manifiesta a través de los instintos carnales. Ye ahí como dice el apóstol:

“...me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, pero advierto otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Pobre de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo que me lleva a la muerte? [...] Así pues, soy yo mismo quien con la razón sirvo a la ley de Dios, mas con la carne, a la ley del pecado” (Rom 7, 22-23).

Las exigencias de la razón están dentro del círculo de la Santísima Trinidad que consiste en la cabeza, es decir, en la esencia masculina; en el cuerpo, es decir, en la esencia femenina y en el espíritu unificador. Por eso la primera semejanza trinitaria es el matrimonio entre el varón y la mujer que es consagrado. *“Tened todos en gran respeto el matrimonio”*, dice el apóstol, *“y el lecho conyugal sea sin mancha”* (Hebr 13, 4). Cualquier desorden en el matrimonio proviene de la inclinación del hombre de *“andar tras la carne”*, que a su vez significa *“insultar las Glorias”* (II Pedro 2, 9-13), porque la Gloria es el símbolo del purísimo cuerpo Divino. Por eso el apóstol exige el respeto mutuo y amor sincero entre los cónyuges que así junto con el Espíritu Santo los dos formen un solo ser celestial, predestinado para la vida.

De ahí las relaciones espurias significan una ofensa a la Gloria Divina y dividen al ser celestial, formado por el matrimonio. Y ya que Dios nos ha hecho para sí mismo, para que formemos Su cuerpo y seamos Sus instrumentos de la vida, al destruir a ese ser celestial por razones carnales, en efecto, arrebatamos nuestro cuerpo de Dios y lo entregamos al ajeno, es decir a Lucifer, ya con él formando la unidad. Dicho de otro modo, unimos “el cuerpo con el cuerpo” en lugar de unirnos el cuerpo con la cabeza. Ya que cualquier criatura respecto a Dios, que es la Cabeza de todo, simboliza el “cuerpo”, en la Sagrada Escritura el cuerpo que niega a Dios es comparado con la prostituta o con el adultero. De este punto de vista Lucifer que, siendo criatura, ocupa el lugar del “cuerpo” o de la “mujer”, se personifica como la prostituta. *“¿No sabéis”, dice el apóstol, “que vuestros cuerpos son miembros de Cristo? Y ¿había de tomar yo los miembros de Cristo para hacerlos miembros de prostituta? ¡De ningún modo! ¿O no sabéis que quien se une a la prostituta se hace un solo cuerpo con ella? Pues está dicho: Los dos se harán una sola carne. Mas el que se une al Señor, se hace un solo espíritu con Él. ¡Huid de la fornicación! Todo pecado que comete el hombre queda fuera de su cuerpo; mas el que fornicar, peca contra su propio cuerpo. ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que no os pertenecéis? ¡Habéis sido bien comprados! Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo”* (I Co 6, 15-20)

De ahí está claro que todas las personas tienen dos opciones: o formar un ser con Dios o formar un ser con el príncipe de las tinieblas, es decir, o vivir eternamente o morir para la vida para siempre.

Todo esto depende del papel que uno otorga a su propio cuerpo: lo ve como ejecutor o como director. Ahora, todos los vicios o pecados tienen que ver con el cuerpo como director. Y el hombre se convierte en aquel, con quien se une. Aquí está la razón por que la Sagrada Escritura considera como pecados la bestialidad, la sodomía, el incesto, el adulterio y la lujuria que es la forma espiritual de adorar y rendir tributo al enemigo de Dios. Simbólicamente y juntos todos esos vicios representan distintas formas de la unión “del cuerpo” con “el cuerpo” y testifican sobre la destrucción por el hombre de la imagen trinitaria, responsable de su vida.

Marzo del 2006

Sobre el arquetipo Divino de la masculinidad y de la feminidad o el lugar del varón y de la mujer en la Santísima Trinidad

El diario argentino “Cristo hoy” (num. 614, de 2 al 8 de marzo de 2006, Pág. 14) ha publicado un artículo sobre el libro de la doctora en teología Blanca Castilla de Cortázar “*¿Fue creado el varón antes que la mujer? Reflexiones en torno a la antropología de la creación*”, que se trata de dos textos, llamados contradictorios, del Génesis sobre la creación del hombre (1, 1- 2, 4 y 2, 4-25). El problema considerado en el libro se concluye por la autora con siguientes palabras:

“Hay que llegar a descubrir cuál es el arquetipo divino de la feminidad. Es decir, la mujer, que es persona, está creada a imagen de Dios trino. Pero aún está por desarrollar dentro de la ortodoxia dónde se encuentra el arquetipo de feminidad en Dios. Esto desde el punto de vista teológico”.

Mas considerando la cuestión, he llegado a la conclusión que los dos textos del Génesis no se contradicen, sino se complementan, indicando el lugar tanto del hombre como de la mujer en el seno de la Santísima Trinidad. Ahora vemos, como.

Antes de todo analicemos la base de la Santísima Trinidad, señalada por el apóstol en las siguientes palabras, referidas al Hijo:

“El (Hijo) es Imagen de Dios invisible, Primogénito de toda la creación, porque en él fueron creadas todas las cosas [...] todo fue creado por Él y para Él...” (Col 1, 15-16).

De ahí podemos hacer cinco conclusiones:

- 1) se llama Hijo, porque fue engendrado;
- 2) se llama primogénito, porque fue engendrado antes de la creación del mundo o antes de los tiempos;
- 3) ya que el mundo fue creado **en Él**, entonces El representa el lugar donde se realizó la creación, semejante al cuerpo de la mujer, donde se engendran los hombres, es decir, tiene un aspecto femenino;
- 4) ya que todo fue creado **por Él**, es el la razón que ideó la creación y siendo la razón comparable con la semilla espiritual, tiene también un aspecto masculino;
- 5) entonces, partiendo de los anteriores, se puede decir que la imagen de Dios es doble, es decir, es masculino y femenino a la vez: masculino, porque es Él quien engendra, y femenino, porque el lugar donde se engendra y se crea, se encuentra en Él. Exactamente eso atestigua el primer fragmento de la Génesis (1, 27): “*Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó*”. De ahí en el primer lugar se ve que la imagen del hombre es semejante a la de Dios y en el segundo lugar que la imagen de Dios encierra en sí tanto el principio masculino como el femenino. Para entender eso, contestemos a las dos siguientes preguntas:

- 1) ¿Cuáles la imagen del hombre? y
- 2) ¿cómo correlacionan en Dios lo masculino y lo femenino?

En cuanto a la primera pregunta, podemos decir que la imagen del hombre consta de la unión de dos cosas distintas: de la cabeza que piensa y del cuerpo que realiza todo lo que piensa la cabeza.

Lo que se refiere a la segunda pregunta, a ésta responde el apóstol: “*Quiero que sepáis que la cabeza de todo hombre es Cristo; y la cabeza de la mujer es el hombre; y la cabeza de Cristo es Dios.*” (I Cor 11, 3) De ahí podemos deducir que todo hombre es el cuerpo místico de Cristo; la mujer es el cuerpo místico del hombre; y Cristo es el cuerpo místico de Dios.

Entonces podemos decir que lo masculino y lo femenino en Dios se relacionan entre sí como la cabeza y el cuerpo.

Del otro lado, si Dios (Padre) que engendra, respecto al Hijo, es la cabeza – principio masculino – y el Hijo, respecto a Dios (Padre), es el cuerpo – símbolo femenino -, a Dios y al

Hijo se puede comparar también con el Esposo y la Esposa, que en la Biblia se llaman también como Adán y Eva.

En el segundo relato sobre la creación del mundo y del hombre Dios crea primero a Adán, que simboliza la cabeza humana, y después forma de la costilla de Adán durmiendo a Eva como ayudante, que simboliza el cuerpo humano, y los desposa como la cabeza y el cuerpo para que sean una sola carne, formando así la imagen del hombre completo.

La misma conclusión parte del siguiente fragmento de la Epístola a los hebreos 1, 2-3, donde el Hijo es llamado la gloria de Dios: *“Hijo a quien instituyó heredero de todo, por quien también hizo el universo; el cual, siendo **resplandor de su gloria e impronta de su sustancia**, y el que sostiene todo con su palabra poderosa, llevada a cabo la purificación de los pecados, se sentó a la diestra de la Majestad en alturas”*.

Bajo el *“resplandor de su gloria e impronta de su sustancia”* desde el punto de vista presentado hay que entender Su “cuerpo” y también Su “mujer”, porque en la Santa Escritura la gloria es sinónimo del cuerpo y de la mujer. Como se dice en I Cor 11, 7, 11, el varón *“es la imagen de la gloria de Dios; pero la mujer es gloria del varón [...] Ni la mujer sin el varón, ni el varón sin la mujer, En el Señor.”*

En otro lugar se dice: *“Tu Esposo es tu hacedor, Yahveh Sebaot es su nombre”* (Is 54, 5). Eso quiere decir que todo lo creado por Dios se correlaciona con El en el sentido del Hijo, de la Esposa y del cuerpo.

Diciendo de otra manera, el Creador se manifiesta a través de lo Creado como el Padre se manifiesta a través del Hijo; el Esposo, a través de la Esposa; la cabeza a través del cuerpo.

De lo presentado podemos concluir que el vínculo entre el Creador y el Hijo engendrado es de triple semejanza: Padre-Hijo, Esposo – Esposa, cabeza-cuerpo. Lo mismo se puede decir respecto al Creador y todo el mundo y cada cosa, ya que todo lo creado corresponde a Su cuerpo místico, a Su Esposa mística y a Su Hijo místico. Por eso dice Dios por boca de Isaías sobre Jerusalén resucitado: *“...a ti se te llamará “Mi Complacencia”, y a tu tierra, “Desposada”. Porque Yahvé se complacerá en ti, y tu tierra será desposada. Porque como se casa joven con doncella, se casará contigo tu edificador, y con gozo de esposo por su novia se gozará por ti tu Dios.”* (Is 62, 4-5).

Desposarse con Su creación a través del Espíritu Santo, esa es la intención de Yahvé y el orden de la vida en que cada cosa busca su unión con el Creador.

Entonces la unidad entre el Creador y lo engendrado o lo creado es como la unidad de la cabeza con el cuerpo o del Esposo con la Esposa: y como la cabeza no puede ser sin el cuerpo, ni el cuerpo sin la cabeza, así el Esposo no puede ser sin la Esposa, ni la Esposa sin el Esposo.

Y la creación significa la multiplicación de esas imágenes de semejanza. Así al principio fue sólo Dios como Espíritu de la razón. Al engendrar a su Hijo (o a la Esposa) antes de los tiempos, de hecho, se formó Su propio “cuerpo” substancial místico e invisible o un instrumento para Su actuación. Después por la ayuda del Hijo (Esposa) creó en el mismo Hijo (Esposa) todo el mundo visible y todas las cosas visibles en la misma dependencia consigo mismo en la cual la cabeza, el Padre y el Esposo se une por los lazos del amor y para la vida eterna conformemente con Su propio cuerpo, Hijo y Esposa.

Así es la imagen trinitaria de Dios que consiste en la unión indisoluble del Creador con lo creado, o del Padre con el Hijo, o del Esposo con la Esposa, realizada por el Espíritu Santo en la forma semejante a la unión vital de la cabeza del hombre con su cuerpo, es decir, así es la Santísima Trinidad.

Concluyendo, podemos decir que el Padre y el Hijo, unidos por el Espíritu Santo forman una imagen invisible o espiritual, dotada de la cabeza que es el Padre y del cuerpo que es el Hijo. Y ya que la cabeza es la que piensa y siembra y el cuerpo es el que alberga y realiza lo sembrado, a los dos se puede comparar también con el Esposo y la Esposa unidos por el amor.

A su vez el Hijo, como creador del mundo, también forma con el mundo una sola imagen mística, donde el Hijo en Su relación con el mundo - en este caso llamado “la Iglesia”- es la cabeza creadora o el Esposo, mientras que el mundo, en relación al Hijo es el cuerpo ejecutor o la Esposa, ambos unidos por el Espíritu Santo de amor.

Asimismo el Hijo forma una sola imagen humana con cada uno de los hombres, representando la cabeza de cada uno de ellos, mientras que cada uno de ellos simboliza el cuerpo místico del Hijo, o a Su Esposa mística, o a Su hijo.

De igual manera el varón forma con su mujer una imagen humana, en la cual él como sembrador simboliza la cabeza de la mujer, mientras que la mujer que alberga la semilla, corresponde al cuerpo y así juntos el varón y la mujer, unidos por el Espíritu Santo de amor, fueron creados para que formen una sola carne.

A su vez el hombre – tanto el varón como la mujer - tiene la cabeza y el cuerpo, formando así una sola carne avivada por el Espíritu Santo.

Así es la imagen trinitaria de Dios unido misteriosamente por el Espíritu Santo con toda la creación como la cabeza con el cuerpo - una imagen que se multiplica en todo lo viviente.

Entonces, podemos afirmar que **el arquetipo divino de la feminidad se encuentra en el cuerpo místico de Dios que es Su gloria, porque en él habita el Espíritu de Dios, mientras que el arquetipo divino de la masculinidad se encuentra en la cabeza de ese cuerpo místico, es decir: en el Padre.** Así es la imagen del hombre íntegro, así es la imagen de Dios por la cual fue hecho el hombre. Bajo la palabra “el hombre” se entiende en la Biblia tanto el varón como la mujer, mejor dicho su unión; bajo el nombre de Adán se entiende tanto al varón como la cabeza y bajo el nombre de Eva se entiende tanto a la mujer como el cuerpo.

Partiendo de esto se puede decir que **el primer fragmento bíblico sobre la Creación habla de la creación del hombre en su integridad y el segundo, describe la creación del hombre más detalladamente, por las partes que forman la imagen humana, es decir, primero de la cabeza y después, del cuerpo.** En relación a esto, la pregunta “¿El varón antes que la mujer?” pierde su sentido, ya que en ambos fragmentos se habla de la creación **de una sola alma**, dotada de la cabeza, del cuerpo y del Verbo que relacionan entre sí como el varón, la mujer y el Espíritu del amor. Y ya que todo lo que vive somete a la misma imagen, Cristo dice: “*Lo que Dios unió, no lo separe el hombre*” (Mt 19, 6) que significa:

- no corte la cabeza o no sepárela del cuerpo;
- no destruya la familia que sería lo mismo que separar la cabeza del cuerpo;
- no prive el pueblo de su rey que es lo mismo que decapitarlo;
- no aleje la criatura del creador que sería lo mismo que descabezar la criatura;
- mantenga la imagen divina según la cual fuiste creado y a la cual está sometida toda Creación, respetando Su integridad que consiste en la unión de dos entes heterogéneos.

Marzo del 2006

El significado sacramental de la monogamia o por que la Iglesia insiste en la monogamia

En los últimos tiempos se ha creado mucha incertidumbre respecto a la monogamia, especialmente a lo que se refiere a sus raíces. Algunos piensan que para el ser humano la forma más natural del matrimonio es la poligamia, en cuanto a la monogamia, la consideran como un invento de los hombres, surgido a razón de la distribución de los bienes hereditarios. Los otros hacen estadísticas para descubrir “la verdad”. A menudo se escuchan comparaciones con el mundo animal, como si los hábitos animales fuesen los más auténticos para los hombres.

De las religiones del mundo la única que decididamente condena y prohíbe la poligamia e insiste en la monogamia es la religión cristiana. Pero ¿Cuál es la razón de esa insistencia en la monogamia?

Como se deduce de las Sagradas Escrituras, las raíces del matrimonio cristiano o de la monogamia cristiana se esconden en el sagrado sacramento de la creación de la vida, en aquella relación vital, por la cual el Creador se une tanto con el Hijo engendrado como con todo lo creado, y la cual simplemente se llama la ley de la vida, cuyo símbolo terrenal representa el matrimonio entre un hombre y una mujer. Esa ley de la vida de otra manera se llama Santísima Trinidad o Dios en tres personas que son: el Creador, el engendrado (o también lo creado) y el amor que los une. La tradición cristiana a esas tres personas llama el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Dios Trino tiene imagen humana, ya que, según la Santa Escritura, al hombre Dios ha creado a Su imagen y semejanza. A juzgar por la misma Santa Escritura, la Santísima Trinidad que representa la unión de las dos Personas, realizada por la Tercera, es semejante a la unión de la cabeza y el cuerpo del ser humano, pues se dice: *“La cabeza de Cristo es Dios”* (I Cor 11, 3), o de otra manera: Dios es la cabeza del Hijo. Consecuentemente, si Dios es la cabeza del Hijo, el Hijo engendrado es la imagen del cuerpo místico de Dios. Su unión es la unión vital, porque sin esta unión no hay vida, como no hay vida cuando la cabeza del hombre es separada de su cuerpo. Ni cabeza sin cuerpo, ni cuerpo sin cabeza. Así es Dios y así es también el hombre.

Además de comparar la unión entre el Dios Padre y el Dios Hijo con la cabeza y el cuerpo del hombre, la Santa Escritura la compara también con la unión conyugal en la cual el Hijo es unido al Padre como Esposa a Su Esposo, es decir como un ayudante.

“... quiero que sepáis que la cabeza de todo hombre es Cristo; y la cabeza de la mujer es el hombre; y la cabeza de Cristo es Dios” (I Cor 11, 3), - dice el apóstol y lo repite en otras ocasiones (por ejemplo, en Ef 5, 22-33, donde además se dice: *“Así deben amar los maridos a sus mujeres como a sus propios cuerpos. El que ama a su mujer se ama a sí mismo”*.)

Lo mismo se ve del cuento bíblico sobre la Creación del hombre. Primero en la Génesis se dice: *“Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios lo creó, macho y hembra los creó.”* (Gen 1, 27)

Después el proceso de la Creación se describe más detalladamente: *“No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada” ... Entonces Yahvé Dios hizo caer un profundo sueño sobre el hombre, que se durmió. Y le quitó una de las costillas, rellenando el vacío con carne. De la costilla que Yahvé Dios había tomado del hombre formó una mujer y la llevó ante el hombre. Entonces éste exclamó: “Esta vez sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne. Ésta será llamada mujer, porque del varón ha sido tomada.” ... y se hacen una sola carne.”* (Gen 2, 18-24)

Esa *“una sola carne”* es como la cabeza y el cuerpo que forman a una sola persona: la cabeza que siembra y su ayudante, el cuerpo, que realiza lo sembrado.

A ese relato de Génesis el apóstol añade: *“El varón...es imagen de la gloria de Dios; pero la mujer es gloria del varón... Por lo demás, ni la mujer sin el varón, ni el varón sin la mujer, en el Señor”* (I Cor 11, 7, 11).

Si la mujer en el sentido sacramental corresponde al cuerpo del varón, entonces bajo la gloria hay que entender el cuerpo místico tanto de Dios como del varón. De ahí podemos concluir que Adán corresponde a la cabeza del hombre y Eva al cuerpo del mismo. Y como el cuerpo no puede vivir sin la cabeza, ni la cabeza sin el cuerpo, así no pueden vivir separadamente *“ni la mujer sin el varón, ni el varón sin la mujer”*. Sólo pueden vivir unidos, es decir *“en el Señor”* que es la Unión.

De ahí está claro que el matrimonio cristiano en el sentido sacramental representa la imagen humana que supone una cabeza para un cuerpo. Es muy simbólico que cuando a veces nacen bebés con dos cabezas para un cuerpo o con una cabeza para dos cuerpos, no pueden vivir mucho tiempo y mueren. Y es porque la ley de la vida exige una cabeza para un cuerpo. Lo mismo en el matrimonio: un marido para una mujer. Unidos con amor para la vida, juntos ellos forman una imagen humana que es la imagen de Dios. Desde este punto de vista la separación significa la destrucción de la imagen humana y Divina. La destruye también la poligamia que en el sentido sacramental significa una cabeza para muchos cuerpos. Y la destrucción de la imagen Divina que es también la humana, significa la muerte.

Una vez el hombre rompió su unión con Dios, quedándose en el sentido espiritual como si sin cabeza y se convirtió en un mortal, lo mismo que en un separado, lo mismo que en un pagano, ya que no reconoce su unión primordial con Dios. Y sin embargo la sed de la inmortalidad vive en el hombre como una memoria inconsciente de una vida verdadera y eterna, pero perdida. El la busca durante milenios, pero la encontrará, sólo cuando haya restaurado su unión con Dios, cuando entienda que fue creado como un “ayudante” para Él o como Su cuerpo místico, y que su felicidad está en la unión con Él, como la felicidad del cuerpo está en la unión con la cabeza. Se puede decir que el hombre ha perdido la cabeza y no se da cuenta que desde el comienzo de la creación del mundo lo único que hace es la busca. Cuando, por fin, la encuentre y se la ponga sobre sus hombros, entonces respirará hondamente y recuperará la vida y la eternidad.

Para eso falta el amor que es el Espíritu Santo. Aquel quien ama con amor espiritual, está lleno del Espíritu Santo y se encuentra en el camino del regreso a la vida. La ley del amor que es la ley de la vida y la ley de la Trinidad está encerrada en los mandamientos de Cristo. Amen primero a Dios y después al prójimo, o de otra manera, cuiden primero a la cabeza y después el cuerpo. Así se convertirán en los hombres vivientes.

Desconocimiento, o incompreensión de esta verdad que nos ha enseñado Dios mismo encarnado en Jesucristo, lleva al hecho que el hombre busca y no encuentra o simplemente no busca, pues ni sabe ni sospecha que representa de sí mismo.

Concluyendo, podemos decir que la monogamia es la forma natural del matrimonio y la Iglesia no sería cristiana si no hubiera insistido en ella. Además, la misma idea se percibe también en el Antiguo Testamento, donde se dice: “No ha de tener muchas mujeres, cosa que podría descarriar su corazón.”(Dt 17, 17)

La voz de la razón y los instintos carnales. El deber humano y “los derechos humanos”

Esa dulce palabra “libertad”...
! Qué mal la entiende el hombre!

*“Ciudad abierta y sin muralla,
el hombre que no sabe dominarse”.*
(Prov 25, 28)

En los últimos tiempos, como en los tiempos paganos, la voz de la carne humana logró dominar visiblemente sobre la voz suave y sosegada de la suprema razón que frena y limita las exigencias desordenadas de los instintos carnales. A esa voz interna los apóstoles la llaman espíritu del hombre y la contraponen a su carne.

“...golpeo mi cuerpo y lo esclavizo...” (I Cor 9, 27), - dice el apóstol Pablo, - *“pues la carne tiene apetencias contrarias al espíritu, y el espíritu contrarias a la carne, como que son entre sí tan opuestos, que no hacéis lo que queréis”.* (Gal 5, 17)

Muchos interpretan las dichas palabras como un menosprecio a la carne y a “sus derechos”, incluso como una hostilidad respecto al hombre a quién íntegramente identifican con su carne. Y así la enseñanza cristiana sobre el sometimiento de la carne al espíritu humano se presenta a título de una enseñanza hostil al hombre y a cualquier libertad.

Pero veremos, por qué el cristianismo, contraponiendo la carne al espíritu, insiste en su sometimiento y que son en realidad así llamadas “libertades” del ser humano.

Para entender el significado de las palabras del apóstol, echemos un vistazo a nuestra vida cotidiana, donde sin darnos cuenta, estamos ante la confrontación entre nuestra carne y nuestra razón, o el espíritu de la vida.

¿Qué es la carne o el cuerpo humano? Como dicen los apóstoles, es el templo, donde vive el espíritu vivificador. Y para que el espíritu que habita en él, se sienta bien, es menester mantenerlo sano, es decir, en el funcionamiento armonioso de todos sus órganos, cada uno según su función especial. Sin embargo no es tan fácil hacerlo, ya que la carne tiene sus instintos que pueden tanto proteger ese templo (o cuerpo) como destruirlo.

Esos instintos representan deseos y temores de la carne, tales como el deseo de comer, de placer, el temor al dolor, a la muerte, etc.

En cuanto al espíritu vivificador es aquel, con el cual el Señor animó al hombre después de modelarlo del barro, y que se manifiesta en el hombre como su suprema razón. Su voz frena y ordena instintos espontáneos de la carne que en su forma desordenada se convierten devastadores para el hombre, provocando en él diferentes enfermedades, incluso haciéndose la causa de su muerte prematura, es decir, perjudican al mismo cuerpo, o a la misma carne.

Se sabe, por ejemplo, que cuando uno se acostumbra ingerir mucha comida, tarde o temprano se enfrenta con el problema de la obesidad, porque sobrecargando el funcionamiento de los órganos de digestión provoca su infracción, dando lugar a distintas enfermedades. Sin embargo mientras más come el hombre, más quiere comer, ya que la comida le parece muy placentera. La razón casi siempre intenta frenarlo ante este inmensurable deseo y dice “no”, pero la carne dice “sí”. Ahí comienza la lucha entre la razón y el cuerpo. Si vence la razón, el hombre se libera del problema, ya que come moderadamente. Pero si vence la carne, la comida ya deja de ser vivificante y se convierte en un arma mortal para él. Entonces, si “liberar” la carne de la razón que la apacigua, ella misma se destruirá, porque no es capaz de poner límites a sus deseos.

Asimismo el que usa drogas, seguramente, ha escuchado alguna vez la voz de la razón que le decía “no” a la consumación de la droga, pero la carne ansiosa de placer, insistía: “sí”. Y es otra

lucha entre la razón y la carne. Si vence la razón, el hombre se libera de todos los males de un drogadicto, pero si vence el cuerpo, el hombre se autodestruye hasta la muerte. Entonces también aquí la vida requiere que la carne sea sometida a la razón de la vida, mientras que la libertad que la misma exige es para la muerte.

Esos dos ejemplos ilustrativos ya muestran que es muy peligroso consentir a las exigencias de la propia carne, que acrecientan a medida de su satisfacción hasta tal punto cuando ya nada puede parar el proceso destructivo originado por ellas en el hombre.

Los daños que causan las drogas y la comida inmensurable, son bien conocidos, porque sus consecuencias no tardan de revelarse. Pero aun más dañoso es el así llamado “sexo”, es decir, el sexo como objetivo, o diciendo filosóficamente, el sexo en sí. Los daños que causa, pueden revelarse tanto inmediatamente como en las generaciones venideras en la forma de distintos tipos de degeneración - es un hecho que no puede negar ningún psicólogo de buena fe.

En el fondo del “sexo” está el mismo placer que hace al hombre comer sin límite o drogarse. La razón le vislumbra que todos sus órganos tienen determinados fines. Los genitales, por ejemplo, son para procrear. Pero muy frecuentemente la carne insiste en otra cosa: “quiero sentir placer, no quiero hijos que traen consigo dolores y obligaciones”. Si vence la razón, el hombre es sano y su descendencia es sana; si vence la carne, tarde o temprano el hombre resultará afectado por muchas enfermedades venéreas que hasta pasan de generación a generación agenciando, como he dicho, el nacimiento de los degenerados.

Los órganos corporales son semejantes a las cuerdas de un instrumento musical. Y la razón es la llave. Si ajusta bien las cuerdas, éstas se llenan de vida y originan buenos sonidos, pero si no lo hace bien, se aflojan cada vez más y más hasta que ya no sirven para sacar ningún sonido. Así es también el cuerpo: es sano, si sigue a la voz de la razón, y es enfermo, si la ignora. La menor indulgencia lo debilita más y más.

El hombre, adicto a los placeres corporales tiene su razón completamente apagada o sustituida por la “razón de la carne” que es nada más que un deseo desenfrenado. Toda su atención está siempre en el placer corporal y todo su alrededor le sirve para provocar los deseos carnales cada vez más diversos, ya que el cuerpo no se limita con una forma del placer y cada vez exige nuevas formas. Así comienza la búsqueda interminable de nuevas sensaciones, tales como homosexualismo, pederastia, incesto, sexo con los animales o cadáveres, sadomasoquismo, erotismo, etc., etc. – una búsqueda que lleva preceptivamente al canibalismo que es el fin irremediable y último de los instintos licenciosos, es decir, a la autodestrucción total y definido, cuando el deseo ya no se satisface con el contacto sexual, sino requiere la consumación entera del objeto de su deseo.

Además el deseo desenfrenado ciega a quien posee, y éste ya no reconoce en su prójimo un ser humano. Lo ve ora como un objeto para su placer, ora como lo que le impide sentirlo. En ambos casos esto lo lleva a la violencia que es una manifestación más de los instintos y deseos carnales que jamás se sienten satisfechos.

Como ya fue mencionado, el miedo también es un instinto carnal. Cuando uno tiene mucho miedo, todos los males le vienen encima y cae como víctima de su propio temor. Los miedos son numerosos y distintos: el miedo del dolor, el miedo de perder la vida, de perder algo o alguien valioso, por ejemplo, el trabajo, al ser amado, el poder, la influencia, dinero, el miedo a los hombres, a los elementos de la naturaleza, a la enfermedad, etc., etc. Pero todos tienen único origen que es la temporalidad de la vida. Todo ser humano una vez nacido, conscientemente o no, considera la muerte como una injusticia, ya que aspira eternidad. Los creyentes la buscan en Dios, los ateos e inseguros en la ciencia humana, cuyas soluciones son muy limitadas. El miedo puede llevar hasta el suicidio. También puede provocar trastornos psicológicos, cuyas consecuencias son bien conocidas.

“No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino”, dice Cristo (Lc 12, 32). Y es la misma voz de la razón que habita en el hombre. Pero la

inquieta y ciega carne mortal suele no escucharla. En realidad, dominar el miedo es dominar a los instintos carnales. Si eso no se logra, es porque, sin darse cuenta, el hombre ya es esclavo de su propia carne y, siendo tal, automáticamente se convierte en un esclavo de otros hombres, en los que busca una ayuda y salvación.

Pero ¿qué salvación puede dar un mortal al otro tal?

Como resultado, la mayoría de la gente vive como en un festín durante la peste corriendo ávidamente tras los placeres de la carne que sabe que su vida es corta y quiere consumir todo el mundo antes que dejar de existir.

De esta manera el hombre cae en un círculo autodestructivo sin salida.

Los que insisten en la “liberación” de las exigencias carnales y consienten a sus insaciables deseos, como ya he dicho, se identifican íntegramente con su carne. La voz del espíritu de la razón suprema está apagada en ellos. Y así no se dan cuenta que en lugar de la libertad adquieren la esclavitud, porque son esclavos de su carne mortal, es decir, son esclavos de la destrucción. Sus imágenes ya no son semejantes a la imagen Divina, sino a la imagen de la muerte. Exactamente por eso tanto les gusta rodear y adornar a sí mismos con los accesorios de la muerte, a saber: con las imágenes de los cráneos, esqueletos, de los diferentes seres demoníacos, etc.

“Ciudad abierta y sin muralla, el hombre que no sabe dominarse”. (Prov 25, 28), dice el proverbio bíblico. Y es verdad, porque el hombre que no puede dominar a su carne, parece a una ciudad, abierta para cualquier enemigo que viene a destruirlo y esclavizar. Tal enemigo se encuentra en él mismo, mejor dicho, en su carne, y ser esclavo de su propia carne es la peor esclavitud que puede existir. Contra ella hay sólo un remedio: es siempre mantener el cuerpo bajo las reglas de la razón vital, es decir, dominar al propio cuerpo, tener las cuerdas de los instintos carnales bien ajustadas por la llave de la suprema razón, dejar que la razón suprema dirija la orquesta de los instintos carnales. No hace falta decir, que pasaría con los “músicos de orquesta” si privarlos de su director. Justamente por eso dice el apóstol: *“...golpeo mi cuerpo y lo esclavizo...”*, porque el gozo del verdadero hombre consiste en el espíritu, es decir, en lo que es eterno e indestructivo, y no en lo que es temporal y se destruye.

De lo dicho se ve que, de hecho, en el hombre viven dos seres hostiles. Ambos tienen su propia voz. Uno es el espíritu de la razón suprema, o de la Vida, que en el fondo es la que debe gobernar en todo el cuerpo humano. El otro es el de intruso que se instaló ilícitamente en el cuerpo humano después de su caída y es el espíritu devastador de la muerte. Los dos espíritus, en el estado actual del hombre, se encuentran en una lucha permanente: uno por la vida del hombre y el otro, por su muerte. Así, el hombre, sin darse cuenta, representa un campo de batalla entre estos dos espíritus, es decir, entre el espíritu de la Vida y el de la muerte. Es muy común que el hombre para su desgracia se identifique trágicamente con el intruso mortífero, por la causa del cual muere, en lugar de identificarse con el espíritu vivificador que le da vida.

Para liberarse del poder del intruso hay que saber someter sus instintos a la voz de la razón. Ese saber en otros términos se llama *moral* que es siempre incorruptible. La moral, a su vez, no es otra cosa que la conciencia del deber humano que está muy por encima de todo, porque en el deber está sellada la ley de Dios (o de la Vida que es lo mismo). Ese deber del hombre es, primero, ante Dios que nos da vida y después ante el prójimo, es decir, ante todo ser humano. El deber siempre tiene que ver con el sacrificio y se opone a todo tipo del deseo desordenado de la carne y al miedo. El que está consiente de su deber se dice: “Yo debo hacerlo por la justicia, es decir, en el nombre de Dios, aunque me cueste o no fuera ventajoso para mí” o “No debo hacerlo (por la misma razón), aunque fuera muy ventajoso para mí”. Así es la razón suprema que parte del bien común y aproxima al hombre a Dios. Así se comporta el verdadero hombre.

Pero, lamentablemente, la palabra “deber” hoy no está de moda. Tampoco la enseñan en las escuelas. La suplieron “los derechos humanos”. Vale la pena meditar sobre la vacuidad e hipocresía de esta frase, a pesar de su humanitarismo exterior que presuntamente se manifiesta en la preocupación por el hombre. Pero uno no puede de verdad preocuparse por el otro sin amar

antes de todo a Dios que nos une en Sí mismo a todos; sin saber obedecer a la ley que la carne no acepta en su hostilidad con el espíritu de la vida, o, de otros términos, sin someter su carne que es siempre egoísta a su espíritu de la Vida que es siempre altruista. Sin esto cualquier acto, aparentemente bueno, será hipócrita y estéril. El círculo se cierra. El hombre que ha sometido al espíritu de la vida y gobierna sobre su carne, ya no tiene necesidad en la defensa de sus derechos humanos, porque es un verdadero rey, conciente a su deber de servir ante todo a Dios y después al prójimo (o al pueblo); porque toda criatura fue hecha como ayudante y colaborador Divino en Su creación, es decir, para el servicio mutuo. Pues, si la vida se relaciona con el servicio (o con el deber), entonces en la vida no hay lugar para los derechos humanos, porque es la cosa del intruso. Por eso no es sorprendente que bajo la defensa de los derechos humanos mayormente se entiende la liberación para los instintos carnales que erróneamente se llaman “preferencias naturales” del hombre, pero en realidad sólo proclaman la liberación del deber.

Así, “los derechos humanos” – es una noción engañosa y sirve para aquellos, quienes ya perdieron su imagen humana, es decir, para los esclavos de su carne, mientras que el hombre verdadero fue creado libre y es hombre mientras es libre, mientras que se dirige por el espíritu de la Vida inmortal que es el espíritu de Cristo.

Eso significa que el hombre verdadero y la conciencia del deber son nociones inseparables y propias a las personas que luchan para liberarse del poder destructivo de los instintos carnales y los someten a la razón de la vida. Justamente para ellos está preparada la eternidad, de la cual Cristo dijo: “No temas, pequeño rebaño, porque a vuestro Padre le ha parecido bien daros a vosotros el Reino”, ya que solamente tales personas llevan en sí mismas la Vida.

Pues como se dice: “Ante los hombres está la vida y la muerte, a cada uno se lo dará lo que prefiere” (Si 15, 17)

¡Que Dios nos ayude a vencer la voz de nuestra carne y despejar el camino para que actúe en nosotros la verdadera razón humana que es la razón del Espíritu vivificador de Dios!

Enero 2008

Tragedia del mundo cristiano

El que ama a Jesucristo, ama también su Iglesia. Pero ¡que doloroso es ver como los representantes de las distintas confesiones de esta misma Iglesia se niegan o se menosprecian mutuamente sin tomar conciencia suficiente en su unidad!.. Ese artículo presenta dolorosas observaciones sobre la realidad eclesiástica común, hechas no con la intención de perjudicar a las Iglesias que llevan el nombre de Jesucristo, sino para servirles a todas y poner su grano de arena en la unión espiritual (no política) de ellas.

Como se sabe, la Única, Santa Iglesia fue fundada por Jesucristo que puso como su base la revelación Divina hecha a través de Simón, uno de sus discípulos, cuando éste respondiendo a la pregunta de Jesús *«Y vosotros ¿quién decís que soy yo?»*, dijo: *«Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.»*, a lo que Jesús replicó: *«Bienaventurado eres Simón, hijo de Jonás, porque no te ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo a mi vez te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. A ti te daré las llaves del Reino de los Cielos; y lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos.»* (Mt 16, 15-19)

Pues, la Iglesia se basa en la “Piedra” de la fe que Jesucristo es el Hijo de Dios. Esa misma idea fue expresada por el apóstol Juan que dijo:

“Podréis conocer en esto el espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa a Jesucristo, venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa a Jesús, no es de Dios; ese es el del Anticristo” (1 Jn 4, 2-3).

Ese es el rasgo característico de la Iglesia cristiana. Consecuentemente cualquier Iglesia que confiesa a Jesucristo como a Dios venido en carne, es una Iglesia cristiana, mientras que aquella que lo venera como uno de los profetas, no la es, porque no está fundada en la revelación hecha a través de Pedro, y consiguientemente, tampoco reconoce las normas morales esencialmente vinculadas con la noción de Dios y establecidas por Jesucristo y sus apóstoles. Entonces también las últimas representan un indicio más de la autenticidad de la Iglesia, mientras que cualquier alteración de esas normas hace evidente que en la base de la Iglesia se encuentra totalmente otra “piedra de la fe”.

De haber definido así los cimientos de su Iglesia, Jesús destacó la necesidad vital de la unidad de todos sus integrantes. *“Para que todos sean uno...”*, dijo (Jn 17, 21) y en otra ocasión agregó: *“Todo reino dividido contra sí mismo queda asolado, y toda ciudad o casa dividida contra sí mismo no podrá subsistir”* (Mt 12, 25).

Pero la Iglesia transgredió el legado de Jesucristo y se dividió contra sí misma formando múltiples confesiones recíprocamente hostiles. En el siglo V se separaron de ella unas Iglesias orientales; en el XI se rajó además en dos grandes confesiones más, a saber, en la católica y en la ortodoxa, que anatematizaron y excomulgaron una a otra; en el siglo XVI de la Iglesia Católica se apartaron los, así llamados, Protestantes o Reformadores y después siguieron a su vez fraccionarse. Tampoco pudo contener su integridad la Iglesia Ortodoxa que dio a luz a las otras confesiones hostiles. Hay nuevos grandes desacuerdos asimismo en la actual Iglesia Católica, que amenazan con una nueva escisión.

La paradoja es que todas esas Iglesias surgidas en el suelo de la discordia conservaron y conservan hasta hoy la misma “Piedra de la Fe”, pero, como si, sin tomar suficiente conciencia para entender la poca importancia o hasta insignificancia ante los ojos de Dios de los motivos de sus discordias.

Aún en el primer siglo el apóstol Pablo definió las causas de cualquier escisión de la Iglesia diciendo: *“Os ruego, hermanos, que os guardéis de los que suscitan divisiones y escándalos*

contra la doctrina que habéis aprendido; apartaos de ellos, pues esos tales no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a su propio vientre, y, por medio de suaves palabras y lisonjas, seducen los corazones de los sencillos.” (Rom 16, 17-18).

Lo mismo decía también el apóstol Judas **“Estos son los que crean divisiones, *viven una vida sólo natural sin tener el espíritu*”** (19).

Ya en aquel tiempo de haber notado algunos rudimentos de la desmembración interna de la Iglesia, los apóstoles exhortaban a los cristianos no permitir la instalación en sus corazones de la hostilidad respecto a sus hermanos en la fe, porque así ayudarían a su carne vencer al espíritu Divino en ellos:

“¿De dónde proceden guerras y contiendas entre vosotros? ¿No es de vuestros deseos de placeres que luchan en vuestros miembros?” – preguntaba a los creyentes el apóstol Santiago (4, 1) Y como si respondiéndole, el apóstol Pablo explicaba el asunto:

“...pues todavía sois carnales. Porque, mientras haya entre vosotros envidia y discordia, ¿no es verdad que sois carnales y vivís a lo humano? Cuando dice uno “Yo soy de Pablo”, y otro “Yo soy de Apolo”, ¿no procedéis al modo humano? ¿Qué es, pues, Apolo? ¿Qué es Pablo?... ¡Servidores, por medio de los cuales habéis creído!, y cada uno según el don del Señor.” (I Cor 3, 3-5)

Preguntémonos también nosotros a si mismos: ¿Qué es la Iglesia Católica? ¿Qué es la Iglesia Ortodoxa, la Protestante o la Oriental con todas sus divisiones? ¿No son acaso iglesias-servidores por medio de las cuales una enorme cantidad de personas ha creído en Jesucristo y *“cada una según el don del Señor”*? Y sin embargo, llamando *“Señor”* a Jesús y siendo construidas sobre la misma *“piedra de la fe”*, que ya por sí misma manifiesta su hermandad, las Iglesias antaño se anatematizaron recíprocamente como las anticristianas. Y aunque en los últimos tiempos el anatema multisecular fue revocada y fueron hechos los pases para la reunión, se ve que es muy difícil de revertir las consecuencias de la maldición, porque, además de lo que las Iglesias siguen aun persistiendo en sus negaciones mutuas, existe también el factor humano de los fieles de las diferentes confesiones, acostumbrados al por lo menos menosprecio mutuo, lo cual es todavía más difícil de revertir.

Mientras tanto, según atestigua el apóstol Pablo *“nadie, hablando con el Espíritu de Dios, puede decir: «¡Anatema es Jesús!»; y nadie puede decir: «¡Jesús es Señor!» sino con el Espíritu Santo”* (1 Cor 12, 3). De ahí podemos concluir que cada una de esas Iglesias llamando *“Señor”* a Jesús, actúa bajo la influencia del Espíritu Santo, que es el Espíritu del Amor. Mas al pronunciar el anatema o al persistir en la negativa de otras Iglesias que también le llaman *“Señor”* a Jesús, lo hace bajo la influencia del espíritu de la discordia, opuesto al Espíritu Santo. Esa bifurcación espiritual revela que ninguna de las Iglesias nombradas posee plenamente el Espíritu Santo, ya que además de El, alberga en sí misma el espíritu de la hostilidad. No obstante cada una de ellas cree que es la poseedora de la plenitud de la gracia de la verdad y de la fe - y, con todo, la poseedora única. En este fondo las palabras más hermosas sobre la reunión de las Iglesias se resultan inútiles. Por ejemplo, las siguientes que encontramos en el Decreto Sobre el ecumenismo del Concilio Vaticano II:

“Guardando la unidad en lo necesario, todos en la Iglesia, cada uno según el cometido que le ha sido dado, observen la debida libertad, tanto en las diversas formas de vida espiritual y de disciplina como en la diversidad de ritos litúrgicos, e incluso en la elaboración teológica de la verdad revelada; pero en todo practiquen la caridad. Pues con este proceder manifestarán cada día más plenamente la auténtica catolicidad y la apostolicidad de la Iglesia.

Por otra parte, es necesario que los católicos, con gozo, reconozcan y aprecien en su valor los tesoros verdaderamente cristianos que, procedentes del patrimonio común, se encuentren en nuestros hermanos separados. Es justo y saludable reconocer las riquezas de Cristo y las virtudes en la vida de quienes dan testimonio de Cristo y, a veces, hasta el derramamiento de su sangre, porque Dios es siempre admirable y digno de admiración en sus obras”.

Esa justa declaración, sin embargo, se borra completamente por la siguiente, hecha en el mismo capítulo:

“Por consiguiente, aunque creamos que las Iglesias y comunidades separadas tienen sus defectos, no están desprovistas de sentido y de valor en el misterio de la salvación, porque el Espíritu de Cristo no ha rehusado servirse de ellas como medios de salvación, cuya virtud deriva de la misma plenitud de la gracia y de la verdad que se confió a la Iglesia. Los hermanos separados, sin embargo, ya particularmente, ya sus comunidades y sus iglesias, no gozan de aquella unidad que Cristo quiso dar a los que regeneró y vivificó en un cuerpo y en una vida nueva y que manifiestan la Sagrada Escritura y la Tradición venerable de la Iglesia. Solamente por medio de la Iglesia católica de Cristo, que es auxilio general de la salvación, puede conseguirse la plenitud total de los medios salvíficos. Creemos que el Señor entregó todos los bienes de la Nueva Alianza a un solo colegio apostólico, a saber, el que preside Pedro...”¹

Prestemos atención a que todas las Iglesias sin excepción se llaman a sí misma *católica*, es decir, *universal*. La Iglesia Católica Romana usa esa palabra en dos sentidos a la vez: en el sentido universal y en el particular, ya que la tiene como su nombre particular. Y, por supuesto, como vemos del contexto, se cree a sí misma la única que goza “la misma plenitud de gracia y de la verdad” que Cristo confió a la Iglesia,, por eso a las otras Iglesias las llama “separadas” y “defectuosas”. Ya sólo esa declaración revelando en la misma una gran soberbia, pone ante la reunión de las Iglesias una barrera insuperable, además porque cada una de las confesiones cristianas, como ya fue dicho, piensa en sí misma con la igual altivez considerando que sólo ella es la que goza “la plenitud de gracia y de verdad” y no la otra.

He ahí, por ejemplo, cómo se estima la Iglesia Ortodoxa que sigue inquebrantable en lo que “la Iglesia Ortodoxa es la única verdadera Iglesia que conserva la plenitud de la fe”² Como dice la resolución de la Tercera Conferencia anteconsilial de todos los ortodoxos (1986), “***La Iglesia ortodoxa en la convicción profunda y autoconciencia eclesiástica que ella es la que tiene y testifica la fe y las Tradiciones de la Única Santa Conciliar y Apostólica Iglesia, firmemente cree que ocupa el lugar central en el proceso del avance hacia la unión de los cristianos en actualidad..... La misión y el deber de la Iglesia Ortodoxa es la enseñanza de la verdad en toda su plenitud que contiene La Sagrada Escritura y La Sagrada Tradición, lo que le comunica su carácter universal.... Esa responsabilidad de la Iglesia Ortodoxa, igual que su misión ecuménica respecto a la unidad de la Iglesia, fue expresada por los Concilios Ecuménicos (generales). Estos destacaban especialmente el lazo indisoluble de la verdadera fe con la Comunicación en los Sacramentos. La Iglesia Ortodoxa siempre procuraba atraer distintas Iglesias y confesiones cristianas a una búsqueda asociada de la unidad cristiana perdida, para que todas lleguen a la unión de la fe...***”³

Del mismo modo proceden las Iglesias Protestantes, incluyendo la Anglicana, que también se declara la única que conserva “la plenitud de la fe católica y apostólica y su continuidad con la Iglesia primitiva de Cristo”.⁴

Y eso a pesar de la advertencia de Jesucristo Mismo contra la semejante autoestima y el

1. Concilio Vaticano II. Decreto sobre el ecumenismo. Cap I. Principios católicos sobre el ecumenismo.

2. Епископ Каллист (Уэр) Православная церковь и объединение христиан. "Единая святая католическая Церковь": что это значит? – /Obispo Callist. La Iglesia ortodoxa y la reunión de los cristianos. La Única santa católica Iglesia” ¿Qué significa?: / http://apologia.narod.ru/basis/uer/uer_ecumenizm.htm

3. Офиц. сайт Московского патриархата. Основные принципы отношения к инославию Русской Православной Церкви. Православное свидетельство инославному миру- /La Página web oficial del Patriarcado de Moscú. Los principios básicos de la posición de la Iglesia Ortodoxa Rusa respecto al mundo heterodoxo. El testimonio ortodoxo al mundo heterodoxo.:/

<http://www.mospat.ru/index.php?mid=91>

4. Historia de la Iglesia anglicana. Iglesia Episcopal Anglicana de Chile. Cap. XIV. Diferencias entre la reforma protestante y la reforma de la Iglesia Anglicana.: <http://www.freewebs.com/anglicana/capitulo14.htm>

menosprecio de los otros:

“No juzguéis”, decía, “y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados” (Lc 6, 37).

Hasta había contado a los que “se tenían por justos y despreciaban a los demás, esta parábola:

«Dos hombres subieron al templo a orar; uno fariseo, otro publicano. El fariseo, de pie, oraba en su interior de esta manera: “¡Oh Dios! Te doy gracias porque no soy como los demás hombres, rapaces, injustos, adúlteros, ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana, doy el diezmo de todas mis ganancias.”

En cambio el publicano, manteniéndose a distancia, no se atrevía ni a alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: “¡Oh Dios! ¡Ten compasión de mí, que soy pecador!” Os digo que éste bajó a su casa justificado y aquél no. Porque todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado.» (Lc 18, 9-14)

Naturalmente, lo dicho no se refiere sólo a las personas, sino también a las Iglesias, pues la Iglesia misma es una Persona, cuya cabeza es Jesucristo.⁵ Así que ni la autoelevación ni el narcisismo pueden ser indicios de la plenitud de la fe y de la verdad, sino el humilde reconocimiento de la superioridad de las otras Iglesias, la que testificaría la plena presencia en las Iglesias del Espíritu Santo, que es el Espíritu del amor que une a sus servidores y la ausencia absoluta del espíritu opuesto que los divide.

Pero creyendo que sólo ella es la verdadera y considerando a las otras Iglesias como decadentes, cada una de ellas pone barreras en la comunicación recíproca con los representantes de las otras confesiones cristianas. Esas barreras se manifiestan, por ejemplo, cuando surge la necesidad de la comulgación, del bautismo o de los casamientos mixtos.

“De hecho, todas las iglesias ortodoxas!, escribe el obispo ortodoxo Callist, permiten una comunicación recíproca llamada “iconómica”, en las situaciones, cuando los cristianos no ortodoxos siendo lejos de sus iglesias no pueden acceder a los sacramentos de su propia Iglesia, entonces con el especial permiso pueden tener acceso a la comunión de las manos de un sacerdote ortodoxo. Pero ¿es correcto lo contrario? ¿Puede un cristiano ortodoxo en caso de ausencia de una parroquia ortodoxa en cercanía – lo que a menudo ocurre en el Occidente – comulgar en las Iglesias no ortodoxas? La mayoría de los teólogos ortodoxos responde: **no, es imposible**”.⁶ Es evidente que la semejante declaración, además de que manifiesta el no reconocimiento de la hermandad con las demás confesiones, revela también que considera a esas últimas como indignas e impuras.

Según escribe el mismo obispo, “*existe también el problema de los matrimonios mixtos: aquella situación humana, cuando la separación delante del altar es extraordinariamente dolorosa. En estos casos se puede también de vez en cuando – desde luego, no regularmente – permitir la comunicación mutua encima de los límites de las Iglesias.*”⁷

Prácticamente, las cosas no son mejores ni en la Iglesia Católica, ni en la Protestante. Por ejemplo, respecto a los matrimonios interconfesionales la teología moral católica dice: “*Cuando Pablo recomienda casarse “en el Señor” (1 Cor 7,39), hace referencia al matrimonio con una persona que comparte la misma fe*”.⁸

Hay que destacar aquí que las demás confesiones cristianas, contrariamente a todas las indicaciones nuevo testamentales, se consideraban y siguen considerándose por la Iglesia Católica como otra fe y por lo tanto la misma, según la fuente nombrada, siempre se atuvo a la siguiente regla: “*En el caso del matrimonio entre dos bautizados, de los que uno solo*

5. En la base de la Iglesia está la misma Santísima Trinidad que está en la base de Dios y del hombre.

6. Ver n.2

7. Ibid.

8. G.Cereti. Teología moral: matrimonios mixtos. http://www.mercaba.org/DicTM/TM_matrimonios_mixtos.htm

*pertenece a la Iglesia católica, el derecho canónico heredado de la época medieval y recogido en el Código de 1917 preveía un **impedimento** (mixta religion) que era definido como "dirimente", porque declaraba ilícito, pero no inválido, el matrimonio contraído sin la dispensa de este impedimento".⁹*

La situación no mejoro mucho después del Concilio Vaticano II. Una serie de condiciones que se pone ante aquella persona que quiere contraer un matrimonio interconfesional, simplemente abrumba, pues todas esas condiciones se concentran en las particularidades mientras que lo principal se queda sin atención, como si no existiera.. En una palabra, los católicos, igual que los ortodoxos, consideran las demás confesiones como defectuosas e impuras.

Ambas Iglesias si no en la teoría (desde hace poco), pero en la práctica tampoco reconocen el bautismo realizado en las otras confesiones y exigen un nuevo bautismo como si el anterior no hubiera celebrado en el nombre del Mismo Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Ante tal desmaña volviéndose a las palabras ya citadas del apóstol (1 Cor 3, 3-5), preguntémonos nuevamente: ¿Acaso no procede cada una de estas Iglesias al modo carnal o humano, cuando en sí misma ve sólo méritos, mientras que en las otras encuentra nada más que faltas? ¿Acaso no procede cada una al modo carnal, cuando se cree la única Iglesia verdadera y fiel a Cristo, y enseña a sus parroquianos que las otras Iglesias representan una religión distinta y a veces hasta contraria a Cristo o, si no contraria, de todos modos, defectuosa, privada de la plenitud de la gracia Divina? Teniendo como guía el Nuevo Testamento, ellas, sin embargo, nunca evocan las siguientes palabras del apóstol o no las relacionan con las Iglesias:

"Pero tú ¿por qué juzgas a tu hermano? Y tú ¿por qué desprecias a tu hermano? En efecto, todos hemos de comparecer ante el tribunal de Dios". (Rom 14, 10) o estas:

"No os complazcáis en vuestra propia sabiduría" (Rom 12, 16), es decir, no se pongáis arriba de los demás y no los juzgáis. Pero sin reconocer en sus acciones alguna disconformidad con la Palabra de Dios, las Iglesias justifican su mutuo rechazo, en primer lugar, con las diferencias dogmáticas que, sin embargo, después de haber sido bien consideradas se resultan inexistentes y debidas "exclusivamente a la fraseología".

Veremos, por ejemplo, como se resolvieron esas "diferencias" entre la Iglesia Ortodoxa y las Orientales, no calcedónicas, declaradas anteriormente como heréticas y apostatas.

Según cuenta el ya mencionado obispo ortodoxo, en las décadas de los 60 y 70 del siglo pasado tuvieron lugar diferentes encuentros consultivos entre los teólogos de ambas partes. Los efectos de estos encuentros *"se resultaron inesperadamente positivos. Se esclareció que por la cuestión principal que causó la división histórica – a saber, la cuestión referida a la persona de Cristo, - prácticamente no existen ningunas divergencias reales. La discrepancia, como fue constatado en Argus, se encuentra exclusivamente en el nivel de la fraseología. En resumen los delegados declararon: "En unos a otros reconocemos la única fe ortodoxa de la Iglesia.... En el fondo del dogma cristológico encontramos un acuerdo pleno entre nosotros". Como fue declarado en la consulta de Bristol, "unos de nosotros sostienen dos naturalezas, dos voluntades y dos acciones, unidos hipostáticamente en la persona de Jesucristo, y los otros, la única naturaleza divina/humana, voluntad y acción en el mismo Cristo".¹⁰*

Así, toda la disensión, todas las maldiciones seculares se resultaron injustificadas. Pero si en el alto nivel teológico ya fue declarada la unidad de la fe, en el nivel inferior de los rangos eclesiásticos y de los creyentes comunes las negaciones se continúan, pues lo que se había plantado por los siglos, no se extermina tan fácilmente.

Veo la misma diferencia fraseológica, aunque todavía no reconocida, en las diferencias dogmáticas entre la Iglesia Católica y la Ortodoxa. El centro de la discordia es el símbolo de la fe que los católicos denominan filioque manteniendo que el Espíritu Santo procede tanto del Padre

9. Ibíd.

10. Ver n.2

como del Hijo. Los ortodoxos, al contrario, sostienen que el Espíritu Santo procede sólo del Padre. Pero ¿es legítimo plantear semejante problema, si reconocemos que el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo es uno, Dios Único? Pues dijo Jesús: “Yo y el Padre somos uno” (Jn 10, 30). ¿No nos encontramos ante la falta del deseo de entender unos a otros?, ya que tienen razón tanto los ortodoxos, diciendo que el Espíritu Santo procede del Padre, como los católicos que afirman que el Mismo procede del Padre y del Hijo. Y a la vez no tienen razón ni unos, ni los otros, porque separan la unidad Divina y en esta separación construyen sus discordias, tanto más que El Cristo Mismo testificó el uno y el otro, pues no dividía la integridad Divina:

“Cuando venga el Paráclito, que yo os enviaré de junto al Padre,” decía, “**el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí.**” (Jn 15, 26)

Y en otro lugar:

“Jesús les dijo otra vez: «La paz con vosotros. Como el Padre me envió, también yo os envío.» **Dicho esto, sopló sobre ellos y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo».** (Jn 20, 21-22) o

“Porque, como el Padre tiene vida en sí mismo, así también le ha dado al Hijo tener vida en sí mismo” (Jn 5, 26)

En estas palabras no hay nada contradictorio, aunque en el primer fragmento Jesucristo dice que el Espíritu procede del Padre y en el otro, muestra que procede también de El, es decir, del Hijo. Pero habla El del Padre o del Hijo siempre se refiere a una sola Persona en su integridad y no a sus integrantes, pues la Persona consiste de dos principios (de la cabeza y del cuerpo) unidos de tal manera que uno no puede existir sin el otro. Así que esas declaraciones aparentemente contradictorias en realidad expresan la misma verdad, porque cuando hablamos del Padre, pensamos también en el Hijo y en el Espíritu Santo, y cuando hablamos del Hijo, pensamos también en el Padre y en el Espíritu Santo. Resulta que los teólogos en algunos casos reconocen esa unidad de las tres Personas Divinas y en los otros no reparan en ella, como, por ejemplo, en el pleito alrededor del filioque. Eso a su vez evidencia que, **a pesar de sus afirmaciones contrarias, la plenitud de la verdad no se manifiesta y no puede manifestarse en ninguna de las Iglesias que se oponen, ya que siendo desunidas no pueden tener aquello que se manifiesta sólo en la unidad.**

“Cuando venga él, el Espíritu de la verdad,” dice Jesucristo, “os guiará hasta la verdad completa; pues no hablará por su cuenta, sino que hablará lo que oiga, y os anunciará lo que ha de venir. El me dará gloria, porque **recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros. Todo lo que tiene el Padre es mío. Por eso he dicho: Recibirá de lo mío y os lo anunciará a vosotros**” (Jn 16, 13-15).

Si todo lo que tiene el Padre pertenece a Cristo, significa también el Espíritu del Padre es del Cristo. Entonces ¿qué sentido tiene la disputa que **divide lo que es unido por Dios, es decir, divide la integridad de Dios?**

Pero si las “diferencias” dogmáticas oprimen, aun más lo hacen los pleitos por las diferencias canónicas o rituales. Pues en fin de cuentas la unidad no supone la igualdad y no exige la supremacía de alguna de las confesiones, sino la unidad en la diversidad, el amor fraternal, ayuda mutua y comprensión mutua a pesar de todo, ya que todas están basadas en la misma “Piedra de la fe”, es decir, en Jesucristo Mismo, Dios verdadero y Hombre verdadero, la cabeza de la Iglesia “que es”, según el apóstol Pablo, “su cuerpo, la plenitud del que llena todo en todo” (Ef 1,22-23). Y ese cuerpo debe ser santo, pues pertenece a Cristo que es santo.

Explicando la naturalidad y hasta la necesidad de las diferencias entre las Iglesias, el apóstol Pablo escribía:

“Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios que obra en todos. A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común, Porque a uno se le da por el Espíritu palabra de sabiduría; a otro, palabra de ciencia según el mismo Espíritu; a otro, fe, en el mismo Espíritu; a otro, carismas de curaciones, en el único Espíritu; a otro, poder de

milagros; a otro, profecía; a otro, discernimiento de espíritus; a otro, diversidad de lenguas; a otro, don de interpretarlas. Pero todas estas cosas las obra un mismo y único Espíritu, distribuyéndolas a cada uno en particular según su voluntad. Pues del mismo modo que el cuerpo es uno, aunque tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, no obstante su pluralidad, no forman más que un solo cuerpo, así también Cristo. Porque en un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo, judíos y griegos, esclavos y libres. Y todos hemos bebido de un solo Espíritu. Así también el cuerpo no se compone de un solo miembro, sino de muchos. Si dijera el pie: «Puesto que no soy mano, yo no soy del cuerpo» ¿dejaría de ser parte del cuerpo por eso? Y si el oído dijera: «Puesto que no soy ojo, no soy del cuerpo» ¿dejaría de ser parte del cuerpo por eso? Si todo el cuerpo fuera ojo ¿dónde quedaría el oído? Y si fuera todo oído ¿dónde el olfato? Ahora bien, Dios puso cada uno de los miembros en el cuerpo según su voluntad. Si todo fuera un solo miembro ¿dónde quedaría el cuerpo? Ahora bien, muchos son los miembros, mas uno el cuerpo. Y no puede el ojo decir a la mano: «¡No te necesito!» Ni la cabeza a los pies: «¡No os necesito!».....

Si sufre un miembro, todos los demás sufren con él. Si un miembro es honrado, todos los demás toman parte en su gozo. Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y sus miembros cada uno por su parte”. (1 Cor 12, 4-21 и 26-27)

No se puede decir más claramente. Y todos lo saben, pero lo consideran sólo como reglas intraconfesionales, ya que además de su confesión, no reconocen a ninguna otra.

Entretanto esas palabras ponen en evidencia que las discordias entre las Iglesias que profesan a Jesucristo venido en carne deberían considerarse como “*la medida de la fe*” que les otorgó a cada una el Señor según la función que cumplen en el organismo de la Iglesia. Así que, incluso cuando se trata de las confusiones, éstas no deben dar lugar a las alteraciones del legado del amor dejado por el Cristo, no pueden llevarnos a destruir Su cuerpo, porque las confusiones son como las enfermedades: se puede curarlas. Y el mejor médico es el amor mutuo que se manifiesta en la infinita paciencia – **parecida a aquella con la que el Mismo Señor acogió nuestras afecciones**, - y en la aplicación de todos los esfuerzos para curar al enfermo. Pues, cuando se enferma alguno de los órganos o de los miembros del organismo humano, todos los demás se esfuerzan para ayudarlo y así poder nuevamente establecer su funcionamiento regular. Pero ¿por qué no se hace lo mismo con el cuerpo de Cristo?

Sólo hay una respuesta posible para esa pregunta: es porque las Iglesias no perciben el cuerpo que forman en su integridad y armonía, incluso cuando afirman lo contrario; y no lo hacen por la falta del amor entre los que invocan el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Y cuando el amor está faltando, entonces lo sustituyen otros sentimientos, tales como la ambición, la autoveneración y la aspiración a dominar sobre las otras confesiones. Con todo, se desestiman también las siguientes advertencias del apóstol:

“...No os estiméis en más de lo que conviene; tened más bien una sobria estima según la medida de la fe que otorgó Dios a cada cual. Pues, así como nuestro cuerpo, en su unidad, posee muchos miembros, y no desempeñan todos los miembros la misma función, así también nosotros, siendo muchos, no formamos más que un solo cuerpo en Cristo, siendo los unos para los otros, miembros” (Rom 12, 3-5)

“Porque si alguno se imagina ser algo, no siendo nada se engaña a sí mismo”, añade él en otra ocasión. (Gal 6, 3).

Esas palabras, sin ninguna duda, pueden referirse también a todas las Iglesias que se oponen, pues las que “*invocan el nombre del Señor*” son hermanas y si una de ellas “*se imagina ser algo, no siendo nada se engaña a sí mismo*”. Ante cualquier discordia deberían sólo exhortar una a otra, corregirse, perdonarse y amarse mutuamente, dejando el juicio al Juez Superior.

“Hermanos,” dice para este caso el apóstol, “si alguno es sorprendido en alguna falta, vosotros, los espirituales, corregidle con espíritu de mansedumbre, y cuídate de ti mismo, pues también tú

puedes ser tentado. Ayudaos mutuamente a llevar vuestras cargas y cumplid así la ley de Cristo". (Gal 6, 1-2)

Ese desacuerdo entre las Iglesias, la imprecisión en las definiciones de las religiones llevaron a los creyentes a una confusión total.

A menudo tanto entre los católicos como entre los ortodoxos, protestantes o orientales se puede escuchar conversaciones como la éste:

- "¿es cristiano?"

- No, es católico (o es protestante) "

y al revés:

- "¿es católico?"

- No, es cristiano"

Como si no fueran cristianos todos ellos...

Este hecho es un testimonio de la ignorancia de los creyentes respecto a los cimientos de su propia fe y respecto a las otras confesiones. Los fieles acostumbrados por las Iglesias fiarse por entero de los sacerdotes, es decir, del factor humano, no reflexionan por sí mismo sobre la Santa Escritura, y ni siquiera quieren leerla por su propia iniciativa. Parece que las Iglesias completamente dejaron de creer que el Espíritu Santo patrocina al que, verdaderamente quiere conocer la Palabra de Dios y le proporciona tanto conocimiento, cuanto éste puede asumir. Como resultado la mayoría de los creyentes sabe, mas no se da cuenta en el significado de la "piedra de la fe" que a todos ellos, sin distinción de las confesiones, les convierte en hermanos ante los ojos de Dios y no entiende que negando a sus hermanos, en realidad, niega la integridad del cuerpo Divino. Mientras tanto sería suficiente sólo un poco pensar, para captar la unidad radical de todas las confesiones cristianas, la que paradójicamente por los jefes de las Iglesias se reconoce y se niega a la vez.

Por lo tanto no es sorprendente que a consecuencia de todas estas medias tintas se alteran también las nociones relacionadas con la unidad de la Iglesia, por ejemplo, la noción sobre el ecumenismo. Esa palabra comenzó a usarse muy a menudo después del Concilio Vaticano II, porque uno de sus decretos refería al ecumenismo de las confesiones cristianas. Pero, extrañamente, el contenido de este Decreto se adultera por muchos representantes tanto del mundo cristiano como no cristiano. La llamada al ecumenismo presentada ahí, frecuentemente se atribuye por ellos no sólo a las confesiones cristianas, sino también a las religiones no cristianas. Se lo hacen – concientemente o no - confundiendo dos completamente distintos decretos, a saber: el "Decreto sobre el ecumenismo" y el Decreto «NOSTRA AETATE». Este último se refiere al dialogo con las religiones no cristianas y no contiene la palabra "ecumenismo". Propiamente dicho, este último decreto se trata de las formas modernas de la evangelización del mundo no cristiano, de aquella evangelización que fue legada por el Mismo Cristo a los apóstoles, pues muchas veces los apóstoles llevaban al mundo la luz del Evangelio a través de los diálogos.

En cuanto al Decreto Sobre el Ecumenismo, éste se refiere sólo a las confesiones cristianas – hecho que se marca muy claramente en su comienzo:

"En este movimiento de unidad, llamado ecuménico," se dice ahí, "participan los que invocan al Dios Trino y confiesan a Jesucristo como Señor y Salvador; no sólo individualmente, sino también reunidos en comunidades, en las que han oído el Evangelio y a las que cada uno llama Iglesia suya e Iglesia de Dios." (Introducción)

Eso significa que en el dicho movimiento no participan ni los representantes del judaísmo, ni los islámicos ni los budistas, ni los partidarios de cualquier otra religión, cuya "piedra" de la fe no es Jesucristo. Los que participan son aquellos que "invocan al Dios Trino" y para los cuales Cristo es el "Señor y Salvador". Es decir; aquí se trata de la unión exclusivamente de los cristianos.

No obstante y a causa de las ideas vagas respecto a las diferencias entre las distintas religiones la mayoría de las personas entiende el ecumenismo como un llamamiento a la unión de todas las

religiones en la base de la, así llamada, “*moral omnihumana*”. Pero este punto de vista ignora un momento muy importante, relacionado con las raíces de las nociones morales del hombre que son siempre religiosas, porque parten de la lógica de la percepción de Dios y del ser humano. Por eso cada religión tiene su moral que difiere de la de otras. Pues, si la moral cristiana exige *no resistir al mal* con la violencia, la de otras profesa *ojo por ojo* o alienta la masacre de los “infielos”. Si la moral cristiana respecto a la familia demanda exclusivamente la monogamia, las otras religiones permiten tanto monogamia como poligamia. La última no solamente no va contra la moral de ellas, sino hasta se considera más natural que la monogamia. Si para los cristianos Dios es Espíritu, las otras lo entienden como la naturaleza. Y si los cristianos, por lo tanto, reconocen al hijo de Dios por el espíritu, los otros lo vinculan con la carne. Por eso si los cristianos en sus reglas morales se guían por el espíritu, la moral de otras religiones se vincula, más o exclusivamente, con las necesidades del cuerpo. De ahí lo que para los cristianos es un pecado mortal (por ejemplo, la práctica de las distintas aberraciones sexuales), las otras religiones ora no siempre lo condenan o reprueban, ora, al revés, lo estimulan. Se podría continuar la enumeración, pero no es ese el objetivo del presente artículo.

Esas diferencias, como ya fue dicho, no son casuales, porque parten de la lógica de la percepción de Dios y del ser humano, la que es distinta en cada religión, pero la misma en cada confesión cristiana.

No queda dudas que en el fondo de tan profundas diferencias es ridículo hablar de la “*moral omnihumana*”. Entonces, en el dicho Decreto se habla sólo de la alianza entre aquellas confesiones que se basan en la misma “*piedra de la fe*” y en la misma moral, porque a pesar del fraccionamiento de la Iglesia, todos sus integrantes conservaron esas dos nociones y de este modo atestiguan que, en realidad, todas ellas forman una sola religión que ha dado al mundo muchos santos y devotos. Estos nacen en todas las confesiones. Por eso cada una de las Iglesias, - sea Católica, Ortodoxa, Protestante o Oriental- son afamadas por los santos y misioneros que con su vida y muerte propugnaron a Jesucristo; **en cada una de estas Iglesias hubo y hay, junto con los errores, mucho mérito, muchos nobles espíritus que condicionaron aquellos benditos frutos que enriquecieron la humanidad.**

Pero la tragedia consiste en el hecho que ni una de estas Iglesias se mostró capaz de reconocer y valorar verdaderamente “los logros” de las otras Iglesias, porque en la subconciencia de la ideología eclesiástica a menudo yace exclusivismo nacional o racial – sea el griego, romano, eslavo, inglés o cualquier otro (en algo parecido al de la ideología del judaísmo) - y por eso ni una puede proyectar sobre la Iglesia las siguientes palabras del apóstol: “*Si vivimos por el Espíritu, sigamos también al Espíritu. No seamos vanidosos provocándonos los unos a los otros y envidiándonos mutuamente*” Gal 5, 25-26)

“... *no hay distinción entre judío y griego, pues uno mismo es el Señor de todos, rico para todos los que le invocan. Pues todo el que invoque el nombre del Señor se salvará*”. (Rom 10, 12-13). Esas palabras evidencian que en el cristianismo no son importantes las distinciones nacionales o raciales, porque pertenecen a la carne y no al espíritu. El mismo apóstol explica, por qué no deben gloriarse ni ningún mortal, ni ninguna raza terrenal:

“*¡Mirad, hermanos, quiénes habéis sido llamados! No hay muchos sabios según la carne ni muchos poderosos ni muchos de la nobleza. Ha escogido Dios más bien a los locos del mundo para confundir a los sabios. Y ha escogido Dios a los débiles del mundo, para confundir a los fuertes. Lo plebeyo y despreciable del mundo ha escogido Dios; lo que no es, para reducir a la nada lo que es. Para que ningún mortal se gloríe en la presencia de Dios*” (I Cor 1, 26-29)

Por la misma razón la verdadera Iglesia no puede ni estar sometida a un gobierno terrenal, ni tener una estructura gubernamental, ni agruparse alrededor de una raza terrenal. Iglesia es el sembrador. Su tarea principal consiste en el desvelo por la educación cristiana y la moral de sus fieles. El resto juzgará Dios Mismo.

Una vez Cristo dijo: *“Aquel de vosotros que esté sin pecado, que le arroje la primera piedra”*. (Jn 8, 7)

Paradójicamente, arrojando piedras una a la otra, las Iglesias, no obstante, se consideran sin pecado y santas, pero no está claro, lo hacen por la falta de comprensión de la palabra que profesan o por menospreciarla, pues el apóstol enseña: *“Quien dice: “Yo le conozco” y no guarda sus mandamientos es un mentiroso y la verdad no está en él”*. (I Jn 2, 4)

“Si decimos: “No tenemos pecado”, nos engañamos y la verdad no está en nosotros. Si reconocemos nuestros pecados, fiel y justo es El para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda injusticia. Si decimos: “No hemos pecado”, le hacemos mentiroso y su palabra no está en nosotros” (I Jn 1, 8-10)

¿Acaso esas palabras no caracterizan a cada una de las Iglesias hostiles que en lugar de unirse en el amor, en lo que constituye la esencia de su fe, se desunen a causa de las cosas poco importantes, relacionadas con las tradiciones, las particularidades de los ritos, las expresiones verbales, la mentalidad de los pueblos o de las confesiones? Y de esta manera obligan a sus fieles seguir tras los humanos y sus resoluciones que les desunen en lugar de empujarlos tras el Espíritu Santo que les une a todos y que está en la base de cada una de las Iglesias que trágicamente se oponen entre sí. Sólo armándose del Espíritu Santo que es el Espíritu del Amor, se puede superar todas esas discordias interconfesionales. Pero apenas el Espíritu Santo se asoma como el sol detrás de las nubes, éstas se apresuran cerrarlo nuevamente.

«En vano me rinden culto”, decía a tales Jesús, “ya que enseñan doctrinas que son preceptos de hombres. Dejando el precepto de Dios, os aferráis a la tradición de los hombres.» Les decía también: «¡Qué bien violáis el mandamiento de Dios, para conservar vuestra tradición! (Mc 7, 7-9)

En el panorama de todo esto ¿qué pueden hacer aquellos cristianos que por la obra del Espíritu Santo perciben las Iglesias en su integridad y unidad, aman a todas las confesiones como las partes de la única Iglesia de Cristo, toman conciencia de la hermandad de las que profesan a Jesucristo; quienes veneran tanto los ritos y cánones ortodoxos repletos de una profunda hermosura mística, como la elevada humanidad de las misas católicas, la rigurosa sensatez de las celebraciones anglicanos, la severa enajenación de las de los armenios y la sencillez de las reuniones protestantes?

Entonces me pregunto: ¿a qué Iglesia pertenezco? ¿Dónde está aquella en la que no hay lugar para hostilidad, en la que se irradia sólo el verdadero amor cristiano: la que reconoce cualquier bautismo realizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo; la que no construye obstáculos para los matrimonios interconfesionales que se realizan en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, no complica la recepción de la comunión de las manos de los sacerdotes de otras confesiones y no la rechaza cuando ésta se hace en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, etc., etc.?

Como respuesta evoco las palabras del obispo anglicano Tomás Ken y apropiándolas enteramente, digo a mi misma: pertenezco *“...a la santa, conciliar y apostólica Iglesia que fue antes de la desunión del Oriente y Occidente”*.

2009

LA TRIPLICIDAD DEL HOMBRE

Tríptico



Índice

Prólogo

- I. Quiénes son los Hijos de Dios o qué se entiende bajo la palabra Israel
- II. Enigma de los hijos de Noe o quienes son los semitas, camitas y jafetanos.
- III. Las tres genealogías del hombre

Prólogo

El Tríptico “La triplicidad del hombre” está escrito en la base de observaciones bíblicas y lingüísticas hechas en diferentes ocasiones, pero unidas entre sí por la idea de la triplicidad de la esencia humana.

El primer artículo que se llama “*¿Quiénes son los hijos de Dios?*”, se dedica a la observación bíblica y teológica de los conceptos: “hombre” e “hijo de Dios”; pueblo de Dios y los demás pueblos.

El segundo artículo que lleva el nombre “*Enigma de los hijos de Noé o ¿Quiénes son los semitas, camitas y jafetanos?*”, se concentra sobre el famoso enigma de la maldición-bendición de Noé exponiéndolo a partir de la observación lingüística de los nombres de sus hijos, es decir, de Sem, Cam y Jafet, con la presentación de un punto de vista completamente nuevo sobre los conceptos relacionados con ellos.

El tercer artículo nombrado “*Tres genealogías del hombre*” argumenta más el capítulo anterior observando la correlación entre las genealogías de Sem, Cam y Jafet y afirmando la triplicidad de la esencia y de la descendencia del hombre.

El Tríptico es asimismo un testigo de las consecuencias del alejamiento de los hombres de su Creador que se revela en la confusión de las nociones, en las vanaglorias y engreimientos de las personas y de las naciones que se manifiestan en las lamentables enemistades raciales y nacionales.

Además del texto bíblico, en el fueron utilizadas también otras fuentes, entre ellas, fragmentos de algunos apócrifos que por su lógica no solamente no contradicen a la de los libros canónicos, sino, al contrario, ayudan a entender mejor aquellos sus párrafos que antes parecían oscuros.

La versión presentada tiene correcciones que la difieren de la versión expuesta anteriormente en la página web: www.criteriocristiano.com.ar

I

Quienes son los Hijos de Dios o que se entiende bajo la palabra Israel



“...Creaste a Adán”, dice el profeta, “a quien constituiste como jefe de todo lo creado, y de él venimos todos y a quien tomaste por tu pueblo. Todo esto digo en tu presencia, Señor, porque por nosotros creaste el mundo. De las otras gentes nacidos de Adán dijiste que eran nada, y semejante a la saliva, y comparaste su abundancia a la gota de un vaso.” (IV Esdr 6, 54-56)

Muchas personas, movidas por la aparente parcialidad absurda de este y de otros semejantes fragmentos de la Sagrada Escritura, se alejan de la misma y de Dios que les presenta sólo como Dios de los judíos, completamente ajeno al resto de la humanidad al que Él, según les parece, compara con la saliva. De resultas, muchos, hasta los procedentes de las familias cristianas, olvidando que la Biblia es una escritura criptográfica y sin meditar bien sobre la esencia del paganismo, vuelven hacia las antiguas creencias paganas de sus pueblos terrenales. Por eso me atrevo a escribir sobre este tema difícil referido a los hijos de Dios. Para orientarse en la lengua bíblica y comprender de qué se trata aquí, recordemos brevemente la historia de la creación del hombre relatada en los primeros capítulos del Génesis.

En estos leemos: *“Y dijo Dios: “Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra, y manden en los peces del mar y en las aves de los cielos, y en las bestias y en todas las alimañas terrestres, y en todas las serpientes que serpean por la tierra. Creó, pues, Dios al ser humano a imagen suya, a imagen de Dios le creó, macho y hembra los creó.” (Gen 1, 27). Y un poco más abajo: “Yahveh Dios formó al hombre con polvo del suelo, e insufló en sus narices aliento de vida, y resultó el hombre un ser viviente.” (Gen 2, 7)*

Hombre es un ángel a imagen y semejanza de Dios. Prestemos atención a dos cosas importantes: que Dios creó al hombre a “*imagen*” y “*semejanza*” Suya, y que lo cualificó como “*un ser viviente*”. El sentido de las palabras *viviente, vivo* en la Sagrada Escritura se comprende como *eterno*, porque con ellas se definen allí Dios Mismo y Sus criaturas.

De esto podemos concluir que Dios “encarnó” a Su propio hijo para que gobierne el mundo que había creado y que consistía de los “*animales vivientes de cada especie*” (Gen 1, 24) bajo los cuales se suponen las distintas criaturas angelicales. Es decir, Dios creó a Su propio Ángel, lo llamo *hombre* y le dio dominio sobre todas las otras criaturas.

Lo que el hombre creado por Dios era un ángel, revelan las palabras de Cristo sobre los hijos de la resurrección, que: “*ni pueden ya morir, porque son como ángeles, y son hijos de Dios, siendo hijos de la resurrección*” (Lc 20, 36) Y la eternidad del Ángel de Dios se determinaba por la Ley de la Vida que consistía en la estrecha unión del hombre con Dios, la que los convertía en un ser. De esta misma unión dependía también la vida y el bienestar de toda criatura, es decir, de toda la tierra y de todo lo que habitaba en ella.

Y dijo Dios al hombre: “*Sed fecundos y multiplicaos*” (Gen 1, 28). Como el hombre era un ángel, la multiplicación, conformemente, debía ser angelical y tratarse de la multiplicación de los ángeles de Dios.

Dios dio al hombre toda la libertad, poniendo ante él sólo una prohibición: no comer del árbol mortífero “*de la ciencia del bien y del mal*” (Gen 2, 17).

Alguien puede preguntar, ¿por qué Dios plantó este árbol en el paraíso? La respuesta es muy simple. La perfección del Señor exigía que el hombre le sometiera y amara concientemente y no impremeditadamente, con plena comprensión del hecho que su vida depende de la unión con Dios. Justamente por eso le dio al hombre la posibilidad de elegir, mas antes le reveló las consecuencias que provocaría su desobediencia.

Pero he ahí la aparición del hombre, el Ángel Divino, como el Rey de toda la criatura provocó envidia del ángel más poderoso de todos los que Dios había creado antes. Ese ángel en Génesis se presenta como “*la serpiente*”, “*el más astuto de todos los animales del campo*”. (Gen 3, 1). El rey Salomón lo llama *diablo*. “*Dios creó al hombre,*” dice, “*para la incorruptibilidad, le hizo imagen de su misma naturaleza; mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen.*”(Sab 2, 23-24).

Como se sabe, la serpiente bíblica lo sedujo con la dulzura de los frutos prohibidos del árbol y de haber gustándolos el hombre se volvió mortal, ya que se plantó en él la semilla de aquel voluptuoso y mortífero espíritu de soberbia, envidia y destrucción que había rebelado contra Dios.

Sin profundizarse en las alegorías del relato nos detendremos en el hecho que el hombre violó la prohibición fundada en la ley de la vida, porque a causa de este hecho se rompió su unión con Dios. Hasta ese momento trágico Adán y Eva, como dice la Sagrada Escritura, “*estaban ambos desnudos (...), pero no se avergonzaban uno del otro*” (Gen 2, 25), Y, como se puede adivinar, fue así, porque en su unión con Dios también se consideraban uno. Mas después de la caída empezaron a verse distintos y, dividiéndose en su conciencia, se avergonzaron de su desnudez. Justamente por eso “*la serpiente*” que provocó ese acontecimiento, recibió el nombre del *diablo*. La etimología de la palabra *diablo* que tiene su origen en διαβολος griego es *él que divide a Dios*. A pesar de que su raíz *βολ* suele relacionarse con el verbo *ballein* – *tirar, echar*¹ ya el sentido mismo de la palabra *diablo* nos indica que la preposición griega δια que significa “*él que dividió*”, no se refiere al verbo *echar*, sino a Dios Trino, porque la raíz *βολ* en este caso es una de las derivaciones de “*El*” hebreo, es decir, de “*Dios*”. Las razones de esta observación fueron expuestas en mi libro “*Ararat enigmático*”.

El “segundo” cuerpo del hombre. Para que el mal en Adán no adquiriera la eternidad - porque él podría comer también del Árbol de la Vida - “*Yahveh Dios hizo para el hombre y su mujer túnicas de piel y los vistió*” (Gen 3, 21-24). Después de eso los expulsó del paraíso. El

pecado de Adán se convirtió asimismo en la maldición de la tierra de la cual fue hecho, y, como consecuencia, toda la creatura que vivía sobre ella resultó vestida en sus propias *“túnicas de piel.”* Y el ser del hombre igual que el de toda la criatura terrenal, comenzó a *gemirse* en ellas como en una cárcel. Lo podemos ver del comunicado del apóstol Pablo que nos dice: *“Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo.”* (Rom 8, 19-23)

Job a estas *“túnicas de piel”* las llama *“casas de arcilla, ellas mismas hincadas en el polvo”* (Job 4, 19) y el apóstol Pablo, *“tienda, que es nuestra morada terrestre”*. Aludiendo a la esperanza del regreso al paraíso, el mismo apóstol añade: *“Porque sabemos que si esta tienda, que es nuestra morada terrestre, se desmorona, tenemos un edificio que es de Dios: una morada eterna, no hecha por mano humana, que está en los cielos. Y así gemimos en este estado, deseando ardientemente ser revestidos de nuestra habitación celeste, si es que nos encontramos vestidos, y no desnudos. ¡Sí!, los que estamos en esta tienda gemimos abrumados. No es que queramos ser desvestidos, sino más bien sobrevestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida. Y el que nos ha destinado a eso es Dios, el cual nos ha dado en arras el Espíritu.”* (II Cor 5, 1-5)

Bajo este *“edificio de Dios”* se sobreentiende aquel cuerpo primordial y eterno que fue hecho por Dios y de que Adán y Eva gozaban en el paraíso. Precisamente en este mismo cuerpo ansía volver el hombre, es decir, desvestirse del actual o sobrevestirse, *“para que lo mortal sea absorbido por la vida,”* o, dicho de otra manera, *“revestirse de ropas de salvación”* (Is 61, 10), para entrar en la vida eterna. De eso se tratan también las siguientes palabras del apóstol: *“Y cuando este ser corruptible se revista de incorruptibilidad y este ser mortal se revista de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: La muerte ha sido devorada en la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?”* (I Cor 15, 54-55), igual que el fragmento del Evangelio apócrifo de Tomas, según el cual, cuando los discípulos preguntaron a Jesús: *“¿Cuándo te nos revelarás y cuándo te percibiremos?”*, El les respondió: *“Cuando os quitéis vuestros vestidos sin avergonzaos y toméis vuestra ropa y la pongáis bajo vuestros pies para pisar sobre ella, como hacen los niños, entonces miraréis al Hijo del Viviente y no temeréis.”*²

No hay duda de que aquí se habla de las mencionadas *“túnicas de piel”* mortales que el hombre lleva desde su caída y debe quitarlas antes de todo en su conciencia, para que pueda liberar su ser interior y volver a su estado primordial.

Esa misma esperanza de la liberación del ser interior del hombre se revela en todo ritual de sacrificios que exige la Ley antigua. Aquí está un ejemplo: *“Luego inmolarás el novillo delante de Yahveh, a la entrada de la Tienda del Encuentro. Tomando sangre del novillo, untarás con tu dedo los cuernos del altar, y derramarás toda la sangre al pie del altar. Saca todo el sebo que*

¹ Edward A. Roberts, Bárbara Pastor “Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española”. “Alianza Diccionarios”,- Alianza Editorial S.A. Madrid, 2001, p. 32.

² Iglesia no considera auténticos estos evangelios por la mezcla de conceptos ideológicos y religiosos que contienen, algunos de los cuales son directamente contrarios a la Palabra del Señor. Sin embargo, hasta en esta mezcla se puede encontrar unos fragmentos de valor autentico. Hay tales, por ejemplo, en los evangelios apócrifos de Tomas y de Felipe. Lo mismo se puede decir también sobre algunos apócrifos del Antiguo Testamento. Los textos de los apócrifos del Nuevo y Antiguo Testamentos se puede fácilmente encontrar en el Internet y lo que no está en Internet, en los volúmenes de A.Díez Macho (Ediciones Cristiandad) “Los apócrifos del Antiguo Testamento” y otr.

cubre las entrañas, el que queda junto al hígado, y los dos riñones con el sebo que los envuelve, para quemarlo en el altar. Pero quemarás fuera del campamento la carne del novillo, con su piel y sus excrementos. Es sacrificio por el pecado.”(Ex 29, 11-14)

Es muy significativo que a título del sacrificio por el pecado se exige el derramamiento de la sangre, la quema de la carne, de la piel y de los excrementos del animal fuera del campamento que juntos simbolizan el cuerpo externo del hombre, adquirido por la causa del pecado y por eso lleno de pasiones. Mientras que el sebo que cubre las entrañas y que simboliza el cuerpo primordial del hombre (el de antes de su caída) se designa para la quema en el altar, es decir, para alabar a Dios. Pero todo esto a su vez es sólo un símbolo de aquel sacrificio verdaderamente salvador que hizo después Jesucristo, para la redención de nuestros pecados, crucificando a través de Su cuerpo exterior a la serpiente antigua que lo causó.

Así, el cuerpo del hombre ya no es aquel que tuvo en el paraíso y que fue hecho por Dios para la vida eterna. Como una funda, éste nuevo cubrió el anterior y la vida del hombre se cambió. Ahora ya empezó a multiplicarse no sólo del modo invisible según el espíritu, sino también del modo visible según la naturaleza.

Dos tipos de nacimiento. En las primeras líneas del capítulo cuarto del Génesis leemos: *“Adán conoció a Eva, su mujer, la cual concibió y dio a luz a Caín, y dijo: «He adquirido un varón con el favor de Yahveh.» Volvió a dar a luz, y tuvo a Abel su hermano.”* Con el tiempo cada uno de los hermanos hicieron una oblación a Yahveh: Caín *“de los frutos del suelo”*, porque era labrador; y Abel, *“de los primogénitos de su rebaño y de la grasa de los mismo”*, porque era pastor de ovejas. *“Yahveh miró propicio a Abel y su oblación, mas no miró propicio a Caín y su oblación”* (Gen 4, 4-5).

¿Cuál fue el motivo de tal trato a Caín, tan injusto a primera vista? Nos hallamos ante una alegoría. Bajo el labrador de la tierra se entiende el hombre carnal, es decir, dedicado a las cosas naturales, él que antes de todo busca el beneficio material; mientras que el pastor de ovejas en la Biblia simboliza al hombre espiritual que busca la unión con Dios. Así que la oblación de Caín fue de valor material, y la de Abel, de valor espiritual. Las preferencias de los hermanos y el desprecio de la oblación de Caín manifestado por Dios nos indican que a Caín Dios no le consideraba como un hijo Suyo, mas a Abel, sí. De ahí podemos concluir que Caín dedicado a la naturaleza, había nacido según la misma, es decir, según las apetencias de la carne exterior adquirida por el hombre después de su caída y por eso tenía la imagen espiritual de aquel *“animal”* que provocó esa caída, mientras que la oblación de Abel fue un indicio claro que él llevaba en sí la imagen Divina. Es evidente que Caín no tuvo al hombre interior, creado por Dios y que fue sólo un fruto de la carne, es decir, había nacido según la naturaleza. En Abel, al contrario, el hombre interior creado por Dios estaba presente, porque su nacimiento fue según el espíritu de Dios. Es interesante admitir que el texto bíblico al mencionar el nacimiento de Abel no habla en nuevo conocimiento de Adán a su mujer. Así la concepción de Abel se queda para nosotros un misterio.

La preferencia de Dios provocó en Caín una tremenda envidia hacia su hermano y llevándolo con engaño al campo, Caín lo mata. Así, el nacido según la naturaleza resultó ser un homicida. Como observa el apóstol Pablo, *“las obras de la carne son conocidas: fornicación, impureza, libertinaje, idolatría, hechicería, odios, discordia, celos, iras, rencillas, divisiones, disensiones, envidias, embriagueces, orgías y cosas semejantes”* (Gal 5, 19-21).

A pesar de la declaración de Eva hecha después del nacimiento de Caín que había adquirido *“un varón con el favor de Yahveh”* (Gen 4, 1), el apóstol Juan nos dice muy claramente que Caín fue un producto de la intervención del Maligno en el orden de la multiplicación del hombre. En su Primera epístola leemos: *“Pues este es el mensaje que habéis oído desde el principio: que nos amemos unos a otros. No como Caín, que, siendo del Maligno, mató a su hermano...”* (3, 11-12).

De dos tipos de nacimiento se dice también en el libro apócrifo de Enoc (Henoc) que, aunque no se encuentra en la lista de los libros canónicos de la Sagrada Escritura, muchos fragmentos de

su contenido no solamente no contradicen al sentido de los mismos, sino al contrario, a menudo lo aclaran. Aquí en relación con el tema presente me parece muy interesante el relato sobre el nacimiento de Noé, el biznieto de Enoc. Lamec, el padre de Noé, se dirige a su padre Matusalén con las siguientes palabras: *"He puesto en el mundo un hijo diferente, no es como los hombres sino que parece un hijo de los ángeles del cielo, su naturaleza es diferente, no es como nosotros; sus ojos son como los rayos del sol y su rostro es esplendoroso. "Me parece que no fue engendrado por mí sino por los ángeles..."* (Libro de Enoc, cap. 106, 5-6)

¿Cómo podemos entender el hecho que tenía una naturaleza “diferente”? Es un enigma para nosotros, como un enigma es el nacimiento de Jesucristo, que no interrumpió la virginidad de María. Y he ahí como contesta Enoc a su hijo Matusalén respecto al nieto de éste:

*"Ciertamente restaurará el Señor su ley sobre la tierra, según vi y te conté, hijo mío. En los días de Yared, mi padre, transgredieron la palabra del Señor. "He aquí que pecaron, transgredieron la ley del Señor, la cambiaron para ir con mujeres y pecar con ellas; desposaron a algunas de ellas, **que dieron a luz criaturas no semejantes a los espíritus, sino carnales.** "Habrá por eso gran cólera y diluvio sobre la tierra y se hará gran destrucción durante un año. "Pero ese niño que os ha nacido y sus tres hijos, serán salvados cuando mueran los que hay sobre la tierra. "Entonces descansará la tierra y será purificada de la gran corrupción. "Ahora di a Lamec: 'él es tu hijo en verdad y sin mentiras, es tuyo este niño que ha nacido'"*. (Libro de Enoc, cap.106, 13-17-18).

Aquí vemos un testimonio más de la diferencia entre las criaturas espirituales y carnales que pueden nacer de los mismos padres carnales. En el estado de la caída tanto los hijos de Dios como los hijos de aquel espíritu maligno que rebeló contra Dios, “están cubiertos” de las “túnicas de piel”, pero lo que importa a Dios es el hombre interior.

Dos tipos de hombres y dos tipos de “carne”.

Desde aquel tiempo, por la expresión del mismo apóstol, “*el nacido según la naturaleza perseguía al nacido según el espíritu*” (Gal 4, 29).

La siguiente parábola de Jesucristo también habla de estos dos tipos de los hombres, a los cuales compara con la semilla buena plantada por Dios y con la cizaña plantada por Su enemigo:

"El Reino de los Cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Pero, mientras su gente dormía, vino su enemigo, sembró encima cizaña entre el trigo, y se fue. Cuando brotó la hierba y produjo fruto, apareció entonces también la cizaña. Los siervos del amo se acercaron a decirle: "Señor, ¿no sembraste semilla buena en tu campo? ¿Cómo es que tiene cizaña?" El les contestó: "Algún enemigo ha hecho esto." Dícenle los siervos: "¿Quieres, pues, que vayamos a recogerla?" Díceles: "No, no sea que, al recoger la cizaña, arranquéis a la vez el trigo. Dejad que ambos crezcan juntos hasta la siega. Y al tiempo de la siega, diré a los segadores: Recoged primero la cizaña y atadla en gavillas para quemarla, y el trigo recogedlo en mi granero." (Mt 13, 24-30)

Eva fue la tierra, donde se plantaron esos dos tipos de hombres. Ambos tenían un hombre exterior. Pero uno de ellos no tenía nada más que este. Y el otro encerraba en sí lo que se llama “la gloria de Dios”, aquel “tesoro” que, por la expresión del apóstol Pablo, llevamos “en recipientes de barro” “para que aparezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no de nosotros”. (2 Cor 4, 6-7). El hombre exterior, es decir, la carne, fue dado al auténtico hijo de Dios como prueba.

Con relación a esto aquí nuevamente recordamos las palabras de Enoc que distingue “la humanidad” de “los hijos de la carne” - “*Miré las tablillas celestiales y leí todo lo que estaba escrito y lo comprendí todo; leí el libro de todas las acciones de la humanidad y de todos los hijos de la carne que están sobre la tierra, hasta las generaciones remotas*” (Libro de Enoc, cap.81, 2)

De estas palabras podemos concluir que a los ojos de Dios el hombre verdadero, o el ser humano verdadero, no es el que ha nacido de la carne. Además las “carne” de los mencionados

son distintas. La carne de los nacidos según el espíritu el mismo libro la llama “*la carne de justicia y rectitud*”- “*Ahora pues, oh Señor, extermina de la tierra la carne que ha despertado tu cólera, pero la carne de justicia y rectitud, establécela como una planta de semilla eterna y no ocultes tu rostro de la oración de tu siervo, ¡Oh Señor!*”. (Libro de Enoc, cap.84, 6) -, mientras que la carne opuesta es la de la mentira. Y esta última es la carne mortal, en cuanto la de la justicia es aquella “*gloria*” inmortal que, según las palabras del apóstol llevamos “*en recipientes de barro*”.

Los hijos de Dios y los del Maligno. La buena semilla representa a los hijos de Dios, y la cizaña, a los del enemigo. Ya que Dios es la Verdad y el Amor, Sus hijos se distinguen por el espíritu de honradez y de amor. Hablando con profeta Isaías Dios los define así: “*Dijo él: «De cierto que ellos son mi pueblo, hijos que no engañarán.» Y fue él su Salvador en todas sus angustias*” (Is 63, 8). Es decir, lo que destaca a los hijos de Dios es su espíritu honesto y lleno de amor. Lo mismo leemos en el Libro apócrifo de Enoc: “*en el nombre del Señor,*” se dice ahí, “*que ha separado la luz de las tinieblas, ha repartido los espíritus de los humanos y ha fortalecido los espíritus de los justos en nombre de su justicia*” (Libro de Enoc, cap.41, 8).

Pero aprovechando la expresión de Cristo diremos que “*las buenas semillas*” empezaron a crecer junto con “*las cizañas,*” e, influidas por esas últimas, padecieron a todas las tentaciones de su hombre exterior.

Dios no quiso que Sus hijos se unan con aquellos que habían nacido según la naturaleza, porque, siendo bajo la influencia de ellos, podrían, sin darse cuenta, perjudicar a su ser interno y convertirse en los esclavos de su propia carne. Pero los hijos de Dios no lo escucharon y rindieron sus cuerpos al diablo adquiriendo así la imagen y semejanza de éste y perdiendo la de Dios. Entonces su carne se contrapuso a su ser interno de la misma crueldad con la cual el diablo se contrapone a Dios. Es por eso que dice el apóstol Pablo: “*Pues me complazco en la ley de Dios según el hombre interior, pero advierto otra ley en mis miembros que lucha contra la ley de mi razón y me esclaviza a la ley del pecado que está en mis miembros.*” (Rom 7, 22-23)

Viviendo mezclados con los hijos del Maligno “*por simiente humana*” (Dan 2, 43), los hijos de Dios según el grado de la influencia sufrida, al fin de los tiempos estarán o con Dios o con el diablo. Cuando se dice que “*Yahveh pondera los espíritus.*” (Prov 16, 2), se sobreentiende justamente la definición de este grado, que permitirá llenar con el espíritu de Dios a los que lo tienen mucho y vaciar a los que lo tienen poco. Por eso se ha dicho: “*a quien tiene se le dará y le sobraré; pero a quien no tiene, aun lo que tiene se le quitará.*” (Mt 13,12), así que “*cuando vendrá lo perfecto, desaparecerá lo parcial*” (I Cor 13, 10).

Al desagregarse la carne, el ser del hombre se queda, ya que es inmortal. El hombre lo entiende como resurrección. Pero la resurrección puede ser *de vida y de juicio* (Jn 5, 29). El que resucita para la vida, va al Reino de Dios y no ve la sepultura, mientras que aquel que resucita para el juicio ve su sepultura y es condenado a la pena eterna. Y no es porque así lo quiere Dios, sino porque el ser contaminado de tales hombres no puede apartarse de su cuerpo exterior. Por eso dice el rey David anticipando la llegada de Cristo, el Salvador: “*pues no has de abandonar mi alma al seol, ni dejarás a tu amigo ver la fosa.*” (Salm 16, 10). Y el profeta Isaías anuncia: “*Pronto saldrá libre el que está en la cárcel, no morirá en la hoya*” (Is 51, 14). Lo mismo dice también Cristo: “*En verdad, en verdad os digo: si alguno guarda mi Palabra, no verá la muerte jamás.*” (Jn 8, 51).

De ahí vemos también que la muerte no es lo que nosotros pensamos. Su verdadera cara es vista por el hombre, cuando él se despierta después de haber abandonado su carne en la tierra, o no vista nunca en caso si es un verdadero hijo de Dios.

Pero en la tierra, según Cristo, a los hijos de Dios se puede distinguir de los del Maligno por sus frutos.

«*Guardaos de los falsos profetas*”, dice El, “*que vienen a vosotros con disfraces de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen uvas de los*

espinos o higos de los abrojos? Así, todo árbol bueno da frutos buenos, pero el árbol malo da frutos malos. Un árbol bueno no puede producir frutos malos, ni un árbol malo producir frutos buenos.” (Mt 7, 15-18).

Por supuesto, bajo los frutos aquí se entienden los frutos espirituales, es decir, los frutos del bien y del mal.

El Pueblo de Dios. Pero los hijos de Dios seducidos por la carne, se alejaban más y más de su Padre celestial e inevitablemente seguían muriendo. Parecía que en el mundo no se quedó nadie fiel a Dios. Hubo entonces cuando al comprobar la fidelidad de Abraham, Dios le dijo desde los cielos: *«Por mí mismo juro, oráculo de Yahveh, que por haber hecho esto, por no haberme negado tu hijo, tu único, yo te colmaré de bendiciones y acrecentaré muchísimo tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas de la playa, y se adueñará tu descendencia de la puerta de sus enemigos. Por tu descendencia se bendecirán todas las naciones de la tierra, en pago de haber obedecido tú mi voz.»* (Gen 22, 16-18)

No eligió Dios una raza terrenal, sino espiritual. Las palabras del Señor se referían a la fe, a la fidelidad incondicional de Abraham y no a su carne que no vale nada en sus ojos. Dijo así, porque vio que Abraham estaba dispuesto a sacrificarle lo que más quería - a Isaac, su hijo querido. Y en eso asemejaba a Dios que después de un tiempo debía sacrificar al Suyo, a Jesucristo, para el rescate del resto de sus hijos.

De un modo inequívoco lo mismo dice también el apóstol Bernabé: *“¿Qué le dice, pues, el Señor a Abraham cuando, habiendo sido el único en creer, le fué contado a justicia? **Mira que te he puesto a ti, Abraham, por padre de las naciones que han de creer en Dios por prepucio**”* (Epístola (apócrifa) de Bernabé, 13).

Eso significa que Abraham es el padre de todo aquel – no importa la nación a que pertenece - que creyendo a Dios sacrifica para El sus pasiones.

Después se fijó Dios en Jacob, el nieto de Abraham que luchó mucho por la bendición primero de su padre y después de Dios. Y por eso de Dios Mismo recibió el nombre de Israel que evidenciaba la presencia del ser interior en él y su pertenencia a Dios. Todos aquellos que nacieron de la fe abnegada de Abraham recibieron la Ley de Dios, la que después del sacrificio de Jesucristo quedó grabada en los corazones de aquellos, quienes sinceramente creyeron en Su palabra. Es la Ley moral, porque la vida del hombre depende justamente de su conducta. Sus mandamientos son bien conocidos. He ahí algunos de ellos:

“Honra a tu padre y a tu madre, para que se prolonguen tus días sobre la tierra que Yahveh, tu Dios, te va a dar.

No matarás.

No cometerás adulterio.

No robarás.

No darás testimonio falso contra tu prójimo.

No codiciarás la casa de tu prójimo, ni codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada que sea de tu prójimo.» (Ex 20, 12-17)

Dios habló a sus hijos confundidos también por la boca de los profetas:

“He aquí las cosas que debéis hacer: Decid verdad unos a otros; juicio de paz juzgad en vuestras puertas; mal unos contra otros no meditéis en vuestro corazón, y juramento falso no améis, porque todas estas cosas las odio yo, oráculo de Yahveh.” (Zac 8, 16-17)

Y en otro lugar:

“Justifica a la viuda, juzga al pupilo, da al pobre, cuida al huérfano y viste al desnudo; sana al herido y al débil, no quieras reírte del cojo, custodia al manco y admite al ciego a mi claridad; guarda entre tus muros al joven y al anciano; entierra a los muertos y deja señal allí donde los encuentres, y te daré el primer asiento el día de mi resurrección.” (IV Esdr 2, 20-23). Porque, continua el apóstol, *“los injustos no heredarán el Reino de Dios. ¡No os engaños! Ni los impuros, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los homosexuales, ni los*

ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los ultrajadores, ni los rapaces heredarán el Reino de Dios” (I Cor 6, 9-10) Y los hijos de Dios, obrando arbitrariamente, se igualan a los nacidos según la carne y, por la expresión del mismo apóstol, *“el que siembre en su carne, de la carne cosechará corrupción; el que siembre en el espíritu, del espíritu cosechará vida eterna”* (Gal 6, 8). Jesús advierte de lo mismo, cuando dice: *“Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a Aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en la gehenna.”* (Mt 10, 28)

Todos estos mandamientos significan la misma cosa: no deifiques ni su propio cuerpo, ni ninguna otra criatura; no vayas tras sus instintos, ponte encima de ellos, domínate como el Señor domina sobre sus criaturas. Mas todo eso es posible sólo cuando Dios ocupa el primer lugar en el alma del hombre, es decir, cuando el hombre lo ama más que a todo. Y no se puede decir que existe un pueblo terrenal cuyos representantes en su totalidad sinceramente compartan y cumplan esos mandamientos de Amor a Dios y al prójimo, porque el pueblo de Dios es un pueblo espiritual y no natural. Sus representantes pueden hallarse entre cualquier nación o raza terrenal.

La Biblia - el libro de Dios - tiene dos planos. El nacido según la naturaleza o aquel cuyo hombre interior está casi aniquilado por la carne externa la lee con los ojos exteriores y la entiende según la naturaleza. Pero el nacido según el espíritu de Dios la miraría con los ojos de su ser interior, es decir, espiritualmente, y vería su contenido bajo la luz distinta.

El auténtico Pueblo de Dios – el que la lee espiritualmente -, como ya fue dicho, se manifiesta por su espíritu de veracidad. Lo admite también Cristo: *“Vio Jesús que se acercaba Natanael y dijo de él: «Ahí tenéis a un israelita de verdad, en quien no hay engaño.»”* (Jn 1, 47)

Y cuando el Señor dice que ha dispersado Su pueblo entre los otros pueblos, quiere decir que Sus hijos (los que llevan en sí Su *germen*) pueden nacer en la naturaleza de cualquier pueblo terrenal, ya que la naturaleza mortal no tiene valor en Sus ojos divinos. *“Toda carne es hierba”,* dice Él por la boca del profeta, *“y todo su esplendor como flor del campo. La flor se marchita, se seca la hierba, en cuanto le dé el viento de Yahveh (pues, cierto, hierba es el pueblo). La hierba se seca, la flor se marchita, mas la palabra de nuestro Dios permanece por siempre”* (Is 40, 6-8).

Nadie que comete la iniquidad pertenece al pueblo de Dios, que se conoce por su honestidad y pureza: ***“Todo el que ha nacido de Dios no comete pecado,”*** dice el apóstol, ***“porque su germen permanece en él; y no puede pecar porque ha nacido de Dios. En esto se reconocen los hijos de Dios y los hijos del Diablo: todo el que no obra la justicia no es de Dios, ni tampoco el que no ama a su hermano.”*** (I Jn 3, 9-10). Refiriendo al hecho que el nombre Israel no significa nada, cuando él que lo lleva no cumple las exigencias morales de Dios, El Mismo dice por la boca del profeta Ezequiel: *“Entonces, la palabra de Yahveh me fue dirigida en estos términos: Hijo de hombre, los que habitan esas ruinas, en el suelo de Israel, dicen: «Uno solo era Abraham y obtuvo en posesión esta tierra. Nosotros somos muchos; a nosotros se nos ha dado esta tierra en posesión.» Pues bien, diles: Así dice el Señor Yahveh: Vosotros coméis con sangre, alzáis los ojos hacia vuestras basuras, derramáis sangre, ¡y vais a poseer esta tierra! Confidáis en vuestras espadas, cometéis abominación, cada cual contamina a la mujer de su prójimo, ¡y vais a poseer esta tierra!...etc.”* (Iez 33, 23-26)

Y como el pueblo de Dios no nace por la naturaleza sino por el deseo de Dios, su representante no se aferra a su carne. Sus padres espirituales y naturales pueden ser distintos y pueden ser los mismos. Como hemos visto, los hijos de Dios y los del Maligno pueden nacer en una misma familia, según como fueron concebidos: por el espíritu puro de amor o por la apetencia de la carne. Así fue en la familia de Adán y Eva, en la de Noe.³ También el justo Lot tuvo hijas

³ Ver el artículo siguiente de este Tríptico: “Enigma de los hijos de Noe”.

pecadoras y por eso los pueblos procedentes de ellas fueron eliminados por Dios. Justamente de eso se tratan las siguientes palabras de Cristo: *«¿Creéis que estoy aquí para dar paz a la tierra? No, os lo aseguro, sino división. Porque desde ahora habrá cinco en una casa y estarán divididos; tres contra dos, y dos contra tres; estarán divididos el padre contra el hijo y el hijo contra el padre; la madre contra la hija y la hija contra la madre; la suegra contra la nuera y la nuera contra la suegra.»* (Lc 12, 51-53) o en otro lugar:

«No penséis que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino espada. Sí, he venido a enfrentar al hombre con su padre, a la hija con su madre, a la nuera con su suegra; y enemigos de cada cual serán los que conviven con él. «El que ama a su padre o a su madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a su hijo o a su hija más que a mí, no es digno de mí» (Mt 10, 34-37)

Cuando Cristo dice que ha venido a dividir a los integrantes de la familia, significa que ha venido a destacar a Sus hijos que por su carne pueden tener parentesco con los hijos de Maligno, pero por su espíritu siempre se distinguen de ellos. Y se distinguen por el hecho de que aman más y antes de todo a Dios y Su justicia y sólo después a su prójimo (bajo lo cual se entiende, primero, el hombre y después, toda la criatura de Dios), como a sí mismo. **Es decir, ha venido también, para parar entre los integrantes de la familia, porque cuando El no está entre ellos, se vuelven servidores de la carne.**

Es así, porque existen dos o tres padres de la humanidad: uno que está en el cielo y le da vida; el otro, cuyo *imperio está en el aire* (Ef 2, 2) y que le quita la vida, porque es el responsable de la aparición de la carne mortal del hombre, y el padre carnal. Por eso enseñando a Sus discípulos rezar Jesús comienza la oración dirigiéndose al Padre nuestro que está en los cielos, de esta manera haciéndonos saber que existen también otros, con quienes no se puede confundirlo.

Por supuesto, el pueblo de Dios se forma por los hijos de Dios. Es un pueblo único, porque único es Dios, el Creador del mundo invisible y del mundo visible. Y es el pueblo de los hombres justos. Lo componen los justos de todas las naciones y razas terrenales.

En la Biblia el pueblo de Dios se llama *Israel*, es decir, el que conoce a Dios, busca Su bendición con todas sus fuerzas, como lo buscó Jacob por lo que recibió el dicho nombre.

“Soy de Yahveh” (Is 44: 5) – así explica el profeta el significado de la palabra *Israel*. Como he mostrado en mi libro “Ararat enigmático”,⁴ esa pertenencia a Dios de una o de otra forma está grabada en todos los nombres de los pueblos antiguos, porque en sus raíces están los mismos sonidos que apuntan a Dios a través de sus numerosas alteraciones como *ra, ar, al, fer, her, el*, etc. Por eso todos ellos en realidad son de algún modo sinónimos del nombre *Israel* y en su conjunto representan, metafóricamente dicho, una parte del Señor: el brazo, el corazón, etc. Es porque la multitud de los pueblos equivale a todos los integrantes del cuerpo humano que son hostiles y afrontados uno con el otro cuando están inconcientes del cuerpo que forman y por eso cada uno, obrando en forma pagana, adora a sí mismo y el lugar que ocupa. Pero cuando son concientes del cuerpo que forman, ya se consideran uno, aunque tengan tareas distintas. Esa verdad se reveló con la llegada de Jesucristo en la carne. Pero ninguno de los pueblos terrenales (inclusivo los judíos que conservaron para la humanidad la Palabra de Dios) se quedó en la altura de su nombre, porque ora había olvidado su significado, ora, traicionando a Dios, había traicionado a su propio nombre. Los verdaderos hijos de Dios aman a Su Padre más que su propia carne y están dispuestos a sacrificar su vida por Él, mientras que los de la carne, al revés, aman su carne más que a Dios (incluso si dicen que creen en Él) y por su ceguera están dispuestos a hacer lo que sea, para conservar su vida mortal, incluso traicionando a Dios que es la Única Verdad y Vida.

Respondiendo a si mismo con sinceridad, ¿a quien o a que nos entregamos por toda nuestra

⁴ Ver “Ararat enigmático”

alma – a nuestra carne o a Dios?, - sabremos a quien pertenecemos. Y, quizás, eso cambie nuestra vida. Si digamos sin vacilar: “Soy de Yahveh, es decir, de Jesucristo Salvador”, sería un atestiguamiento seguro de la existencia en nosotros del ser interior y, por consiguiente, de nuestra pertenencia al Pueblo de Dios. Como dice el profeta Isaías, “*el uno dirá: "Yo soy de Yahveh", el otro llevará el nombre de Jacob. Un tercero escribirá en su mano: "De Yahveh" y se le llamará Israel.*» (44, 5).

Pero si sublevamos contra esa idea, significaría que nunca tuvimos al hombre interior o lo ahogamos con nuestra carne.

Los demás “pueblos”. En la Biblia al Pueblo de Dios se contraponen “los pueblos”. De lo dicho hasta ahora está claro que a estos tampoco hay que entender literalmente. En la lengua bíblica “los pueblos” no representan ninguno de los pueblos terrenales, (porque en todos ellos los hijos de Dios viven mezclados con los del Maligno), sino se refieren a aquella multitud abigarrada de los servidores de la carne que no reconoce a Dios y adora a la criatura, es decir, la naturaleza.

Bajo la deificación de la naturaleza se oculta la deificación de su propia carne mortal. Adorando su cuerpo, o su naturaleza, estos “pueblos” inevitablemente deifican sus órganos sexuales y lo hacen antes de todo por los placeres físicos que proporcionan. Y eso inevitablemente provoca el ahogo del ser interior y, como ya se ha dicho, los hombres se vuelven enteramente carnales, porque, según el apóstol, viven “*dominado por la pasión, como hacen los gentiles que no conocen a Dios*”. (1 Tes 4, 5)

A estos “pueblos” la Biblia los llama pueblos idólatras, ya que en lugar de servir al Creador sirven a la creatura y así alejándola de Dios, se alejan de El también ellos mismos.

El sentido espiritual del surgimiento de estos pueblos en una manera muy notable se presenta en la palabra griega *demos* que significa *pueblo*, es decir *multitud* contrapuesta a *uno*, porque no es casual que la palabra *demos* sea cognada a la palabra *demonio*. Ambas tienen la misma raíz indoeuropea *da* que significa “*dividir*”. De ahí *dati* sánscrito que significa “*él corta*”; *δαπνω* (*dapto*) griego que significa “*despedazar*”; *dam* irlandés antiguo que significa “*multitud*”.

Como se desprende de la etimología presentada, esa “*multitud*” surgió a causa del fraccionamiento de la unidad que fue cortada y dividida. Así que es muy natural que con la misma raíz sean vinculadas palabras que significan “*demonio*”. Así son, por ejemplo, *daimon* sánscrito; *δαίμων* griego que se entiende como “*genio que reparte el destino de los hombres*”.⁵ La misma raíz se encuentra en las palabras franco/españolas *indemni(zar)-ser*.

Así, la palabra “*demos*” indica a aquel quién rompe la unión de la creatura con su Creador, formando una multitud de fracciones sueltas, es decir, divide, destroza lo que desde el punto de vista teológico significa la *muerte* de la creatura. Una de las definiciones que Dios usa alegóricamente en la Biblia para indicarlo a ese ser es el “*conductor de las naciones*” (Ez 31, 11) que en el sentido espiritual se contrapone al Hijo de Dios. En esta contraposición se revela el significado profundo de la noción de la *aristocracia* como el gobierno del Espíritu Divino, y la de *democracia* como el gobierno de los hijos de la carne, o de los instintos de la carne, que se rebelan contra la razón.

Es interesante que a la misma conclusión lleva la palabra rusa “*iaziki*”, es decir, “*lenguas*”, que en el antiguo ruso significaba “*pueblos*” y en su forma colectiva llegó a definir el “*paganismo*” que en ruso suena como “*iazichestvo*”. La palabra “*iaziki*” se usa también en la combinación “*iaziki plameni*”, es decir, “*llamas del fuego*”, que definen también las *pasiones* que queman al hombre como el fuego, mientras que la unión con Dios a través del sacrificio de estas hace que la creatura alcance la vida eterna y recupere la imagen de Dios y la dignidad humana perdidas a causa de las pasiones, ya que la idea misma del *hombre* supone la unión con

⁵ Ver la nota.1

Dios.⁶ Conocer al hombre significa conocer a Dios que es el Único Hombre y no hay nada y nadie más, ningún espíritu, ninguna otra cosa que tenga la fuente de Vida y por eso pueda proporcionarla.

La influencia del espíritu rebelde de la soberbia. Pero cuando alguien entiende el Pueblo de Dios en el sentido terrenal, inevitablemente cae en la deificación muy peligrosa de la carne mortal, la que a su vez siempre origina el mal destructor del racismo, fascismo, odio o de cualquier otra locura.

Pero no olvidemos que los hijos de Dios no se definen por la carne, sino por el espíritu de honradez. Y aquellos que intentan sustituir el Espíritu de Dios por la carne, lo hacen bajo la influencia del espíritu rebelde y soberbio de la antigua serpiente, cuyo gusano habita en la carne, porque aquel quien se guía por el espíritu de Dios que es el espíritu del Amor, **“no busca su interés”** (I Cor 13, 5). Solo el gusano de la soberbia hace que las personas de distintas nacionalidades se atribuyan sólo a sus pueblos, es decir, a su naturaleza, la cualidad de los hijos de Dios, teniendo a los demás pueblos por nada. Sólo éste puede inculcar al hombre la idea de la divinidad de un pueblo terrenal o una raza terrenal – que siempre constan, como es evidente, tanto de la “semilla buena” como de la “cizaña” – y la de la total nulidad de los otros pueblos o de las otras razas, provocando así su reciproca exterminación.

A causa de eso Dios por la boca de los profetas, la de Jesucristo y de los apóstoles no cesa a advertir a Sus hijos sobre este tremendo pecado que es el progenitor de todos los males:

«El Señor Yahveh ha jurado por sí mismo, oráculo de Yahveh Dios Sebaot: Yo aborrezco la soberbia de Jacob, sus palacios detesto, y voy a entregar la ciudad con cuanto encierra» (Amos 6, 8).

“...Pues será aquel día de Yahveh Sebaot para toda depresión, que sea enaltecida, y para todo lo levantado, que será rebajado” (Is 2, 12), ya que, dice el profeta Isaías, *“Yahveh Sebaot (...) ha planeado profanar el orgullo de toda su magnificencia y envilecer a todos los nobles de la tierra.”* (Is 23, 9), *“para que ningún árbol plantado junto a las aguas se engría de su talla, ni levante su copa por entre las nubes, y para que ningún árbol bien regado se estire hacia ellas con su altura. ¡Porque todos ellos están destinados a la muerte, a los infiernos, como el común de los hombres, como los que bajan a la fosa!,”* le asiente el profeta Ezequiel (31, 14). *“¡Ay! los que decretan decretos inicuos,”* dice el Señor por sus bocas, *“y los escribientes que escriben vejaciones, excluyendo del juicio a los débiles, atropellando el derecho de los míseros de mi pueblo, haciendo de las viudas su botín, y despojando a los huérfanos”* (Is 10, 1-2). *“¡Ay, los sabios a sus propios ojos, y para sí mismos discretos!”* (Is 5, 21).

Lo mismo dice Jesucristo a Sus seguidores: *“todo el que se ensalce, será humillado; y el que se humille, será ensalzado.”* (Lc 18, 14). *“El que quiera llegar a ser grande entre vosotros, será vuestro servidor, y el que quiera ser el primero entre vosotros, será vuestro esclavo”* (Mt 20, 26-27)

Tampoco cansan repetirlo los apóstoles: *“Dios resiste a los soberbios”,* dice el apóstol Santiago, *“y da su gracia a los humildes.”* (St 4,6). *“Nada hagáis por rivalidad, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo...”* (Flp 2, 3), enseña el apóstol Pablo, *“que no sean altaneros ni pongan su esperanza en lo inseguro de las riquezas sino en Dios, que nos provee espléndidamente de todo para que lo disfrutemos”* (I Tm 6, 17), *“Porque si alguno se imagina ser algo, no siendo nada, se engaña a sí mismo”* (Gal 6, 3).

Se puede continuar con los ejemplos que abundan en la Sagrada Escritura. Y todos ellos

6. Ver el artículo “Misterio de la Santísima Trinidad o ¿cuál es la razón de la moral cristiana?”

testifican que el pueblo que se ensalza, lo hace sometido al espíritu de la creatura y no del Creador. El que obra de esta manera, no puede ser hijo de Dios. Por eso dice el apóstol: *“Pues no todos los descendientes de Israel son Israel. Ni por ser descendientes de Abraham, son todos hijos. Sino que «por Isaac llevará tu nombre una descendencia»; es decir: no son hijos de Dios los hijos según la carne, sino que los hijos de la promesa se cuentan como descendencia.”* (Rom 9, 6-8).

Y, como ya fue dicho, Dios dirigió Su promesa sólo a los portadores de la semilla espiritual de Abraham quienes por su fe enteramente abnegada se asemejan a este patriarca de todos los vivientes, es decir, a aquellos, en cuyos corazones está grabado el mandamiento que Cristo después destacó como principal: *«Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el mayor y el primer mandamiento”.* (Mt 22, 37-38)

Conclusión. Entonces; se puede confirmar que en los ojos de Dios existen sólo dos pueblos: los hijos de Dios y los que a sí mismo creen dioses. El Señor reconoce como *Su pueblo* únicamente a los que mantienen vivo y firme al hombre interior mientras que a los que no lo tienen o lo tienen débil o muerto considera cáscaras vacías que se distinguen por la forma del pecado al que padecen. Es de ellos dice el profeta: *“Todas las naciones son como nada ante él, como nada y vacío son estimadas por él.”* (Is 40, 17). Ya sabemos que bajo las naciones se refiere aquí a los que han nacido según la naturaleza, cultivan la naturaleza y se caracterizan por sus instintos carnales; mientras que el pueblo de Dios es completamente espiritual.

Y sin embargo la bondad del Señor es tan perfecta que Él quiere y puede salvar a todos Sus hijos que pecaron, siempre cuando todavía en su vida terrenal aprendan a amarlo y quieran unirse con Él. Entonces por la ofrenda de Jesucristo serán lavados todos sus pecados y entrarán al Reino de Dios como Sus propios hijos. Por eso quien puede que haga un esfuerzo y empiece a *“amontonar tesoros en el cielo”* (Mt 6, 20), es decir, tesoros espirituales, para que a la hora, cuando Dios pondere los espíritus, no los haya encontrado demasiado ligeros.

Partiendo de todo esto, podemos decir que no tenemos ningún fundamento para creer en la parcialidad de Dios, pero sí, tenemos un buen motivo de enojarse con nosotros mismos, cuando, cediendo ante las exigencias de nuestra carne, aniquilamos nuestro verdadero ser interior y nos condenamos al fin ignominioso de aquellos, quienes aborrecen todo lo elevado, perfecto, bueno y bello a saber, el fruto del Espíritu de Dios que es *“amor, alegría, paz, paciencia, afabilidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio de sí; contra (cuales) no hay ley.”* (Gal 5,22-23).

2008-2009

II

Enigma de los hijos de Noe o quienes son los semitas, camitas y jafetanos



Introducción

Como nos comunica la Biblia, después del diluvio los descendientes de los tres hijos de Noe, a saber, Sem, Can y Jafet, se dispersaron por la tierra (Gen 10, 32). Se cree que originaron tres razas de la humanidad y tres familias lingüísticas, a saber: las de los semitas, camitas y jafetanos. Sin embargo el texto bíblico no permite definir con seguridad las tierras de la extensión de cada uno de ellos, ya que sus comunicaciones, a veces oscuras o contradictorias, además, se relacionan asiduamente con los nombres geográficos desconocidos. Así, sobre las tierras ocupadas por los hijos de Jafet ahí se dice: “*se poblaron las islas de las gentes*” (Gen 10: 5). Sobre el área de la dispersión de los hijos de Sem el texto nos informa que “*su asiento se extendió desde Mesa, en dirección a Sefar, al monte del oriente*” (Gen 10: 30), pero los lugares nombrados no están localizados hasta hoy. Se puede decir que la comunicación bíblica más comprensible para nosotros es sobre los descendientes de Can, aunque incluso ahí no nos faltan dificultades, porque se origina una gran confusión respecto a los pueblos que los representan. Así, a algunos descendientes de Can los encontramos en la genealogía de Sem. Antes de todo es Asur que está presente tanto en la genealogía de Can como en la de Sem. Además, llama la atención el parecido de los nombres Caín, Canaan y Cainán (Quenan) en las genealogías de Caín, Set, Sem (en la

Septuaginta y en las versiones orientales de la Biblia: rusa, armenia) y Can, y el hecho que los descendientes de Set casi por completo (aunque diseminadamente) parecen repetir la genealogía de Caín.

Origen de las dificultades y las versiones de las genealogías bíblicas se encuentra en las distintas fuentes que tenían los compiladores de la Biblia. La información sobre la existencia de tales fuentes se conservó, por ejemplo, en la “Historia de Armenia” de Moisés de Joren (siglo V), donde el autor cita algunos fragmentos de éstas.^[1] Particularmente, cita las genealogías de Can y de Jafet, paralelas a la segunda genealogía bíblica de Sem (Gen 11:10-20) y ausentes en el texto bíblico, que, según el autor, fueron presentadas por un tal Abidén que confirmaba que estas fueron “*después substraídas por alguien*”. Allí Moisés de Joren escribe:

“Se conoce que la definición de los tiempos desde el principio de la Creación hasta nosotros, y, en particular, la definición de las filas de los descendientes de los tres hijos de Noe, es muy penosa y de difícil realización, especialmente si intentar observarlos por los siglos. Y más aún, porque la Divina Escritura al destacar su propio pueblo, rechazó a los demás como despreciables e indignos de la mención en sus páginas. Contaremos, comenzando de ellos, a medida de nuestras posibilidades, todo lo cierto que encontramos en las historias antiguas, desde nuestro punto de vista, completamente auténticas. Y tú, juicioso lector, mira ahora la regularidad de las filas de los tres linajes hasta Abraham, Nin y Aram y ¡asombrate!”

A continuación presento las genealogías citadas por Moisés de Jorén:

Sem tenía cien años cuando engendró a Arpaksad,
Arpaksad era de ciento treinta y cinco años de edad cuando engendró a Kainan.
Kainan tenía ciento veinte años cuando engendró a Sélaj.
Era Sélaj de treinta años cuando engendró a Héber.
Era Héber de ciento treinta y cuatro años cuando engendró a Péleg.
Era Péleg de ciento treinta años cuando engendró a Reú.
Era Reú de ciento treinta y dos años cuando engendró a Serug.
Era Serug de ciento treinta años cuando engendró a Najor.
Era Najor de ciento veintinueve años cuando engendró a Téráj.
Era Téráj de setenta años cuando engendró a Abram,

Can engendró a Kus
Kus engendró a Misrátim
Misráyim engendró a Nemrod
Nemrod engendró a Bab
Bab engendró a Anebis
Anebis engendró a Arbel

1. Moisés de Joren “Historia de Armenia” (s.V). En el primer libro de esa historia que alude a la genealogía del pueblo armenio, el autor habla de las fuentes que usó para escribir el libro. Todas fuentes son griegas, mejor dicho son las traducciones griegas de las crónicas e historias que se encontraban en los archivos reales y de templo de Persia, de Egipto, de Babilonia y de otros países, que él conocía, como creen, a través de las obras de Eusebio de Cesarea. Entre los autores mencionados por él, figuran: Berós, “*un sabio caldeo, experto en las ciencias*”; Mar Abas Catina, un sirio “*inteligentísimo y ávido de saber*”; Abidén; Sibila de Berós “*superior a muchos por su veracidad*” y otros. Entre las fuentes indica también leyendas orales, particularmente atribuidas a Olimpiador, un filósofo que había contado el contenido del libro sobre Ksisutro (Noé bíblico) y sus hijos, que existía en los otros tiempos y que, como decía, ya “*no se puede hallar en ningún lugar*”. La existencia de esas leyendas se confirmaba por los ancianos de la generación de Aram que incluso en los tiempos de Moisés de Joren “*las contaban de memoria acompañándolas con los instrumentos musicales, cantos, espectáculos y bailes*”.

El autor concluye la lista de estas últimas fuentes con las siguientes palabras:

“*Cuanto mentira y cuanto verdad hay en ellas no me incumbe. Porque en este libro yo cito todo lo que he escuchado y leído en libros, para que no dudes en la pureza de mis intenciones respecto a vos*”.

Arbel engendró a Hayal
Hayal engendró al otro Arbel
Arbel engendró a Nin
Nin engendró a Ninive

Jafet engendró a Gomer
Gomer engendró a Tiras
Tiras engendró a Togarma
Togarma engendró a Hayk
Hayk engendró a Aramaniak
Aramaniak engendró a Aramais
Aramais engendró a Amasia
Amasia engendró a Guelam
Guelam engendró a Harma
Harma engendró a Aram”

Como vemos, la genealogía de Sem completamente coincide con la segunda genealogía del mismo presentada en Gen 11: 10-26 de Septuaginta y de las traducciones orientales (rusa, armenia, etc.). Pero Cainán (Quenán) no figura en las versiones modernas católicas y hebreas de la misma genealogía. Tampoco figuran allí Asur y Aram presentes en la primera genealogía de Sem en Gen 10: 22-31. Y tampoco está Asur en la genealogía equivalente de Can que nos presenta Moisés de Joren, mientras que Aram figura allí como descendiente de Jafet.

Esas tres genealogías merecen una consideración especial a la que dedicaré la segunda parte de este libro. Pero ahora, volviéndome al tema notaré que tampoco tiene fundamentos firmes la interpretación directa de la comunicación bíblica que los hijos de Noe fueron los progenitores de las tres razas humanas, porque en ella no está aclarado de que razas exactamente se trata. Si las observemos desde el punto de vista del color, suponiendo, como se cree, que los camitas son los negros, entonces deberíamos hablar de dos razas, ya que aquellos que se creen semitas y jafetanos pertenecen a la raza blanca. Si, conforme con el texto bíblico, supongamos que los camitas son los habitantes del norte de África y de la parte oriental del Asia Anterior (Gen 10: 6-20), veremos que allá vivían y viven los etíopes y aquellos, a los que llamamos semitas. Pero nos preguntaremos: si en lugares, donde, según la Biblia, deberían vivir los camitas, viven los semitas, entonces ¿dónde están los camitas?

Si nos dirijamos ahora a las tres familias lingüísticas que llevan los nombres de los hijos de Noe, la confusión se profundizará aún más, porque hay pueblos que, según la genealogía bíblica, representan a los camitas, sin embargo su lengua pertenece a la familia semítica. Así Babilonia, Acad, Asur en la Biblia se relacionan con los descendientes de Can (Gen 10: 6-14), mientras que sus lenguas (asirio-babilónica y acádica) pertenecen a la familia semítica. A la misma pertenecen también las tribus Seba y Dedán anotadas en la genealogía de Can. Para salir de algún modo de esta confusión, los lingüistas a menudo cualifican la familia semítica como semítico-camítica, aunque no exista ninguna definición segura de las lenguas camíticas.

Con semejantes contradicciones en el texto bíblico nos encontramos bastante frecuentemente. Una de estas, es la comunicación que Yabal del linaje de Caín fue “*el padre de los que habitan en tiendas y crían ganado*” (Gen 4: 20), cuando sabemos que en tiendas habitaban los semitas y el mismo Abraham.

Todas esas desconformidades porfiadamente hacen suponer o un error en la transmisión del texto sagrado o su mala traducción. En tal caso la única solución es buscar su sentido a través de la etimología de los nombres y de los topónimos. Pero antes de hacerlo nos distraemos un poco del tema, para ver que representan los nombres en la Biblia y cuales el origen de información bíblica.

Sobre los nombres bíblicos y el origen de las comunicaciones bíblicas

Los investigadores de la Biblia conocen que **los nombres bíblicos** revelan la misión o predestinación oculta de los hombres, objetos o fenómenos que definen. El nombre es semejante a la palabra encarnada por la cual Dios creó todo el universo invisible y visible. El sentido recóndito del nombre ya se adivina, cuando el Señor lleva ante el hombre a todos los animales y aves que había creado, *“para ver cómo los llamaba, y para que cada ser viviente tuviese el nombre que el hombre le diera.”*(Gen 2: 19-20).

Y no hay duda en que los nombres que Adán los daba tenían que ver con las predestinaciones de estos seres.

También los nombres de las ciudades, de los pueblos y países bíblicos revelan su predestinación principal, sea positiva o negativa. Así, el nombre Babilonia se debe al hecho que *“allí embrolló Yahveh el lenguaje de todo el mundo, y desde allí los desperdigó Yahveh por toda la haz de la tierra”* (Gen 11: 9), es decir, allí fue dividida la unidad del lenguaje humano.

Lo mismo se puede decir respecto a los nombres étnicos. De un modo evidente vemos eso, por ejemplo, en los nombres de moabitas y ammonitas que nacieron como consecuencia de un incesto que cometieron las hijas de Lot con su padre: *“la mayor dio a luz un hijo,”* se dice en Génesis, *“ye le llamó Moab: es el padre de los actuales moabitas. La pequeña también dio a luz un hijo, y le llamó Ben Ammí: es el padre de los actuales ammonitas”* (Gen 19: 37-38).

Igualmente el nombre de Dios *Yahveh* que le define como *“Yo soy como soy”* (Ex 3: 14) y los nombres de todas otras personas que la Sagrada Escritura menciona.

La importancia que tienen los nombres a los ojos de Dios se revela también del hecho que Él cambia los nombres de aquellos, con quienes establece una alianza. Por ejemplo, a Abram le dijo: *“No te llamarás más Abram, sino que tu nombre será Abraham, pues padre de muchedumbre de pueblos te he constituido”* (Gen 17:5) y también: *“Dijo Dios a Abraham: «A Saray, tu mujer, no la llamarás más Saray, sino que su nombre será Sara. Yo la bendeciré, y de ella también te daré un hijo. La bendeciré, y se convertirá en naciones; reyes de pueblos procederán de ella.»*(Gen 17: 15-16). Lo mismo hace Dios con Jacob diciéndole: *“En adelante no te llamarás Jacob sino Israel; porque has sido fuerte contra Dios y contra los hombres, y le has vencido”* (Gen 32: 29), etc.

Sobre el sentido misterioso y secreto del nombre evidencian también las palabras del Salvador en Apocalipsis: *“al vencedor le daré maná escondido; y le daré también una piedrecita blanca, y, grabado en la piedrecita, un nombre nuevo que nadie conoce, sino el que lo recibe.”* (Ap 2:17)

Pues, todo nos dice que los nombres y topónimos de la Biblia encierran en sí una información importante sin la cual sería imposible entender el sentido que tienen a los ojos de Dios aquellos que los llevan y el papel que les está predestinado en las intenciones divinas. Pero el asunto es que no todos ellos pueden ser explicados por el idioma hebreo. Ese hecho y además las glosas que existen en el texto de la Sagrada Escritura hacen suponer que, quizás, el idioma original de la misma, particularmente del Pentateuco, no fue el hebreo y que los traductores, de haberla traducido muchas veces de idioma a idioma, podrían perder muchas cosas, porque traducían lo que entendían y lo que no entendían, dejaban como estaba. Para descifrar esas palabras que, sin duda, Dios nos había transmitido para que entendiéramos, es menester que muchos teólogos y lingüistas reuniendo sus esfuerzos busquen sus significados en todas las lenguas vivas y muertas, porque, es muy probable que el original fuera escrito en aquella lengua divina e única que la humanidad hablaba antes de la Confusión de Babel. **Pero ¿qué sabemos sobre el origen de la Biblia o de las sagradas escrituras que contiene?**

Respecto a esa pregunta algunos datos interesantes encontramos en los libros apócrifos del Antiguo y del Nuevo Testamentos. Particularmente son dos: el Libro de Enoc y El Evangelio

armenio de la Infancia. Y lo que en ellos se refiere a la antigüedad de las fuentes bíblicas no solamente no contradice a la lógica de la Biblia, sino va ampliando y hasta explicando algunas de las comunicaciones de sus libros canónicos.

Como se sabe, Enoc vivió antes del diluvio universal, lo que significa que también vivió antes de la Confusión de Babel que provocó la división de las lenguas y de los pueblos. Entonces podemos decir que su libro fue escrito en la protolengua de la humanidad, de la cual después había sido traducida innumerables veces. Conforme con el texto que citamos abajo, la enseñanza del Libro de Enoc es la de *sabiduría* y se llama la *norma reguladora para toda la tierra* que en otros términos significaría la Palabra de Dios ya que es Él Quién posee la sabiduría y da normas reguladoras para toda la tierra. He ahí las propias palabras de Enoc:

“Libro escrito por Henoc, el escriba — pues él escribió toda esta enseñanza de sabiduría, loada por todos los hombres y norma reguladora para toda la tierra —, para todos mis hijos que moran en la tierra y para las generaciones posteriores que obren en rectitud y paz.” (Primer libro de Enoc 92: 1).

En otro lugar continúa:

“conozco los secretos de los santos, ya que el Señor me los ha mostrado y hecho conocer y los he leído en las tablas celestiales. En ellas vi escrito que una generación tras otra pecará, hasta que surja una generación justa, se destruya la culpa y desaparezca el pecado de la tierra, aconteciéndole todo bien. (Primer libro de Enoc 106: 19-107, 1)

Ese libro él entregó a su hijo:

“Ahora, hijo mío, Matusalén, voy a decirte todas estas cosas y te las escribiré: todo te lo he revelado y te he dado los libros de todo esto. Conserva, hijo mío, el libro de mano de tu padre, para darlo a las generaciones eternamente. Sabiduría te he dado, a ti, a tus hijos y a tus descendientes, para que transmitan a sus hijos por generaciones esta sabiduría superior a su pensamiento”. (Primer libro de Enoc 82: 1-2)

Después lo recibieron consecutivamente Lamec y Noé quién añadió:

“Tras esto, me dio mi abuelo Henoc en un libro la explicación de todo lo oculto y las parábolas que le habían sido otorgadas, y me las reunió en las palabras del **Libro de las parábolas**” (Primer libro de Enoc 68: 1).

A su vez el Evangelio armenio de la infancia completa estos datos. Según el, los tres reyes – Melkón, Baltasar y Gaspar - que habían llegado a adorar a Cristo recién nacido, cuentan lo siguiente:

“... cuando Adán hubo abandonado al Paraíso, y cuando Caín hubo matado a Abel, el Señor concedió a nuestro primer padre el nacimiento de Seth, el hijo de consolación, y, con él, aquella carta escrita, firmada y sellada por el dedo del mismo Dios. Seth la recibió de su padre, y la dio a sus hijos. Sus hijos la dieron a sus hijos, de generación en generación. Y, hasta Noé, recibieron la orden de guardar cuidadosamente dicha carta. Noé se la dio a su hijo Sem, y los hijos de éste la transmitieron a los suyos. Y éstos, a su vez, la dieron a Abraham. Y Abraham la dio a Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Dios Alto, por cuya vía nuestro pueblo la recibió, en tiempo de Ciro, monarca de Persia, y nuestros padres la depositaron con grande honra en un salón especial. Finalmente, la carta llegó hasta nosotros. Y nosotros, poseedores de ese testimonio escrito, conocimos de antemano al nuevo monarca, hijo del rey de Israel.... ese documento era el mismo que los magos ofrecieron al niño Jesús. (El Evangelio armenio de la Infancia 11, 11 y 24)^[2]

Una confirmación circunstancial de lo que la carta de Dios, realmente, podría llegar a parar en Persia en los tiempos de Ciro nos da la Biblia misma. En el libro de Isaías Dios dice a Ciro:

«Tú eres mi pastor y darás cumplimiento a todos mis deseos, cuando digas de Jerusalén: "Que sea reconstruida" y del santuario: "¡Echa los cimientos!"» Así dice Yahveh **a su Ungido Ciro**, a quien he tomado de la diestra para someter ante él a las naciones y desceñir las cinturas de los reyes, para abrir ante él los batientes de modo que no queden cerradas las puertas. Yo marcharé delante de ti y allanaré las pendientes. Quebraré los batientes de bronce y romperé los cerrojos de hierro. **Te daré los tesoros ocultos y las riquezas escondidas, para que sepas que yo soy Yahveh, el Dios de Israel**, que te llamo por tu nombre. (Is 44: 28 – 45: 1-3)

Hablando aquí de *“los tesoros ocultos y las riquezas escondidas”*, Dios, sin duda, refiere a los tesoros y riquezas espirituales que, por supuesto, podrían incluir esa Carta de salvación dada por Dios a Adán.

Creo que la Biblia está compuesta precisamente sobre la base de estos conocimientos que pasaban de generación a generación, de lengua a lengua. Si la unidad de la forma y del contenido del texto bíblico más antiguo no deja lugar a dudas respecto de su autenticidad, los nombres y topónimos deberían sufrir adaptaciones a todas las lenguas a las cuales se traducían. Además, si al principio estos caracterizaban a las personas o los lugares, con el tiempo comenzaron a entenderse simplemente como nombres propios, mientras que el sentido que incluían fue olvidado. Por eso hoy es muy difícil definir cuál fue su sentido primitivo. Y sin embargo la mirada atenta hasta hoy permite revelar muchas cosas. Ahora volvemos al asunto postergado y consideremos a los hijos de Noé y la así llamada maldición-bendición de Noé.

La maldición-bendición de Noé. Preguntas sin respuestas.

Al intentar descubrir el significado o la etimología de los nombres de los hijos de Noé nos enfrentamos con las mismas dificultades. Resulta que el sentido exacto de estos nombres no está aclarado y distintos investigadores los interpretan de distinta manera. Además prestando la mayor atención al punto de vista histórico, ellos antes de todo concentran su atención sólo en el definir, quien fue el primogénito, ya que en este asunto el texto bíblico tampoco es claro.

La cuestión es que estos nombres en la Biblia lo más frecuentemente se mencionan en el siguiente orden: Sem, Can y Jafet (Gen 5: 32; 6: 10; 7: 13) de lo cual se puede concluir que Sem fue el mayor, Can, el medio y Jafet, el menor. Pero en cuanto a las genealogías, la de Jafet siempre precede a las de sus hermanos. Después viene la de Can y al final la de Sem. (Gen 10) A pesar de que el nombre de Can siempre figura colocado entre los nombres de sus hermanos, el texto lo menciona como al menor (Gen 9: 24).

Para encontrar la respuesta los estudiosos recurren a los cálculos. Partiendo de la comunicación bíblica que Noé tenía 500 años cuando nacieron Sem, Can y Jafet (Gen 5: 32); que Can fue el menor (Gen 9: 24); que el diluvio tuvo lugar, cuando Noé cumplió 600 años (Gen 7: 6) y que Sem tenía 100 años, cuando a dos años después del diluvio nació Arpaksad (Gen 11: 10), muchos de ellos hacen la siguiente conclusión: si a dos años después del diluvio Sem tenía 100 años, a saber, cuando Noé tenía 602 años, significa que Sem nació, cuando Noé tenía 502 años; y si Can fue el menor de sus hijos, entonces hay que pensar que cuando en Génesis 5: 32 se dice sobre el nacimiento de esos tres hijos de Noé en su edad de 500 años, en realidad, se refiere sólo a Jafet, ya que Sem nació dentro de dos años y Can fue el menor. Además algunos sabios del idioma hebreo antiguo creen, que el verso 21 del capítulo décimo de Génesis que suele interpretarse como *“También le nacieron hijos a Sem, padre de todos los hijos de Héber y hermano mayor de*

Jafet,” según la gramática hebrea, sería más correcto traducir como “*También le nacieron hijos a Sem, padre de todos los hijos de Héber y hermano de Jafet, el mayor.*”^[3] Pero porque, por el convencimiento común, tal interpretación no corresponde al contexto bíblico, la mayoría simplemente deja sin atención este hecho y sigue considerando a Sem como el hermano mayor de Jafet.^[4]

Hay que decir aquí que la “edad” de los hijos de Noé no es conocida por una simple razón que no había revelado el verdadero sentido del fragmento referido a la maldición-bendición de Noé. Lo veremos ahora. En la Génesis leemos:

“Los hijos de Noé que salieron del arca eran Sem, Cam y Jafet. Cam es el padre de Canaán. Estos tres fueron los hijos de Noé, y a partir de ellos se pobló toda la tierra. Noé se dedicó a la labranza y plantó una viña. Bebió del vino, se embriagó, y quedó desnudo en medio de su tienda. Vio Cam, padre de Canaán, la desnudez de su padre, y avisó a sus dos hermanos Entonces, Sem y Jafet, tomaron el manto, se lo echaron al hombro los dos, y andando hacia atrás, vueltas las caras, cubrieron la desnudez de su padre sin verla. Cuando despertó Noé de su embriaguez y supo lo que había hecho con él su hijo menor, dijo:

«¡Maldito sea Canaán! ¡Siervo de siervos sea para sus hermanos!»

Y dijo: « ¡Bendito sea Yahveh, el Dios de Sem, y sea Canaán esclavo suyo!

¡Haga Dios dilatado a Jafet; habite en las tiendas de Sem, y sea Canaán esclavo suyo!» (Gen 9: 18-27)

Esas palabras de Noé durante siglos provocaron y siguen provocando la perplejidad entre los investigadores tanto judaicos,^[5] como cristianos, porque al leerlas inmediatamente surgen por lo menos dos preguntas:

(1) ¿por qué por el crimen de Can Noé maldice a Canaan, el hijo de Can? Y

(2) ¿por qué dice que Jafet habitará en las tiendas de Sem? ¿Dónde estará entonces Sem?

He ahí como contesta a esas preguntas, por ejemplo, San Juan Crisóstomo.

Respecto a la primera pregunta él escribe:

“He ahí hemos llegado a la pregunta que se repite por doquier. Hay muchos que dicen: ¿Porque él que recibió la maldición fue el hijo de Can, cuando él que pecó y abrió la desnudez de Noé fue Can mismo? (...) Noé quiso castigar a Can por su crimen y por la ofensa inferida a él sin romper al mismo tiempo la bendición de Dios que ya habían recibido antes: “Dios,” se había dicho, “bendijo a Noé y a sus hijos, cuando salieron del arca” (Gen 9:1). Pues, para que no parezca que él maldice a aquel quien ya había recibido la bendición de Dios, Noé deja por ahora al ofensor y acarrea la maldición a su hijo. Es cierto, uno diría que Noé no maldijo a Can porque él había recibido la bendición de Dios: pero ¿por qué por el crimen del padre fue castigado el hijo? Y no fue sin motivo. Efectivamente, Can fue castigado y sufrió la pena no menos que su hijo.

Ustedes, por supuesto, saben, que a menudo los padres están dispuestos a ser castigados en lugar de sus hijos, porque para ellos ver el sufrimiento de sus hijos es mucho más penoso que su propio sufrimiento. Entonces fue hecho así (es decir, en lugar de Can fue castigado su hijo) para que el padre por su amor natural al hijo, sufriera un profundo dolor, y al mismo tiempo la bendición de Dios se quedara intacta; también para que el hijo expuesto a la maldición estuviera castigado por sus propios pecados, porque aunque sufriera por el crimen del padre, probablemente, lo hacía también por sus propios pecados. El fue expuesto a la maldición no sólo por el pecado del padre, sino, sin duda, también para que el padre a través del hijo llevase un castigo mayor. De lo que Dios no somete al castigo ni a los padres por sus hijos, ni a

3. Ver, por ejemplo, S.N.Kramer, *Analecta Bíblica* 12 (1959): 202- 204;

Judaísmo ortodoxo netzraim. Cap. 10: www.mesianicos.net/noaj_en_espanol_cap.10.htm

4. Православие и современность. Архимандрит Никифор. Библейская энциклопедия: <http://lib.eparhia-saratov.ru/books/13n/nikifor/encyclopedia/1755.html>

5. Por ejemplo, en la versión rusa de la enciclopedia hebrea electrónica bajo el rubro “Can” se dice: “No está claro, ¿por qué Noé en lugar de Can maldijo a Canaan, el hijo de este?...”» (www.eleven.co.il/)

los hijos por sus padres, pero cada uno se castiga por sus propios pecados, a menudo advierten los profetas. Por ejemplo, dicen: «Los padres comieron el agraz, y los dientes de los hijos sufren de dentera» (Jer 31: 29) también: “El que peque es quien morirá” (Ezeq 18: 20) y también: “No morirán los padres por culpa de los hijos ni los hijos por culpa de los padres” (Deu 24: 16)”^[6]

Es la interpretación que con unas variaciones poco significativas adoptaron todas las Iglesias cristianas. Unos de los investigadores, por ejemplo (a mi juicio, muy justamente), piensan que el nombre Canaán puede presentar alguna definición de Can, otros, que su maldición podría ser justificada por la depravación que el hijo había heredado del padre, o por su participación en el pecado cometido por su padre; terceros opinan, igual que el San Juan Crisóstomo, que la causa de la maldición del hijo está relacionada con el deseo de castigar al padre lo más dolorosamente.^[7]

En cuanto a la segunda pregunta, el San Juan Crisóstomo la contesta de la manera siguiente:

“A través de las bendiciones de Sem y Jafet él, me parece, anunció la vocación de dos pueblos, a saber: a través de Sem la de los Judíos, porque de él provino el patriarca Abraham y el pueblo Judío; y a través de Jafet, la de los paganos. Así que esa es la profecía que se esconde en esta bendición: “¡Haga Dios dilatado a Jafet; habite en las tiendas de Sem» Eso, como vemos, de verdad, se cumplió respecto a los paganos. Diciendo “haga dilatado” él refería a todos los paganos, y diciendo” habite en las tiendas de Sem” (dio entender) que los paganos se aprovecharán de todo lo que fue designado y preparado para los Judíos. Y sea Canaán esclavo suyo!”^[8]

Por lo general también esta explicación coincide con la opinión adoptada por todas las Iglesias. Las variedades son insignificativas. Por ejemplo, uno de los investigadores católicos escribe:

«Varios detalles son dignos de notar en esta maldiciónbendición: a) La graduación de preferencia: Sem (v.) o el señor, Jafet (v.) o el huésped, Can. o el esclavo (P. Morant). b) Can queda así excluido de las bendiciones divinas. c) El nombre de Canaán evidencia la intención de restringir la maldición a los cananeos; no quedarían incluidos los otros hijos de Can y, de hecho, la historia bíblica no los considera tan peyorativamente como podría esperarse de la maldición. d) Los Santos Padres interpretan la bendición de Jafet como una profecía que anuncia la entrada de los paganos en la comunidad de los elegidos».^[9]

Pero si es así, entonces surgen tres preguntas más:

- (1) ¿por qué Jafet que obró noblemente igual que Sem, se relaciona con los paganos, es decir, de repente se convierte en el progenitor de los pueblos idólatras, malditos por Dios, cuando dice Cristo: “Un árbol bueno no puede producir frutos malos, ni un árbol malo producir frutos buenos.”(Mt 7: 18)? Y**
- (2) ¿por qué, cuando se dice que él habitará en las tiendas de Sem, algunos entienden que habitará como un huésped, es que el huésped poco se distingue de un esclavo, ya que, igual que él, no tiene su vivienda y vive**

6. La traducción española de las citas presentadas de “*Las conversaciones sobre el libro de Genesis*” del San Juan Crisóstomo es de la autora de esta obra. Las citas han tomadas de la conversación XXIX t.IV, libro.I – Edición de Internet: [Взб-Центр "Омега" Москва - 2003](#)

7. “La maldición (Gen 9:24-27) va dirigida contra Canaán, que ya ha sido presentado como hijo de C.; quizás es una denominación del mismo C., o una sustitución del padre por un hijo heredero de sus bastardos sentimientos. P. Morant cree que la maldición de Canaán puede explicarse porque participó en el pecado o porque así C. es castigado y herido en lo que más quiere, que es su hijo”. G. del Cerro Calderón. Cam - Ediciones Rialp S.A. Gran Enciclopedia Rialp, 1991

8. Véase la nota 6.

9. G. del Cerro Calderón. Cam - Ediciones Rialp S.A. Gran Enciclopedia Rialp, 1991.

en un hogar ajeno por el favor del dueño?

- (3) ¿por qué, los semitas se contraponen a los jafetanos como a los paganos, cuando todos los libros de los profetas hablan del paganismo de los descendientes de Sem y, particularmente de los que se llamaban israelitas (Ver, por ejemplo, las palabras del Señor dirigidas a Jerusalén (Ezeq 16: 3-63)?**

No hay duda, que todas estas explicaciones son forzadas y no convincentes, porque, evidentemente, nacen de una consideración literal del texto bíblico, sin tener en cuenta el significado de los nombres de estos patriarcas postdiluvianos de la humanidad. Pero veremos ahora, qué sabemos respecto a las etimologías de sus nombres y cómo es su interpretación que nos sugiere el texto bíblico.

Can y Canaán.

Comencemos de **Can (en hebreo, Jam o Cam, en latín, Can)**. La etimología de ese nombre no está aclarada.^[10] Algunos la vinculan con la raíz *hum*, es decir, *negro*, y partiendo de la opinión común, que los descendientes de Can se instalaron en el continente africano, creen que los camitas son los negros.^[11]

Existe también la opinión que Can significa *caliente*.^[12] Evidentemente, también esa opinión está relacionada con la creencia que los camitas son los habitantes de la *caliente* África y antes de todo porque el Salmo 78, verso 51 dice de Egipto: “*hirió en Egipto a todo primogénito, las primicias de la raza en las tiendas de Cam.*”^[13]

Pero, teniendo en cuenta que Egipto en el texto bíblico a menudo se entiende alegóricamente y que los nombres caracterizan a los hombres, veremos, primero, ¿cuál fue el pecado de Can que provocó su maldición, porque el significado de su nombre, seguramente, debe relacionarse con este pecado.

Como hemos visto del fragmento en cuestión presentado arriba, este pecado consistía en el hecho que Can “*vio la desnudez de su padre.*”

Los que conocen el texto de la Sagrada Escritura, saben que bajo la frase *ver desnudez* se entiende la relación sexual, respecto a la cual el Levítico da indicaciones muy claras. Aquí están algunas de ellas:

“Ninguno de vosotros se acerque a una consanguínea suya para descubrir su desnudez. Yo, Yahveh. No descubrirás la desnudez de tu padre ni la desnudez de tu madre. Es tu madre; no descubrirás su desnudez. No descubrirás la desnudez de la mujer de tu padre; es la misma desnudez de tu padre...” etc. (Lev 18, 6 y sigs.) o

“El que se acueste con la mujer de su padre, **ha descubierto la desnudez de su padre**; ambos morirán: caerá sobre ellos su sangre.” (Lev 20, 11; ver también todo el fragmento de 10 a 21)

Asimismo el Deuteronomio que después de nombrar los mismos pecados, añade que maldito está quien los comete. He ahí la maldición exacta referida al pecado cometido por Can:

“Maldito quien se acueste con la mujer de su padre, porque descubre el borde del manto de su padre. - Y todo el pueblo dirá: Amén.” (Deum 27, 20; ver también todo el fragmento: versos 15-26).

10. G. del Cerro Calderón. Cam - Ediciones Rialp S.A. Gran Enciclopedia Rialp, 1991; Douglas, J. D., *Nuevo Diccionario Bíblico Certeza*, (Barcelona, Buenos Aires, La Paz, Quito: Ediciones Certeza) 2000.

11. Douglas, J. D., *Nuevo Diccionario Bíblico Certeza*, (Barcelona, Bs. As., La Paz, Quito: Ediciones Certeza) 2000.

12. Библия. Книги Священного Писания Ветхого и Нового Завета в русском переводе с приложениями. Вт.изд. 1983, Изд. «Жизнь с Богом», Брюссель.- Именной указатель, ст.2470: Хам.

13. Ver también Salmos 105, 23 y otros.

De los fragmentos citados está claro que el pecado cometido por Can era el pecado mortal del incesto.

Pero ¿por qué la maldición fue dirigida a Canaan y no a Can? Para contestar a esta pregunta, veremos qué sabemos del nombre de **Canaan** (hebr. **Janaan**).

Ese nombre se repite en la Biblia más frecuentemente que los otros dos. Las opiniones de los investigadores respecto de su etimología tampoco coinciden. Unos la relacionan con el “*negociante*”, porque Ezequiel define a Canaan como la tierra de los negociantes que hacen negocios con todo el mundo (Ezeq 17).^[14] Otros creen que, partiendo de la maldición de Noe, debe significar “*esclavo*”,^[15] Terceros ven en el nombre de Canaan “*la tierra baja*”.^[16] Otros más lo explican como “*celoso*”.^[17] Pero el asunto, como creo, aclara la siguiente conversación que tuvo Jesús con una mujer cananea:

“En esto, una mujer cananea, que había salido de aquel territorio, gritaba diciendo: «¡Ten piedad de mí, Señor, hijo de David! Mi hija está malamente endemoniada.» Pero él no le respondió palabra. Sus discípulos, acercándose, le rogaban: «Concédeselo, que viene gritando detrás de nosotros» Respondió él: «No he sido enviado más que a las ovejas perdidas de la casa de Israel.» Ella, no obstante, vino a postrarse ante él y le dijo: «¡Señor, socórreme!» El respondió: «No está bien tomar el pan de los hijos y echárselo a los perritos.» «Sí, Señor - repuso ella -, pero también los perritos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos.» Entonces Jesús le respondió: «Mujer, grande es tu fe; que te suceda como deseas.» Y desde aquel momento quedó curada su hija.” (Mt 15, 22-28)

Este episodio con Cristo, donde Él define a los cananeos como “*perros*”, nos inmediatamente sugiere que en el latín se conservó el verdadero sentido de la raíz *can* que significa *perro*. Ya que los sonidos “*c(k)*” y “*j*” y también “*n*” y “*m*” se alternan, no hay duda que *Jam* hebreo y *Can* latino representan la misma raíz que vemos en ambos nombres, es decir, en el nombre del padre – *Can* - y del hijo – *Canaan* , casi con el mismo significado, ya que uno indica el pecado y el otro al que lo comete. Es evidente así porque en la Sagrada Escritura **Can se llama padre de Canaan por la misma razón que el Satán se llama padre de la mentira (Jn 8, 44).**

A juzgar por la presentada arriba interpretación del pecado cometido por *Can*, bajo **Canaan hay que entender justamente el pecado de la depravación sexual. Y maldiciendo a Canaan Noe maldice ese mismo pecado y su origen cualificándolos con esa palabra.** Mientras que los pueblos que se formaron de sus descendientes, como nos da a entender el texto sagrado, representan las variedades de este pecado. En tal sentido *Can* y *Canaan* pueden presentar la misma persona, ya que *Canaan* se convierte en la definición de *Can*, o de lo que él puso en marcha. A propósito, en la Enciclopedia electrónica hebrea ofrecida en el Internet en idioma ruso hay una información interesante acerca de *Can*, tomada de la Ley oral de los hebreos la que se llama *Aggada*. Ahí se dice:

“Can era tan depravado que antes de morir legó a sus descendientes: “Amad uno al otro, amad bandolerismo, amad libertinaje, odiad a sus señores y no decid la verdad.”^[18]

Nombraremos sólo los países más conocidos fundados, según la Biblia, por los hijos de *Can*. Entre ellos encontramos Egipto (Misráyim), Babilonia, Acad, Canaan y otros.

14. Ver la nota 5 “Can” (www.eleven.co.il/)

15. Библия. Книги Священного Писания Ветхого и Нового Завета в русском переводе с приложениями. Вт.изд. 1983, Изд. «Жизнь с Богом», Брюссель.- Именной указатель, ст.2470: Ханаан.

16. Библейский словарь Вихлянцев В.П.: www.geocities.com/Athens/Itaca/4515 или <http://vp35.narod.ru> (Diccionario bíblico de Vijliancev V.P.)

17. Diccionario bíblico: www.ecatolico.com/diccionario/dicbil.htm

18. Ver la nota 5. “Can” (www.eleven.co.il/)

Particularmente de Canaán tuvieron origen las siguientes naciones y ciudades:

“Canaán engendró a Sidón, su primogénito, y a Het, al jebuseo, al amorreo, al guirgasita, al jivita, al arqueo, al sineo, al arvadeo, al semareo y al jamateo. Más tarde se propagaron las estirpes cananeas. La frontera de los cananeos iba desde Sidón, en dirección de Guerar, hasta Gaza; y en dirección de Sodoma, Gomorra, Admá y Seboyim, hasta Lesa. Estos fueron los hijos de Can, según sus linajes y lenguas, por sus territorios y naciones respectivas”(Gen 10: 6-20).

Cada uno de ellos, parece representar un pecado particular, como, por ejemplo, Sodoma y Gomorra, y está predestinado a la destrucción. En cuanto a sus tierras, éstas fueron prometidas al Pueblo de Dios:

“Yo te daré a ti y a tu posteridad la tierra en que andas como peregrino, todo el país de Canaán, en posesión perpetua, y yo seré el Dios de los tuyos.» (Gen 17, 8)

Que los cananeos simbolizaban el pecado de lujuria, se ve también de la siguiente conversación de Rebeca con Jacob que leemos en el libro de los jubileos:

“... llamó Rebeca a su hijo Jacob, y le dijo:

- Hijo mío, no tomes mujer de las hijas de Canaán, como tu hermano Esaú, que ha tomado dos mujeres cananeas que han amargado mi espíritu con sus actos impuros. **Todas sus acciones son fornicación y lascivia; no hay en los cananeos ninguna justicia, pues son malos...**

Respondió Jacob a su madre, Rebeca:

- Aquí me tienes, madre, **con nueve septenarios, y no conozco ni he tocado ninguna mujer**, ni me he desposado, ni pienso tomar mujer de las hijas de Canaán. Recuerdo, madre, las palabras de nuestro padre, Abrahán, que me ordenó no tomar mujer de las hijas de Canaán, ya que de la descendencia de la casa de mi padre y de mi linaje debo tomar mujer..... No temas, madre, confía en que haré tu voluntad y procederé rectamente, sin corromper nunca mi conducta”. (El libro de los jubileos 25, 1, 4-5,10)

De ahí se ve que Esaú que tenía dos mujeres cananeas, rompió con los preceptos de Abrahán en cuanto al candor y castidad, y lo hizo de tal modo que no le importó vender por un guiso su primogenitura. En otros términos, obrando así, Esaú puso en evidencia que su carne dominaba a su espíritu. Mientras que Jacob, como hemos visto, era casto y mantuvo su fidelidad al legado de Abrahán.

Eso significa que bajo las relaciones con los cananeos se entiende el sometimiento del espíritu a los instintos de la carne. Precisamente por eso a los hebreos fue prohibido casarse con las hijas de *Can* y *Canaán*. Al amonestar a su hijo Jacob para que no se case con las cananeas, Rebeca le recuerda también que *“toda su descendencia está destinada a exterminio en la tierra. Por culpa de Cam erró Canaán, y toda su descendencia y posteridad desaparecerán de la tierra; no habrá de ella quien sea salvo el día del juicio.”* (El libro de los jubileos, 22: 21-22).

Por eso los hebreos no sólo no debían casarse con las hijas de *Can* y *Canaán*, sino también tenían obligación a extirpar y anonadar a todo cananeo sin piedad como la personificación del mal.

Así es como Dios aconseja tratarlos:

“Cuando Yahveh tu Dios te haya introducido en la tierra a la que vas a entrar para tomarla en posesión, y haya arrojado delante de ti a naciones numerosas: hititas, guirgasitas, amorreos, cananeos, perizitas, jivitas y jebuseos, siete naciones más numerosas y fuertes que tú, cuando Yahveh tu Dios te las entregue y las derrotas, las consagrarás al anatema. No harás alianza con ellas, no les tendrás compasión. No emparentarás con ellas, no darás tu hija a su hijo ni tomarás su hija para tu hijo. Porque tu hijo se apartaría de mi seguimiento, serviría o otros dioses; y a la ira de Yahveh se encendería contra vosotros y se

apresuraría a destruirlos. Por el contrario, esto es lo que haréis con ellos: demoleréis sus altares, romperéis sus estelas, cortaréis sus cipos y prenderéis fuego a sus ídolos.” (Dt 7, 1-5)

Es una alegoría de la historia de la conquista de la tierra prometida por Josué, hijo de Nun que simboliza a Jesucristo. Compartimos esa idea con Eusebio de Cesárea, el padre de la historiografía cristiana, que las obras de Jose calificó como “*culto simbólico entregado por él*” en “*el mando de la verdadera y más pura piedad.*” Justamente por eso, según el historiador, Moisés lo llamo *Jesús*, ya que el nombre significa *Salvador*.^[19]

Cuando el Señor habla sobre la necesidad de la exterminación de los pueblos cananeos, quiere decir, la exterminación de los pecados, toda la variedad de los cuales en la Biblia se compara con los “*pueblos,*” que alejan a los Hijos de Dios de su Padre Celestial. La inexorabilidad y la crueldad con la cual el Señor manda a Josué de Nun exterminar a los cananeos, en realidad, nos muestra, con que inexorabilidad tenemos que exterminar a los camitas y cananeos que habitan dentro de nosotros. Justamente esa misma intención está, por ejemplo, en las penitencias, a veces bastante crueles, que se imponen a sí mismos los monjes y las monjas cristianos.

Así que resulta que los camitas y cananeos no representan una raza terrenal, sino el pecado que lucha por dominar al hombre. Eso quiere decir que todo pecador es cananeo o camita, sin importar su nación terrenal, porque así se llama el mismo pecado.

Pero hay que admitir, que cuando la lengua de la Biblia se entiende literalmente, entonces comienza el derramamiento de sangre que Dios detesta. Y en lugar de arrancar el mal de sí mismo, los pueblos empiezan a exterminar uno al otro y haciendo esto, absurdamente alegan a Dios.

Entonces *Can* y *Canaán* personifican en la Biblia a los hijos del vicio.

Es curioso, que la misma raíz está en el verbo armenio *khamel* que significa *exprimir* y la que se puede entender también como liberar el recipiente de la inmundicia que lleva.

Desde este punto de vista viene a la memoria la siguiente profesión:

“Muchos serán lavados, blanqueados y purgados; los impíos seguirán haciendo el mal; ningún impío comprenderá nada; sólo los doctos comprenderán” (Dan 12, 10).

Sem

De haber ya considerado el significado del nombre *Can*, nos detendremos ahora en el nombre de **Sem (Shem - hebr.)** Ese nombre se menciona en las genealogías del Génesis, Deuteronomio, del primer libro de Crónicas y en las genealogías de Jesucristo en los Evangelios según Mateo (1: 1-17) y según Lucas (3: 36). Su significado tampoco es aclarado. Según la comunicación de la Gran enciclopedia Rialp, ese termino es “*de significado incierto, pero que procede de una lengua formada en el curso de la historia. En el supuesto de que la palabra sea de origen hebraico, debería significar nombre, reputación, fama. Si es originaria de Mesopotamia, equivaldría al babilónico shum, con el significado de nombre, usado como hijo*”.^[20] Citando la ya mencionada Aggada, los judíos piensan que “*Dios dio a Sem uno de Sus nombres que es Ha-Shem.*”^[21] Y por eso, como creen, de los dos hijos bendecidos, El había destacado sólo a *Sem*.

19. Eusebio de Cesarea “*Historia de la Iglesia*”. Libro 1, cap. 3

20. Ver la nota 5: “Sem” (www.eleven.co.il/); Diccionario bíblico: Sem (www.wikicristiano.org/diccionario-biblico/4066/sem/)

21. Enciclopedia hebrea en ruso: <http://www.eleven.co.il/?mode=article&id=13803&query> o la *Breve enciclopedia del judaísmo*. Ediciones ISTMO S.A. 2003, pág. 108.

Como vemos, todas las conclusiones son poco convincentes, porque el significado de la palabra sigue siendo desconocido.

Para encontrarlo, recordemos, primero, que el Pueblo de Dios, según la Sagrada Escritura, provino de Sem y que la honradez de Sem atestigua que él era un portador de Dios. También recordemos que Sem fue contrapuesto a Can que era el portador del pecado, es decir, del diablo. Ahora en relación con esto consideremos dos palabras griegas - *simbolo* (συμβολον *symbolon*), y *diablo* (διαβολος), - que nos ayudarán a acercarse al significado del nombre de Sem. Prestemos atención a lo que las dos palabras tienen la misma raíz *βολ* y se distinguen por las preposiciones griegas *συμ* y *δια*. La primera – *sym* (*syn*)- significa *junto* y la segunda – *dia* -, al *que divide*. En cuanto a la raíz *βολ*, los diccionarios etimológicos lo vinculan con el verbo *ballein*, es decir, *echar, tirar*.^[22] Pero el error de esa conclusión se manifiesta, cuando uno la considera desde el punto de vista teológico. Se sabe que el diablo es aquel quien rebeló contra Dios y apartó de Él al hombre rompiendo así la unidad natural de ambos. Por lo tanto la raíz *βολ* debería considerarse como una derivación de *El* (Dios) bíblico.^[23] Lo dicho revela que el significado original de la palabra *simbolo* es *junto con Dios* o *unido con Dios*. Consiguientemente el prefijo griego *συμ* se remonta al nombre de Sem que es el *simbolo* de Dios o Su imagen. Entonces el **sentido teológico de la palabra *simbolo* es la unión con Dios y es un antónimo de la palabra *diablo*.**

De otro lado la palabra *Sem* (*Shem*) en idioma armenio significa *edificio, puerta*: *Sem*, en armenio occidental, y *Shem* en armenio oriental antiguo que ahora se usa en su forma plural antigua *shenk*, pero en el sentido singular. Eso a su vez me hace recordar que la Biblia compara el cuerpo humano con los vasos, recipientes, cacharros, edificios, tiendas, lo que nos hace entender que *Sem* significa el cuerpo hecho por Dios para Su propia habitación. He ahí como lo afirma el apóstol:

“...sabemos que si esta tienda, que es nuestra morada terrestre, se desmorona, tenemos un edificio que es de Dios: una morada eterna, no hecha por mano humana, que está en los cielos”. (2 Cor 5: 1)

Mientras tanto el cuerpo vacío de los portadores del pecado se compara con los vasos de desecho:

“en todos los terrados de Moab”, dice el profeta, “y por sus calles todo el mundo se lamentaba, porque he quebrantado a Moab como vaso de desecho - oráculo de Yahveh” (Jer 48: 38)

Que *Sem* es un vaso, una tienda, una morada, un edificio sagrado nos indica su honradez que mereció la bendición.

Entonces, se puede decir, que la palabra griega *simbolo* significa también *casa de Dios*. Eso es el sentido del nombre *Sem*.

En otros términos, *Sem* es el alma del hombre, que fue creado por Dios como Su propia vivienda, y *Can* es el Malvado que lo usurpó haciéndose culpable de la aparición del cuerpo mortal que cubrió a *Sem* después de su caída.

De ahí podemos ver que en muchas de las lenguas tanto indoeuropeas como de las otras familias lingüísticas la palabra *Sem* se encuentra en la raíz de la palabra *semilla* (veamos, por ejemplo: *sémia* ruso, *semen* latin e ingles, *serm* armenio, *samen* alemán, *semeno* checo o *seeme* estonio o *zraim* hebreo). Más aun, eso a menudo se justifica bíblicamente. Traeré sólo un ejemplo de muchos. El Mismo Cristo dijo:

22. Edward A. Roberts, Bárbara Pastor. Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española. Edición “Alianza Editorial” 2001, Madrid.

23. Que, realmente, es así, se puede ver en mis observaciones en el libro “Ararat enigmático”

“La buena semilla son los hijos del Reino” (Mt 13: 38).

Así que Sem es aquella *semilla, tienda (edificio, etc.)* que Dios preparó para Sí Mismo. Pero ¿quién es entonces Jafet? Y ¿cual es su rol en la historia divina?

Jafet

Jafet (hebr. *Yafeth*) es la persona más misteriosa de los tres “hermanos” designada a “*habitar en las tiendas de Sem*”. Su nombre en la Biblia se menciona en el Génesis, en el Deuteronomio y en el primer libro de Crónicas donde se repite la genealogía de los hijos de Noe.

Ya he dicho, que el idioma hebreo no le da una explicación satisfactoria. Como creen, la bendición de Jafet está basada en el siguiente juego de palabras: *yap(e)t(e) elohim le y(e)pheth*, donde el primer *yap(e)t(e)* los intérpretes relacionan con el verbo *patah* que en su forma *hif'il* significa *dilatar, aumentar*. Por eso el nombre *Jafet* se explica como *él que se dilata*.^[24]

Por tanto el fragmento de cuestión obtiene la interpretación conocida:

“¡Haga Dios dilatado a Jafet; habite en las tiendas de Sem, y sea Canaán esclavo suyo!”

Esa explicación, aunque importante, no se aclara plenamente el nombre de Jafet, porque los investigadores paran en eso y no se hacen la conclusión que requiere.

Algunos lo relacionan con el *Yapet*, el titano de la mitología griega y el padre de Prometeo;^[25] otros, con *Ptah*, la divinidad egipcia, el creador del mundo. Los últimos lo hacen partiendo de la presencia de los mismos sonidos “*f*” y “*t*” en ambos nombres, mientras que en el primer sonido “*yod*” (J-ph-th) ven una indicación a Dios *Yahveh*, cuyo nombre en la Sagrada Escritura a veces se escribe en la forma abreviada “*Yah*”. Y así Jafet bíblico se explica como *Dios Ptah*.^[26] Quizás, es por eso que se cree que los descendientes de Jafet son los paganos que poco a poco se adaptarán a los semitas y participarán en su herencia.

Hubo otras intenciones de encontrar el significado del nombre Jafet.^[27] Pero cada una sólo se acercaba al verdadero sentido del nombre, sin descubrirlo enteramente ya que todas ellas se basan sólo en el parecer fónico.

Pero he notado que en el idioma armenio antiguo hay un análogo exacto del nombre del patriarca que suena como *yavet* (o *havet* armenio moderno) y significa *eterno*. Teniendo en cuenta que los sonidos *v-f* se alternan, se ve que *Yafet* – *yavet* son la misma palabra (ver también *yavet* (baluche) que significa *siempre*; y *javed* (persa) que asimismo significa *eterno* y cuya forma simple es *yave*).^[28]

El sentido y la estructura de la palabra inevitablemente hacen recordar a *Yahveh*, el nombre bíblico de Dios que, como se sabe, significa “*Soy como soy*,” es decir, *Él que fue, es y será*

24. “Jafet”- Luis Arnaldich. Semitas; Patriarcas bíblicos. - Cortesía de Editorial Rialp. Gran Enciclopedia Rialp, 1991; Douglas, J. D., *Nuevo Diccionario Bíblico Certeza*, (Barcelona, Buenos Aires, La Paz, Quito: Ediciones Certeza) 2000, c1982.

25. Los mitos griegos según el libro: Николай Кун. Мифы и легенды Древней Греции, ч.I. Прометей.

26. Clement Greenberg:

www.groups.msn.com/Retoatodosloscristianos/fraudei.msnw?action=get_message&mview=1&ID_Message=11076-48k

27. В.Н.Демин. Загадки русского севера. Гиперборея. Изд. ВЕЧЕ, 1999. (*Las enigmas del norte ruso por V.N. Demin*)

28. Հր Աճարյան: Հայերէն արմատական բառարան: Երեւանի համալսարանի հրատարակչութիւն: 1971 (Atcharian Hr. Diccionario etimológico de la lengua armenia – Edición de la Universidad estatal de Yerevan (Armenia), 1971).

eterno.

La igualdad sonora y semántica de estas dos palabras manifiesta que aquí se trata de lo mismo, a saber, de Dios. El sonido “t” al final del nombre del patriarca, lo más probable, es ora un sufijo, ora un remanente de la raíz que se perdió en unas lenguas y se conservó en otras. Como ejemplo de este proceso podemos proponer dos palabras que significan “paraíso”: es la palabra rusa “ray” y la armenia “drajt”. Ambas tienen la misma raíz *ray(j)*. En la versión armenia vemos, seguramente, un artículo “d” convertido en un prefijo (compáren con el artículo inglés “the” y alemán “der”) y “t”, un sufijo o remitente de una raíz que ha desaparecido en el idioma ruso. El significado de este “t,” por las señas, es un análogo extranjero de la raíz hebrea “yz” que significa *Salvador* y junto con el nombre de *Yahveh* forma el nombre de Jesús Salvador “*Yehoshuah*”^[29] o *Joshua*. Eso nos hace recordar que, según el Evangelio apócrifo de Felipe (53), los sirios, considerando a Jesús como Eucaristía, lo llamaban “*farisatja*”, es decir, *él que se dilató*. A la misma dilatación apunta la parábola sobre la levadura que Jesús contó a Sus discípulos: “*Les dijo otra parábola: «El Reino de los Cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer y la metió en tres medidas de harina, hasta que fermentó todo.»* (Mt 13: 33). Esa es la conclusión que faltaba. Con esto también llama la atención la identidad lingüística de los nombres *Jafet* (*Yavet*) y *Hiawatha* con el *t* en final, tanto más que la personalidad de este último, según la leyenda de los iroqueses que he presentado en mi libro “Ararat enigmático”, recuerda mucho a la de Jesucristo.

Todo esto una vez más nos muestra que *Jafet* (*Yahve-th*) es la personificación de Yahve-Jesús, el Salvador que “se dilatará” y “se aumentará”.

Este punto de vista completamente cambia la idea que tenemos sobre los hijos de Noé y sobre su significado a los ojos de Dios.

Conclusiones respecto a los hijos de Noé y el significado de las palabras de Noé.

Antes de todo debemos aceptar que ahora el contenido del fragmento en cuestión se nos presenta en dos sentidos.

El primer sentido revela su carácter puro profético, ya que bajo los hijos de Noé no se entienden los pueblos terrenales, sino los etapas de la liberación y salvación del hombre. Sem es el hombre creado por Dios, Jafet, su predestinación final. Precisamente eso quiere decir el apóstol cuando nos comunica que “*fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente; el último Adán, espíritu que da vida*” (1 Cor 15, 45).

Pero entre esas dos etapas está Can – el hombre mortal.

El segundo sentido es esencial o teológico. Muestra que Sem es el alma creada por Dios a imagen y semejanza Suya, es decir, predestinada ser recipiente de Jafet, el Espíritu Santo de Dios, pero usurpada por Can, el espíritu impuro. Así revela que los tres hijos de Noé no representan, como suele creer, tres razas carnales de la humanidad, sino se refieren al hombre terrenal que consiste del cuerpo y dos espíritus que lo habitan luchando en él y por él. Uno es el noble espíritu de Jafet que debe ocupar plenamente el cuerpo humano para que el hombre se convierta en la imagen y semejanza de Dios. Y el otro es el espíritu impuro de Can, o Canaán, que ocupó el cuerpo humano desde la caída del hombre impidiendo la plena unión de Sem y Jafet y por eso debe ser expulsado de ahí. Justamente la presencia de Can es responsable por el paganismo del hombre, que indica, según el apóstol Pablo, a los “dominados por la pasión” (1 Tes 4: 5) a causa de no conocer a Dios que es perfecto. Por eso es del pagano en sí mismo del que

29. Diccionario de nombres: en la web: <http://www.euroresidentes.com/significado-nombre/nombres.htm>=

debe liberarse el hombre para dar la posibilidad a Dios nuevamente habitar en él como en un edificio santo o en una tienda santa que El había preparado para Sí Mismo.

Bajo este punto de vista se ve, por qué a veces Sem parece el mayor de los hijos de Noe y a veces, Jafet. Jafet es eterno, es El que fue engendrado por Dios antes de la creación del mundo, por eso es el mayor, aunque Su presentación en la carne terrenal en la persona de Jesucristo es históricamente posterior a Sem. Pero Can siempre se encuentra en medio de estos, ya que es aquel, quien separa al hombre de Dios. Es por eso que fue llamado menor, es decir, no primogénito como no es primogénito el cuerpo adquirido por el hombre después de su caída.

Ahora desde ese punto de vista observemos el siguiente fragmento del Libro de los jubileos, que se refiere a las tierras predestinadas por Dios a cada uno de los hijos de Noé:

“...la tierra que salió en suerte a Jafet y sus hijos como heredad perpetua para él y sus hijos por sus generaciones hasta siempre: cinco grandes islas y gran tierra en el norte, aunque fría, mientras que la tierra de Cam es tórrida. La de Sem, por el contrario, no es ni tórrida ni gélida, sino templada en el calor y el frío.” (Libro de los jubileos 8, 29-30)

Aquí vemos una vertical: Cam (sur tórrido - averno); Sem (medio – la tierra de los hijos de Dios); y Jafet (norte frío – los cielos).

Lo que el norte en la Biblia a menudo significa la morada de Dios, se ve, por ejemplo, de los siguientes pasajes:

“... una claridad llega **del norte**: gloria terrible alrededor de Dios” (Job 37, 22)

“El extiende **el Septentrión** sobre el vacío, sobre la nada suspende la tierra.” (Job 26,7);

“... su monte santo, de gallarda esbeltez, es la alegría de toda la tierra; el monte Sión, **confín del Norte**, la ciudad del gran Rey” (Salmos 48, 2-3).

También Satanás pretendiendo ser dios decía en su corazón:

“«Al cielo voy a subir, por encima de las estrellas de Dios alzaré mi trono, y me sentaré en el Monte de la Reunión, **en el extremo norte**. Subiré a las alturas del nublado, me asemejaré al Altísimo” (Is 14, 13-14).

A la dicha vertical –Cam-Sem-Jafet (de abajo hacia arriba) – la podemos comparar también con el Árbol de la Vida que con sus raíces va al mundo subterráneo, mientras que sus cumbres están en el cielo.

Sin embargo, el orden natural está roto, porque Cam/n se puso entre Sem y Jafet, es decir, sometió a Sem, lo cubrió y así alejó a Jafet de su vista.

En los “Oráculos Sibilinos”^[30] encontramos una confirmación de la idea que Jafet y Sem personificaban el cielo y la tierra. Aquí Sem, Can y Jafet se presentan bajo los nombres Crono, Titán y Japeto, aunque con los mitos griegos poco tienen en común. Y es porque, según la Sibila, Homero, aprovechándose de las profecías de ella, alteró su contenido y las presentó en forma tergiversada.^[31]

30. “Oráculos sibilinos” (versión castellana). Los se puede encontrar en el libro de A.Díez Macho (Ediciones Cristiandad). Apócrifos del Antiguo Testamento vol. III . Es probable que esa Sibila sea la misma a la que Moises de Jorén mencionó entre las fuentes de su obra histórica (ver la nota n.1).

31. Cito las palabras de Sibila referidas a Homero:
“Habrá en el futuro un escritor de mentiras, anciano mortal de falsa patria; en sus ojos la luz habrá desaparecido; tendrá gran inteligencia y su palabra en verso acorde con sus pensamientos, con una mezcla de dos nombres. Quieta se denominará a sí mismo y escribirá lo que sucedió en Ilio, no con verdad, sino con claridad, pues se apoderará de mis palabras y mis versos; el será el primero que con sus manos, despliegue mis papiros. Dará gran honra a los héroes de la guerra, cubiertos con casco, a Héctor Príamida, Aquiles Pélida y a los demás que realizaron las guerreras hazañas. Hará también que como dioses los asistan, (pues escribirá toda clase de mentiras), hombres de cabeza

En la versión de Sibila (a la que nos adherimos), Crono, Titán y Japeto son hijos de Noé que se salvó junto con su familia del diluvio universal. Cito su relato casi en su integridad:

“Y se hicieron con el poder Crono, Titán y Japeto, hijos excelentes de tierra y cielo (a los que los hombres habían llamado tierra y cielo, al ponerles nombre, porque ellos fueron los más destacados de los seres humanos). A suertes habían echado para cada uno la tercera parte de la tierra, y cada uno estuvo reinando en su porción y no combatían entre sí, pues juramento habían dado a su padre y el reparto era justo. Entonces llegó el tiempo del final de la vejez del padre y, naturalmente, murió; y los hijos, cometiendo terrible trasgresión de sus juramentos, se lanzaron a una mutua discordia, por ver quién habría de mandar sobre todos los mortales con real honra; y combatieron Crono y Titán entre sí; mas Rea, Gea, Afrodita, que ama las coronas, Deméter, Hestia, de hermosas trenzas, y Dione los condujeron de nuevo a la amistad, tras reunir a todos los reyes y hermanos, consanguíneos y otros hombres, que procedían de su misma sangre y de sus mismos padres. Y decidieron que, como rey, Crono sobre todos reinará, ya que era el mayor y más agraciado en su apariencia. **A su vez Titán impuso a Crono grandes juramentos: que no habrá de criar descendencia alguna de hijos varones, para así reinar él cuando la vejez y la Moira a Crono alcanzarán.**

Cada vez que Rea paría, junto a ella se sentaban los Titanes y despadazaban a tjdjs los hijos varones, mientras que permitían que las hembras se criarán vivas con su madre. Mas cuando por tercera vez parió la soberana Rea, de su vientre salió primero Hera y, al ver con sus ojos que era descendencia femenina, se marcharon con los suyos aquellos agrestes hombres, los Titanes. Y a continuación Rea parió un hijo varón, al que en seguida, ocultamente y por su cuenta, a Frigia envió para ser criado, tras escoger bajo juramento a tres varones cretenses; por eso Dia (Zeus) pusieronle por nombre, porque por mediación de otros fue enviado. Y del mismo modo envió a Posidón ocultamente. En tercer lugar, a su vez, a Plutón **Mas cuando se enteraron los Titanes de la existencia oculta de estos hijos, siembra de Crono y Rea, su**

esposa, a sus sesenta hijos reunió Titán, hizo prisioneros a Crono y Rea, su esposa, ocultóles dentro de la tierra y en un recinto manteníalos custodiados. Y entonces fue cuando los hijos del poderoso Crono le escucharon y por él promovieron gran guerra y refriega: éste fue el comienzo de la guerra para todos los mortales, pues ése fue el primer inicio de guerra para los mortales.

Y entonces a los Titanes concedió Dios un mal don: toda la descendencia de los Titanes y de Crono se extinguió. Después, con el transcurso del tiempo, hizo surgir el reino de Egipto, luego el de los persas, medios, etiopes y el de Babilonia de Asiria, luego el de los macedonios, de nuevo el de Egipto, por fin el de Roma.” (Oráculos sibilinos, p. 291-293 – Libro III).

Como vemos, los héroes de los mitos griegos en la versión de Sibila aparecen en un contexto distinto que podríamos llamar un contexto bíblico.

Notemos que en el relato de la Sibila los hijos de Noé se denominan como *la tierra y el cielo*. Y son sólo dos nominaciones, dados a los tres. ¿Por qué?

Evidentemente, porque uno de estos fue intruso que de haber ocupado el lugar ajeno, impidió la unión de aquellos dos que personifican la tierra y el cielo. No obstante, después, cuando se habla de la división de la tierra, nuevamente se mencionan los tres hijos, porque cada uno, según el orden de Dios tiene su parte en la tierra. Mas en la narración sobre la guerra entre los hijos de Noé, surgida después de la muerte de él, Sibila vuelve mencionar sólo a Crono y Titán, es decir, a Sem y a Can. Puede surgir una pregunta: ¿Y Japeto? Pero Sibila no lo menciona más, porque Can lo tapó de la vista de Sem. Es que la guerra fue entre dos espíritus - el de Titán/Can y el de

hueca. Y morir por Troya, por encima de todo, les traerá amplia gloria; pero también enumerará en compensación sus hazañas. (p. 302; Libro III)

Y en otro lugar:

...pues el contenido de sus escritos estará lleno de vigor y reflexión, y con habilidad, unas veces de una forma, otras de otra, compondrá indecibles poemas, con dominio de mis palabras, cantos y versos; pues él será el primero que despliegue mil libros y luego los ocultará y ya no los mostrará a los hombres hasta que le llegue el límite de la dañina muerte, el final de la vida. (p. 365; Libro XI)

Jafet - por apoderarse de Crono/Sem al que Jafet había edificado para si mismo. Pero Crono/Sem hizo un acuerdo con Titán/Can y Jafet se quedo afuera. En resultas, aunque Crono/Sem siendo el mayor fue aceptado como el rey, se vio obligado a ceder ante algunas exigencias de Can, a saber, ante la exterminación de sus hijos varones que nacieran.

Ese relato tiene raíces teológicas muy profundas. El acuerdo de Crono/Sem con Titán/Can simboliza lazos “matrimoniales” entre la “morada” del Señor y el espíritu maligno. Y ya que los espíritus en la Sagrada Escritura se personifican por las mujeres, - en este caso por las mujeres malvados,- a estas, al nacer, las dejaban vivas, mientras que a los varones que representan la imagen de Dios los mataban. Así fue como Titán/ Can logró apoderarse de Crono/Sem y convertirse en uno con él. Ocurrió lo que el apóstol expresa de esta manera:

“¿O no sabéis que quien se une a la prostituta se hace un solo cuerpo con ella? Pues está dicho: Los dos se harán una sola carne. Mas el que se une al Señor, se hace un solo espíritu con él.” (1 Cor 6, 16-17).

Por esa razón se dice que el Señor exterminará la descendencia tanto de Titán/Can como la de Crono/Sem que se unió con él. A esa misma simbólica la vemos también en la Biblia, a saber: en la degollación de los inocentes realizada por el orden de Herodes con relación al nacimiento de Jesucristo, y, mucho antes, en la aniquilación permanente en Egipto de los varones recién nacidos del pueblo hebreo por el orden del faraón que se prolongó hasta el éxodo de los mismos del Egipto en los tiempos de Moisés:

“El rey de Egipto dio también orden a las parteras de las hebreas, una de las cuales se llamaba Sifrá, y la otra Puá, diciéndoles: **«Cuando asistáis a las hebreas, observad bien las dos piedras: si es niño, hacedle morir; si es niña dejadla con vida.»**

Pero las parteras temían a Dios, y no hicieron lo que les había mandado el rey de Egipto, sino que dejaban con vida a los niños. Llamó el rey de Egipto a las parteras y les dijo: «¿ Por qué habéis hecho esto y dejáis con vida a los niños?» Respondieron las parteras a Faraón: «Es que las hebreas no son como las egipcias. Son más robustas, y antes que llegue la partera, ya han dado a luz.»

Y Dios favoreció a las parteras. El pueblo se multiplicó y se hizo muy poderoso. Y por haber temido las parteras a Dios, les concedió numerosa prole. Entonces Faraón dio a todo su pueblo esta orden: **«Todo niño que nazca lo echaréis al Río; pero a las niñas las dejaréis con vida.»** (Ex 1: 15-22)

Todos estos episodios, junto con el hecho que Titán hizo prisionero a Crono y lo ocultó bajo la tierra, significan que la gloria de Dios en hombre es prisionera de la “*casa de arcilla*”, o de la “*tienda terrestre*”, o de la “*ciudad maldita*”, con las que la lengua bíblica define el mal.

En el fragmento siguiente, hablando de Roma en el estilo de las profecías del Antiguo Testamento, Sibila se refiere justamente a la gloria de Dios, o a Sem que fue predestinado para ser morada de Dios, pero se perdió por esa alianza con Can:

“¡Cállate, deplorable, maldita ciudad, entregada a la orgía! Nunca más en tu nombre las jóvenes doncellas prenderán el fuego divino en la madera que gusta alimentarlo. **Está apagada en ti la morada antaño añorada**, cuando por segunda vez acabo de ver la ruina de tu morada abatida y su consunción en el fuego, provocada por mano impura; tu morada, siempre floreciente, templo visitante de Dios, de los santos nacido y que siempre es imperecedero, esperado de alma y cuerpo...” (p.334, Libro V)

Es decir, lo que estaba predestinado para Dios y para la alegría del hombre, se resultó maldito y perdido. En otros términos, el orden natural se alteró.

Sin embargo esta alteración tendrá su fin. Primero será aniquilado Can, es decir, será echado al infierno, donde debe estar. Como dice Sibila,

“Primero Dios enviará su castigo a los Titanes, pues pagarán su pena a los hijos del fuerte Crono, porque en prisión encerraron a Crono y a la ilustre madre de aquellos.” (p. 294, Libro III)

Después Sem liberado se unirá con Jafet y van a dominar a Can, es decir, a toda carne. Eso significa que la alianza entre el cielo y la tierra será restaurada, y la tierra se asemejará al paraíso.

Ahora si nuevamente volvamos al fragmento en cuestión, veremos que **Noe, en realidad, no bendijo ni maldijo a ninguno de sus hijos. El solamente bendijo a Dios y maldijo al espíritu del libertinaje.** Dijo: *«¡Maldito sea Canaán! ¡Siervo de siervos sea para sus hermanos!»* Es decir, no maldijo a Can, sino el libertinaje que originó. De otras palabras, maldijo las pasiones de la carne que deben ser sometidas al espíritu humano, o la misma carne adquirida después de la caída del hombre.

Tampoco Noe bendijo a Sem, sino bendijo a Dios de Sem:
Y dijo: “¡Bendito sea Yahveh, el Dios de Sem, y sea Canaán esclavo suyo!”

Está claro que aquí bajo el nombre de Sem se entiende el recipiente de Dios, el edificio que El había y que construyo para Sí Mismo, en otros términos, el cuerpo primordial del hombre que él tenía en el paraíso, la obra de Dios. A su vez subrayando que Canaan será esclavo de Sem, Noe profetiza que el Hombre someterá a toda la naturaleza que le va a servir en concordancia con el plan de Dios.

Asimismo bendiciendo a Jafet, Noe, de hecho, la segunda vez bendice al Mismo Dios-Yahveh, pero ahora en la persona de Jesucristo, porque sus palabras predicen la victoria del Salvador, Cuyo Espíritu en su tiempo sin obstáculos habitara en el depurado cuerpo humano, es decir, llenará a Sem que es la Casa de Dios. Es así como se debe entender las siguientes palabras de Noe referidas a Jafet:

“¡Haga Dios dilatado a Jafet; habite en las tiendas de Sem, y sea Canaán esclavo suyo!”, ya que es Jesucristo quien destaca, purifica y salva a sus hijos caídos, liberándolos de la esclavitud babilónica - es decir, de la confusión ideológica - y del poder egipcio (o cananeo) que es el poder de la corrupción material y carnal que los afecta por dentro y por afuera.

Sobre el estado caído de los hijos de Dios el profeta relata de una manera muy pintoresca:

“Me comió, me arrebañó el rey de Babilonia, me dejó como cacharro vacío, me tragó como un dragón, llenó su vientre con mis buenos trozos, me expulsó.” (Jer 51: 34)

“Las tiendas” de Sem, como el cuerpo purificado del hombre en la Biblia se contraponen a las “tiendas de impiedad” (Salm 84: 11) que simbolizan a aquellos que albergan en sí el espíritu impuro del Maligno. Son las tiendas de Can y Canaán, es decir, el cuerpo exterior.

La profecía sobre Sem, de hecho, es idéntica a la promesa de Dios a Abraham, cuando el Señor le dijo: *“se adueñará tu descendencia de la puerta de sus enemigos.”* (Gen 22: 17), es decir, adueñará (o habitará) la fe (o el Espíritu Santo) de las tiendas (o del cuerpo, o de la ciudad, o del edificio), liberadas del pecado, porque Can los ocupó ilegalmente, porque estas “tiendas” Dios creó para Sí Mismo.

Entonces, Sem personifica al hombre creado por Dios, Can, los vicios adquiridos a causa de la caída, y Jafet, a Yahveh encarnado en Sem a través de Jesucristo que debe destacar el resto de Sus hijos y salvarlos. Así, como cuenta El mismo en una de Sus parábolas:

“También es semejante el Reino de los Cielos a una red que se echa en el mar y recoge peces de todas clases; y cuando está llena, la sacan a la orilla, se sientan, y recogen en cestos los buenos y tiran los malos. Así sucederá al fin del mundo: saldrán los ángeles, separarán a los malos de entre los justos” (Mt 13, 47-49)

De este modo el hombre será purificado.

En el libro apócrifo “Testamento de los doce patriarcas” en el de Simeón hay una confirmación más de lo que cuando haya perdido Can, entonces la tierra se liberará de todo mal e injusticia, Sem se cubrirá de gloria y el bien dominará en los hombres:

“... **si erradicáis de vosotros la envidia y la dureza de corazón,**” dice Simeón, “florecerán como una rosa mis huesos en Israel, y mi carne como un lirio en Jacob; mi aroma será como el del Líbano; y los santos que de mí salgan se multiplicarán para siempre como cedros, y sus ramas se extenderán a gran distancia. **Entonces perecerá el linaje de Canaán, y a Amalec no le quedará ningún resto; perecerán todos los capadocios, y todos los heteos serán aniquilados. Desfallecerá la tierra de Cam, y todo ese pueblo perecerá. Entonces descansará la tierra de turbación, y de guerra todo lo que hay bajo el cielo. Entonces Sem será cubierto de gloria, porque el Señor Dios, el grande de Israel, aparecerá sobre la tierra [como un hombre] salvando por sí mismo a Adán. Todos los espíritus del error serán pisoteados, y los seres humanos reinarán sobre los malos espíritus**” (Testamento de los doce patriarcas. Simeón, 6, 2-6)

Todo eso una vez más confirma que Cam, Sem y Jafet simbolizan también épocas, igual que Esaú y Jacob, de los cuales Dios dijo: “*Amé a Jacob y odié a Esaú*” (Rom 9, 13), y el profeta explicó:

“Desde Abrahán hasta Isaac, cuando nacieron de él Esaú y Jacob, la mano de Jacob retenía al nacer el calcañar de Esaú; pues el fin de este siglo es Esaú y el comienzo del siguiente es Jacob. La mano del hombre entre el calcañar y la mano.” (3 Esdras 6, 8-10).

Consecuentemente, si Cam-Esaú representan la época nuestra, a Sem-Jacob le pertenece el Reino milenar de Dios. En otros términos, son ángeles de los “*siglos*”.

Se puede decir también que el fragmento de consideración predice el Antiguo (Sem) y el Nuevo (Jafet) Testamentos, es decir, el de Moisés, referido al santuario terrenal, y el de Cristo, referido a la promesa, sobre los cuales el apóstol Pablo dice en el capítulo 9 de su Carta a los hebreos:

«la primera Alianza tenía sus ritos litúrgicos y su santuario terreno». Y la “nueva Alianza; para que, interviniendo su muerte para remisión de las transgresiones de la primera Alianza, los que han sido llamados reciban la herencia eterna prometida.” (1 y 15).

En segundo lugar, los hijos de Noé simbolizan la esencia misteriosa del ser humano, pues en la profecía de Noé se vislumbra la unión venidera y definitiva del hombre con Dios, cuando después de ser liberado del espíritu impuro, él haya aceptado al Espíritu Santo que lo llenará hasta convertirlo en el “*espíritu que da vida*” (1 Cor 15, 45). Entonces «*Dios será todo en todo*» (1 Cor 15,28). Es el siglo de Jafet.

Por lo dicho se ve que considerar a los jafetanos, que llevan el nombre de Dios, como paganos es completamente injusto. Son los camitas – cananeos los que en la Biblia figuran como paganos. En realidad, los jafetanos y los camitas representan, como ya fue dicho, dos espíritus contrarios que habitan en Sem. Los que prefieren la verdad a la mentira, la castidad al libertinaje, son jafetanos. Pero aquellos que dan preferencia a la mentira y al libertinaje, son los hijos de Can o paganos. Así que podemos decir que **el verdadero cristiano es jafetano, a saber, es un verdadero hijo de Dios que presta a su Sem al Espíritu Santo y por eso algún día, vencerá completamente a su Can y será como Jesucristo.**

Entonces **tampoco es correcto decir que los jafetanos serán hijos adoptivos de Dios, porque éstos serán todos aquellos que hayan vencido en sí mismo a Can.**

Es igualmente absurdo llamar la tierra prometida por el nombre de Canaán, que fue maldito, incluso definirla como Canaán celestial. Eso fue, lo que quería Satanás- convertirse en Dios. En cuanto a la promesa de Dios de dar a Su pueblo la tierra de Canaán, esa se refiere tanto a toda la tierra liberada de los cananeos como al cuerpo del hombre liberado de Can, o del pecado. Abraham fue mandado a la “tierra” usurpada por Can para iniciar el largo proceso de su liberación y purificación.

Y es tanto más que en este “siglo” aún no existe ni un cuerpo perfectamente puro, ni la tierra prometida. El Pueblo de Dios no entró en ella por sus pecados y sigue errando hasta hoy por el desierto cargado de sus males (o de su Can, del que no quiere desprenderse). La Biblia dice que Dios enojado por eso, juró que no lo hará entrar a la tierra prometida antes de purificarlo:

“Y, una vez más alcé mi mano hacia ellos,” dice El por la boca del profeta, “en el desierto, jurando que no les dejaría entrar en la tierra que les había dado, que mana leche y miel, la más hermosa de todas las tierras. Pues habían despreciado mis normas, no se habían conducido según mis preceptos y habían profanado mis sábados; porque su corazón se iba tras sus basuras. Pero tuve una mirada de piedad para no exterminarlos, y no acabé con ellos en el desierto.” (Ezeq 20, 15-17)

Porque decidió:

“separaré de vosotros a los rebeldes, a los que se han rebelado contra mí: les haré salir del país en que residen, pero no entrarán en la tierra de Israel, y sabréis que yo soy Yahveh”. (Ezeq 20, 38)

El contenido de esa profecía es idéntico al de la parábola de Cristo citada arriba (Mt 13, 47-49).

Significa que Dios exprimirá de su criatura el espíritu ajeno, es decir, lo alejará de su cuerpo y no dejará que este espíritu entre a la tierra prometida. Aquí se habla de la anulación total del espíritu impuro que rebeló contra Dios en el hombre. Sólo después de esto el hombre se convertiría en el verdadero hijo de Dios y sería trasladado a la tierra prometida que no es la parte oriental de la Asia Anterior, sino toda la tierra, porque los portadores del pecado de Canaán viven en todas partes y los Hijos de Dios nacen de toda carne y viven “mezclados” con los portadores de Can-Canaán.

Ahora desde el punto de vista plantado veremos, quién es el padre de Sem Can y Jafet, es decir, Noé.

Noé (en hebr. *Noah*)

La persona de Noé como el padre de Sem, Can y Jafet, en el indicado relato bíblico, naturalmente, corresponde al Padre Celestial, es decir, a Aquel Espíritu Quién une en sí Mismo a todos sus hijos, **pero se revela sólo por la unión de Sem y Jafet**. Ahora desde esa unión que representa a la vez al hombre perfecto y a Dios, consideremos el significado del nombre *Noe*.

Su etimología tampoco es aclarada. Sin embargo muchos investigadores la relacionan ora con la raíz *nwh*, que significa “descansar,” ora con el verbo *mnh*, es decir, “calmar”, “apaciguar” que figura en el texto, porque cuando Noe nació de Lamej, éste “*le puso por nombre Noé, diciendo «Este nos consolará de nuestros afanes y de la fatiga de nuestras manos, por causa del suelo que maldijo Yahveh.»*” (Gen 5: 29)

Así, según la Génesis, Noé fue llamado a *consolar* a los hombres en su estado desastroso en la tierra maldita. Mas si recordemos también que antes de regresar a la Casa de Su Padre Jesucristo prometió a sus discípulos enviarles un “*Consolador* “en la persona del Espíritu Santo (“*el Paráclito, el Espíritu Santo, que el Padre enviará en mi nombre*” (Jn 14: 26)) y asimismo Su testimonio que “*Dios es espíritu*” (Jn 4: 24), entonces descubriremos que en la persona de Noé entra a la creación el Espíritu Santo que, parece, no participó en la del mundo ante diluvial, pues, como dice el apóstol, “*hace tiempo existieron unos cielos y también una tierra surgida del agua y establecida entre las aguas por la Palabra de Dios, y que, por esto, el mundo de entonces pereció inundado por las aguas del diluvio, y (...) los cielos y la tierra presentes, por esa misma Palabra, están reservados para el fuego y guardados hasta el día del Juicio y de la destrucción de los impíos*” (II Pedro 3, 5-7).

Desde este punto de vista parece interesante el relato sobre el insólito nacimiento de Noé que encontramos en el libro apócrifo de Enoc, donde se dice:

“Al cabo de unos días, tomó mi hijo Matusalén, para su hijo Lamec, una mujer, que se preñó de él y tuvo un hijo. La carne de éste era blanca como escarcha y roja como las rosas; sus cabellos, blancos como lana, y sus ojos, hermosos. Cuando abrió los ojos, iluminó toda la casa como el sol, y toda ella brilló mucho. Y cuando fue tomado de mano de la comadrona abrió la boca, y habló con el Señor justo. Se asustó de él Lamec, su padre, huyó y se llegó a su padre Matusalén. Le dijo:

— **He tenido un hijo extraño, que no es como los hombres, sino que se parece a los hijos de los ángeles del cielo, pues su naturaleza es otra, no como la nuestra: sus ojos son como rayos de sol, y su rostro, luminoso. Me parece que no es mío, sino de los ángeles,** y temo que tenga lugar algún portento en sus días sobre la tierra.... Aquí estoy, padre, para rogarte y pedirte que vayas a Henoc, nuestro padre, y oigas de él la verdad, ya que él habita con los ángeles.

Cuando Matusalén oyó las palabras de su hijo, vino a mí, a los confines de la tierra, pues oyó que yo estaba allí, y gritó. Oí su voz, fui a él y le dije:

— Aquí estoy, hijo mío, ¿por qué has venido a mí?

Y me respondió así:

— Por grave cuita he venido a ti, y a causa de una visión atormentadora me he acercado Padre mío, óyeme ahora, pues a Lamec, mi hijo, le ha nacido un niño que no es semejante a él, ni su naturaleza como la humana, pues su color es más blanco que escarcha y más rojo que las rosas; su cabello, más blanco que la lana, y sus ojos, como rayos de sol; y, al abrirlos, iluminó toda la casa. Cuando fue tomado de la partera, abrió la boca y bendijo al Señor del cielo. Su padre Lamec se asustó y huyó a mí, pues no cree que sea de él, sino imagen de los ángeles del cielo. Y he aquí que he venido a ti, para que me digas la verdad.

Le respondí yo, Henoc, con estas palabras:

— **El Señor producirá cosas nuevas en la tierra.....** Gran ruina vendrá sobre toda la tierra, habrá un diluvio y gran ruina en un año. Y ocurrirá que este hijo que os ha nacido quedará sobre la tierra, y se salvarán sus tres hijos con él: cuando mueran todos los hombres que hay sobre la tierra, se salvarán él y sus hijos. **Engendrarán (los ángeles) sobre la tierra gigantes, no de espíritus, sino de carne;** habrá gran castigo sobre la tierra, y ésta será lavada de toda corrupción. Y ahora haz saber a tu hijo Lamec que el nacido es realmente su hijo y ponle por nombre Noé, pues os servirá de resto (reposo?). Él y sus hijos se salvarán de la destrucción que vendrá sobre la tierra por todos los pecados y toda la iniquidad que en sus días tendrá lugar sobre ella”. (Primera de Enoc, 106)

Aquí, antes de todo llama la atención el hecho que la “*naturaleza*” de Noé no fue como la de sus padres, sino “*otra*”, lo que de tal modo “*asustó*” a Lamec que creó que no es su hijo, sino de los ángeles celestiales. Además todo su aspecto luminoso y el hablar al “*Señor justo*” apenas nació inevitablemente hacen pensar que Noé fue mucho más que un hombre. Lo que ahí, de verdad, se habla del Espíritu Santo, una vez más demuestra el “Libro de la Sabiduría” donde Noé se define como “*la esperanza del mundo*”:

“También al principio”, se dice de él, “mientras los soberbios gigantes perecían, se refugió en una barquichuela la esperanza del mundo, y, guiada por tu mano, dejó al mundo semilla de una nueva generación” (Sab 14: 6).

Bajo “*la semilla*” – particularmente, referida a la de la verdad – la Sagrada Escritura siempre supone al Espíritu Santo. Así que tanto “*la esperanza*” como “*la semilla*” se refieren a El Mismo. De esto se tratan también las siguientes palabras de Dios del “Libro de los secretos de Enoc”:

“Entonces preservaré yo a Noé, hijo primogénito de tu hijo Lamec, y haré surgir de su simiente **otro mundo**, y su simiente durará por los siglos hasta la segunda **catástrofe**, cuando los hombres vuelvan a pecar de la misma manera ante mi faz” (L.de los s. de Enoc 22: 18-19).

Dicho de otro modo, aquí se refiere a la “*simiente*” de la vida, a aquel hilo de salvación que “*durará por los siglos hasta la segunda catástrofe*” y que nuevamente - y ya definitivamente - se establecerá dentro del alma humana, cuando la carne mortal se haya quitada de ella.

Si ahora consideremos las filas etimológicas del nombre de Noé, veremos que todo lo dicho se quedó reflejado en las mismas, ya que su nombre, como la piedrita coloreada por el caleidoscopio, dejó diversas huellas semánticas en distintos idiomas, que parecen trozos de la misma piedra de verdad rota y perdida.

Veremos, por ejemplo, *A-Nun-Na* sumerio que significa “*espíritu celestial o espíritu del cielo*” (a diferencia de *Nefs* que es simple un “*espíritu*”) y que no es casual que tenga también otro significado, a saber: “*piedra noble*”, porque el Espíritu Santo es el verdadero firmamento, la verdadera piedra que sostiene la Creación. Mas si disgregamos esa palabra, ante nosotros se abrirá el siguiente cuadro: *a* – artículo definitivo; *n* – “*Primero*”, “*noble*”; *un* – “*personas*” y *Na* – “*hombre noble*”, “*Príncipe*”, “*plomada*”, “*caja*”, “*arca*”, “*incienso*”, etc. Si juntemos los significados obtendremos algo como “*espíritu fragante y recto en el arca*”, o teológicamente dicho “*espíritu en la Palabra (o en el Verbo)*” la (lo) que es lo mismo que el nombre. De ahí tenemos “*anun*” armenio que significa “*nombre*”. “*Nombre*”, es decir; la Palabra (o el Verbo) es el “*arca*” en el que se guarda la “*semilla*” de la vida.

Por eso no es casual que en distintos idiomas la raíz *nwh* signifique también “*arca*” o “*nave*”. Particularmente, en el hitita antiguo y sánscrito - *nau*, *nauka* [la última - *nauka* - que designa el “*nave pequeño*”, en las lenguas eslavas se conservó con el sentido de “*ciencia*” “*saber*”], *nabhas* – “*nubes del cielo*” [comparen: “*verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo*”(Mt 24: 30)]; en el persa, armenio y curdo - *nav*; en el latino - *navis*; en el griego - *vaoç*; en el italiano y español - *nave*; en el germánico - *Nave*; en el polaco - *nawa*; en el croata- *nava*, etc. De ahí viene también la palabra internacional “*navegación*”.

A la misma fila yo añadiría también *nafs* árabe que significa “*alma*”, porque el alma es el mismo “*nave*” o “*arca*” que fue hecha como la morada del espíritu. Y porque ese espíritu es el Santo con Quien en la Creación entró el concepto “*nuevo*” – según fue dicho por Enoc: “***El Señor producirá cosas nuevas en la tierra***” -, el nombre de Noe refleja asimismo un elemento de novedad. Como ahora veremos, las palabras que en distintos idiomas llevan el sentido de novedad, también proceden de la misma raíz *nwh*. Son los siguientes: indoeuropeo - *nevo* – *nevyo*, sánscrito - *nava-navya*, hindu - *nuo*, jitano - *nevo*, zend - *nava*, beloché - *nok*, *navak*, armenio - *nor*, iránico - *no*, *nav*, curdo- *nun*, afgano- *nau*, *nawai*, griego - *neos*, latino - *novus*, francés - *neuf*, *neuve*, español - *nuevo*, italiano - *nuovo*, alemán- *neu*, inglés - *new*, antiguo eslavo - *novu*, ruso - *noviy* etc., etc...^[32] Todos ellos significan “*nuevo*” y eso perfectamente coincide con el sentido del diluvio que concluyó el mundo primordial y puso en marcha un mundo nuevo, bautizado en las aguas.

Ya que las ideas de Dios se manifiestan a través de las imágenes humanas, a Noé podríamos llamar el fundador del nuevo mundo expiatorio y el significado de su Nombre definir como “*arca de salvación*” o “*arca de esperanza y consolación*”, o “*la simiente eterna de la justicia*”.

Por eso, cuando el apóstol Pablo dice en su epístola a los hebreos: “*Por la fe, Noé, advertido por Dios de lo que aún no se veía, con religioso temor construyó un arca para salvar a su familia; por la fe, condenó al mundo y llegó a ser heredero de la justicia según la fe*” (Hebr 11:7), bajo el “*arca*” hay que entender “*Palabra/Verbo*”, pues, se refugió Noé en la Palabra de Dios y se salvó de la catástrofe.

Por consiguiente, a la luz de lo dicho Noé en el sentido espiritual representa a Dios Mismo y Su plan de la salvación (o creación) de la humanidad que se realizará a través de la ley (Sem), de la separación de los pecadores irremediables (Can-Canaan) y de la redención y salvación del resto

32. Ver n.28.

de los seres humanos (Jafet). En cuanto a Can es el que se quedará fuera de la Vida eterna que Dios construye.

Todo lo dicho hace pensar que la división antropológica y lingüística de los pueblos por los nombres de los hijos de Noe, a saber, como *semitas, camitas y jafetanos* es incorrecta y procede de la interpretación errónea del fragmento considerado, porque tal definición no se confirma, ni se justifica ni antropológicamente, ni lingüísticamente. En la base de la semejante interpretación yace el autentico racismo camítico que gobierna en la tierra y que separa y distingue a las personas por la carne que tienen y no por el espíritu que llevan en sí mismos.

Pero alguien puede preguntar: ¿cómo, entonces, interpretar la existencia de las genealogías tanto en el texto bíblico como en los apócrifos? Justamente de eso hablaré en la parte siguiente de esta investigación.

Fuentes principales

Biblias y apócrifos

1. Библия. Книги Священного Писания Ветхого и Нового Завета в русском переводе с приложениями. Вт. изд. 1983, Изд. «Жизнь с Богом», Брюссель.
2. Biblia de Jerusalén. Nueva edición revisada y aumentada. Desclée de brouwer, Bilbao, 1998.
3. Santa Biblia- Antigua versión de Casiodoro de Reina, revisada en 1960 – Asociación Sociedad Bíblica Argentina, Buenos Aires 1991.
4. La Sagrada Biblia según la Vulgata, traducción del Dr. Félix Torres Amat, revisada y anotada por Mons. Dr. Juan Straubinger, publicada por los Padres del Verbo Divino. 1969-
5. Asdva / a, vn [<http://icxc.org.ru/>] (Versión electrónica de la Biblia en idioma armenio)
6. Biblia hebrea. Tanaj. – Editorial Sigal, Buenos Aires, 2006.
7. A. Díez Macho (Ediciones Cristiandad). Apócrifos del Antiguo Testamento vol. II, III IV, V.
8. Evangelios apócrifos – Ediciones libertador, Bs.As. 2003

Fuentes

9. Евсевий Кесарийский «Церковная история». Изд-во «Амфора» 2007. (Eusebio de Cesarea “Historia de la Iglesia” en la traducción rusa)
10. Святой святитель Церкви Иоанн Златоуст. «Беседы на книгу Бытия». - Интернет-издание Вэб-Центра “Омега” Москва – 2003. (San Juan Crisóstomo “Las conversaciones sobre el libro de Génesis” en la traducción rusa)
11. М. Хоренский «История Армении». Москва 1893. (Moisés de Joren. “Historia de Armenia” en la traducción rusa)

Diccionarios y enciclopedias

12. Moisés Chavez. Diccionario de hebreo bíblico. Editorial mundo hispano. Colombia, 2004.
13. Edward A. Roberts, Bárbara Pastor. Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española. Edición “Alianza Editorial” 2001, Madrid.
14. Hr A jarʒan! Haʒyryn armadagan ba - aran! Yryvani hamalsarani hradaragv; ʒvn! 1971 (Adzharian Hr. Diccionario etimológico de la lengua armenia. Edición de la Universidad estatal de Armenia, 1971).
15. Архимандрит Никифр. Библейская энциклопедия: Православие и современность.- <http://lib.eparhia-saratov.ru/books/13n/nikifor/encyclopedia/1755.html>
16. Gran Enciclopedia Rialp, Ediciones Rialp S.A 1991
17. Douglas, J. D., *Nuevo Diccionario Bíblico Certeza*, (Barcelona, Buenos Aires, La Paz, Quito: Ediciones Certeza) 2000.
18. Электронная еврейская энциклопедия (Enciclopedia hebrea electrónica en idioma ruso: www.eleven.co.il/)
19. Библейский словарь Вихлянцева В.П.: www.geocities.com/Athens/Itaca/4515 или <http://vp35.narod.ru>
20. Diccionario bíblico: www.ecatolico.com/diccionario/dicbil.htm

2008-2012

III

Las tres genealogías



*“Y escuché una voz diciéndome: ¡Óyeme, Juan pío!
En el libro que viste está escrito lo que hay en el cielo
y lo que hay en la tierra y lo que hay en el infierno
y los pecados y la perfección de todo el ser humano”.*
(Apocalipsis apócrifo de Juan, III)

Ahora consideremos más detalladamente las genealogías de Sem, Can y Jafet citadas en el capítulo anterior. En realidad son las genealogías del alma, del espíritu de la carne y del espíritu de Dios en el hombre- Las mismas atestiguan que cada persona, además de la genealogía de la carne, que conoce, tiene también dos genealogías espirituales las que no conoce. Las consideremos a partir del único documento que me es conocido y que se encuentra en la obra ya mencionada de Moisés de Joren, respecto cual él dice: “Que nadie dude, estas genealogías son verdaderas, porque el que nos relata de ellas es Abiden fidedigno en muchas cosas (...) (y las relata) en la parte primera de las pequeñas genealogías que alguien después retiró.”

Posiblemente, fueran las genealogías que formaban parte del libro mencionado de una manera especial en el Apocalipsis apócrifo de Juan. Ahí el apóstol relata: “Y escuché una voz diciéndome: ¡Óyeme, Juan pío! En el libro que viste está escrito **lo que hay en el cielo y lo que hay en la tierra y lo que hay en el infierno** y los pecados y la perfección de todo el ser humano”. (Apocalipsis apócrifo de Juan, III)^[1]

1. La traducción del ruso es hecha por mi de la edición rusa “Apócrifos de los antiguos cristianos. Investigaciones, textos, comentarios. – Edición “Misl”, Moscú, 1989 que a su vez fue hecha según: Tischendorf C. Apocalypses apocryphae. Lipsiae (Leipzig), 1866.

Así se podría decir que en la persona de Sem vemos a los habitantes de la tierra; en la de Can, la herencia del infierno; y en la de Jafet, la herencia del Espíritu Santo.

Ahora, si a la luz de lo dicho observemos las tres genealogías en la siguiente forma esquemática, veremos que a cada descendiente de Sem corresponde uno de Can y uno de Jafet:

<u>Sem</u>	<u>Can</u>	<u>Jafet</u>
<i>Arpaksad</i>	<i>Kus</i>	<i>Gomer</i>
<u><i>Cainán (Quenan)</i></u>	<i>Misráyim</i>	<i>Tiras</i>
<i>Sélaj</i>	<i>Nemrod</i>	<i>Togarma</i>
<i>Heber</i>	<i>Bab</i>	<i>Hayk</i>
<i>Péleg</i>	<i>Anebis</i>	<i>Aramaniak</i>
<i>Reú</i>	<i>Arbel</i>	<i>Aramais</i>
<i>Serug</i>	<i>Hayal</i>	<i>Amacia</i>
<i>Najor</i>	<i>¿Arbel (otro)?</i>	<i>Guelam</i>
<i>Teraj</i>	<i>Nin</i>	<i>Harma</i>
<i>Abram</i>	<i>Ninive</i>	<i>Aram</i>

Por supuesto, esa correlación de las genealogías tan bien proporcionada no es casual. Moises de Joren no la explica, pero observa y con asombro la indica al lector diciendo: “Y tú, juicioso lector, mira ahora la regularidad de las filas de los tres linajes hasta Abraham, Nin y Aram y ¡asombrate!” Pero nosotros - ya sabiendo que Sem indica al hombre interior, o recipiente que Dios ha creado para Su propia residencia; que Can es el espíritu impuro que reside en el cuerpo exterior adquirido por Sem después de la caída; que Jafet es Yahve Salvador que debe salvar y llenar a Sem, - en estas tres genealogías podemos claramente ver también **la imagen del hombre en su estado de caída**, o, en otros términos, la ley de la Trinidad alterada y violada, cuando la creatura de Dios se encuentra separada de su Creador. Lo que los tres, realmente, forman la imagen de un hombre muestra también el hecho que así en la Biblia como en la fuente que cita Moisés de Joren, se indican solamente los años de vida de Sem y de sus descendientes.

“Aunque los años de vida del prole de Can hasta Nin no figuran en ningún lado,” marca el historiador, “o no nos llegaron, y tampoco se conocen exactamente los de Nin, y en cuanto a Jafet son completamente desconocidos, las genealogías presentadas son confiables, porque las tres constan de once generaciones hasta Abraham, Nin y nuestro Aram”^[2]

La única explicación de este enigma consiste en el hecho que, en realidad, sólo Sem es hombre terrenal, mientras que Jafet y Can son espíritus (o ángeles) inmortales, conformemente, de la verdad celestial y de la mentira, los que luchan en Sem y por Sem, y que tienen también sus propias genealogías. Estas son las mismas “*generaciones de la verdad*” y “*generaciones de la iniquidad*” que menciona un manuscrito valioso de Qumrán, llamado “Regla de la comunidad” (3, 19), donde se dice:

“Estos dos espíritus presiden la historia de todos los hombres, que se repartirán entre las huestes de uno o de otro durante todas sus generaciones y necesariamente caminarán por los caminos de uno de ellos. Todo el mérito de sus obras dependerá del grupo a que pertenezcan según la herencia, buena a mala, que cada uno posee en la eternidad. Porque Dios los colocó en igual proporción hasta el fin de los tiempos y puso enemistad eterna entre los dos partidos. Abominación de la iniquidad: he aquí los caminos de la verdad. Abominación de la verdad: he aquí los caminos de la iniquidad” (Regla de la comunidad 4, 15-17)^[3]

2. М.Хоренский. История Армении. М. 1893, кн.1, гл.5 (М. de Joren. Historia de Armenia. Moscú, 1893, libr.I, cap.5)

3. El texto de ese apócrifo está publicado por “Nuestros antepasados terrestres y extraterrestres: antepasadosnuestros.blogspot.com/.../oracion-de-manases-oda-xii-apocrifo.html –

No es difícil adivinar que bajo las generaciones de la verdad y de la iniquidad se habla de las de Jafet y de Can que están actuando en Sem. Can y Jafet, como ya he dicho, pertenecen al mundo interior de Sem cuyos descendientes adaptan la imagen ora de uno ora de otro depende de a quien prefieran. Los tres tienen su descendencia, porque, dicho filosóficamente, la creación es la encarnación de ideas, y dicho teológicamente, es la encarnación de los espíritus. El mundo está hecho de tal manera que cada hombre creado por Dios, cada personalidad histórica representa la imagen o la encarnación, de una idea surgida antes, o de un espíritu, y por eso lleva en sí tres sentidos – uno es terrenal, visible; y dos espirituales, invisibles. A eso se refiere Jesús al admitir:

*“Cuando véis vuestro reflejo, os alegráis. Pues cuando percibáis vuestras imágenes que entran en la existencia frente a vosotros, **las cuales ni mueren ni disfrazan** ¿hasta qué punto dependerán de vosotros?”* (Ap. De Santo Tomas, 84)

Bajo las imágenes aquí se entienden los ángeles de cada uno, lo que se confirma por las siguientes palabras de Jesús:

*«Guardaos de menospreciar a uno de estos pequeños; porque yo os digo que **sus ángeles**, en los cielos, ven continuamente el rostro de mi Padre que está en los cielos»* (Mt 18, 10)

Así, el hombre encierra en sí tres esencias. Justamente por eso se dice en el Evangelio apócrifo según Felipe que *“Cristo encierra todo en sí mismo —ya sea «hombre», ya sea «ángel», ya sea «misterio» —, incluso al Padre”* (20).

Bajo el hombre aquí se entiende la imagen Divina, pero sólo cuando está unido con su Ángel. En eso está su fuerza y su inmortalidad. Como dice Cristo, según el mismo evangelio, *“si la imagen y el ángel están unidos entre sí: tampoco se atreverá nadie a acercarse al hombre o a la mujer”*. (Evang. Apocr. Según Felipe, 61), porque ya son uno. Las imágenes aquí representan el principio masculino y los ángeles, el femenino.

En otros mis artículos, publicados en esta misma obra, ya he señalado reiteradamente que Dios que ha creado al hombre según su imagen y semejanza, se relaciona con él en forma triple:

- como el Padre con el Hijo, ya que lo ha creado;
- como el Esposo con la Esposa, ya que **la** ha creado en calidad de ayudante;
- como la Cabeza con el Cuerpo, ya que el hombre sólo es tal, cuando forma Uno con Dios.

Además el hombre fue creado para la vida eterna, porque si el Padre es eterno, también lo es el Hijo unido con El; si el Esposo es eterno, eterna es también la Esposa unida con El; si la Cabeza es eterna, también es eterno el Cuerpo unido con Ella. Pero todo esto es así, cuando llenos **de** Espíritu Santo el Hijo se reconoce como Hijo; la Esposa se reconoce como Esposa y el Cuerpo se reconoce como Cuerpo. Entonces los dos juntos forman un hombre que consta de la Cabeza entrelazada armoniosamente con el Cuerpo, donde la Cabeza corresponde a Dios Padre o al Esposo, y el Cuerpo, al Hijo o a la Esposa.

Pero ¿qué pasa cuando la unidad entre esas dos partes del hombre se rompe?

Entonces el hijo compite con el Padre, la esposa con el Esposo, el cuerpo con la Cabeza. Y en este estado anormal en la Creación entra la muerte, porque la Vida condicionada por la presencia del Espíritu Santo se extiende a la criatura sólo cuando ésta se une plenamente con el Creador. Mientras que la ausencia de esta unidad equivale a la expulsión del Espíritu Santo. Es por eso que dice Jesús: *“Todo pecado y blasfemia se perdonará a los hombres, pero la blasfemia contra el Espíritu no será perdonada. Y al que diga una palabra contra el Hijo del hombre, se le perdonará; pero al que la diga contra el Espíritu Santo, no se le perdonará ni en este mundo ni en el otro”* (Mt 12, 31-32).

El sentido profundo de estas palabras consiste en lo que el diablo atentó contra el Espíritu Santo, ocupando su lugar en el cuerpo del hombre, es decir, hizo aquello que nunca puede ser perdonado, ya que es contrario a la Vida Misma en cuya base, como hemos visto, sólo se encuentra la vertical: Can, Sem y Jafet y ninguna otra.

Pues, si Jafet personifica al Espíritu del Creador y Sem, al cuerpo que Dios había creado para Su residencia, entonces Jafet aspira a unirse con Sem como la Cabeza con el Cuerpo, como el Esposo con la Esposa, como el Padre con el Hijo. Por eso Dios por la boca de los profetas a menudo los llama a los descendientes de Sem “*hija*” o “*esposa*”, como si sugiriéndonos de esta manera que tanto los hijos de Dios como el pueblo de Dios a sus ojos tienen una imagen femenina y que todo el contenido y el fin de la Sagrada Escritura apuntan a la renovación de la alianza matrimonial de Dios con el hombre creado por El; o, en otros términos, a la instalación de Jafet en las tiendas (o en la ciudad, o en el cuerpo, o en las puertas etc.) de Sem. He ahí algunos ejemplos de lo dicho tomados del texto bíblico:

“Grita de gozo y regocíjate, hija de Sión, pues he aquí que yo vengo a morar dentro de ti, oráculo de Yahveh”. (Zac 2, 14) o

“Mirad que Yahveh hace oír hasta los confines de la tierra: «Decid a la hija de Sión: Mira que viene tu salvación; (...) Se les llamará "Pueblo Santo", "Rescatados de Yahveh"; y a ti se te llamará "Buscada", "Ciudad no Abandonada".» (Is 62, 11-12), o

“para que yo cuente todas tus alabanzas a las puertas de la hija de Sión, gozoso de tu salvación.” (Sal 9, 15)

Lo atestigua también el siguiente fragmento:

“Infundiré mi espíritu en vosotros y haré que os conduzcaís según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas.” (Ezeq 36, 27).

El amor de Dios hacia Su criatura se manifiesta en muchos lugares de la Biblia, como, por ejemplo, en este:

“Ve y grita a los oídos de Jerusalén: Así dice Yahveh: De ti recuerdo tu cariño juvenil, el amor de tu noviazgo; aquel seguirme tú por el desierto, por la tierra no sembrada. Consagrado a Yahveh estaba Israel, primicias de su cosecha. «Quienquiera que lo coma, será reo; mal le sucederá» - oráculo de Yahveh.” (Jerem 2, 2-3)

Esas palabras encierran en sí la idea del Pueblo de Dios que consiste en la confianza absoluta a Dios-Espíritu.

Las siguientes declaraciones de los profetas que se refieren a los tiempos, cuando el Señor haya instalado dentro de la hija de Sión, testifican una vez más que aquí no se trata de Sión físico o de Jerusalén actual, sino del hombre interior: *“¡Silencio, toda carne, delante de Yahveh, porque él se despierta de su santa Morada!”* (Zac 2, 17) y también:

“Toda gloriosa es la hija del rey en su morada; de brocado de oro es su vestido” (Sal 45, 13)^[4]

Así, tanto la profecía de Noe y como las genealogías de sus hijos atestiguan la intención de Dios a reanudar el lazo perdido con el hombre.

Pero ¿qué es lo que le impide hacerlo? Como vemos, le impide Can que se introdujo entre El y Su criatura, como una cizaña metida entre ellos, es decir, Can es el pecado que expulsa al Espíritu Santo y así desune al hombre de su Creador.

Desde este punto de vista que revela la aspiración de Jafet unirse con Sem y el impedimento que constituye Can, cada fila horizontal de los descendientes de Sem, Can y Jafet, como ya he dicho, personifica a un hombre y la lucha que se realiza en él y por él. Consideremos, como ejemplo, la fila horizontal “Heber – **Bab** – **Hayk**”.

Pero antes quiero admitir que a pesar de que Heber es considerado como progenitor de los hebreos y Hayk, de los armenios, en el sentido en el que se habla aquí, no existen nacionalidades, pues Dios ha creado sólo un pueblo llamado Hombre. Pero éste, dividiéndose en sí mismo, se hizo pedazos y a cada pedazo lo llamó “pueblo”. A lo que sigue hay que mirar precisamente desde este punto de vista.

4. Aquí he preferido la Versión bíblica de Reina-Valera Revisada. 1960

Hayk (Havr, Avr, Hayos). Para mayor claridad comencemos por Hayk Es jafetano, y por lo tanto personifica al espíritu, o al ángel del mundo superior celestial. Como he dicho, los armenios lo creen su progenitor considerándolo desde el punto de vista histórico. Mientras tanto siendo jafetano él está fuera del tiempo y de la historia.. Respecto a su nombre ya hablé en mi trabajo “Ararat enigmático.” Aquí sólo recordaré que se formó de la raíz *hay* que en hebreo significa *viviente* y en armenio constituye la autodenominación de los armenios. Además, la palabra *hay* es una forma reducida de la de *hayr* que significa *padre* y procede de la palabra *ayr* que es la determinación del hombre valiente y noble y que a su vez es el nombre de Dios, o más precisamente de la persona del Padre. *Hayk* es la forma colectiva del nombre del pueblo armenio, ya que el sonigo “k” en armenio antiguo indicaba el plural del sustantivo y debía indicar a “los que pertenecen al Padre”.

La leyenda armenia llamó mi atención por su carácter bíblico bastante elocuente. Se trata de los tiempos inmediatamente después de la destrucción de la torre de Babel. Aunque los intérpretes la consideran literalmente, yo veo en ella una narración escatológica lo que me hace pensar que el texto de la leyenda podría haber sido retirado de la Sagrada Escritura o no incluido en ella por sus recopiladores.^[5] Pero podría ser también un fragmento sacado de aquellas fuentes que formaron la base de la Biblia, traducida a una de las lenguas de la cual después Jorén de Moisés tradujo al armenio.

La leyenda se destaca por la misma lengua especial de Dios usada para explicar los acontecimientos del mundo superior a través de su reflejo en los procesos históricos terrenales. Está dedicada al éxodo o a la retirada del pueblo armenio de Babilon, dirigida por Hayk. Propiamente dicho, es un exodo semejante al éxodo del pueblo judío dirigido por Yahveh, al que, en realidad; está dedicada toda la Biblia, cuyo contenido se resume en la liberación de los hijos de Dios del yugo Babilónico que es la cárcel carnal, donde están recluidos desde su caída, y en el retorno a la unión con Dios.

Ahora brevemente repasemos la dicha leyenda desde este punto de vista.

Cuando Dios destruyó el torre de Babel, provocando así la confusión total entre los humanos que comenzaron a hablar en distintas lenguas, “mientras ellos,” dice la leyenda, “se expandían por toda la tierra en medio de las acumulaciones de los increíblemente necios, pero forzados gigantes, cuando cada uno procuraba allá apoderarse del otro, en el alboroto clavando su espada al costado de su compañero,” entonces uno de estos gigantes por el nombre Bel logró aprovecharse de esta situación y adueñarse de toda la tierra. Sólo un hombre no se sometió a él. Fue Hayk “esbelto y hermoso, de rizos espesos y ojos claros, fuerte y famoso entre los gigantes por su valentía” y “por enfrentar siempre a aquellos, quienes aspiraban una poder unipersonal sobre todos los gigantes y héroes nobles”. Y “se levantó Hayk junto con sus hijos e hijas, con los hijos de sus hijos, con todos los hombres fuertes, cuyo número llegaba a casi trescientos hombres, y con otros familiares y los forasteros adheridos a él; y todos los siervos, y salió con todo el hato y garabato hacia las tierras de Ararat, situadas en los lugares norteñas.” Entonces Bel, el Titanita (es decir, Camita), “de

5. Según Moises de Joren la leyenda fue tomada de un libro que se guardaba en el archivo real en Ninive y que comenzaba con las siguientes palabras: “Ese libro fue traducido del caldeo a griego por el orden de Alejandro (el Magno) y comprende la historia autentica de los antiguos antepasados”. Empezaba, dice (Mar Abas Catiná, el hombre sabio que la encontró) de Zrvan, Titan y Iapestoste (es decir, de Sem, Can y Jafet) y en ella durante muchos años fueron colocados en orden todos los hombres famosos, los descendientes de estos tres progenitores cada uno en su lugar.

De este libro mar Abas Catiná extrae sólo la historia autentica de nuestro pueblo (armenio) y la trae al rey Vajarshak en Mtsbín en dos idiomas: en griego y en sirio. Vajarshak valiente (...) considerándolo como su tesoro principal, ordena guardarlo con el mayor cuidado en su archivo real y una parte de su texto reproducir sobre un pilar de piedra, de la cual nosotros conocimos a fondo el contenido de esta historia y ahora repetimos para la satisfacción de tu curiosidad.”

haber consolidado su poder real sobre todos, envió a uno de sus hijos con un grupo de fieles al país del norte para proponer a Hayk someterse a él y sirviéndole vivir en la paz. “Establesiste, decía, en el país del frío invernal; pero calienta y derrite el hielo de su corazón enorgullecido y sometiéndose a mí vivi tranquilo en el país de mi estación, donde quieres”. Mas Hayk despacha a los enviados de Bel con una respuesta severa y estos regresan a Babilón.”

Pero la cuestión, como se ve también de las otras fuentes, no fue el orgullo de Hayk. Este simplemente no quiso someterse a un hombre que no reconoce su naturaleza y se cree Dios.

En la versión de la misma leyenda, citada por el obispo Sibeos (siglo VII) en su “Historia del emperador Iraclio,”^[6] se dice lo siguiente:

“Cuando de los grandes dolores de la confusión, como de los dolores de parto, se dispersó el numeroso pueblo por el gran desierto (...), entonces Titan (es decir, Can) levantó contra sus compañeros su espada y se convirtió en el primero, quien reinó sobre la tierra. Bel Titanita (Camita) sin reconocer su naturaleza, se imaginó superior a todo el género humano y lo llamó a someterse a él. Entonces uno de los héroes de nombre Hayk, el Jafetano, nego hacerlo y llamarlo Dios. En cambio Bel empezó la guerra contra Hayk.”

Hay que destacar que tanto en las versiones armenias como en las georgianas Hayk es un héroe que adora a un sólo Dios, el Creador, a diferencia de Bel, el idólatra.

Leoncio Mroveli, el historiador georgiano (siglo IX) en su “Vida de los reyes de Kartli” cita las siguientes palabras de Hayk que fue el hermano mayor de Kartlos, el progenitor del pueblo georgiano: “*a nadie vamos a servir sino sólo al Creador.*” Según algunas leyendas orales armenias, Hayk era algo como la diestra de Dios, ya que vence a Bel “*con la mano de Dios.*”

Además de rechazar la propuesta de Bel, Hayk explica su rechazo con las siguientes palabras que cita el obispo Sibeos: “*¡Tu eres perro y de la raza de los perros, tu y tu pueblo! Y por eso hoy descargaré mi carcaj sobre ti*”.

Prestemos atención que Hayk, igual que Cristo, los llama *perros* a los camitas - teniendo en cuenta a todos los adoradores de la carne a los cuales, además de autodeificación son propios muchos otros pecados. Pues, como hemos visto, precisamente esos definen el rasgo característico de los camitas, según la Biblia.

“Entonces Bel, el Titanita,” continua Moisés de Joren, “sale a la campaña contra él y encabezando el enorme muchedumbre de su ejercito pedestre, llega hasta el país de norte, a las tierras de Ararat... Sus irrefrenables hordas de dimensiones colosales se precipitan desde el declive, como un raudal. Contando con la valentía y fuerza de sus potentes hombres, Bel se apresura a alcanzar los límites de la tierra donde habita Hayk.”

Para enfrentar a Bel “Hayk, el gigante sensato y sabio, de rizos espesos y ojos chispeantes convoca apresuradamente a sus hijos y nietos, a los hombres-arqueros valientes muy restringidos de numero y también a los otros que estaban bajo su mando.” “Avanzando bastante ,” continua después Moisés de Joren, ambos ejercitos “llegan a una planicie entre altísimas montañas... Cuando los gigantes de ambos lados se encontraron, la tierra se llenó de un estrépito espantoso de su furiosa lucha; causaban horror uno al otro por la diversidad de modos de atacar. Muchos hombres fuertes de ambos lados fueron pasados a espada y ambos lados se quedaban imbatidos en la lucha. De haberse topado con las circunstancias tan inesperadas y dudosas, el rey Titanita se horrorizó y dando la vuelta, empezó a subir por aquella colina de la cual había bajado. Esperaba mantenerse un tiempo en el muchedumbre, hasta que llegara todo el ejercito, para poder reiniciar el ataque. Al verlo Hayk armado de arco se lanza adelante, se acerca al rey, tensa con fuerza el arco ancho como el lago y con su

6. Сибеев. История императора Ираклия. Отд.1,СПБ, 1862 (Sibeos. Historia del emperador Iraclio, SPB, 1862)

flecha de tres brazos acierta en la placa pectoral; la flecha calando entre los hombros se clava en la tierra. Y ahí el Titanita enorgullecido cae con estrépito a la tierra y muere. Al ver esa increíble hazaña de valor, las hordas de Bel se dispersan sin rumbo a los cuatro vientos.”

Ya mencionado Leoncio Mroveli a la misma lucha la describa así:

“Y tuvo lugar entre ellos una batalla despiadada, semejante a los elementos desencadenados. El polvo debajo de sus pies parecía a las nubes espesas; el brillo de sus armaduras, asemejaba a los relámpagos del cielo; los gritos de sus labios sonaban, como las tronadas; la infinidad de flechas y piedras levantadas caía, como el grano cruel, y flujos de la sangre corrían, como chubascos. Fue una lucha muy grande entre ellos y de ambos lados cayeron muchos combatientes.”

Ya estos fragmentos permiten notar cierta similitud entre esa leyenda y el contenido alegórico de algunos relatos bíblicos, tales como el exodo de los hebreos de Egipto o la liberación del cautiverio babilónico al final de los tiempos. Es decir, a mi juicio, Babilón aquí no es tanto un punto geográfico del cual salé Hayk,^[7] como la condición del hombre y de la humanidad. Este exodo de Babilón simboliza aquí la venidera renuncia al pecado y la vuelta hacia Dios en los últimos tiempos, de las cuales tanto hablaron los profetas.

¿Es que no nos recuerda el exodo de Hayk algunos fragmentos de la Sagrada Escritura?, como, por ejemplo, estos:

“¡Salid de Babilonia! ¡Huid de los caldeos! (...)

¡Apartaos, apartaos, salid de allí! ¡Cosa impura no toquéis! ¡Salid de en medio de ella, manteneos limpios, portadores del ajuar de Yahveh! (Is 48, 20; 52, 11)

« ¡Levantaos, marchad, que esta no es hora de reposo!» (Miq 2, 10)

“Gritó con potente voz diciendo: «¡Cayó, cayó la Gran Babilonia! Se ha convertido en morada de demonios, en guarida de toda clase de espíritus inmundos, en guarida de toda clase de aves inmundas y detestables. Porque del vino de sus prostituciones han bebido todas las naciones, y los reyes de la tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la tierra se han enriquecido con su lujo desenfrenado.» Luego oí otra voz que decía desde el cielo: «Salid de ella, pueblo mío, no sea que os hagáis cómplices de sus pecados y os alcancen sus plagas. Porque sus pecados se han amontonado hasta el cielo y Dios se ha acordado de sus iniquidades. (Ap 18, 2-5).

También nos recuerda algunos detalles de la visión de Zacarías respecto del lugar del combate “entre dos montes” (“entre altísimas montañas” dice la leyenda) y de la alegoría del “país de norte”:

“Alcé otra vez los ojos y tuve una visión: Eran cuatro carros que salían de entre dos montes; y los montes eran montes de bronce. Y a mí me gritó y me habló así: «Mira, los que salen hacia el país del norte van a aplacar mi espíritu en el país del norte.»” (Zac 6, 1 y 8), es decir, los que salieron de Babilón, o los que apartaron del pecado, pues la frase *el país del norte (o la tierra del norte)* en la Biblia a menudo, como hemos visto en el capítulo anterior de este Tríptico, se usa en el sentido del mundo superior de Dios:

“Y harán corro contra Babilonia cielos y tierra y todo cuanto hay en ellos, cuando del norte lleguen los devastadores - oráculo de Yahveh” (Jerem 51, 48).

Es curioso también el hecho que el texto de la leyenda menciona las condiciones en las cuales estaba la humanidad inmediatamente después de la división de las lenguas y a la víspera del éxodo de Hayk de Babilón. Se habla de las “acumulaciones de increíblemente

7. Aquí está el gran error de los historiadores que partiendo del pie de la letra de esa leyenda y no teniendo en cuenta ni su contenido alegórico, ni la comunicación bíblica que todos los pueblos se dispersaron por el mundo despues de la confusión de Babel, consideran el pueblo indoeuropeo armenio como un pueblo historicamente de raíces babilónicas. Pero al no poder explicar muchas contradicciones relacionadas con este punto de vista, algunos acaban por declarar la procedencia del pueblo armenio no aclarada.

necios, pero forzudos gigantes, cuando cada uno procuraba allá apoderarse del otro, clavando su espada en el alboroto al costado de su compañero.” Ese detalle de la leyenda consueña con las profecías bíblicas respecto al final de los tiempos. “*Volverán la espada unos contra otros.*”, dice Ezequiel, describiendo los tiempos de Gog y Magog (Ezeq 38, 21). También lo indica Esdras:

“y todos los amigos se pelearán entre sí; y desaparecerá el sentido, y la inteligencia se retirará” (IV Esdr 5, 9).

Consueña con el lenguaje bíblico también el poder del arco de Hayk, ya que en muchos lugares de la Sagrada Escritura Dios por la boca de los profetas habla precisamente de esta arma alegórica para vencer a Sus enemigos. Citamos sólo dos ejemplos. «*Acumularé desgracias sobre ellos, agotaré en ellos mis saetas*», dice Dios en el Deuteronomio (32, 23). “*Yahveh aparecerá sobre ellos, y saldrá como relámpago su flecha; (el Señor) Yahveh tocará el cuerno y avanzará en los torbellinos del sur,*” da su testimonio Zacarías (9, 14).

Además Hayk está presente en la traducción armenia de la Biblia, donde dos veces se identifica con Orión. Pero con el héroe del mito griego, excepto de su nombre (ya que las raíces de ambos nombres – *ayr* y *or* – son derivaciones), nada tiene que ver. Orión en la traducción griega y Hayk en la traducción armenia definen la palabra hebrea *Kesil* (*k’sil*) que significa “*gigante, constelación*” y se usa en los libros de Job (38, 31; 9, 9), de Isaías (13, 10) y de Amos (5, 8). Donde esa palabra se traduce al griego como *Orión*, en la traducción armenia en lugar de Orión encontramos *Hayk* (Иов 38, 31 и Ис 13,10): “*¿Puedes tú anudar los lazos de las Pléyades o desatar las cuerdas de Orión?*” (“*las cuerdas de Hayk*” en la traducción armenia) (Job 38, 31) y “*Cuando las estrellas del cielo y la constelación de Orión*” (“*constelación de Hayk*” en la traducción armenia) *no alumbren ya, esté oscurecido el sol en su salida y no brille la luz de la luna.*” (Is 13, 10).

Al contrario, en aquellos lugares, donde en la traducción latina figura *Orión*, en la griega y en la armenia leemos conformemente *Esperón* y *Gisheravar*. Las dos palabras tienen el mismo sentido y significan “*la estrella matutina*” (Job 9,9 y Am 5, 8).

“*El hizo la Osa y Orión*” (“*la estrella matutina*” en las traducciones griega y armenia), *las Cabrillas y las Cámaras del Sur.*” (Job 9,9) y “*El hace las Pléyades y Orión*” (“*la estrella matutina*” en las traducciones griega y armenia), *trueca en mañana las sombras, y hace oscurecer el día en noche. El llama a las aguas del mar, y sobre la faz de la tierra las derrama, Yahveh es su nombre.*” (Amos 5, 8)

Así que Hayk, según la leyenda, el héroe que no quiso someterse a Bel - al tirano babilónico que se declaró Dios - e hizo salir a su pueblo de Babilón, se identifica al mismo tiempo con la constelación de Orión o con la estrella matutina. Es, sin duda, un héroe escatológico. En sus acciones se reflejan los acontecimientos intemporales, es decir, del mundo superior, y así, como los suele presentar la Biblia.^[8] Tiene rasgos de Yahveh bíblico y Su Hijo Jesucristo (Jafet). Y se puede suponer que *Yah* - la primera parte del

8.La Biblia abunda en casos de esta índole. Por ejemplo, cuando los profetas hablan de los acontecimientos venideros relacionados con Cristo, lo hacen en el tiempo pasado como si estos ya hubiesen sucedido. Es porque Dios no tiene tiempo. Todo se efectúa ante El, como en un libro abierto: “*Fue oprimido, y él se humilló y no abrió la boca. Como un cordero al degüello era llevado, y como oveja que ante los que la trasquilan está muda, tampoco él abrió la boca. Tras arresto y juicio fue arrebatado, y de sus contemporáneos, ¿quién se preocupa? Fue arrancado de la tierra de los vivos; por las rebeldías de su pueblo ha sido herido; y se puso su sepultura entre los malvados y con los ricos su tumba, por más que no hizo atropello ni hubo engaño en su boca. Mas plugo a Yahveh quebrantarle con dolencias. Si se da a sí mismo en expiación, verá descendencia, alargará sus días, y lo que plazca a Yahveh se cumplirá por su mano. Por las fatigas de su alma, verá luz, se saciará. Por su conocimiento justificará mi Siervo a muchos y las culpas de ellos él soportará. Por eso le daré su parte entre los grandes y con poderosos repartirá despojos, ya que indefenso se entregó a la muerte y con los rebeldes fue contado, cuando él llevó el pecado de muchos, e intercedió por los reblades.*” (Is 53, 7-12)

nombre hebreo Yahveh - en los tiempos inmemoriales sonaba en otros idiomas como *Hay* (**comp. La definición bíblica de Dios El-Hai, que significa Dios viviente**) o *Hayr*, o *Ayr*, o *Hor*, o *Or* o *Orión*... Evidentemente, es el mismo Dios que se reflejó en la memoria de los distintos pueblos bajo distintos nombres los que, sin embargo, resultan ser derivaciones lingüísticas del mismo nombre. Es Aquel Dios quien incansablemente conducía, conduce y al final de los tiempos traerá a los pueblos a la liberación de la esclavitud de la carne y los salvará de aquel a quien la leyenda llama Bel.

Bab. Pero ¿qué sabemos de **Bel**, además de que en Babilonia lo adoraban como al padre de los dioses, el Creador y el “Señor de la ciudad Nippur”?^[9] La etimología de su nombre, sin duda, se explica como la derivación de la palabra con la que antiguos pueblos llamaban a Dios, es decir, la derivación de *El*, *Er*, *Ar*, *Al*, *Ra*, etc.^[10]. Además es lógico pensar así, ya que Bel se creía Dios. Ese nombre se conservó también en el nombre caldeo Baltasar que en el hebreo suena como *Bel-shar-sur* y significa “*que guarde Dios al rey*”.

Los hebreos influidos por los “cananeos” lo confundían con Yahveh. Y Yahve Mismo lo combatía por la boca de los profetas y adelantando la derrota de este usurpador, decía:

“Y sucederá aquel día - oráculo de Yahveh - que ella me llamará: «Marido mío», y no me llamará más: «Baal mío.» Yo quitaré de su boca los nombres de los Baales, y no se mentarán más por su nombre.” (Oc 2, 16-17)

Baal bíblico es la derivación lingüística de Bel.

Respecto a la identificación histórica de Bel, evidentemente, hubo distintas suposiciones. Pero Moisés de Jorén cree que Bel fue Nimrud. Así es como lo escribe:

“En cuanto a Bel, me parece, que no tienen razón y están muy lejos de la verdad aquellos que creen que Nin era el hijo de Bel o incluso era Bel mismo, porque no lo comprueban ni la genealogía, ni la suma de los años. A no ser que por su fama y por su celebridad alguien creyó conveniente presentar lo lejano como lo cercano.

Muchos y de muchas maneras relatan sobre Bel que fue el contemporáneo de Hayk. Mas yo digo que el que lleva el nombre de Cronos y Bel, es Nimrud, como lo enumeran los egipcios, igual que Moisés: Hefesto, Sol, Cronos, es decir, Can, Kus, Nemrod suprimiendo a Misráyim. Pues ellos dicen que el primer hombre que inventó el fuego era Hefesto. (...) Además tanto la sucesión de las dinastías egipcias como la suma de los años desde los pastores hasta Hefesto coinciden con lo que dicen los judíos desde los tiempos de José y hasta los de Sem, Can y Jafet.”

Pero aquí el estimado autor confunde a Crono con Titano (o a Sem con Can), pues, según todas las legendas Sem corresponde a Crono, y Can, a Titano. Además él no repara en lo que, si suprimir a Misrayim, Nemrod se alejaría aún más de Hayk, a quien, según citadas por él mismo genealogías, corresponde **Bab**, el hijo de Nemrod. Por supuesto que a causa de la confusión que se produjo con el tiempo en la memoria de los hombres, es imposible establecer los linajes correctamente. Sin embargo me inclino a creer en las genealogías presentadas por los siguientes motivos: en primer lugar, porque la genealogía de Sem coincide con su genealogía bíblica; en segundo lugar, porque a cada descendiente de Sem en ellas corresponde un descendiente de Can y uno de Jafet; en tercer lugar, porque a Hayk, que se destacó por la realización del éxodo de su pueblo de Babilón, corresponde precisamente Bab cuyo nombre representa una derivación lingüística del nombre Bel y es idéntico al nombre de Babilón. Este en la Biblia suena como “*elBab*” a diferencia de “*Babel*” akadio y significa “*puerta de Dios*” (ya que Bab se creía Dios) o se puede interpretarlo simplemente como *dios Bab*. A causa de la similitud de estos nombres se puede afirmar que, en realidad,

9. <http://www.all-agic.ru/modules.php?name=Encyclope..>;

10. Ver “Ararat enigmático”

el que fundó Babilón, que fue su primer rey y que se confundió con Dios fue justamente Bab, llamado también Bel.

El nombre Bab (en la forma Baba) encontramos también en la mitología egipcia, donde así se llamaba un dios muy poderoso que se presentaba en la figura de un animal o un hombre con la cabeza de perro o de babuino y con el fallo en erección. Además solía presentarse en la compañía de perros. Según creencias egipcias, personificaba la fuerza sexual del hombre y era el cerrojo de las puertas al mundo subterráneo.^[11]

Ya sólo el dicho muestra que en la leyenda armenia se habla precisamente de ese dios pagano, a quien junto con su “pueblo” Hayk llamó *perro*, haciendo alusión a su procedencia camita. Y es cierto, porque, sea cual sea el significado que en los distintos tiempos y por las distintas creencias se le atribuía a esta persona, siempre representaba al enemigo de Dios verdadero, porque tras la “ciudad” creada por él (contra la “ciudad” de Dios) se ve una alegoría: “*un misterio: «La Gran Babilonia, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra.»*” (Ap17, 5). Siendo al fin de cuentas una criatura de Dios, aunque rebelde, Bab, igual que toda la naturaleza, representa respecto a Dios un principio femenino. Eso explica el hecho que Bab frecuentemente se manifiesta también en la figura femenina.

Sin duda, la mítica Baba-Iaga ruso-eslava es un reflejo de este mismo ser abominable para Dios. Montando un caballo, igual que un atleta, ella pelea junto con su innumerable ejército contra los héroes fuertes. Los ataca como una tormenta. En algunas versiones tiene imagen de la Madre –serpiente, cuyas hijas seducen a estos héroes nobles con las manzanas aromáticas, con el pozo del agua pura, con los colchones de pluma, etc., que los llevan a la perdición. Pero al fin y al cabo los héroes nobles vencen sus tentaciones y eliminan a la Madre-serpiente o a la Baba-Iaga junto con todas sus hijas. Su casita está colocada en la frontera de dos mundos y es la puerta al mundo de los muertos, etc., etc.^[12] Como vemos, todo eso es nada más que una repercusión de los acontecimientos relacionados con la creación del hombre de los cuales he hablado en los capítulos anteriores de este Tríptico. Por eso tampoco es casual que Baba-Iaga tenga además rasgos de la soberana del Universo.^[13] Creo también que es la misma figura que conocemos bajo el nombre Lilit, la personificación femenina y auténtica del diablo.^[14]

Pero la Biblia parece decir que el primero que reinó en Babilón fue Nemrod: “*el primero que se hizo prepotente en la tierra,*” y que “*Fue un bravo cazador delante de Yahveh.*” Según la misma, “*Los comienzos de su reino fueron Babel, Erech y Acad, ciudades todas ellas en tierra de Senaar. De aquella tierra procedía Asur, que edificó Nínive, Rejobot Ir, Kálaj y Resen, entre Nínive y Kálaj (aquella es la Gran Ciudad).*” (Gen 10, 8-12)

Sin embargo, por las genealogías presentadas, Nemrod es el padre de Bab, es decir, que hace suponer que Babilón ya estuvo antes de Bab.

Evidentemente, hay un error en la definición de la sucesión de los descendientes de cada uno de los hijos de Noé, que ya es imposible corregir. Por eso deberíamos confiar más a lo que nos dicen sus nombres. De todos modos Babilón (me refiero a su sentido espiritual), según la Sagrada Escritura, es la obra de los descendientes de Can, cada uno de los cuales personifica una de las formas del pecado que está en el origen de ellos. Lo que bajo el

11. Elisa Castel. Gran diccionario de mitología egipcia - Editorial Aldebaran:
<http://www.babylon.com/definition/baba/Spanish>

12. Н.С. Шапарова. Краткая энциклопедия славянской мифологии. Баба-яга. Изд. АСТ 2003 – (Shaparova N.S. Enciclopedia breve de la mitología eslava, АСТ 2003)

13. Вл. Даль «Поверья, суеверия и предрассудки русского народа». Изд. Эксмо, 2008 (Vl. Dal. “Creencias y supersticiones del pueblo ruso” Ed. “Exmo”, 2008)

14. Más detalladamente hablaré de eso en el próximo libro sobre la Creación del mundo .

nombre Nemrod se sobreentiende Bab, lo atestiguan las legendas sobre Nemrod que conservaron distintos pueblos y que se intersecan con lo que fue dicho aquí sobre Bab y Bel.

Por ejemplo, según la narración de Josefo Flavio en sus “Antigüedades judaicas”, Nemrod, el nieto de Can, siendo un hombre valiente y de gran fuerza física convenció a todos a no atribuir su bienestar a Dios, sino a su valor personal. Y después de poco tiempo comenzó a solicitar el poder supremo, ya que fue convencido que la gente dejará de temer a Dios y se alejará de El sólo si acudiese a su defensa, es decir, a la de Nemrod. Se jactaba que las defendería en caso si Dios hubiera querido otra vez inundar la tierra y les aconsejaba construir una torre tan alta, para que ningún diluvio la pudiera cubrir”.^[15]

Hay algunos datos interesantes sobre Nemrod también en la tradición aggadica del pueblo judío, donde su nombre se explica como “*el que sublevó todo el pueblo contra Yahveh*”. Se cree que Nemrod fue el primer hombre que empezó a hacer guerra con los otros pueblos. Es muy significativa también la indicación que la suerte le traía la “*túnica de piel*” que Dios había cosido para Adán y Eva, ya que al verla todas las fieras arrodillaban ante él y él los mataba. Aquí veo una alegoría, una alusión al “segundo” cuerpo del hombre (del que he hablado en el primer capítulo de este Tríptico) en que mora la fuente de toda la soberbia y violencia. En otros términos, eso subraya muy claramente que sus acciones eran las de la carne. Efectivamente, él se presenta como un idólatra feroz que dirige la construcción de la torre de Babel. En la memoria de los pueblos la torre se quedó como “*la casa de Nemrod*”.^[16]

V. Matossian en su artículo “Leyendas armenias de Orígen I” propone un relato sobre Nemrud que parece ser una versión más de la misma leyenda sobre Hayk. Así escribe:

“Según una narración recopilada en el siglo XIX, el rey Nemrud conquistó numerosos países y llegó a Armenia pretendiendo que se lo reconociera como Dios. Construyó un palacio en la cima del volcán extinguido que lleva su nombre,^[17] desde cuyo techo disparó una flecha dirigida contra Dios. Pero la saeta tocó el pescado recién extraído del lago Van que Dios tenía en la mano; en el mismo instante, un rayo hirió a Nemrud, (compare con la flecha de Hayk en la versión presentada arriba) quien cayó con su palacio en el abismo abierto en la montaña (el cráter del volcán), de la cual fluye el agua... Desde el ángulo sur del volcán Nemrud se ve una larga hilera de peñascos que los aldeanos llamaban “Piedras de Camello”, pues sostenían que eran los camellos petrificados por Dios que transportaban arena para la construcción del palacio desde la ribera del lago”

En otra versión Nemrud precede a Bel (lo que coincide con los datos de la genealogía presentada):

“Bel era un rey idólatra,” leemos en esta, “y se dirigió con grandes tropas sobre el país del rey armenio para luchar. El rey armenio mató a Bel por la mano de Dios y lo llevó a la cima del Nemrud; cavó allí, construyó un horno de pan, lo colgó dentro y le prendió fuego. Por orden de Dios, el fuego se convirtió en agua y sus cenizas quedaron sepultadas bajo la tierra, para que el viento no se llevara su polvo. Los hombres de Bel y sus camellos quedaron petrificados de terror...”^[18] Estas dos últimas versiones de la leyenda hacen recordar el relato bíblico sobre la gehena de fuego adonde será echado al fin de los tiempos el causante de la caída del hombre

15. Josefo Flavio “Antigüedades judías”, v.I. cap.4, pár.2

16. Мифы народов мира, т.2 М. 1982, стр. 218-219. (Los mitos de los pueblos del mundo, vol.2, Moscú, 1982, pp. 218-219)

17. Nemrud es un volcán escindido de altura 3000 m en la orilla occidental del lago Van ubicado en la meseta de Ararat, en 75 km hacia norte de Bidlis (Cuinet, t. II, p. 551).

18. Vartan Matiossian. Las leyendas Armenias de Origen I - <http://www.transoxiana.org/0108/matiossian-leyendas.html>

junto con sus partidarios. Las mismas consueñan también con la profecía sobre el fuego donde se quemarán todas las cizañas después de ser separadas de los granos buenos, porque, se cree que el mundo perecerá del fuego. *“Los cielos y la tierra presentes”*, dice el apóstol, *“por esa misma Palabra, están reservados para el fuego y guardados hasta el día del Juicio y de la destrucción de los impíos”* (II Pedro 3, 7).

Existe asimismo una tradición islámica, según la cual cuando Dios derrumbó la torre de Babel y provocó la confusión de lenguas, Nemrod intentó volar al cielo en un cajón colocado sobre las cuatro águilas alimentadas con la carne (igual que la Baba-Iaga mítica en el mortero) y de haber subido bastante alto, comenzó a lanzar flechas al cielo. Pero el ángel Yibril (Gabriel) las devolvió y le propuso arrepentirse. En lugar de consentirle Nemrod lo reta a la lucha, pero las nubes de mosquitos hacen dispersarse a sus hordas, etc.^[19]

Los historiadores no pudieron hasta hoy identificar claramente a Nemrod. Algunos lo ven en la persona de Sargón de Aggade (año 2300 ante de Cristo). Otros procuran identificarlo con los otros soberanos o deidades antiguos.^[20] Mientras tanto todas esas leyendas son, sin duda, de carácter escatológico. En ellos se habla del espíritu y precisamente del espíritu que gobierna el mundo en la persona de los gobernantes terrenales. Representan conocimientos sacramentales relacionados con la creación del hombre, su caída y el fin del mundo, porque debo recordar nuevamente que la Biblia no es una historia en el sentido terrenal, sino es la historia de la lucha de Dios por la liberación del alma humana del espíritu inmundo que se apoderó de ella, es decir, de la liberación del hombre de *bel dababi* o del *“señor del acoso”*,^[21] en cuyas manos había caído desde los tiempos iniciales.

Heber. Pasamos ahora a Eber (**Heber**), “el semita” que en las genealogías presentadas corresponde a Hayk y a Bab. Los hebreos lo creen el progenitor de su pueblo. La Biblia lo destaca de todos los hijos de Sem cuando antes de presentar su genealogía por primera vez dice:

“También le nacieron hijos a Sem, padre de todos los hijos de Heber y hermano mayor de Jafe” (Gen 10, 21).

Como el hombre interior *Eber* es esclavo del hombre exterior al que en la Biblia simbolizan los camitas, es decir, los egipcios, los babilónicos (o Bab). El propósito de Dios es sacarlo de la tierra de su esclavitud, a saber: de la esclavitud carnal, y hacerlo gobernar sobre ella. *Eber* es ganadero, lo que en el idioma bíblico - como ya he dicho hablando de Abel - a menudo simboliza al hombre que cultiva el alma a diferencia del labrador de la tierra que cultiva la naturaleza. Y por la misma razón por la cual Caín detestaba a Abel, Egipto detesta a Eber, porque, como lo explica la Sagrada Escritura, *“los egipcios detestan a todos los pastores de ovejas.”* (Gen 46, 34). Y es por eso que la misma dice: *“los egipcios no soportan comer con los hebreos, cosa detestable para ellos”* (Gen 43, 32).

Sabiendo todo esto Dios dijo, según el texto bíblico: *“Y he decidido sacarlos de la tribulación de Egipto al país de los cananeos, los hititas, los amorreos, perizitas, jivitas y jebuseos, a una tierra que mana leche y miel.”* (Ex 3, 17). Ya desde la primera vista este fragmento parece contener dificultades semánticas, porque el mismo Egipto también fue un país cananeo. Entonces, sacar de un país cananeo para introducir al otro tal parece un non-

19. Мифы народов мира, т.2 М. 1982, стр. 218-219 (Los mitos de los pueblos del mundo, vol.2, Moscú, 1982, pp. 218-219)

20. Douglas, J.D., Nuevo diccionario Bíblico Certeza, (Barcelona, Buenos Aires, La Paz, Quito: Ediciones Certeza) 2000, c.1982.

21. Тураев Б.А. История Древнего Востока т.1 ВАВИЛОНСКАЯ РЕЛИГИЯ И КУЛЬТУРА, Ленг. 1935. - (Turaev B.A. Historia Del Oriente antiguo- v.I.Religión y cultura de Babilón, Leng. 1935)

sens. Recordemos que Abraham venía al país cananeo del norte que en la Biblia simboliza la luz fría y no del sur, que representa el fuego. Además la “tierra que mana leche y miel” es el paraíso en la que no hay cananeos y la que no está en la tierra. Por eso es evidente que aquí hay un error que, seguramente, debe a la introducción en el texto original de una interpretación que lo ha alterado. A mi parecer, el texto original transmitía algo así: “Y he decidido sacaros de la tribulación de Egipto en el país de los cananeos, los hititas, los amorreos, perizitas, jivitas y jebuseos, a una tierra que mana leche y miel.” Tanto más que la preposición hebrea “el” entre las palabras *Egipto* y *país* del texto en cuestión no siempre indica dirección, sino también se interpreta como “entre” o “dentro”. El sentido oculto aquí es: liberaré su alma, o la gloria Mía, del cautiverio de Can, o del cuerpo pecaminoso y mortal.

[Es interesante notar la repercusión del concepto de la esclavitud del ser interior del hombre y del Verbo en una sola raíz eslava. El nombre del pueblo eslavo tiene dos sentidos aparentemente distintos, pero idénticos tanto lingüísticamente como teológicamente, porque procede de la palabra *Slava* que significa *gloria* en la que reconocemos al ser interior del hombre, y también de la *Slovo* que significa *Palabra* en la que reconocemos al Creador. Además en el griego, latín y en los otros idiomas derivados de estos la misma raíz significa *esclavo*: *sclavus* (lat), *slave* (ingl), *sklavish* (alem), etc. El hombre exterior ni siquiera intuye el sentido teológico de las palabras que pronuncia. Hace mucho que se lo olvidó y se lo confundió con las cosas exteriores. Mientras tanto el sentido real de la palabra *esclavo* testifica la esclavitud del ser interior que debe ser liberado, es decir, debe salir de Egipto o de Babilón. En idiomas eslavos la misma palabra refiere al hijo oculto de Dios, mientras que en otros idiomas europeos representa la condición de éste en el “siglo” presente. Sólo uniendo esos tres sentidos - a saber: la gloria, la Palabra y el esclavo - podemos tener una completa noción teológica sobre el nombre *eslavo* en lo que se refleja la idea de Eber o de Israel bíblico.]

También me parece interesante la información que nos brinda la etimología del nombre *Eber* que ya he considerado en “Ararat enigmático” al hablar de los hebreos. En la raíz de ese nombre (como también en la de los nombres de otros pueblos de la humanidad) se encuentra el mismo “ar” que en la raíz del nombre *Hayk*. Sólo el sonido “a” aquí se diptonga y se lee como “eve”. Su significado se puede explicar de dos maneras. En hebreo se explica como “*el que emigra*”. Se considera que “*sus hijos vivieron en una época en la que hubo una “división”, como en Babel,*”^[22] es decir, en el mismo tiempo, cuando vivían Hayk y Bab que le corresponden por las genealogías paralelas. Eso significa que Eber es aquel quien sale del cierto lugar, donde estuvo en prisión. Ya sabemos que Hayk no quiso someterse a Bab-Bel, o a (B)el Bab, y emigró de “Babilón,” lo que hay que entender alegóricamente. Como nos indica la explicación del nombre Eber, éste hizo lo mismo. Recordemos que la palabra Hayk proviene de *hayr* y también el hecho que en idioma armenio el hombre hebreo se llama *hria*. Entonces los dos juntos - *hayr* y *hria* o al revés - parecen una figura gramatical de dos géneros.

Ahora volvemos al son hebreo de ese nombre. La alteración de la primera sílaba a causa de la cual apareció el sonido v (*heb-hev*), deja en claro que es la misma raíz que significa “vivo” o “viviente” y con el *er* posterior significa *alma viva*, creada por Dios, o *morada de Dios*.

Mas si entrelazamos los dos nombres (Hayr y Eber) y después invertimos los dos, tendremos Yahveh, que se justifica tanto lingüísticamente como teológicamente,^[23] porque representa la unión del varón y de la mujer (vemos la misma unión en *Hiavatha* de

22. Douglas, J.D., Nuevo diccionario Bíblico Certeza, (Barcelona, Buenos Aires, La Paz, Quito: Ediciones Certeza) 2000, c.1982.

23. Sobre este asunto he hablado en el artículo «Загдка русского слова «человек» en idioma ruso que próximamente traduciremos a castellano.

los iroqueses o en *Yarovit* de los eslavos). Es aquella unión sin mancha que yace en el fondo de la Creación y que fue profanada por la intervención del **diablo a quien en la fila considerada personifica Bab.**

Como ya he dicho, no es casual que Bab aparezca ora con la figura femenina, ora con la masculina. Siendo una creatura de Dios representa el principio femenino, pero como un ángel rebelde adopta la apariencia masculina, es decir la de Dios. Metió una cuña entre Eber y Hayk, en cuya consecuencia aparecieron aquellas “*túnicas de piel*” que cubrieron a Adán y Eva y así separaron al Creador de Su creatura rompiendo el orden de la Vida.

De generación en generación Dios lucha por Su Esposa contra el intruso, sintiendo que “*sus puertas en tierra se han hundido,*” que “*su rey y sus príncipes están entre las gentes; ¡ya no hay Ley!*” (Lament 2, 9). En las palabras de Dios se oyen los reproches del esposo abandonado, cuando la llama “*cananea*” a la hija de Jerusalén:

“*Por tu origen y tu nacimiento eres del país de Canaán. Tu padre era amorreo y tu madre hitita (...) tú te pagaste de tu belleza, te aprovechaste de tu fama para prostituirte, prodigaste tu lascivia a todo transeúnte entregándote a él. Tomaste tus vestidos para hacerte altos de ricos colores y te prostituiste en ellos. Tomaste tus joyas de oro y plata que yo te había dado y te hiciste imágenes de hombres para prostituirte ante ellas (...) tomaste a tus hijos y a tus hijas que me habías dado a luz y se los sacrificaste como alimento. ¿Acaso no era suficiente tu prostitución, que inmolaste también a mis hijos y los entregaste haciéndoles pasar por el fuego en su honor?(...) todos los autores de proverbios harán uno a propósito de ti, diciendo: «Cual la madre, tal la hija.» Hija eres, sí, de tu madre, que dejó de amar a sus maridos y a sus hijos, y hermana de tus hermanas, que dejaron de amar a sus maridos y a sus hijos. Vuestra madre era una hitita y vuestro padre un amorreo...” Ezeq cap.16)*

Cuando esa lucha por la Esposa (o el Cuerpo, o el Hijo) haya terminado, entonces terminará también el proceso de la Creación y Jafet habitará, por fin y para siempre en las tiendas de Sem, es decir, se establecerá su unión trinitaria sin mancha. **Jafet y Sem (Hayk y Heber) serán uno y dirán, como el esposo y la novia:**

“*Con gozo me gozaré en Yahveh, exulta mi alma en mi Dios, porque me ha revestido de ropas de salvación, en manto de justicia me ha envuelto como el esposo se pone una diadema, como la novia se adorna con aderezos.*” (Is 61, 10)

Así, de haber considerado apenas una fila, hemos visto que Hayk, el Jafetano (es decir, de la generación del Espíritu de Dios), que es la estrella matutina, se unirá con Eber, el alma Divina, y expulsará de la faz de la tierra a los *perros* y a los *hechiceros*, en otros términos, el pecado que impide la plena vida de toda la creatura, - el pecado que personifica Bab.

Las siguientes palabras de Cristo atestiguan lo dicho:

“*Yo soy el Alfa y la Omega, el Primero y el Ultimo, el Principio y el Fin. Dichosos los que laven sus vestiduras, así podrán disponer del árbol de la Vida y entrarán por las puertas en la Ciudad. ¡Fuera los perros, los hechiceros, los impuros, los asesinos, los idólatras, y todo el que ame y practique la mentira!*» Yo, Jesús, he enviado a mi Ángel para daros testimonio de lo referente a las Iglesias. **Yo soy el Retoño y el descendiente de David, el Lucero radiante del alba» El Espíritu y la Novia dicen: «¡Ven!» Y el que oiga, diga: «¡Ven!» Y el que tenga sed, que se acerque, y el que quiera, reciba gratis agua de vida.**” (Ap 22, 13-17) ^[24].

Es decir, llena del Espíritu Santo y dispuesta a unirse con Jafet dirá la Novia, es decir, el hombre: “Ven!” Y el entrará y se instalará en ella. Entonces todo lo oculto se manifestará y todos los perros y hechiceros, etc. se quedarán fuera de la Ciudad, o fuera de la Vida.

24. No olvidemos que el Retoño y el descendiente de David aquí se usa en el sentido espiritual, es decir, en el sentido de la descendencia por la fe igual que de la procedencia de Abraham.

Algunos comentarios. Pero ¿cómo explicar, entonces, el lugar tan insignificante que la Biblia le otorga a Jafet? Como ya mencioné, seguramente, toda la información relacionada con él y con sus descendientes fue retirada de la Sagrada Escritura. “Eso atestigua también Kefalión,” escribe Moises de Joren, “que en uno de sus capítulos dice lo siguiente: “Al comenzar nuestra obra nosotros estábamos a punto de ponerse a relatar detalladamente todas las genealogías que se guardaban en los archivos reales, pero recibimos el orden de los reyes omitir las referencias sobre la gente mala e insignificante archivos reales, pero recibimos el orden de los reyes omitir las referencias sobre la gente mala e insignificante del pasado, señalando sólo a los valerosos, sabios y soberanos antepasados, sin perder nuestro tiempo inutilmente.” [25].

Así los jafetanos que son los habitantes celestiales engendrados por Dios cayeron en la categoría de los hombres “*malos e insignificantes*”. Pero a los ojos del Señor la soberanía terrenal no vale nada, porque, como dice el profeta, “*el espíritu del Señor Yahveh está sobre mí, por cuanto que me ha ungido Yahveh. A anunciar la buena nueva a los pobres me ha enviado, a vendar los corazones rotos; a pregonar a los cautivos la liberación, y a los reclusos la libertad; a pregonar año de gracia de Yahveh, día de venganza de nuestro Dios; para consolar a todos los que lloran, para darles diadema en vez de ceniza, aceite de gozo en vez de vestido de luto, alabanza en vez de espíritu abatido. Se les llamará robles de justicia, plantación de Yahveh para manifestar su gloria.*” (Is 61, 1-3)

Asimismo nada es a Sus ojos la valentía de los que toman la espada, porque el verdadero valor es el valor del espíritu que será reestablecido y **entonces en la tierra nadie a nadie causará daño alguno, porque toda la tierra se llenará de la conciencia de Dios.** Como dice el Señor:

“Haré en su favor un pacto el día aquel con la bestia del campo, con el ave del cielo, con el reptil del suelo; arco, espada y guerra los quebraré lejos de esta tierra, y haré que ellos reposen en seguro. Yo te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia y en derecho en amor y en compasión, te desposaré conmigo en fidelidad, y tú conocerás a Yahveh. Y sucederá aquel día que yo responderé - oráculo de Yahveh - responderé a los cielos, y ellos responderán a la tierra” (Os 2, 20-23).

Así, la historia terrenal en la Sagrada Escritura está estrechamente entrelazada con la historia sobrenatural, y constituye su sombra. Del modo igual el hombre interior se enlaza con el de exterior. Y todo lo que pasa acata una sola meta: sacar a Sem de Can y desposarlo con Jafet, es decir, liberar al hombre del pecado y de la esclavitud carnal y reunirlo con Dios inmaculado, porque esta neta unión es la base de la vida eterna.

Entonces, las genealogías presentadas personifican la genealogía del alma viviente (Sem), la del Espíritu Santo de Dios (Jafet) y la del espíritu impuro (Can) que vive en las “*túnicas de piel*” de Sem. El siguiente ejemplo bíblico muy bien ilustra lo dicho.

A los “semitas” que en la Biblia representan el cuerpo humano creado por Dios como Su Propia vivienda, comparemos con un hermoso vaso. Este por si mismo no significa nada. Lo que es importante es su contenido: agua pura o las inmundicias. El agua tomamos, pero las inmundicias echamos. Cuando se dice que Jafet lucha para introducirse en Sem, se entiende que quiere purificar el vaso de la suciedad y llenarlo con agua pura. En otros términos, Él, siendo ángel, lucha por la unión con su imagen arrebatada que es Sem. Pero mientras que esa unión no haya realizada, es decir, mientras que la imagen y el ángel de Dios están separados, el hombre (a saber, la imagen) muere, mas el ángel es inmortal. Así, por ejemplo, Moisés murió, pero el Pueblo de Dios todavía vaga con él por el desierto en la búsqueda de la tierra prometida. Se cree que el éxodo del Egipto históricamente hace mucho tiempo que se

25. М.Хоренский. История Армении. М. 1893, кн.1, гл.5. М. de Joren. Historia de Armenia. М. 1893, lb. 1, cap.5.

terminó, pero, sea como sea, espiritualmente representa un proceso permanente, ya que el Padre Celestial infatigablemente procura sacar a Sus hijos de la confusión mortal, es decir, de la esclavitud de la carne en la que han caído. Del Babilón histórico no se quedó ni un rasgo, pero nosotros aún continuamos vivir en el, porque significa la confusión de los pueblos, es decir, la confusión de la fe y de las tradiciones morales que especialmente ahora sufrimos muy fuertemente y que impide distinguir lo justo y puro de lo injusto e infame. Jesucristo fue crucificado hace dos mil años, pero la gente sigue crucificándolo continuamente. Todo esto se terminará después de Apocalipsis, al final de los tiempos, cuando desaparecerá lo temporal y se quedará sólo lo eterno.

Mientras tanto, ya que todos nosotros en el siglo presente permanecemos en las *“Túnicas de piel”*, podemos decir, que todos somos “semitas” cautivados por Can que vive en nuestra piel. Pero también Jafet está presente en nuestro corazón, mayormente oprimido. Todos somos habitantes del gran y monstruoso Babilón, donde Bab todavía está en todo su poder. Traspasamos una etapa consecutiva de la Confusión de Babel, es decir, de la confusión total relacionada con la mezcla de las religiones y preceptos morales. Y como consecuencia, los pueblos, las familias y las personas se alejan cada vez más unos de los otros dominados por la hostilidad e incomprensión mutua. “Entre ellos” está Can. No les permite tomar conciencia de la unidad del cuerpo que forman, porque al darse cuenta en eso, se amarían mutuamente y la barrera de Can se derrumbaría.

Sin embargo para los verdaderos cristianos (no sólo por el nombre, sino por la esencia) esta barrera ya se derrumbó con la llegada de Jesucristo, *“porque”*, como dice el apóstol, *“él es nuestra paz: el que de los dos pueblos hizo uno, derribando el muro que los separaba, la enemistad”* (Ef 2, 14). Ahora muchos de nosotros no saben u olvidaron que es, realmente, bueno o malo, porque hay muchas maneras de definirlos, pero la verdad es única. Como dijo Jesucristo: *«Marta, Marta, te preocupas y te agitas por muchas cosas; y hay necesidad de pocas, o mejor, de una sola.»* (Lc 10, 41-42). Y esa única cosa es la Palabra de Dios. Al apartarse de ella el hombre manifiesta que se encuentra bajo el poder de los espíritus impuros que, como dice el profeta, *“hablan de la Ley con engaño. Sus ojos se fijan en cualquier casa firmemente establecida, como una serpiente, para confundir la sabiduría de su prójimo con impíos discursos. Sus palabras son sofismas para realizar sus perversos deseos, no se retira hasta que logra dispersar a los justos como huérfanos.”* (Los salmos apócrifos de Salomón 4, 8-10).

Y esa Palabra de Dios esta reunida en la Biblia que representa un libro abierto de la historia espiritual del hombre, o del proceso séptuplo de su “personificación” por Dios. Refleja todos los cambios internos o externos que atraviesa el hombre. Al leerla nuestros antepasados reconocían y los contemporáneos reconocen siempre su propia época. Es un espejo que revela al hombre su propia esencia y su camino en el exilio que se terminará sólo cuando el hombre, transformado moralmente, logre liberar su alma de toda corrupción.

Para reflejar esas cosas difíciles de entender, la Biblia usa una lengua alegórica, porque el hombre terrenal no dispone medios para comprenderlas que no son propias a este mundo. Cada palabra bíblica, todos los acontecimientos históricos relatados en ella tienen un subtexto. Según el evangelista, *“Manifiestos están los misterios de la verdad a manera de modelos e imágenes”* (Evang. apocr. Según Felipe 124)

Por eso también Jesucristo hablaba siempre en parábolas, como testifica el siguiente fragmento: *“Y acercándose los discípulos le dijeron: «¿Por qué les hablas en parábolas?» El les respondió: «Es que a vosotros se os ha dado el conocer los misterios del Reino de los Cielos, pero a ellos no. Porque a quien tiene se le dará y le sobrarán; pero a quien no tiene, aun lo que tiene se le quitará. Por eso les hablo en parábolas, porque viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden.*

En ellos se cumple la profecía de Isaías: Oír, oiréis, pero no entenderéis, mirar, miraréis,

pero no veréis. Porque se ha embotado el corazón de este pueblo, han hecho duros sus oídos, y sus ojos han cerrado; no sea que vean con sus ojos, con sus oídos oigan, con su corazón entiendan y se conviertan, y yo los sane. «¡Pero dichosos vuestros ojos, porque ven, y vuestros oídos, porque oyen! Pues os aseguro que muchos profetas y justos desearon ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron.» (Mt 13, 10-17)

Sin embargo justamente por eso es que la Biblia es un libro eterno. Lo imperecedero y lo pasajero en ella están estrechamente trenzados, igual que el germen del hombre y su cuerpo exterior. Su comprensión no tiene límites: es siempre un enigma, pero un enigma claro, pues representa la Palabra de la Vida que es aquella cuerda de salvación que el Señor echó a los que se ahogan. Y si agarraremos de ella fuertemente, sin duda, nos sacará de nuestro cautiverio y nos reunirá con Dios para los siglos de los siglos sin fin.

Es por eso que es tan importante ya ahora, aún estando en la tierra, tomar conciencia en que representa el hombre y dejar que el Espíritu Santo de Dios nos llene con sus “aguas” limpias, para que no se pudra sin fin nuestro vaso corroído por las inmundicias que contiene, y viva eternamente sostenido por el Espíritu Santo como su parte principal.

Literatura

Biblias

1. Библия. Книги Священного Писания Ветхого и Нового Завета в русском переводе с приложениями. Вт.изд. 1983, Изд. «Жизнь с Богом», Брюссель.
2. Biblia de Jerusalén. Nueva edición revisada y aumentada. Desclée de brouwer, Bilbao, 1998.
3. Santa Biblia- Antigua versión de Casiodoro de Reina, revisada en 1960 – Asociación Sociedad Bíblica Argentina, Buenos Aires 1991.
4. La Sagrada Biblia según la Vulgata, traducción del Dr. Félix Torres Amat, revisada y anotada por Mons. Dr. Juan Straunbinger, publicada por los Padres del Verbo Divino. 1969-
5. Asdva / a ,vn[<http://icxc.org.ru/>] (Электронный вариант Библии на армянском языке)
6. Biblia hebrea. Tanaj. – Editorial Sigal, Buenos Aires, 2006.
7. Апокрифы древних христиан. Исследование, тексты, комментарии. – Изд. «Мысль», Москва, 1989.(Apócrifos de los antiguos cristianos. Investigaciones, textos, comentarios. – Edición: “Misl”, Moscú, 1989).
8. Evangelios apócrifos. – Ediciones Libertador, Bs.As. 2003.

Fuentes históricas

1. М.Хоренский. История Армении. М. 1893, (Moisés de Joren. Historia de Armenis, Moscú, 1893)
2. Сибееос. История императора Ираклия. Отд.1,СПБ, 1862 (Sibeos. Historia del imperador Iraclio. Dep. I, SPB 1862)
3. Иосиф Флавий. Иудейские древности.- Интернет: Библиотека «Вехи»: <http://www.vehi.net/istoriya/israil/flavii/drevnosti/index.html> (Josefo Flavio. Las antigüedades judía – texto ruso)
4. Мровели Леонтий. Жизнь картлийских царей. М., 1979.
Leoncio Mroveli, el historiador georgiano (siglo IX) en su “Vida de los reyes de Kartli”

Diccionarios y enciclopedias

- 1.Elisa Castel. Gran diccionario de mitología egipcia- - Editorial Aldebaran: <http://www.babylon.com/definition/baba/Spanish>
2. Н.С. Шапарова. Краткая энциклопедия славянской мифологии. Баба-яга. Изд. АСТ 2003

3. *Мифы народов мира*, т.2 М. 1982 (Los mitos de los pueblos del mundo, vol.2, Moscú, 1982)
4. *Douglas, J.D.*, Nuevo diccionario Bíblico Certeza, (Barcelona, Buenos Aires, La Paz, Quito: Ediciones Certeza) 2000, c.1982.

Otros

1. *Вл.Даль* «Поверья, суеверия и предрассудки русского народа». Изд. Эксмо, 2008 (Vl. Dal. “Creencias y supersticiones del pueblo ruso” Ed. “Exmo”, 2008)
2. *Vartan Matiossian*. Las leyendas Armenias de Origen I - <http://www.transoxiana.org/0108/matiossian-leyendas.html>

Ilustraciones

- 1-2. Gustave Doré “Israel profetizando” y “Noé maldiciendo a Can”
3. Fotografía tomada de Internet.

2008- 2012

Las raíces bíblicas del vegetarianismo



*“no fue Dios quien hizo la muerte
ni se recrea en la destrucción de los vivientes;
él todo lo creó para que subsistiera,
las criaturas del mundo son saludables,
no hay en ellas veneno de muerte (...),
porque la justicia es inmortal.”*
Sab 1, 13-15

*“En la senda de la justicia está la vida;
el camino de los rencorosos lleva a la muerte.”*
Pv 12, 28

Índice

Prólogo

I. El Reinado de la vida.

II. La conexión mística entre el hombre y toda la creatura.

III. Dios no nos ha legado comer carne y hacer sacrificios de los animales.

IV. La Eucaristía.

V. Jesús se manifestó no sólo ante los hombres, sino también ante los animales

VI. La comida de los apóstoles

Prólogo

¿Qué dice la Palabra de Dios sobre la alimentación humana? ¿De verdad que Dios ha permitido al hombre comer la carne de los animales, de las aves o del pescado?

La obra, escrita en forma de observaciones bíblicas que consisten en la sistematización, la recogida, el análisis y la síntesis de la Palabra de Dios respecto al dicho asunto, demuestra que los sacrificios de los que habla AT, son totalmente parabólicos y la alimentación con la carne desde el principio y para siempre fue **claramente y numerososamente** repudiada por Dios.

La misma se divide en siete partes. Después de un prólogo corto, sigue el primer capítulo nombrado ***“El Reinado de la vida”***, que exhibe el excelente cuadro de la vida creada por Dios, según los relatos bíblicos y algunas fuentes extrabíblicas.

El segundo capítulo que se llama ***“La conexión mística entre el hombre y toda la creatura”*** es un abreviado esbozo teológico acerca del vínculo esencial entre Dios, el ser humano y el animal.

El tercer capítulo intitulado ***“Dios no nos ha legado comer carne y hacer sacrificios de los animales”*** reúne numerosos textos de la Sagrada Escritura, que atestiguan el repudio de Dios a los sacrificios carnales y al comer carne, revelando simultaneamente que todas las indicaciones del Antiguo Testamento respecto a los sacrificios y al comer carne son parabólicos.

El cuarto capítulo, ***“La Eucaristía”***, a través del verdadero sentido de la misma demuestra lo absurdo de la creencia en que Jesucristo se alimentaba con la carne y el pescado.

Los capítulos quinto y sexto denominados respectivamente ***“Jesús se manifestó no sólo ante los hombres, sino también ante los animales”*** y ***“La comida de los apóstoles”*** están basados principalmente en los textos apócrifos que a pesar de ser rechazados por la Iglesia, a veces más corresponden a la lógica de los Antiguo y Nuevo Testamentos, que algunos fragmentos de los Evangelios canónicos, sin duda, con ciertos detalles ora alterados, ora omitidos.

La obra fue escrita con el objetivo de intentar a abrir los ojos de los hombres sobre *el significado de la misericordia Divina* y sus dimensiones y está dirigida tanto a los que eligieron la vida vegetariana como a todos aquellos a quienes interesa la Palabra de Dios respecto al asunto considerado. Sería interesante también para los teólogos.

El estilo utilizado corresponde al trabajo textológico.

I. El Reinado de la vida.



Todos saben que después de crear al hombre e instalarlo en el paraíso preparado de antemano, Dios le dijo:

“Ved que os he dado toda hierba de semilla que existe sobre la faz de toda la tierra, así como todo árbol que lleva fruto de semilla; para vosotros será de alimento”. (Gen 1, 29)

De ahí se ve que el alimento primordial del hombre fue vegetal, consistía de toda la hierba de semilla y de los frutos de los árboles.

Respecto a las otras creaturas su mandato fue:

“Y a todo animal terrestre, y a toda ave de los cielos y a toda sierpe de sobre la tierra, animada de vida, toda la hierba verde les doy de alimento.» Y así fue.” (Gen 1, 30)

Eso significa que el alimento *natural* de todo animal y ave de la tierra fue la hierba verde.

La conclusión que se desprende de lo citado es que el alimento primordial tanto de los hombres como de los animales fue vegetal. Así los había creado Dios. Así es su comida natural.

Lo mismo parte de la profecía de Isaías que, aunque se refiere a los tiempos venideros del reino milenario prometido por Cristo durante los cuales el diablo permanecerá atado, muestra el estado natural de las cosas en un mundo lleno de la conciencia Divina. Así dice:

“Serán vecinos el lobo y el cordero, y el leopardo se echará con el cabrito, el novillo y el cachorro pacerán juntos, y un niño pequeño los conducirá. La vaca y la osa pacerán, juntas acostarán sus crías, el león, como los bueyes, comerá paja. Hurgará el niño de pecho en el agujero del áspid, y en la hura de la víbora el recién destetado meterá la mano. Nadie hará daño, nadie hará mal en todo mi santo Monte, porque la tierra estará llena de conocimiento de Yahveh, como cubren las aguas el mar.” (Is 11, 6-9)

Y en otro lugar:

“Lobo y cordero pacerán a una, el león comerá paja como el buey, Y la serpiente se alimentará de polvo, no harán más daño ni perjuicio en todo mi santo monte - dice Yahveh.” (Is 65, 25)

Semejantes comunicaciones encontramos también en la literatura apócrifa. Por ejemplo, en los Oráculos sibilinos que son considerados como un apócrifo del Antiguo Testamento, la profetisa habla de lo mismo como si dirigiéndose a una muchacha que personifica tanto la tierra como el cuerpo humano:

“Alégrate, muchacha, y regocíjate, pues te concedió el gozo de la eternidad aquel que creó el cielo y la tierra. En ti habitará y tuya será la luz inmortal. Los lobos y los corderos en los

montes juntos comerán el pasto, los leopardos se alimentarán junto con los cabritos, los osos se albergarán con los terneros que viven de los pastos y el carnívoro león comerá paja en el pesebre como la vaca, y los niños, aun los más pequeños, los llevarán atados, pues hará inocuas a las fieras sobre la tierra. Las serpientes, junto con los áspides, dormirán con las criaturas y no les harán daño, pues la mano de Dios estará sobre ellas”. (p. 312; Libro III)

De los fragmentos presentados se desprende claramente que en el paraíso ni los animales, ni los hombres no hacían daño alguno ni entre sí mismos, ni unos a otros, y, consiguientemente, no comían carne. Aquellos de los animales a los cuales hoy llamamos carnívoros, en el paraíso se alimentaban de la hierba verde, es decir, eran herbívoros. La causa de tal paz entre toda la creatura fue y será la alianza con Dios. El Mismo lo testifica a través del profeta Oseas:

“Haré en su favor un pacto el día aquel con la bestia del campo, con el ave del cielo, con el reptil del suelo; arco, espada y guerra los quebraré lejos de esta tierra, y haré que ellos reposen en seguro.” (Os 2, 20)

La Sagrada Escritura promete que ese tiempo volverá. También lo dicen los padres de la Iglesia. Particularmente, Irineo de Lion, uno de los primeros padres de la Iglesia que vivió en el siglo II, escribe: *“Y es necesario que una vez restaurada la creación según el plan original, todos los animales estén sujetos al hombre, que vuelvan a comer el alimento que el Señor les dio al principio, como cuando, antes de la desobediencia, estaban sujetos a Adán (Gén 1,26-28) y comían los frutos de la tierra (Gén 1,30)* (Contra los herejes, lbr.V, cap.33 punto 4)

En el paraíso no hubo ni muerte, ni dolor. Consiguientemente, nadie, ni el hombre, ni los animales los experimentaban.

Como atestigua el apóstol Pedro en su *Apocalipsis*, en ese bendito tiempo (o en ese bendito lugar, o en ese bendito estado) que, sin duda, volverá, no se marchitaban hasta las plantas:

“Y el Señor me mostró una región muy grande fuera de este mundo, con luz extremadamente brillante, donde los rayos del sol iluminaban el ambiente; y la tierra era feraz, con brotes que nunca se marchitaban; y llena de especias y plantas siempre florecientes e incorruptibles, produciendo frutos benditos. Y había tanto perfume que el aroma llegaba incluso hasta nosotros.” (Apocalipsis de Pedro, 15-16)

Aunque ese *Apocalipsis* es considerado apócrifo, no contradice a la Sagrada Escritura e igual que algunos otros textos apócrifos revela o precisa el contenido de las comunicaciones bíblicas.

La abundancia de la que habla el apóstol, la señala también Irineo de Lion quien en la misma obra cita el siguiente relato acerca de los tiempos venideros del regreso al paraíso que los presbíteros habían oído de Juan, el discípulo del Señor:

«Llegarán días en los cuales cada viña tendrá diez mil cepas, cada cepa diez mil ramas, cada rama diez mil racimos, cada racimo diez mil uvas, y cada uva exprimida producirá 25 medidas de vino. Y cuando uno de los santos corte un racimo, otro racimo le gritará: ¡Yo soy mejor racimo, cómeme y bendice por mí al Señor! De igual modo un grano de trigo [1214] producirá diez mil espigas, cada espiga a su vez diez mil granos y cada grano cinco libras de harina pura. Lo mismo sucederá con cada fruto, hierba y semilla, guardando cada uno la misma proporción. Y todos los animales que coman los alimentos de esta tierra, se harán mansos y vivirán en paz entre sí, enteramente sujetos al hombre». (Irineo de Lion. Contra los herejes, lbr V, cap.33 punto 3)

Así, según la Sagrada Escritura, el estado natural de cada creatura - sea hombre o animal, o planta - por el designio de Dios es la vida eterna y feliz que no sabe ninguna carencia, ni enfermedad, ni muerte, ni cualquier otro peligro, mientras que el estado natural de la tierra es la abundancia inagotable.

II. La conexión mística entre el hombre y toda la creatura.



Si Dios es Aquel Quien en Su mente creó al hombre como imagen y semejanza Suya, entonces Dios es el Hombre verdadero. Y ya que Dios - el Hombre verdadero - abarca en Sí mismo todo el universo creado por El, también Su imagen terrenal debe contener en sí mismo las imágenes de todo el ser, es decir, debe ser responsable por todas las creaturas terrenales, porque al fin de cuentas ellos le componen. Dicho de otra manera, todo lo que hay en el hombre tiene su imagen en el mundo animal. El sentido y el significado de cada habitante del mencionado mundo animal corresponden a las distintas peculiaridades del hombre. Precisamente eso se revela en el hecho de que al crear al hombre en las personas de Adán y Eva, Dios les sometió todas las demás creaturas:

*“Y bendíjolos Dios, y dijoles Dios: «Sed fecundos y multiplicaos y henchid la tierra y sometedla; **mandad en los peces del mar y en las aves de los cielos y en todo animal que serpea sobre la tierra.**» (Gen 1, 28)*

El Evangelio apócrifo de Felipe (punto 58) cita una interesante observación, que atribuye a Cristo, respecto al señorío del hombre sobre los animales. Nuevamente no tenemos motivo alguno para desconfiar a la lealtad de este fragmento que no contradice a la lógica de los Evangelios canónicos. En él se dice:

*“La superioridad del hombre no es patente, sino oculta. Por eso domina las bestias que son más fuertes que él y de gran tamaño —tanto en apariencia como realmente— y les proporciona su sustento. **Mas cuando se separa de ellas, éstas se matan unas a otras y se muerden hasta devorarse mutuamente por no hallar qué comer.** Mas ahora —una vez que el hombre ha trabajado la tierra— han encontrado su sustento.”*

De ahí se concluye que cuando el hombre vive en la conciencia Divina, es decir, cuando en él habita el Espíritu Santo de Dios, también todo el mundo se hunde en la conciencia Divina y todo se somete al hombre como a Dios. Es por eso que dice el apóstol: *“Toda clase de fieras, aves, reptiles y animales marinos pueden ser domados y de hecho han sido domados por el hombre.”* (St 3, 7)

Mas cuando el hombre se aparta de la conciencia Divina, todo el mundo pierde el amor que unía a toda la creatura y se hace salvaje.

Ciertamente, como atestiguan los fragmentos presentados, en el paraíso toda la creatura estuvo sometida al hombre mientras que él mismo fue “sometido” a Dios. Por eso el hombre, siendo imagen y semejanza divina, gobernaba sobre el resto de las creaturas, como lo hacía sobre su propia naturaleza carnal, es decir, sometía a los animales, como sometía los instintos de su propia carne que fue hecha de la misma tierra que la de los animales. Dios y el hombre formaban uno. Uno, a su vez, formaban el hombre y toda la creatura. En otros términos, el hombre verdadero se revela en la unión con el Creador, y cuando se revela así, la unión con la creatura se realiza automáticamente. Al mismo tiempo el Creador y el hombre se relacionan entre sí conformemente como el principio masculino y el femenino que por la idea de Dios deben formar - y formaban en los tiempos inmemoriales - un ser. Esa unión que se realiza por el Espíritu Santo, sumerge a toda la creatura en armonía, es decir, es el fundamento de la vida de todos los que la forman, porque el hombre y el mundo animal también se relacionan entre sí conformemente como el principio masculino y el femenino o como el de la razón y el de la voluntad actuando en común acuerdo.

De ahí se puede concluir que en la subconciencia humana se esconde el amor a Dios, mientras que en la de los animales yace el amor al hombre, que les hace a imitarlo. [Observándolos podemos notar la atención con que las miradas de las mascotas siguen al hombre, para repetir después sus acciones, aunque los hombres comunes pocas veces se dan cuenta de eso. No son así los amos de las mascotas o de las fieras domadas. Ellos saben bien esa peculiaridad de sus animales. Hoy en el Internet circulan numerosos video-clips donde los animales fueron filmados imitando las acciones de los hombres. Son los elefantes-pintores, es, el perrito Bazuka patinando en skateboard por las calles de Tokio, es el perro surfista experto, que fue el objeto principal de la atención pública en el campeonato internacional de surfing en Brasil, es el ya famoso loro rock-star y muchos, muchos otros animales, aves, etc.]

Pero el hombre cayó, es decir, la creatura se apartó del Creador, el principio femenino, del principio masculino. La unión se resultó rota. Por eso la caída del hombre provocó la maldición de la tierra. Como dijo Dios: *“maldito sea el suelo por tu causa.”* (Gen 3, 17) Eso significa que todo lo que vive en la tierra está maldito: todo lo que estaba en la posesión del hombre y que le fue “sometido” a él, se rebeló contra él. De hecho, él se rebeló contra sí mismo: como en la unión mencionada el principio masculino corresponde a la cabeza y el de la mujer, al cuerpo, lo ocurrido se puede comparar con la rebelión del cuerpo contra la cabeza que da alimento a todo el cuerpo proporcionándole todo lo que necesita para la vida. Mas el cuerpo de haber perdido la cabeza comienza absorber a sí mismo. Por eso cuando en el Génesis se dice: *“Y le echó Yahveh Dios del jardín de Edén, para que labrase el suelo de donde había sido tomado”* (3, 23), eso significa que le echó para que domara su carne o su cuerpo hecho de tierra, como debe domar a los animales. La “tierra” (o el cuerpo) cultivada es la tierra dócil, armónica, mientras que la inculta no tiene dueño y es salvaje. Por esa causa cuando el hombre está ausente, es decir, está ausente la cabeza, entonces los fuertes del cuerpo comienzan a matar y comer a los débiles, o en otros términos, el cuerpo comienza su autodestrucción y en la vida entra la muerte. Cuando Cristo dice respecto a los animales: *“Mas ahora —una vez que el hombre ha trabajado la tierra— han encontrado su sustento”*, se refiere a Su presencia, es decir, a la presencia del Hombre verdadero, que siendo la verdadera cabeza del cuerpo, puede proveer tanto la armonía en la Creación como la inmortalidad de toda la creatura. En el Evangelio de pseudo-Mateo hay relatos que muestran cómo en la presencia de Cristo se domaban y se alegraban incluso las fieras más salvajes. He ahí un fragmento de estos:

“Jesús salió de la caverna, y los leones viejos lo precedían, y los leoncillos jugaban a sus pies.

Los parientes de Jesús se mantenían a distancia, con la cabeza baja, y miraban. El pueblo permanecía también alejado, a causa de los leones, y no osaba unirse a ellos. Entonces Jesús dijo al pueblo: ¡Cuánto más valen las bestias feroces, que reconocen a su Maestro, y que lo

glorifican, que vosotros, hombres, que habéis sido creados a imagen y semejanza de Dios, y que lo ignoráis! Las bestias me reconocen, y se amansan. Los hombres me ven, y no me conocen.

Luego Jesús atravesó el Jordán con los leones, a la vista de todos, y el agua del Jordán se separó a derecha e izquierda. Entonces dijo a los leones, de forma que todos lo oyeran: Id en paz, y no hagáis daño a nadie, pero que nadie os enoje hasta que volváis al lugar de que habéis salido”. (XXXV-XXXVI)

“Dios creó al hombre para la incorruptibilidad,” se dice en las Sabidurías, “le hizo imagen de su misma naturaleza; mas por envidia del diablo entró la muerte en el mundo, y la experimentan los que le pertenecen.” (Sab 2, 23-24)

La experimenta también la tierra. Antes floreciente y paradisiaca, después de la caída del hombre se empobreció tanto que no sólo el hombre, sino también todos los animales se vieron obligados a conseguir su alimentación con grandes dificultades. Antes llena de abundancia, ahora la tierra se convirtió en un desierto. Justamente así - desierto - lo llama Dios a la tierra, donde habita el hombre. De este modo, el hombre lanzó a sí mismo y a todo el mundo a la lucha por la supervivencia, concitó una hostilidad recíproca sobre todo el ser vivo e indispuso contra sí mismo a muchos de los animales.

Muy interesantes datos respecto a estos acontecimientos fatales se puede encontrar en los textos apócrifos del Antiguo Testamento, algunos de los cuales, como ya he notado, bien corresponden a la lógica de los textos canónicos. Uno de estos es el “Libro de los jubileos,” que nos cuenta, entre otras cosas, por qué y cuando los hombres y los animales comenzaron a comerse mutuamente:

*“Cuando los hijos de los hombres”, se dice en el, “comenzaron a multiplicarse sobre la faz de la tierra y tuvieron hijos, vieron los ángeles del Señor (...) que eran hermosas de aspecto. Tomaron por mujeres a las que eligieron entre ellas, y les parieron hijos, que fueron los gigantes. **Creció entonces la iniquidad sobre la tierra, y todos los mortales corrompieron su conducta, desde los hombres hasta los animales, bestias, aves y reptiles. Todos corrompieron su conducta y norma, empezaron a devorarse mutuamente, creció la iniquidad sobre la tierra y los pensamientos conscientes de todos los hijos de los hombres eran malvados siempre.**” (El libro de los jubileos, 5, 1-2)*

Eso significa que no sólo los hombres, sino también los animales perdieron su imagen primordial. Y el siguiente fragmento del mismo libro nos hace concluir que, de hecho, el ejemplo fue dado por el hombre y los animales sólo reflejaron las acciones humanas como en el espejo:

*“Por estas tres causas ha ocurrido el diluvio sobre la tierra, por la fornicación que cometieron los custodios con las hijas de los hombres, contra lo que se les había ordenado. Tomaron por mujeres a cuantas escogieron entre ellas, cometiendo la primera impureza, y tuvieron hijos gigantes, todos ellos descomunales, que se devoraban unos a otros: un titán mataba a un gigante, un gigante mataba a un jayán, éste al género humano, y los hombres, unos a otros. Todos pasaron a cometer iniquidad y derramar mucha sangre, llenándose la tierra de maldad. **Luego pecaron con todas las bestias, aves, reptiles y sabandijas, derramándose mucha sangre sobre la tierra, pues el pensamiento y la voluntad de los hombres concebían error y maldad constantemente.** El Señor destruyó todo de la faz de la tierra a causa de sus malas acciones y por la sangre derramada en ella.” (Libro de los jubileos, 6, 21-25)*

De lo mismo leemos también en el Libro apócrifo de Enoc, que, evidentemente, sirvió como una de las fuentes en la base de las cuales se formó la Biblia. Veremos los detalles que nos proporciona este libro acerca de los gigantes (o titanes) que nacieron de los ángeles y los hombres:

*“Quedaron embarazadas de ellos,” se dice en el, “y parieron gigantes de unos tres mil codos de altura que nacieron sobre la tierra y conforme a su niñez crecieron; y devoraban el trabajo de todos los hijos de los hombres hasta que los humanos ya no lograban abastecerles. Entonces, los gigantes se volvieron contra los humanos para matarlos y devorarlos; y **empezaron a pecar***

contra todos los pájaros del cielo y contra todas las bestias de la tierra, contra los reptiles y contra los peces del mar y se devoraban los unos la carne de los otros y bebían sangre. (Libro de Enoc, cap 7, 2-5)

Así pues, el hecho de que los animales se maten mutuamente y se coman no es la ley de la naturaleza, como suele interpretarse, sino es la consecuencia de la violación de la ley fundamental de la vida, cometida por el hombre a quien estaban sometidos todos los otros seres de la tierra. Y bajo este punto de vista se aclara también el significado de las siguientes palabras:

*“Fuego y granizo, hambre y muerte,
para el castigo ha sido creado todo esto.
Y dientes de fieras, escorpiones, víboras
Y espada vengadora para la perdición del impío.”*
(Si 39, 29-30)

- así, Sitácida expresó el significado del ocurrido, relacionando, figuradamente, todas las desgracias a las que padeció el mundo, con la venganza de Dios. Aunque en realidad no es la cuestión de la venganza - ya que el Amor de Dios no la sabe -, sino la capacidad destructora del pecado, la anormalidad del estado de la separación de Dios en lo que ha caído el mundo, cuando sufre tanto el hombre - que, prácticamente, ha dado las espaldas a la vida - como toda la creatura que habita la tierra: *“(¿Hasta cuándo estará de luto la tierra y la hierba de todo el campo estará seca? Por la maldad de los que moran en ella han desaparecido bestias y aves.) Porque han dicho: «No ve Dios nuestros senderos.»”* – lamenta el profeta Jeremías (12, 4), subrayando que la culpa por los sufrimientos del ser humano y del animal está en el hombre del cual depende también la liberación tanto su propia como la de las otras creaturas. Por eso los ojos de todo animal están dirigidos a los hombres en una espera subconsciente de su transformación. Como dice el apóstol Pablo:

“Pues la ansiosa espera de la creación desea vivamente la revelación de los hijos de Dios. La creación, en efecto, fue sometida a la vanidad, no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción para participar en la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella; también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo.” (Rom 8, 19-23)

Así, la creatura fue sometida a la vanidad no espontáneamente, sino por aquel que la sometió, porque, como hemos visto, primero pecó el hombre y sólo después el resto de las creaturas. Como consecuencia de este pecado los animales perdieron la capacidad de hablar que tenían en el paraíso, pues sabemos, que la serpiente habló con Eva.

“Y en el día en que salió (Adán) del Jardín”, cuenta el apócrifo mencionado, *“En aquel día quedaron mudos las bocas de todas las bestias, animales, pájaros, sabandijas y reptiles, pues hablaban todos, unos con otros, en un mismo lenguaje e idioma. Dios expulsó del Jardín del Edén a todo mortal que allí había: todos fueron dispersados, según sus especies y naturaleza, hacía el lugar que se les había creado. Pero sólo a Adán permitió cubrir sus vergüenzas y no se descubran, como hacen los gentiles.* (El libro de los jubileos, 3, 27-31)

Así que, cuando Dios dejó mudas las bocas de los animales, todo lo que ellos podrían o desearían decir se concentró en sus miradas. Y por eso antes de considerarlos carnívoros por la naturaleza o antes de matar y comer a los herbívoros, mira, hombre, a sus ojos y recuerda todo lo que aquí fue dicho, recuerda que reflejan tu propia naturaleza e, igual que tu, esperan la paz y felicidad; que también ellos llevan en su alma la imagen de aquel tiempo feliz, la añoranza por aquel ser hermoso, cuya parte se sentían y quien, aunque, como hoy, se llamaba *“hombre”*, con el presente no tenía nada que ver.

III. Dios no nos ha legado comer carne y hacer sacrificios de los animales.



Ya he dicho sobre la alimentación de los hombres y animales en el paraíso. Pero ¿qué precepto dio Dios al hombre después de la caída de éste? Ya en las circunstancias nuevas sobre la tierra empobrecida El dijo al hombre:

“Con fatiga sacarás (...) el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas al suelo, pues de él fuiste tomado. Porque eres polvo y al polvo tornarás.»” (Gen 3, 17-19)

Notemos aquí que después de haber expulsado al hombre del paraíso Dios le deja el mismo alimento vegetal – *“y comerás la hierba del campo”* – aunque ahora éste debía conseguirlo *“con el sudor de su rostro”*, es decir, con las dificultades. Y evidentemente no sólo el hombre, sino también los animales fueron condenados a lo mismo. Significa que toda la creatura se privó de la abundancia paradisiaca y debía luchar por sobrevivir, en soledad buscando su alimentación.

Después del diluvio nuevamente enseñándolo al hombre cómo debe alimentarse, Dios le dice: *“Todo lo que se mueve y tiene vida os servirá de alimento: todo os lo doy, lo mismo que os di la hierba verde. Sólo dejaréis de comer la carne con su alma, es decir, con su sangre”* (Gen 9, 3).

Se cree que esas palabras de Dios significan permiso de comer carne, pues ha dicho: *“Todo lo que se mueve y tiene vida os servirá de alimento”*.

Entretanto es perfectamente evidente que bajo del *todo que se mueve y tiene vida* sobreentiende todo lo que crece como *la hierba verde*, **porque en seguida, para evitar que el hombre interprete mal lo dicho** y coma carne, Dios añade: *“Sólo dejaréis de comer la carne con su alma es decir, con su sangre.”* Y aunque parezca extraño, esa clara prohibición de comer la carne y la sangre se interpreta por la gente, exactamente a la inversa.

Es sorprendente, cómo las personas saben alterar las ideas de Dios ajustándolas según sus deseos y convencer a sí mismas en la justeza de lo que quieren y de lo que no piensan desistir. Esta directa prohibición de comer carne el hombre divide en dos partes: en la primera parte ve un permiso de comerla, aunque no puede negar la prohibición de comer la sangre en segunda parte. Y con eso no piensa que es imposible separar toda la sangre de la carne. Interpretar las palabras de Dios de esta manera significaría, además, **olvidar que Dios no cambia Sus mandamientos y no cede ante el pecado de los hombres y también lo que es más importante, las siguientes palabras del apóstol: “Pues tres son los que dan testimonio: el Espíritu, el agua y la sangre, y los tres convienen en lo mismo”**. Eso es lo que ha reunido Dios tanto en los hombres como en cada animal, ave, pez, etc; eso es lo que El ha prohibido separar y eso es lo que había separado Satanás.

Por la crueldad de su corazón el hombre cierra los ojos para no ver la verdad que no le gusta y con todas sus fuerzas se convence que lo que él quiere, quiere también Dios.

Del mismo modo él entiende los sacrificios que le exige Dios. En Éxodo y en Levítico se describe un todo ritual de los sacrificios animales que, sin duda ninguna, deberíamos entender simbólicamente, porque después por la boca de los profetas Dios Mismo reprocha a Sus hijos del mal entendimiento de los sacrificios, diciendo:

“Aunque yo escriba para él las excelencias de mi ley, por cosa extraña se las considera. Ya pueden ofrecer sacrificios en mi honor, y comerse la carne! Yahveh no los acepta; ahora recordará sus culpas y visitará sus pecados: ellos volverán a Egipto.” (Os 8, 12-13)

Está muy claro: Dios no quiere que coman carne y hagan sacrificios de los animales en Su honor, ya que haciendo así vuelven a Egipto de donde El los había sacado, es decir, nuevamente caen en el pecado. Lo repite muchas veces por la boca de todos los profetas. He ahí como lo hace a través de Isaías:

*«¿A mí qué, tanto sacrificio vuestro? - dice Yahveh. - **Harto estoy de holocaustos de carneros y de sebo de cebones; y sangre de novillos y machos cabríos no me agrada, cuando venís a presentaros ante mí. ¿Quién ha solicitado de vosotros esa pateadura de mis atrios? No sigáis trayendo oblación vana: el humo del incienso me resulta detestable. Novilunio, sábado, convocatoria: no tolero falsedad y solemnidad. Vuestros novilunios y solemnidades aborrece mi alma: me han resultado un gravamen que me cuesta llevar. Y al extender vosotros vuestras palmas, me tapo los ojos por no veros. Aunque menudeéis la plegaria, yo no oigo. Vuestras manos están de sangre llenas**”* (Is 1, 11-15)

o a través de Jeremías:

“Así dice Yahveh Sebaot, el Dios de Israel.

Añadid vuestros holocaustos a vuestros sacrificios y comeos la carne. Que cuando yo saqué a vuestros padres del país de Egipto, no les hablé ni les mandé nada tocante a holocausto y sacrificio” (Jer 7, 21-22).

No se puede decir más claro: en el día, cuando los sacó del Egipto, no les mando ni comer carne, ni hacer sacrificios carnales. Incluso muestra al hombre lo absurdo de sus holocaustos y ofrecimientos carnales, diciendo:

*“No tengo que tomar novillo de tu casa,
ni machos cabríos de tus apriscos.
«Pues mías son todas las fieras de la selva,
las bestias en los montes a millares;
conozco todas las aves de los cielos,
mías son las bestias de los campos.
«Si hambre tuviera, no habría de decírtelo,
porque mío es el orbe y cuanto encierra.
¿Es que voy a comer carne de toros,*

o a beber sangre de machos cabríos? (Salm 50, 9-13)

Ciertamente, ¿acaso todo lo que hay en el mundo y lo que el hombre ofrece a Dios no le pertenece al Creador? ¿Acaso necesita nuestro Señor que el hombre le ofrezca lo que no le pertenece sino pertenece al El mismo? ¿Acaso creó Dios a todo animal para comer la carne de Sus creaturas y beber su sangre? El Mismo dice que tipo de sacrificios quiere:

“Lo que les mandé fue esto otro:”, continúa Dios hablando a través de Jeremías, “«Escuchad mi voz y yo seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo, y seguiréis todo camino que yo os mandare, para que os vaya bien.» (Jer 7, 23)

También en salmos: *«Sacrificio ofrece a Dios de acción de gracias, cumple tus votos al Altísimo”* (Salm 50, 14)

Es decir, quiere sacrificios espirituales: el cumplimiento de las promesas y no los ofrecimientos carnales. Lo mismo repite por la boca del profeta Oseas:

“Yo quiero amor, no sacrificio, conocimiento de Dios, más que holocaustos” (6, 6);

Y también, cuando el profeta Miqueas pregunta a sí mismo:

“- « ¿Con qué me presentaré yo a Yahveh, me inclinaré ante el Dios de lo alto? ¿Me presentaré con holocaustos, con becerros añales? ¿Aceptará Yahveh miles de carneros, miríadas de torrentes de aceite? ¿Daré mi primogénito por mi delito, el fruto de mis entrañas por el pecado de mi alma?»”, - el Señor le responde:

“- «Se te ha declarado, hombre, lo que es bueno, lo que Yahveh de ti reclama: **tan sólo practicar la equidad, amar la piedad y caminar humildemente con tu Dios.**» (Miq 6: 6-8)

Pero ¿cómo, entonces, explicar la descripción detallada de las reglas de los sacrificios que leemos en el Pentateuco de Moisés?

La explicación, como ya he dicho, es única: estas reglas son totalmente simbólicas, vinculadas con la conexión mística entre el hombre y el resto de la creatura. Para convencernos en esto, reflexionemos, por ejemplo, sobre las siguientes palabras del profeta:

“Ofrecerás cada día en holocausto a Yahveh un cordero de un año sin defecto: lo ofrecerás cada mañana.” (Ezeq 46, 13)

Es obvio que nadie puede diariamente ofrecer en holocausto un cordero de un año y sin mancha alguna. Pues año tiene 365 días, lo que significaría que el creyente 365 días seguidos debería tener tal cordero, siempre de un año y siempre sin mancha. Y eso es imposible incluso si no consideremos la estricta periodicidad de la reproducción de los animales y el bienestar desigual de los hombres.

Entonces ¿qué quiere decir aquí Dios? En el idioma de la eternidad el animal significa un cierto estado o cualidad de hombre, y cuando Dios pide sacrificios, refiere a los sacrificios espirituales, es decir, quiere que el hombre le sacrifique sus desordenados deseos carnales. El cordero, por ejemplo, representa un símbolo de candor y humildad, los que, a los ojos de Dios, son las cosas más valiosas que puede tener el hombre. Eso significa que el hombre debe cada mañana recibir a Dios permaneciendo tan puro y humilde como lo es un cordero de un año. Justamente en eso consiste el verdadero holocausto y el verdadero sacrificio que requiere la represión de parte del hombre de sus instintos carnales, es decir, requiere que el hombre **degüelle simbólicamente su propia carne y queme sus propios pecados**. Este es el sacrificio que debe repetirse diariamente. De hecho, sobre los sacrificios propios a los hijos de Dios nos informa el libro apócrifo “Los Testamentos de los doce patriarcas”:

“Ofrecen al Señor un sacrificio de suave olor, una ofrenda razonable y **sin sangre**” (Testamento de Leví 3, 6)

Dice “sin sangre” y prestemos atención que son las palabras de Liví, a cuyos hijos fue dada la ley del sacerdocio (Levítico), que se refería al oficio divino y a los sacrificios. Esas palabras atestiguan muy claramente que la comprensión de la ley con el tiempo fue tergiversada y la misma ley comenzó a entenderse carnalmente.

La restauración del sentido olvidado viene con la llegada de Cristo.

“También vosotros”, dice el apóstol Pedro, “cual piedras vivas, entrad en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer **sacrificios espirituales**,” (1 Pedro 2, 5)

La mala interpretación de los sacrificios se convierte en una desgracia para el hombre. He ahí como lo dice Dios:

“**mas lo que hubo fue jolgorio y alegría, matanza de bueyes y degüello de ovejas, comer carne y beber vino (...)** Entonces me reveló al oído Yahveh Sebaot: «No será expiada esa culpa hasta que muráis» - ha dicho el Señor Yahveh Sebaot”. (Is 22, 13-14)

Y en otro lugar:

“**Se inmola un buey, se abate un hombre, se sacrifica una oveja, se desnuda un perro, se ofrece en oblación sangre de cerdo, se hace un memorial de incienso, se bendice a los ídolos. Ellos mismos eligieron sus propios caminos y en sus monstruos abominables halló su alma complacencia.**”

También yo elegiré el vejarlos y sus temores traeré sobre ellos, por cuanto que llamé y nadie respondió, hablé y no escucharon, sino que hicieron lo que me parece mal y lo que no me gusta eligieron.” (Is 66, 3-4)

Prestemos atención a los primeros dos renglones del fragmento: “*Se inmola un buey, se abate un hombre, se sacrifica una oveja, se desnuda un perro.*” Estas palabras nos apuntan que cuando Dios dijo al hombre “*No matarás*”, no sólo refería a los hombres, sino a cualquier ser vivo, cualquier animal, ave, etc. El resto de los renglones hacen recordar los siguientes acontecimientos que tuvieron lugar a lo largo de los “cuarenta” años en el desierto, a donde Dios condujo a sus hijos después de la salida de Egipto. Cuando los israelitas comenzaron a quejarse por la ausencia de la carne y del pan, diciendo: “*« ¡Ojala hubiéramos muerto a manos de Yahveh en la tierra de Egipto cuando nos sentábamos junto a las ollas de carne, cuando comíamos pan hasta hartarnos! Vosotros nos habéis traído a este desierto para matar de hambre a toda esta asamblea.»*” (Ex 16, 2-3), entonces Dios les mandó la mana celestial: “*Aquella misma tarde*”, se relata en el Éxodo, “*vinieron las codornices y cubrieron el campamento; y por la mañana había una capa de rocío en torno al campamento. Y al evaporarse la capa de rocío apareció sobre el suelo del desierto una cosa menuda, como granos, parecida a la escarcha de la tierra. Cuando los israelitas la vieron, se decían unos a otros: «¿Qué es esto?» Pues no sabían lo que era. Moisés les dijo: «Este es el pan que Yahveh os da por alimento.»*” (Ex 16, 13-15)

Pero los israelitas no se contentaron sólo con el maná y volvieron a quejarse. Y he ahí cómo les respondió Dios:

“*...«Y al pueblo le dirás: Santificaos para mañana, que vais a comer carne, ya que os habéis lamentado a oídos de Yahveh, diciendo: “¿Quién nos dará carne para comer? Mejor nos iba en Egipto.” Pues Yahveh os va a dar carne, y comeréis. No un día, ni dos, ni cinco, ni diez ni veinte la comeréis, sino un mes entero, hasta que os salga por las narices y os dé náuseas, pues habéis rechazado a Yahveh, que está en medio de vosotros, y os habéis lamentado en su presencia, diciendo: ¿Por qué salimos de Egipto?»....*”

Se alzó un viento, enviado por Yahveh, que hizo pasar codornices del lado del mar, y las extendió sobre el campamento, en una extensión de una jornada de camino a uno y otro lado alrededor del campamento, y a una altura de dos codos por encima del suelo. El pueblo se dedicó todo aquel día y toda la noche y todo el día siguiente a capturar las codornices. El que menos, reunió diez modios, y las tendieron alrededor del campamento. Y todavía tenían la carne entre los dientes, todavía la estaban masticando, cuando se encendió la ira de Yahveh contra el pueblo, y lo hirió Yahveh con una plaga muy grande. Se llamó a aquel lugar Quibrot Hattaavá, porque allí sepultaron a la muchedumbre de glotones.” (Números 11, 18-20,31-34)

No puede ser más claro. Eso fue una indicación más de Dios que el alimento no debe ser carnal, porque cualquier asesinato es un testimonio del desamor y lleva en sí el germen del odio. Por eso se dice en los Proverbios:

*“Más vale un plato de legumbres, con cariño,
que un buey cebado, con odio”* (Prov 15, 17)

Pero los hijos de Dios en su ceguera no lo escucharon y continuaron ofrecerle sacrificios sangrientos y comer carne convirtiendo así su comida, por la expresión del profeta, en el “*pan de duelo*”:

*“No harán a Yahveh libaciones de vino,
ni sus sacrificios le serán gratos:
cual pan de duelo será para ellos,
cuantos lo coman se harán impuros;
pues su pan será para ellos solos,
no entrará en la Casa de Yahveh.”* (Os 9, 4)

También es porque ellos, además de otras cosas, **cambiaron “el pan de Dios” por la carne** y olvidaron el legado de su Padre.

La indignación e ira de Dios por la matanza de los animales para comer su carne se ve también de sus siguientes palabras pronunciadas por la boca del profeta Ezequiel, y aunque son largas, vale la pena presentarlas:

“Compón una parábola sobre esta casa de rebeldía. Les dirás: Así dice el Señor Yahveh: Arrima la olla al fuego, arrímala, y echa agua en ella. Amontona dentro trozos de carne, todos los trozos buenos, pierna y espalda. Lléñala de los huesos mejores. Toma lo mejor del ganado menor. Apila en torno la leña debajo, hazla hervir a borbotones, de modo que hasta los huesos se cuezan. Porque así dice el Señor Yahveh: ¡Ay de la ciudad sanguinaria, olla toda roñosa, cuya herrumbre no se le va! ¡Vacíala trozo a trozo, sin echar suertes sobre ella! Porque su sangre está en medio de ella, la ha esparcido sobre la roca desnuda, no la ha derramado en la tierra recubriéndola de polvo. Para que el furor desborde, para tomar venganza, he puesto yo su sangre sobre roca desnuda, para que no fuera recubierta. Pues bien, así dice el Señor Yahveh: ¡Ay de la ciudad sanguinaria! También yo voy a hacer un gran montón de leña. Apila bien la leña, enciende el fuego, cuece la carne a punto, prepara las especias, que los huesos se abrasen. Y mantén la olla vacía sobre las brasas, para que se caliente, se ponga al rojo el bronce, se funda dentro de ella su suciedad, y su herrumbre se consume. Pero ni por el fuego se va la herrumbre de la que está roñosa. De la impureza de tu inmoralidad he querido purificarte, pero tú no te has dejado purificar de tu impureza. No serás, pues, purificada hasta que yo no desahogue mi furor en ti. Yo, Yahveh, he hablado, y cumplo la palabra: no me retraeré, no tendré piedad ni me compadeceré. Según tu conducta y según tus obras te juzgarán, oráculo del Señor Yahveh” (Ezeq 24: 3-14).

Así Dios nos advierte que nuestra conducta volverá hacia nosotros como un bumerangue. ¡Recuerden esas palabras al comer carne!

Conformemente con los presentados textos canónicos, también los “Oráculos sibilinos” condenan los sacrificios sangrientos. Por ejemplo, hablando, aparentemente, de los hombres del venidero Reino milenar de Dios, la sibila destaca: *“Ellos se negarán a ver toda clase de templos y altares, edificaciones sin sentido de piedras mudas, **mancilladas por la sangre de animales y por los sacrificios de cuadrúpedos**; dirigirán su mirada hacia la gran gloria del único Dios...”* (p.314 - Libro IV)

Refiriéndose a los sacrificios gratos para el Creador, que El espera de nosotros, ella proclama tras los profetas del Antiguo Testamento:

*“Harás sacrificios a Dios inmortal, grande y excelso; no fundirás el grano de incienso en el fuego **ni degollarás con el cuchillo al cordero velludo, sino que, junto con todos aquellos que llevan tu sangre, cogerás unas aves salvajes y, entre plegarias, las dejarás partir, elevando los ojos al cielo; verterás agua en el fuego puro a la vez que exclamarás así: “Igual que el Padre te engendró como Palabra, así solté yo un ave, veloz Palabra, mensajera de palabras, mientras con aguas santas salpiqué tu bautismo, mediante el cual surgiste del fuego”.*** (p. 341, Libro VII)

En otro lugar aconseja:

“Rechaza los anteriores preceptos y límpiase de su sangre, pues él no se aplaca con tus cantos ni tus plegarias, ni atiende a tus sacrificios perecederos, él, que es imperecedero; preséntale un himno santo surgido de inteligentes bocas y aprende quién es él, y entonces verás al creador”. (p. 355; libro VIII)

También por la boca de sibila Dios una vez más expresa toda su aversión hacia los sacrificios sangrientos:

*“...**pues queman carnes y huesos llenos de médula** cuando sacrifican en sus altares y vierten sangre para las divinidades y **encienden candiles para mí, que soy el que da la luz**, y ellos, mortales, me hacen libaciones de vino como si fuera un dios sediento, borrachos para nada por ídolos inútiles. **No necesito de vuestros sacrificios o vuestra libación, ni la grasa maldita, ni la sangre abominable**, pues éstas son las ofrendas que harán para recuerdo de reyes y tiranos a sus espíritus, ya muertos, como si fueran seres celestiales, realizando así un rito impío y*

pernicioso....*El hombre es mi imagen dotada de recta razón. Dispón para él tú una mesa limpia e insangüe, repleta de bienes, y da pan al hambriento, bebida al sediento y vestidos para el cuerpo desnudo: proporciónaselo de tu propio esfuerzo con manos puras*". (p. 357, Libro VIII)

Sibila cita asimismo las palabras de los verdaderos fieles que renuncian los sacrificios carnales reemplazándolos por los espirituales:

"...ni nos permitimos enviar gozosos por la compensación, sangre del degüello de ovejas a las libaciones en que se sacrifican toros, como expiación del castigo terreno, ni osamos mancillar el resplandor del éter con el grasiento humo que sale de la pira carnívora, ni con impuras exhalaciones; por el contrario, gozándonos con puros pensamientos, con ánimo cordial, inagotable amor y manos llenas de dones, gratos salmos y divinos cantos, estamos llamados a elevar nuestro himno sin fin y sin falsedad a ti, Dios creador de todo, de profunda sabiduría". (p. 360, Libro VIII)

Lo que Dios, de verdad - incluso después del diluvio -, no le permitió al hombre comer carne asignándole sólo los vegetales, manifiesta también el hecho que para mandar a Sus profetas revelaciones, exige que no coman carne y se alimenten sólo de las plantas. Así, dice Dios a Ezdras: *"Y tú si perseveras otros siete días, mas sin ayunar durante ellos, irás a los floridos campos donde no hay casa edificada, y sólo comerás flores del campo, y no probarás carne ni beberás vino, sino flores. Ora al Altísimo sin cesar, y vendré y hablaré contigo. Y fui, como me dijo, al campo que se llama Ardath, y me senté entre flores; y comí de las hierbas del campo, y me sacié de ese alimento."* (IV Ezdr 9, 23-26)

Desde este punto de vista es interesante el siguiente relato bíblico sobre las preferencias de los hijos de Yoaquim rey de Judá:

"El año tercero del reinado de Yoyaquim, rey de Judá, Nabucodonosor, rey de Babilonia, vino a Jerusalén y la sitió. El Señor entregó en sus manos a Yoyaquim rey de Judá, así como parte de los objetos de la Casa de Dios. El los llevó al país de Senaar y depositó los objetos en la casa del tesoro de sus dioses. El rey mandó a Aspenaz, jefe de sus eunucos, tomar de entre los israelitas de estirpe real o de familia noble, algunos jóvenes, sin defecto corporal, de buen parecer, instruidos en toda sabiduría, cultos e inteligentes, idóneos para servir en la corte del rey, con el fin de enseñarles la escritura y la lengua de los caldeos. El rey les asignó una ración diaria de los manjares del rey y del vino de su mesa. Deberían ser educados durante tres años, después de lo cual entrarían al servicio del rey. Entre ellos se encontraban Daniel, Ananías, Misael y Azarías, que eran judíos. El jefe de los eunucos les puso nombres nuevos: Daniel se llamaría Beltsassar, Ananías Sadrak, Misael Mesak y Azarías Abed Negó. Daniel, que tenía el propósito de no mancharse compartiendo los manjares del rey y el vino de su mesa, pidió al jefe de los eunucos permiso para no mancharse.

Dios concedió a Daniel hallar gracia y benevolencia ante el jefe de los eunucos. Pero el jefe de los eunucos dijo a Daniel: «Temo al rey, mi señor; él ha asignado vuestra comida y vuestra bebida, y si llega a ver vuestros rostros más macilentos que los de los jóvenes de vuestra edad, expondríais mi cabeza a los ojos del rey.» Daniel dijo entonces al guarda a quien el jefe de los eunucos había confiado el cuidado de Daniel, Ananías, Misael y Azarías: «Por favor, pon a prueba a tus siervos durante diez días: que nos den de comer legumbres y de beber agua; después puedes comparar nuestro aspecto con el de los jóvenes que comen los manjares del rey, y hacer con tus siervos con arreglo a lo que hayas visto». Aceptó él la propuesta y les puso a prueba durante diez días.

Al cabo de los diez días se vio que tenían mejor aspecto y estaban más rollizos que todos los jóvenes que comían los manjares del rey. Desde entonces el guarda retiró sus manjares y el vino que tenían que beber, y les dio legumbres." (Dan 1, 1-16)

Así, Dios por todos los medios deja saber a sus hijos, cómo deben alimentarse, les comunica que la comida habitual, incluso los manjares de la mesa real, manchan al hombre y que la misma debe ser vegetal. También en el siguiente fragmento Dios no solamente reprende junto con otros

pecados el consumo de la carne, sino lo atribuye a los pecados mortales sea quien sea que lo cometa. Así dice a los que se creen sus hijos, pero no cumplen sus preceptos:

“Entonces, la palabra de Yahveh me fue dirigida en estos términos: Hijo de hombre, los que habitan esas ruinas, en el suelo de Israel, dicen: «Uno solo era Abraham y obtuvo en posesión esta tierra. Nosotros somos muchos; a nosotros se nos ha dado esta tierra en posesión.»

*Pues bien, diles: Así dice el Señor Yahveh: **Vosotros coméis con sangre, alzáis los ojos hacia vuestras basuras, derramáis sangre, ¡y vais a poseer esta tierra! Confiáis en vuestras espadas, cometéis abominación,** cada cual contamina a la mujer de su prójimo, ¡y vais a poseer esta tierra! Les dirás: Así dice el Señor Yahveh: Por mi vida, que los que están entre las ruinas caerán a espada, a los que andan por el campo los entregaré a las bestias como pasto, y los que están en las escarpaduras y en las cuevas morirán de peste. Convertiré esta tierra en soledad desolada, y se acabará el orgullo de su fuerza. Los montes de Israel serán devastados y nadie pasará más por ellos. Y se sabrá que yo soy Yahveh, cuando convierta esta tierra soledad desolada, por todas las abominaciones que han cometido.”* (Ezeq 33, 23-29)

Los profetas anuncian que llegará el día del castigo para el hombre por todas las violencias que ha hecho, incluso por la matanza de los animales:

*“Pues la violencia hecha al Líbano te cubrirá”, dice Dios por la boca del profeta Habacuc, “y **la matanza de los animales te aterrorará,** (por la sangre del hombre y la violencia a la tierra, a la ciudad y a todos los que la habitan) (2, 17).*

De lo mismo dice por la boca del profeta Zacarías:

“Porque hasta estos días no había paga para los hombres ni paga para el ganado; paz ninguna había, a causa del enemigo, para el que salía y entraba, y yo había dado rienda suelta a todos los hombres unos contra otros.” (Zac 8, 10)

Al contrario, a los que se preocupan por los animales Dios los llama dichosos:

*“**Dichosos vosotros, que sembraréis cabe todas las corrientes, y dejaréis sueltos el buey y el asno**”* (Is 32, 20)

Que el desvelo por los animales es de agrado de Dios lo atestigua también la siguiente parábola: *“El justo se cuida de su ganado, pero las entrañas de los malos son crueles.”* (Parab 12, 10)

IV. La Eucaristía.



A pesar de todo esto, los hombres suelen considerar la palabra de Dios desde el punto de vista carnal y no espiritual y justifican la matanza universal de los animales como la ley “natural”. Los médicos seriamente afirman la necesidad de la comida carnal para el hombre. Algunos incluso comparan al hombre con los animales carnívoros absolviendo así su conducta por la de éstos.

Pero lo más triste es que el consumo de la carne se estableció no sólo entre “los sabios” de éste mundo, sino también entre los cristianos y hasta en la Iglesia. La mayoría de los sacerdotes seriamente afirma que Jesús comió la carne de cordero en la Pascua, es decir, comió la carne sacrificada, afirma a despecho del testimonio directo de Dios Mismo que ya he citado:

“¿Es que voy a comer carne de toros, o a beber sangre de machos cabríos? (Salmo 43, 13).

Y si creemos que Jesucristo es Dios venido en carne, Aquel Dios que hablaba por la boca de los profetas del Antiguo Testamento, entonces ¿cómo podemos pensar que El, contradiciendo a Si Mismo, de repente comienza a comer carne de Sus criaturas? Además sabemos que el apóstol Pablo el comer de las víctimas compara directamente con la idolatría:

“Fijaos en el Israel según la carne. – escribe el, -

Los que comen de las víctimas ¿no están acaso en comunión con el altar? ¿Qué digo, pues? ¿Que lo inmolido a los ídolos es algo? O ¿que los ídolos son algo? Pero si lo que inmolan los gentiles, ¡lo inmolan a los demonios y no a Dios! Y yo no quiero que entréis en comunión con los demonios. No podéis beber de la copa del Señor y de la copa de los demonios. No podéis participar de la mesa del Señor y de la mesa de los demonios.” (1Cor 10, 18-21)

Aquí San Pablo dice unívocamente que **ofrecer sacrificios y comer la carne sacrificada significa ofrecer sacrificios a los demonios y servirles**, porque no se puede servir a Dios y al mismo tiempo comer la carne de sus creaturas. ¡Es asombroso, cómo el hombre sabe cerrar los ojos, para no ver lo que no le conviene!

Según el Evangelio apócrifo de los ebonitas, Jesús Mismo no comía carne. Cuando los discípulos Le preguntaron a Jesús:

“¿Dónde quieres que te organicemos la cena de Pascua?”

El les respondió:

“¿Os parece que Yo deseo comer carne con vosotros, en esta pascua?”

Y continuó su idea en el otro lugar del mismo Evangelio: *“Yo he venido a acabar con los sacrificios y si vosotros no dejáis de sacrificar, la ira no se apartará de vosotros”* (30,16).

A pesar de que esa comunicación enteramente coincide con la lógica de las escrituras canónicas del Antiguo Testamento que he presentado arriba, el Evangelio es muy criticado. Porque la tentación de comer carne es tan grande que confunde hasta a los fieles representantes de la Iglesia. Uno de ellos es el San Epifanio de Salamina (s.IV). Sin ninguna intención de refutar sus indudables meritos generales, quiero solamente llamar la atención al hecho de que su posición respecto a la cuestión considerada aquí es enteramente contraria a la intención general de toda la Sagrada Escritura. Y he ahí por que: en su trabajo “Panarion”, acusando a los ebonitas en hereje, particularmente, respecto al asunto de la carne él escribía:

“En cuanto al comer carne ¿no se revela, acaso, su falta de discernimiento? Primero, el Señor come la Pascua judía. La Pascua judía consistía en cordero y en pan ácimo, en comer la carne asada de cordero. Y como los discípulos preguntaron al Señor: «¿Dónde quieres que te hagamos los preparativos para comer el cordero de Pascua?» (Mt 26, 17-18), el Señor les respondió: «Id a la ciudad; os saldrá al encuentro un hombre llevando un cántaro de agua; seguidle y allí donde entre, decid al dueño de la casa: "El Maestro dice: ¿Dónde está mi sala, donde pueda comer la Pascua con mis discípulos?" El os enseñará en el piso superior una sala grande, ya dispuesta y preparada; haced allí los preparativos para nosotros.» (Mc 14, 13-15). También dice el Señor Mismo: “Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros” (Lc 22, 15). No dijo simplemente la Pascua, sino esta Pascua, para que nadie interpretara según sus suposiciones. Así pues la Pascua consistía en carne asada, etc. Pero ellos anulando sin permiso la conexión verdadera de las palabras, cambiaron el sentido e hicieron decir a los discípulos: “¿Dónde quieres que te organicemos la cena de Pascua?” y El respondió: “¿Os (μν) parece que Yo deseo comer carne (κρέας), con vosotros, en esta pascua?” Pero ¿acaso no prueba todo la falsificación que hicieron, cuando la conexión de las palabras grita que la interrogación fue añadida? en lugar de decir: “Yo deseo”, ellos añadieron “acaso” (μν). Empero el Señor Mismo,

ciertamente, dijo: “Yo deseo comer carne con vosotros, en esta pascua”, mas ellos habiendo añadido la palabra “carne”, engañaron a sí mismos de haber hecho una falsificación y de haber dicho: “¿Os parece que Yo deseo comer carne con vosotros, en esta pascua?” Pero resulta evidente que el Señor participó en la Pascua y comió carne, como ya he dicho.”

Interrumpamos por un instante la cita, para reflexionar acerca de las suposiciones del autor.

Respecto de la partícula interrogativa (*μή*) podemos decir, que como hemos visto en las observaciones presentadas arriba, precisamente es su presencia la que se justifica por la lógica de la Sagrada Escritura (o la Palabra de Dios Yahve que se encaró después en Jesucristo) que desde el principio luchó contra la mala interpretación de los sacrificios, porque en estos no se habla de los sacrificios carnales, sino de los sacrificios de los instintos de la carne humana. En este sentido la partícula interrogativa, más bien fue, a la inversa, sacada por los otros y no añadida, y los que la sacaron, se equivocaron, pues al hacerlo no pensaron que los denunciaría toda la Sagrada Escritura, muchos testimonios de los profetas, como, por ejemplo, el ya citado del profeta David que, de hecho, es la misma pregunta que Jesús hizo a sus discípulos, según el Evangelio de los ebonitas:

“¿Es que voy a comer carne de toros, o a beber sangre de machos cabríos?” (Salmo 43, 13).

Además, ya que los tres primeros evangelios canónicos no son suficientemente claros en la fecha de la Pascua, es evidente que el autor confunde la Cena con la Pascua, sin considerar la clara información que nos da respecto a eso el Evangelio canónico de Juan que dice unívocamente que la Cena tuvo lugar en el jueves [*“Como Judas tenía la bolsa, algunos pensaban que Jesús quería decirle: «**Compra lo que nos hace falta para la fiesta**» (Jn 13, 29)*] y que Cristo fue crucificado el viernes, en la víspera del sábado Pascual:

*“Cuando tomó Jesús el vinagre, dijo: «Todo está cumplido.» E inclinando la cabeza entregó el espíritu. Los judíos, como era el día de la Preparación, para que no quedasen los cuerpos en la cruz el sábado - porque aquel sábado era muy solemne - rogaron a Pilato que les quebraran las piernas y los retiraran. Fueron, pues, los soldados y quebraron las piernas del primero y del otro crucificado con él. Pero al llegar a Jesús, como lo vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el costado con una lanza y al instante salió sangre y agua. **El que lo vio lo atestigua y su testimonio es válido, y él sabe que dice la verdad, para que también vosotros creáis.**” (Jn 19, 30-35)*

Consiguientemente, primero: Cristo no participó en la Pascua, porque murió antes y no pudo comer cordero. Y el segundo: no comió no sólo por el hecho de estar ya muerto, sino también porque eso sería contra Su voluntad divina. En la Cena anterior a la Pascua El propuso una **nueva Pascua** para Sus seguidores, ya que: *“tomó Jesús pan y lo bendijo, lo partió y, dándoselo a sus discípulos, dijo: «Tomad, comed, éste es mi cuerpo.» Tomó luego una copa y, dadas las gracias, se la dio diciendo: «Bebed de ella todos, porque ésta es mi sangre de la Alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados.» (Mt 26, 26-28)*

Lo hizo para mostrar a Sus discípulos que **la Pascua es El Mismo y no la carne del animal sacrificado**. Y cuando dijo: *“Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros” (Lc 22, 15)*, tenía en cuenta esa nueva Pascua en la víspera de la cual en lugar del cordero sería sacrificado El Mismo.

De este modo El los advirtió que no deben comer la carne sacrificada, porque El la cambió por Sí Mismo. El cordero era El. Y no podría ser otro cordero que anularía el sacrificio del Señor. **Cuando se sacrifica el Señor, cualquier otro sacrificio es absurdo.** No era la carne que debían comer los apóstoles en la Pascua, sino pan que personificaba la carne (la Palabra) de Jesucristo inmolido para la salvación de la humanidad. Por eso el apóstol dice:

“Purificaos de la levadura vieja, para ser masa nueva; pues sois ázimos. Porque nuestro cordero pascual, Cristo, ha sido inmolido.” (1Cor 5, 7).

Así que no era la carne tradicional del cordero que Cristo propuso comer en memoria de su sacrificio, sino el pan, es decir, una comida vegetal. No fue demolido un animal, sino Cristo. Lo

que el Señor propone comer pan en lugar del cordero es una directa anulación de la horrible tradición de sacrificar animales y comer carne. En el cambio de ésta El propone el pan. Precisamente es el pan lo que hay que comer en memoria del sacrificio del Señor y no la carne. Por lo tanto entender las palabras de Cristo “*Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros*” (Lc 22, 15) como Su deseo comer carne del cordero sacrificado es una aberración contraria tanto al sentido general de Su enseñanza como al del Antiguo Testamento.

Pero sin advertir todo esto San Epifanio de Salamina trae otro “argumento” a favor de la comida carnal y, como él piensa, contra la hereje de los ebonitas que afirmaban que no comían carne, porque Cristo les prohibió hacerlo:

*“Pero serán delatados también por aquella visión que fue revelada al San Pedro bajo la imagen del lienzo, dentro del cual hubo toda suerte de animales, reptiles y aves, y la voz del Señor le dijo: “Levántate, sacrifica y come”. Y ya que Pedro respondió: «De ninguna manera, Señor; jamás he comido nada profano e impuro.», el Señor le dijo por segunda vez: «Lo que Dios ha purificado no lo llames tú profano.» (Hechos 10:13-15). Porque la solidez de la verdad se hallará de dos maneras. Si dirán que el San Pedro al decir “nada profano o impuro” se refería a toda la comida de modo que para él todos los bueyes y cabras y ovejas y aves son impuros, entonces serán inmediatamente descubiertos por su modo de vida anterior. Porque fue judío y se unió al Salvador ya siendo casado, con hijos y suegra. Y los judíos comen carne y el comer carne no es considerado por ellos como algo impuro y prohibido. Pues, como al principio él comía carne y, suponemos, que **lo hacía hasta su encuentro con el Salvador**, se resultaría que lo que no se consideraba impuro, él tampoco lo creía impuro, porque no extendía la noción de lo impuro y de lo profano sobre toda la comida, sino sólo sobre aquella que se creía impura y profana por la Ley. Pero nuevamente, como está mostrado que Pedro no toda carne creía impura, sino la que impura por la Ley, el Señor al comunicarle, cual es el rasgo más distintivo de la Santa Iglesia Cristiana, le mandó nada considerar impuro. Porque puro es todo lo aceptado con el agradecimiento y la bendición de Dios. Pero esa visión empleada en el sentido de la vocación de los paganos significaba que los incircuncisos no se consideran impuros o profanos. Por lo demás las palabras de Pedro no se referían al hombre, sino a lo que está prohibido por la Ley, lo que para todos puede ser claro. Y la insensata enseñanza herética cae en todos los sentidos”.*^{**}

No hay duda que la visión de Pedro no debe considerarse al pie de la letra, como no se debe entender al pie de la letra, por ejemplo, el orden de Dios comer el rollo que ofreció al profeta: “Y me dijo: «Hijo de hombre, come lo que se te ofrece; come este rollo y ve luego a hablar a la casa de Israel.» Yo abrí mi boca y él me hizo comer el rollo, y me dijo: «Hijo de hombre, aliméntate y sáciate de este rollo que yo te doy.»

Lo comí y fue en mi boca dulce como la miel. Entonces me dijo: «Hijo de hombre, ve a la casa de Israel y háblales con mis palabras. (Ezeq 3, 1-4)

Del mismo modo no se puede entender literalmente el siguiente ofrecimiento del Señor comer Su propia carne. Justamente fue por la semejante interpretación material que muchos discípulos del Señor le abandonaran, cuando El dijo:

“Yo soy el pan vivo, bajado del cielo. Si uno come de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo le voy a dar, es mi carne por la vida del mundo.» Discutían entre sí los judíos y decían: *«¿Cómo puede éste darnos a comer su carne?»* Jesús les dijo: *«En verdad, en verdad os digo: **si no coméis la carne del Hijo del hombre, y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros.** El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré el último día. Porque mi carne es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Lo mismo que el Padre, que vive, me ha enviado y yo vivo por el Padre, también el que me coma vivirá por mí. (Jn 6, 51-57)*

Entender al pie de la letra esas palabras del Señor que aparentemente invitaba a comer Su propia carne y sangre, significaría no saber orientarse en la palabra de Dios. Así que también la

visión de Pedro no lo invitaba a comer a todas esas creaturas “impuras”, sino rompía con los prejuicios respecto a los otros pueblos a los que los judíos creían impuros. Además, Pedro mismo lo explicó más abajo:

«Cuando Pedro entraba salió Cornelio a su encuentro y cayó postrado a sus pies. Pedro le levantó diciéndole: «Levántate, que también yo soy un hombre.» Y conversando con él entró y encontró a muchos reunidos. Y les dijo: «Vosotros sabéis que no le está permitido a un judío juntarse con un extranjero ni entrar en su casa; pero a mí me ha mostrado Dios que no hay que llamar profano o impuro a ningún hombre.» (Hechos 10, 25-28).

Esa explicación, por supuesto, no fue desconocida al San Epifanio y él mismo la cita. Lo que es imposible entender es ¿por qué incluso después de citarla insiste ver en la visión de Pedro un argumento a favor de la comida animal?

Mientras tanto el apóstol Bernabé hablando de la simbología de los preceptos de Moisés respecto a la comida “animal”, los explica de la manera siguiente (aunque el fragmento es grande vale la pena citarlo en su integridad):

“Y lo que Moisés dijo: No comeréis cerdo ni águila, ni gavián ni cuervo, ni pez alguno que no tenga escamas, no es sino que tomó tres símbolos en inteligencia. Por lo demás, díseles en el Deuteronomio: Y estableceré con este pueblo mío justificaciones. Luego no está el mandamiento del Señor en no comer, sino que Moisés habló en espíritu.

Ahora bien, el cerdo lo dijo por lo siguiente: "No te juntarás—dice—con hombres tales que son semejantes a los cerdos; es decir, que cuando lo pasan prósperamente, se olvidan del Señor, y cuando se ven necesitados, reconocen al Señor, al modo que el cerdo, cuando come, no sabe de su señor; mas cuando tiene hambre, gruñe y, una vez que toma su comida, vuelve a callar.

Tampoco comerás el águila, ni el gavián, ni el milano, ni el cuervo. No te juntarás—dice—ni te asemejarás a hombres tales, que no saben procurarse el alimento por medio del trabajo y del sudor, sino que arrebatan en su iniquidad lo ajeno, y acechan como si anduvieran en sencillez, y miran por todas partes a quién despojar por medio de su avaricia, al modo que estas aves son las únicas que no se procuran a si mismas su alimento, sino que, posadas ociosamente, buscan la manera de devorar las carnes ajenas, siendo perniciosas por su maldad.

Y no comerás—dice—la morena ni el pólipo ni la sepia. No te asemejarás—dice, juntándote con ellos, a hombres tales, que son impíos hasta el cabo y están ya condenados a muerte, al modo que estos peces, que son los únicos maldecidos, se revuelcan en el fondo del mar y no nadan como los otros, sino que habitan en la tierra del fondo.

Mas tampoco comerás liebre. ¿Por qué? No serás corruptor ni te asemejarás a los tales. Porque la liebre multiplica cada año su ano, pues cuantos años vive, tantos agujeros tiene.

Mas tampoco comerás la hiena. No serás—dice—adúltero ni corruptor, ni te asemejarás a los tales: ¿Por qué? Porque este animal cambia cada año de sexo y una vez se convierte en macho y otra en hembra.

Mas también tuvo razón de abominar de la ardilla. No serás—dice—tal cuales oímos que son los que cometen, por la impureza, iniquidad en su boca, ni te unirás con las mujeres impuras que cometen la iniquidad en su boca. Porque este animal concibe por la boca.

En conclusión, tomando Moisés tres símbolos sobre los alimentos, así habló en espíritu mas ellos lo entendieron, conforme al deseo de la carne, como si se tratara de la comida. De esos tres mismos símbolos toma también David conocimiento, y dice igualmente: Bienaventurado el varón que no anduvo en consejo de impíos, al modo como peces nadan entre tinieblas en las profundidades del mar; y en el camino de los pecadores no se detuvo, al modo de algunos que aparentan temer al Señor y pecan como el cerdo, y sobre silla de Pestilencia no se sentó, al modo de las aves apostatadas para la rapiña. Ahí tenéis perfectamente lo que atañe a la comida.

Dice otra vez Moisés: Comerás todo animal de pezuña partida y que rurnia. ¿Qué quiere decir? El que toma el alimento, conoce al que le alimenta y, refocilando en él, parece alegrarse. Bellamente lo dijo con miras al mandamiento. ¿Qué es, pues, lo que dice? Juntaos con los que

temen al Señor, con los que meditan en su corazón el precepto de la palabra que recibieron, con los que hablan y observan las justificaciones del Señor, con los que saben que la meditación es obra de alegría y rumian la palabra del Señor.

¿Y qué significa la pezuña partida? Que el justo camina en este mundo y juntamente espera el siglo santo. Mirad cuán hermosamente legisló Moisés. 12. Mas ¿de dónde pudiera venirles a aquéllos entender y comprender estas cosas? Mas nosotros, entendiendo, como es justo, los mandamientos, hablamos tal como quiso el Señor; pues para que esto entendamos, circuncidó nuestros oídos y corazones". (Epístola de Bernabé cap. 10)

Concordamos o no con la tal explicación, de todos modos no podemos negar que la lengua de la Biblia es alegórica. Y es así, porque las ideas del hombre mortal no pueden abarcar todo lo que hay en la eternidad y, según el designio de Dios, el único modo de transmitirle los conocimientos necesarios es a través de las parábolas. Como atestiguó el evangelista, *"todo esto dijo Jesús en parábolas a la gente, y nada les hablaba sin parábolas, para que se cumpliese el oráculo del profeta: Abriré en parábolas mi boca, publicaré lo que estaba oculto desde la creación del mundo"* (Mt 13, 34-35).

Así pues, al contrario, se parece más a la herejía la confirmación que Dios se alimentaba con la carne de Su propia creatura. Aun más, sospechar a Cristo en tal tragonería monstruosa significaría no entender ni el objetivo de Su llegada, ni el fin de Su auto sacrificio, ni Quien es El. Hay poca gente que se da cuenta del verdadero sentido del hecho que Jesucristo prefirió nacer en el establo, entre los animales, en el por qué los Evangelios destacan que su madre lo puso en el pesebre, en lo que de esta manera El nos decía que el hombre injustamente cree que los animales son seres inferiores. El los prefirió a las personas sin corazón. Entre ellos encontró amparo y no entre los hombres. ¿Y todo esto para matarlos y comer después su carne, como lo hacen los hombres? ¡Jesús que clavó Su carne en la Cruz, que la crucificó por nosotros, por purificarnos de nuestros pecados – y de repente dando el tributo a Su carne! Es un non-sens. Basta que un poco pensemos, para que entendamos que cediendo a las instigaciones del enemigo de Dios, sin darse cuenta procuramos acomodar la palabra de Dios a nuestros deseos carnales y al mismo tiempo sinceramente creemos que somos buenos. Pero no nos engañemos: **quien quiere comer carne, está a favor de la matanza de los animales**, creaturas de Dios y no recuerda que

*"no fue Dios quien hizo la muerte ni se recrea en la destrucción de los vivientes;
él todo lo creó para que subsistiera, las criaturas del mundo son saludables,
no hay en ellas veneno de muerte (...), porque la justicia es inmortal."* (Sab 1, 13-15).

V. Jesús se proclamó no sólo ante los hombres, sino también ante los animales.



Así se dice en la “Historia de la muerte del santo apóstol Juan”:

“Aquel Quien se proclamó a través de sus apóstoles. Aquel Quien no descansó desde el inicio de la creación del mundo, pero que siempre fielmente salvó a los que querían la salvación. Aquel Quien manifestó su ser a través de toda la naturaleza, también se proclamó ante los animales”.

Pero ¿cómo podemos entender eso?

Los Evangelios canónicos pocas veces mencionan a los animales, mientras que los apócrifos están repletos de historias sobre ellos. El Evangelio canónico según Marcos sólo alude al hecho que en el desierto Cristo *“estaba entre los animales del campo y los ángeles le servían”*, (Mc 1, 13) de lo que podemos concluir que los animales no le hacían daño y, consecuentemente, fueron domados o amansados. Y por el apóstol Juan sabemos que Jesús hizo mucho más milagros que fue mencionado en su libro (Jn 20, 30). Pero lo que falta en los evangelios canónicos se completa en las escrituras apócrifas. En éstas además de otras historias hay muchas que se refieren a los animales. Los vemos amansados en la presencia de Cristo (como, por ejemplo, en el fragmento del evangelio apócrifo de pseudo-Mateo citado arriba), resucitados por Él o hablando como los humanos. Los milagros que realizaba Jesucristo después repetían los apóstoles. Existe hasta un cuento que relata cómo el apóstol Pablo bautizó a un león. Lo cito enteramente:

“... De repente de la valle de cementerio apareció un enorme y terrible león. Orabamos y por eso Lemma y Ammia no chocaron con la fiera. Y cuando terminé mi oración, el león se arrojó a mis pies. Cobrando ánimo lo miré y dije: “¿Qué quieres, león?” Me respondió: “Querría ser bautizado”. Entonces alabé a Dios que le dio a león la facultad de hablar y a su siervo, la salvación. Precisamente en este lugar corría un río. Bajé a la orilla y el león me siguió mientras que Lemma con Ammia, igual que palomitas asustadas que vuelan a casa para salvarse, seguían rezando mansamente hasta que escucharon mi voz alabando a Dios. Pero también yo sentía terror y estaba estupefacto del hecho que tuve que llevar a un león hacia el agua, como si fuera un buey, y bautizarlo. Y he ahí, hombres, hermanos, yo estaba parado en la orilla exclamando y diciendo: “Tú que estás en las alturas, amparo para los pobres y consolador de los que sufren, que cerraste la boca de león ante Daniel, que a mi me enviaste al Señor nuestro Jesucristo, sálvame de la ferocidad de la fiera, para que yo cumpla Tu prescripción. Después de haber rezado así, tomé al león por la crin y con el nombre de Jesucristo tres veces lo sumergí en el agua. Y cuando él salió a la orilla, se sacudió y me dijo: “¿Que esté contigo su misericordia!” Y le respondí: “También contigo”.

Entonces el león se corrió gozoso a la selva...”

Otra vez el San Pablo se encontró con este león en el circo, donde, condenado en hechicería, estaba esperando a ser devorado por los leones:

“... ¡Muerte al hechicero! ¡Muerte al mago!”, gritaba la gente, “Miró el león a Pablo y Pablo miró al león y reconoció en él a aquel león que vino a bautizarse por él. Y movido por la fe le preguntó: “León, ¿no fuiste tú a quien bautice?” Y le respondió el león: “Sí”. Y Pablo volvió a preguntarlo: “Pero ¿cómo te atraparon?” Y le respondió el león con la voz humana: “Igual que a vos, Pablo”. Entonces soltó Jerónimo a muchas fieras, para matar a Pablo, mientras que contra el león mando a numerosos arqueros, para que aquel también fuera asesinado. Pero de repente desde el cielo – aunque el mismo permanecía despejado - retumbó una tormenta con granizo. Muchos aquí encontraron su fin, y los otros huyeron. Pero el granizo no tocó ni a Pablo, ni al león, en cuanto a las otras fieras todas ellas fueron aplastadas por el. El granizo fue tan fuerte que incluso cortó y arrancó la oreja de Jerónimo. Y, huyendo, la gente gritaba:

*“¡Sálvanos, Dios! ¡Sálvanos Dios del hombre que luchó con la fiera!”. Se despidió Pablo silencioso con el león y se fue del circo. Al llegar al puerto subió al barco que iba a Macedonia, porque hubo mucha gente que se apresuraba irse de la ciudad, como si ésta estaba por perderse. Y subió Pablo al bordo como uno de los que huían. Mientras que el león, como le corresponde, se fue a las montañas.” (Los hechos del apóstol Pablo)***.*

Alguien puede ver en este relato una fantasía que carece de verdad, pero no puede no admitir que desde el punto de vista del ser humano no es más fantástico que la marcha de Cristo por las aguas, la transformación de agua en vino, la multiplicación de los panes, la resucitación de los muertos, etc. Pero el que cree en el amor de Dios a todas sus criaturas, no dudaría en la veracidad de este relato, como no duda en los demás milagros hechos por Jesucristo. Todo lo que ha creado el Señor, ha hecho para la vida eterna. Sus propias palabras nos lo indican:

*“Así habló Jesús, y alzando los ojos al cielo, dijo: «Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti. Y que según el poder que le has dado **sobre toda carne, dé también vida eterna a todos los que tú le has dado**”.* (Jn 17, 1-2)

Aquí la expresión “*toda carne*” abarca en sí a toda creatura. A menudo el hombre – hasta el creyente – piensa que la vida eterna está prometida sólo al ser humano. Pero los primeros cristianos pensaban de otra manera. Ellos no olvidaban que si en el paraíso no hay muerte, no la hay para nadie. El apóstol Felipe, por ejemplo, dijo a un buey: *“No hagas daño alguno al hombre, ve con tu amo y sírvele. A ti también, como a tu amo los curará el Señor de tal modo que nunca más sufrirás”* (Los hechos del apóstol Felipe). Eso significa que el Señor ha venido a curar y dar salvación no solamente al hombre, sino también a los animales que padecen por la culpa del mismo. En el “Apocalipsis” según San Juan los vemos en los cielos junto con el hombre. Ahí se dice: *“Y toda criatura, del cielo, de la tierra, de debajo de la tierra y del mar, y todo lo que hay en ellos, oí que respondían: «Al que está sentado en el trono y al Cordero, alabanza, honor, gloria y potencia por los siglos de los siglos.» Y los cuatro Vivientes decían: «Amén»; y los Ancianos se postraron para adorar”* (Apoc 5,13-14).

Toda la paradoja está en el hecho que muy frecuentemente leímos, pero no nos damos cuenta en lo leído, es decir, sabemos e ignoramos, vemos y no vemos al mismo tiempo. Y se cumple en nosotros la profecía de Isaías: *“Oír, oiréis, pero no entenderéis, mirar, miraréis, pero no veréis. Porque se ha embotado el corazón de este pueblo, han hecho duros sus oídos, y sus ojos han cerrado.”* (Mt 13, 14-15)

VI. La comida de los apóstoles.



La objeción principal contra lo dicho, que se puede suponer, se trataría del hecho que Cristo contribuía a los pescadores en su pesca, dos veces alimentó con el pescado a miles de sus oyentes y Él mismo lo comió. Pues si, así fue, según los Evangelios canónicos, pero teniendo en cuenta los preceptos divinos acerca de la alimentación de toda su creatura, podemos ver que no se trataba del permiso de comer pescado. El hecho es que enseñando a las personas que vivían de la pesca Jesús empleaba las nociones familiares para ellos y sobre las mismas construía sus parábolas. Él no sólo decía todo en parábolas, sino también actuaba de modo alegórico, como si transformando la vida cotidiana en la alegoría del servicio. He ahí un ejemplo de eso:

“Cuando se aproximaron a Jerusalén, al llegar a Betfagé, junto al monte de los Olivos, entonces envió Jesús a dos discípulos, diciéndoles: «Id al pueblo que está enfrente de vosotros, y enseguida encontraréis un asna atada y un pollino con ella; desatadlos y traédmelos. Y si

alguien os dice algo, diréis: El Señor los necesita, pero enseguida los devolverá.» Esto sucedió para que se cumpliese el oráculo del profeta: Decid a la hija de Sión: He aquí que tu Rey viene a ti, manso y montado en un asna y un pollino, hijo de animal de yugo”.(Mt 21, 1-5)

Del mismo modo es simbólico todo lo que se trata del pescado y de la pesca. Pues no es casual, como creo, que los primeros llamados por Cristo sean pescadores, a los cuales Él convirtió en los “*pescadores de hombres*” (Mt 4, 19). La red pesquera es la mejor alegoría para la actuación de Dios que pretende separar a sus hijos de los del enemigo. En el Evangelio según Mateo Él dice:

“También es semejante el Reino de los Cielos a una red que se echa en el mar y recoge peces de todas clases; y cuando está llena, la sacan a la orilla, se sientan, y recogen en cestos los buenos y tiran los malos. Así sucederá al fin del mundo: saldrán los ángeles, separarán a los malos de entre los justos y los echarán en el horno de fuego; allí será el llanto y el rechinar de dientes”. (Mt 13, 47-50)

Aquí los ángeles del cielo se comparan con los pescadores que separan la pesca. Esa alegoría tiene raíces muy profundas. Se extienden hacia la creación del mundo. Como ha dicho el apóstol, *“hace tiempo existieron unos cielos y también una tierra surgida del agua y establecida entre las aguas por la Palabra de Dios, y que, por esto, el mundo de entonces pereció inundado por las aguas del diluvio, y que los cielos y la tierra presentes, por esa misma Palabra, están reservados para el fuego y guardados hasta el día del Juicio y de la destrucción de los impíos”.* (2 Pedro 3, 5-7)

Pues, si tomar en consideración que todo el universo fue hecho de agua y por agua, entonces todo que lo habita es comparable con el pez. De ahí el agua es el símbolo de la vida y los peses que viven en el agua, el de toda carne, del mismo modo como la misma carne, la simbolizan los granos buenos que crecen junto a la cizaña. Mas el labor de los pescadores que echan la red consiste en el separar los peses. En consecuencia los buenos peses se quedan para el uso y los malos se tiran. El “pez” bueno es el unido con el Espíritu de Dios y el malo, es que representa un alma sin espíritu Divino. Con esto vinculan las siguientes palabras de Jesús: *“En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu.”* (Jn 3, 5-6). Aquí está también el significado del bautismo cristiano llamado a unir el Espíritu de Dios con la carne. Desde este punto de vista es representativa la siguiente profecía de Ezequiel que se remonta al Reino Milenario de Cristo en la tierra:

*“Me dijo: «Esta agua sale hacia la región oriental, baja a la Arabá, desemboca en el mar, en el agua hedionda, y el agua queda saneada. Por dondequiera que pase el torrente, todo ser viviente que en él se mueva vivirá. Los peces serán muy abundantes, porque allí donde penetra esta agua lo sana todo, y la vida prospera en todas partes adonde llega el torrente. **A sus orillas vendrán los pescadores; desde Engadí hasta Eneglayim se tenderán redes. Los peces serán de la misma especie que los peces del mar Grande, y muy numerosos. Pero sus marismas y sus lagunas no serán saneadas, serán abandonadas a la sal. A orillas del torrente, a una y otra margen, crecerán toda clase de árboles frutales cuyo follaje no se marchitará y cuyos frutos no se agotarán: producirán todos los meses frutos nuevos, porque esta agua viene del santuario. Sus frutos servirán de alimento, y sus hojas de medicina.**»* (Ezeq 47, 8-12)

Ahí hay que prestar atención a dos momentos. Primero, a la presencia de los pescadores y, el segundo, a un indicio más que de alimento servirán los frutos de los árboles, es decir, los vegetales. Pero entonces surge la pregunta: ¿si comida es vegetal, por qué se dice aquí que los pescadores se tenderán redes?

Porque los pescadores en este lenguaje alegórico representan a los nuevos custodios de la Creación que vendrán en lugar de aquellos que provocaron la caída del hombre. Ellos van a tender las redes del Espíritu Santo sobre toda la carne asegurando de este modo la alianza entre la carne y el Espíritu Santo de Dios.

Así, todos los episodios de los Evangelios relacionados con la pesca encubren en sí una alegórica ilustración de *“lo que estaba oculto desde la creación del mundo”*. Sería un error considerarlos como el permiso para comer el pescado. De todos modos Jesús no vino a prohibir sea lo que sea, sino a explicar la Palabra de Dios, para que los que la oigan y cumplan sean salvados y los que la desprecien reciban, según su merecido.

No aceptar que el lenguaje bíblico es alegórico significaría dar a lo eterno la imagen de lo perecedero. Mas debe ser al revés: para que lo creado viva eternamente, debe llevar la imagen de lo eterno al que podemos conocer sólo en el espíritu y no por la experiencia. Sin embargo cuando todo lo dicho en la Biblia entendemos literalmente, nos apoyamos sólo en nuestra experiencia, en nuestra sensibilidad, y no en el espíritu. Entonces colaboramos con la prolongación de este mundo pecaminoso y detenemos el establecimiento del Reino de Dios tanto en nosotros como alrededor nuestro.

La Iglesia primitiva lo entendía y se dirigía más por el espíritu que por la carne (lo atestiguan los escritos apócrifos), y mientras permanecía pura estaba perseguida. La persecución se terminó, cuando la Iglesia por haber cedido ante algunas de las exigencias de la carne llegó a un compromiso con el mundo.

Una de estas exigencias se refiere a la carne como alimento. Evidentemente, el motivo de tal concesión fue el deseo atraer cuanto más gente a la Iglesia. Y algunos representantes de la misma comenzaron un ataque masivo contra esta idea del cristianismo primitivo en fin de hacerlo más aceptable para el hombre común. Como consecuencia, el compromiso fue legalizado a través de la negación de aquellos Evangelios que denunciaban su falsedad. Con el tiempo el compromiso empezó entenderse como el precepto de Dios y hoy ya hay poca gente que reflexiona sobre la simple verdad a la que nos indica el libro apócrifo de José el carpintero: *“... para todo hombre hay un gran temor que es la muerte: para el hombre y para todo animal doméstico, o para la bestia salvaje, o para el reptil, o para el pájaro, en una palabra, para toda criatura bajo el cielo, que posee un alma viviente, es un dolor y una aflicción esperar que su alma se separe de su cuerpo. Así, pues, mi Señor, que esté tu arcángel junto a mí hasta que mi alma se separe sin dolor de mi cuerpo”* (Historia copta de José el carpintero, XIII).

Pero nosotros cerramos nuestros ojos y no queremos verla.

Mientras tanto en algunos apócrifos se quedaron comunicaciones – pocas, lamentablemente, – referidas a la comida de los apóstoles, que nos hacen ver que los apóstoles se abstendían de la carne prefiriendo alimentarse con simple comida vegetal. Así, por ejemplo, del apóstol Judas Tomas decían que *“ayuna mucho y reza mucho y come pan y sal y bebe agua, y lleva una vestimenta y no toma nada para sí de la gente, y todo lo que tiene da a los otros”*. (Los hechos del apóstol Judas Tomas – el milagro segundo)

Se sabe también que Juan el Bautista se alimentaba sólo con la comida vegetal. Lo conocemos del fragmento del Evangelio de Ebionitas que disponemos, donde se dice que él *“comía miel silvestre, que tenía el gusto del maná, como un dulce de manteca”*. (Evang. de Ebionitas; 15)

También en la “Historia de los hechos del apóstol Juan el hijo de Zebedeo” se dice que *“comía él una vez al día entre nueve y diez horas, después de terminar su oración. Su comida consistía del pan, de las legumbres y lentejas cocidas que compraba en cada ciudad. Habiendo terminado de comer, tomaba sólo agua”*. (Historia del apóstol Juan el hijo de Zebedeo)***

A propósito, en esta misma historia del apóstol Juan (a diferencia de los evangelios canónicos) se dice de Cristo resucitado: *“Y en el tercer día se levantó de la casa de los muertos y nosotros Lo vimos y Él habló con nosotros. Y nosotros comimos pan con Él”*. El pescado no se menciona. Cual de los textos está alterado – el canónico o el apócrifo -, se ve claramente de todo lo dicho aquí, lo que a su vez se generaliza por las siguientes palabras de Jesús que nos comunica el Evangelio apócrifo de los esenios:

“Pues en verdad os digo que de una misma Madre procede cuanto vive sobre la tierra. Por tanto quien mata, mata a su hermano. Y de él se alejará la Madre Terrenal y le retirará sus

pechos vivificadores. Y se apartarán de él sus ángeles y Satán tendrá su morada en su cuerpo. Y la carne de los animales muertos en su cuerpo se convertirá en su propia tumba. Pues en verdad os digo que quien mata se mata a sí mismo, y quien come la carne de animales muertos come del cuerpo de la muerte. Pues cada gota de su sangre se mezcla con la suya y la envenena; su respiración es un hedor; su carne se llena de forúnculos; sus huesos se convierten en yeso; sus intestinos se llenan de descomposición; sus ojos se llenan de costras; y sus oídos de ceras. Y su muerte será la suya propia. Pues solamente en el servicio de vuestro Padre Celestial son vuestras deudas de siete años perdonadas en siete días. Mientras que Satán no os perdona nada y debéis pagarle todo. Ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, vida por vida, muerte por muerte. Pues el coste del pecado es la muerte. No matéis, ni comáis la carne de vuestra inocente presa, no sea que os convirtáis en esclavos de Satán. Pues ése es el camino de los sufrimientos y conduce a la muerte. Sino haced la voluntad de Dios, de modo que sus ángeles os sirvan en el camino de la vida. Obedeced, por tanto, las palabras de Dios: "Mirad, os he dado toda hierba que lleva semilla sobre la faz de toda la tierra, y todo árbol, en el que se halla el fruto de una semilla que dará el árbol. Este será vuestro alimento. Y a todo animal de la tierra, y a toda ave del cielo, y a todo lo que se arrastra sobre la tierra, donde se halle el aliento de la vida, doy toda hierba verde como alimento. También la leche de todo lo que se mueve y que vive sobre la tierra será vuestro alimento. Al igual que a ellos les he dado toda hierba verde, así os doy a vosotros su leche. Pero no comeréis la carne, ni la sangre que la aviva. Y en verdad demandaré vuestra sangre que brota con fuerza, y vuestra sangre en la que se halla vuestra alma. Demandaré todos los animales asesinados y las almas de todos los hombres asesinados" (Evangelio de los esenios, de la Paz)

Como vemos, estas sus palabras están en plena concordancia con la lógica de toda la Sagrada Escritura. Entonces, la Palabra de Dios - la fuente de la verdad que nos enseña amor y caridad – aborrece a cualquier asesinato y manifiesta que Dios designó a todo ser terrenal alimentarse con los frutos y la hierba de la tierra. Dar caso o no a este precepto del Creador es la decisión de cada uno como también cada uno es responsable por la misma.

Concluyendo me gustaría señalar que todo lo dicho aquí no debe entenderse como una manifestación contra la Iglesia. El eje de la misma es espiritual y sea como sea su nombre en la tierra – católica, ortodoxa, oriental o protestante, - abarca a todos aquellos a quienes es íntima la figura de Jesucristo incluso cuando los representantes terrenales de las distintas confesiones cristianas no siempre corresponden a nuestras expectativas. Iglesia es como un raudal que lleva consigo todo lo que cae en él, y que siempre se purifica a lo largo de su corriente. Y si hoy me atrevo a no estar de acuerdo con algunos pensamientos de los padres de la Iglesia, es porque ellos mismos con sus obras fundamentaron mi fe y ahora apoyándome sobre este fundamento puedo seguir adelante. A Jesucristo, a la Sagrada Escritura y a ellos debo todo lo que conseguí entender y lo que escribo.

* Todos los fragmentos del Libro de los jubileos, del Libro de Enoc y de los Oráculos sibilinos han tomados del libro de A.Díez Macho (Ediciones Cristiandad). Apócrifos del Antiguo Testamento, vol. II y IV;

Irineo de Leon. Contra herejes: de <http://www.clerus.org/bibliaclerusonline/es/zs.htm>

Los textos de los apócrifos son tomados de las siguientes páginas web y de los libros:

a) Biblioteca Upasica. Textos apócrifos del NT:

http://www.upasika.com/evangelios_apocrifos.htm#visiones

b) Literatura extrabíblica. Textos del A y N Testamentos:
<http://extrabiblica.tripod.com/apnt.html>

c) Los apócrifos del NT: Libros apócrifos:
<http://personal.auna.com/marcos/apocri.htm>

d) Apócrifos Evangélicos. – Ediciones Libertador Bs.As. 2003

Evangelio de los Esenios (de la Paz) Ed. Por Edmond Székely Londres, 1937 Primera edición:
Junio de 1986 Octava edición: Febrero de 2001

** Ambos fragmentos presentados de la obra del San Epifanio han traducidos por mi de la traducción rusa, ya que no logré encontrar ninguna traducción castellana. [Епифаний Кипрский. П а н а р и о н: <http://khazarzar.skeptik.net/books/epiph/panarium/index.htm>] .

*** Ya que tampoco conseguí traducciones castellanas de algunos textos apócrifos, los traduje yo misma del ruso. Todos son tomados de “Библиотека Якова Кротова” [<http://www.krotov.info/>] y son los siguientes:

“Historia de la muerte del santo apóstol Juan” (История о кончине Иоханнана святого апостола и евангелиста)

“Historia del apóstol Juan el hijo de Zebedeo” (История Иоханнана апостола, сына Зеведеева)

“Los hechos del apóstol Pablo” (Деяния Павла)

“Los hechos del apóstol Judas Tomas” (Деяния Иуды Фомы апостола)

Una vez más sobre el origen de las palabras “aristocracia” y “democracia”

Detrás de los conceptos políticos de “aristocracia” y “democracia” se esconden nociones profundamente religiosas, relacionadas con el origen de la vida en el Universo.

En mi libro “Ararat enigmático” ya he hablado sobre la tergiversación del sentido de la palabra “aristocracia” que en realidad se refiere al “gobierno de Dios o del Espíritu Divino”. Este gobierno se realiza cuando el hombre (y con el inevitablemente toda la creatura) deja que lo dirija el Espíritu Santo de Dios, o de la Verdad Divina, porque sólo Dios es el Creador de la Vida y de todo el Universo y sólo El sabe, como sostener a su creatura. Entonces el hombre se convierte en un recipiente de Dios y se guía por el Espíritu Santo que mora en él. Así haciéndose el “cuerpo” místico del Creador, obtiene su imagen. ¡Una cabeza, - es decir, un gobierno Divino, - para un cuerpo! En el idioma religioso eso equivale a la “unión del Cielo y de la Tierra” o a la “unión de Dios con su creatura”. Esta unión es aquella que se realiza sólo por el medio del Espíritu Santo de Dios, es decir, cuando la ley moral que yace en la base de la vida se resulta grabada en el corazón del hombre. Esa unión es trinitaria y representa la imagen de la Santa e indivisa Trinidad Divina.

En muchas mis obras (por ejemplo, en “El misterio de la Santísima Trinidad o ¿cuál es la razón de la moral cristiana?”) he mencionado que el mundo fue hecho a través de las correspondencias; que en la Creación del mundo Dios ha manifestado su humanidad y por eso en el así llamado macro- y microcosmo yace la imagen del hombre y tanto el hombre como esos macro- y micromundos sólo pueden vivir eternamente, cuando están unidos con la cabeza que los nutre. Precisamente ese es el significado de la palabra “aristocracia”: “gobierno de los hijos de Dios” (o de las imágenes verdaderas de Dios) que se reconocen a sí mismos como el “cuerpo” místico o el “templo” Divino, es decir, que se consideran unidos con Dios, como cuerpo a la cabeza. El mismo principio se encuentra en la base de diferentes grupos y sociedades de los hombres – en la de las familias, de los pueblos, de las naciones, etc., porque define bien y claramente los objetivos y los caminos del desarrollo de los mismos. Cuando Dios haya encabezado la humanidad, encabezará también a toda la creatura y todas las sociedades, cada una de las cuales encontrará entonces su inconfundible lugar y su inimitable función en el organismo entero de la creación.

Pero cuando la creación se separa de Dios, todos sus representantes pierden sus vínculos y comienzan a actuar en desorden como lo hacían, por ejemplo, los protagonistas de la fábula “El cisne, el cangrejo y el lucio” escrita por el fabulista ruso *I.A. Krilov*. Dicha fábula cuenta como un cisne, un cangrejo y un lucio se pusieron de acuerdo para tirar de un carro cargado. Pero el cisne tiraba hacia las nubes, el cangrejo, hacia atrás, y el lucio, al agua. Es un cuadro de locura, donde cada criatura se cree dirigente, pero el carro no puede avanzar. Sólo puede romperse en pedazos.

Precisamente eso fue lo que hizo el diablo: siendo criatura, separó la creación de Dios, su Cabeza, y pensando en su locura que él mismo podría encabezarla, en realidad la rompió en pedazos. En suma cada una de las partes del único otrora cuerpo comenzó a actuar separadamente, sin mirarse en las necesidades de las otras, es decir, dándose a sí misma y a sus instintos la máxima importancia y entrando así en la lucha eterna con otras partes por el poder y la supervivencia.

Lo dicho se manifiesta en la etimología de la palabra “democracia” bajo la cual, como veremos, se sobreentiende el gobierno enmascarado del enemigo de Dios.

Se considera que la palabra “democracia” procede del “demos” griego, que significa “pueblo” y por lo tanto la “democracia” se entiende como “el gobierno del pueblo”. Pero veremos, cual es la procedencia del mismo “*demos*” griego.

Se sabe que el “*demos*” griego se formó de la raíz indoeuropea “*da*” que significa “*dividir*”. (ver, por ejemplo el “Diccionario etimológico indoeuropeo de la lengua española de Edward A. Roberts y Bárbara Pastor - Alianza Diccionarios. Madrid 2001”). De ahí son: “*dati*” sánscrito que significa “*él corta*”; “*dapto*” griego que significa “*despedazar*”; “*dam*” irlandés antiguo que significa “*multitud*”.

Como se desprende de la etimología presentada, esa “*multitud*” o “*demos*” surgió a causa del fraccionamiento de la unidad que fue cortada y dividida. Así que es muy natural que con la misma raíz estén vinculadas palabras que significan “*demonio*”. Así son, por ejemplo, “*daimon*” sánscrito; “*δαίμων*” griego que se entiende como “genio que reparte el destino de los hombres”. La misma raíz se encuentra en las palabras franco/españolas “*indemnizar / ser*”.

Entonces la palabra “*demos*” indica a aquel quién rompe la unión de la creatura con su Creador, formando una multitud de fracciones sueltas, es decir, divide, destroza lo que desde el punto de vista teológico significa la muerte de la creatura.

Pero ya que bajo la palabra “*demos*” los griegos entienden “*pueblo*”, su significado primordial fue cambiado por la palabra “*diablo*” – “*diabolos*”.

Como ya he escrito en otras ocasiones, la etimología de esta última palabra se vincula generalmente con el verbo “*ballein*” que significa “*tirar*”, “*echar*” (ver en el mismo diccionario etimológico de Edward A...). Pero el sentido de la palabra claramente revela que su etimología más bien habría que deducir de la preposición griega “*dia*” que, siendo una transformación de la misma raíz sánscrita “*da*”, significa “*aquel, quien divide*” o “*siembra cizaña*”, y de la raíz “*bol*” que en este contexto indica una alteración con “*el/ bel*” hebreo que significa “*Dios*”. (La argumentación de las semejantes transformaciones he presentado en mi libro “*Ararat enigmático*”).

Así pues, el verdadero sentido tanto de la palabra “*diablo*” como de la “*demonio*” es “el que divide a Dios” o “el que siembra cizaña en Dios”.

De ahí la “*democracia*” es el gobierno del cuerpo descabezado que dado al falso concepto de libertad [ya que la instrucción en la verdad para éste cuerpo es como “*cadena en los pies*” y “*esposas en su mano derecha*” (Eclesiástico 21: 19)] representa una multitud de elementos desconectados, en la que cada ente en su intención ocupar el puesto vacío compite con el otro. La total y monstruosa lucha por el poder se esconde bajo el falso concepto del poder del “*pueblo*”, es decir, del poder de la multitud que se podría presentar también en forma de un hombre con muchas cabezas. Se sabe que a veces nacen hombres de dos cabezas - el hecho que se considera como una anomalía. La vida de bicéfalos no dura mucho, porque las dos cabezas no pueden dividir su único cuerpo. Por lo tanto tener dos o más cabezas equivale a no tenerlas en absoluto, ya que la cabeza asegura la vida y su ausencia es la ausencia de la vida.

Por la misma razón la “*democracia*” representa un signo de la perdición irremediable y el fin próximo de la sociedad. La misma nada puede unir y por eso lleva a la sociedad hacia la destrucción total, igual que lo hacen el cisne, el cangrejo y el lucio con el carro que pretenden llevar adelante.

La “*democracia*” se basa en el engaño y locura, pues promete justicia que supone la unión de los hombres cimentada sobre la Verdad, mientras que en las sociedades democráticas donde no existe una verdad, sino son muchas las “*verdades*” contradictorias, se rompen todos los vínculos entre las personas, incluso las de familia, del pueblo, de la nación etc., porque la tendencia general es separarse, dividirse a causa de las verdades diferentes, la que al fin y al cabo llevará a matarse mutuamente hasta a los padres e hijos, pues la división trágica no tiene fin y acaba sólo con la destrucción total.

Desde este punto de vista la “*aristocracia*” se contrapone a la “*democracia*” igual que el monoteísmo se contrapone al politeísmo, o paganismo; como la monarquía se contrapone a la anarquía. Y sin embargo, aunque la “*aristocracia*” por su forma asemeja a la monarquía, no es un sinónimo completo de la misma, porque aristocracia supone el gobierno de los espíritus nobles, aquellos que perciben su unidad con Dios que los une no por la Ley, sino por el Amor espiritual.

No obstante las personas que piensan según la carne entienden al “ario” no por el espíritu, sino como representante de una raza terrenal, ignorando lo dicho por Cristo: “El espíritu es el que da vida; la carne no sirve para nada” (Jn 6: 63). Es porque el espíritu es el sostén de la carne. Sin el la misma se hace cenizas. Esa es la Verdad y con ella está relacionada toda la ley moral, única e inmutable, que yace en la base de la Vida.
